



MÁS  
DEL ALLÁ  
TEMPLE

LOLA P. NIEVA



  
VESTALES



MÁS  
DEL ALLÁ  
TEMPLE

LOLA R. NIEVA

 VESTALES

Nieva, Lola P.  
Más allá del temple. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2014.  
E-Book.

ISBN 978-987-1405-96-1

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título

CDD 863

© Editorial Vestales, 2014

© de esta edición: Editorial Vestales.

[info@vestales.com.ar](mailto:info@vestales.com.ar)

[www.vestales.com.ar](http://www.vestales.com.ar)

ISBN 978-987-1405-96-1

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2014

Todos los derechos reservados.  
Quedan rigurosamente prohibidas,  
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,  
bajo las sanciones establecidas en las leyes,  
la reproducción total o parcial de esta obra  
por cualquier medio o procedimiento,  
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,  
y la distribución de ejemplares de ella  
mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mis queridos lectores.*

*Siempre dispuestos a embarcarse con rumbo desconocido en un viaje incierto.*

*Siempre leales y anhelantes de nuevas historias.*

*Siempre confiados y expectantes ante el mundo que se abre ante ellos.*

*Siempre entusiastas y cálidos, ofreciendo su corazón para ser moldeado en mil aventuras.*

*Siempre alentadores, cariñosos y agradecidos con quien les zarandea los sentimientos sin piedad.*

*Siempre pacientes y comprensivos ante proyectos futuros.*

*Gracias por viajar conmigo a estos, mis mundos.*

*Gracias por tomar mi mano y por sentir lo que yo siento.*

*A mis lectores... ¡siempre!*

Temblaba. Se arrebujó en la maloliente manta de sarga y cambió de posición en aquel estrecho jergón. De nuevo, aquel sonido desgarrador quebró la noche. Era como un lamento que el viento estiraba hasta convertirlo en un silbido escalofriante.

A veces, Jimena escuchaba en mitad de la noche la campanilla que anunciaba maitines y, un momento después, el perezoso deslizar de decenas de sandalias que recorrían los laberínticos pasillos hasta la sala de oración. Hasta podía imaginar a los monjes del convento en actitud oratoria. Permanecía despierta para escuchar el apagado murmullo de las letanías.

Pero aquel sonido era diferente. No era, tampoco, el gañido de un lobo. A sus diez años, ya se vanagloriaba de haber visto de cerca una gran manada. Recordó, entre escalofríos, cómo aquel verano se había perdido en el bosque colindante al convento. Cómo había subido a un árbol y cómo había pasado la noche mientras una manada hambrienta la miraba con anhelo y fiereza. Nunca olvidaría la diversidad de ruidos que producían aquellos animales. Y, sin duda, aquel sonido no se encontraba entre ellos.

De nuevo aquel lamento, una especie de apagado grito agónico que le erizó la piel y la levantó con brusquedad de la cama.

Corrió al lecho de su madre. Necesitaba cobijarse entre sus brazos, que le acariciara la espalda como solía hacer cuando alguna pesadilla la asaltaba, y que le cantara al oído su nana favorita.

Pero el lecho estaba vacío. Desconcertada, miró hacia la puerta y se dirigió vacilante hacia ella. Se apartó de un soplido uno de sus rebeldes rizos negros y agarró el pomo. Mientras lo giraba, le vino a la mente la severa advertencia materna.

—Nunca, ¿me oyes, Jimena? Nunca salgas del cuarto sin mi permiso. Si despiertas en mitad de la noche y no estoy, espérame. Pero jamás abras la puerta.

Y nunca lo había hecho, a pesar de que, en plena noche, unos golpes suaves solían llamar a la puerta y a pesar de que su madre saltaba de la cama para escabullirse. Tan solo en una de esas ocasiones se acercó a la puerta y pegó la oreja: escuchó cómo su madre se quejaba en susurros y cómo la voz de un hombre le respondía. También escuchó unos extraños golpes, seguidos de unos bufidos y jadeos que a punto estuvieron de hacerla abrir. Pero no lo hizo.

Sin embargo, en ese momento, impulsada por una fuerza desconocida, la abrió y atisbó nerviosa al exterior. Oscuridad. Tan solo resquebrajada por parpadeantes círculos anaranjados provenientes de varias antorchas moribundas y lejanas. Y ahora ¿qué?, pensó inquieta y asustada.

El lamento, cada vez más cercano, la llamó a seguir el tétrico pasadizo hacia la izquierda. Sentía la gelidez de la piedra bajo las desnudas plantas de los pies como minúsculos puñales que le aceleraban los pasos. Se detuvo en un recodo y oteó temblorosa antes de aventurarse al nuevo pasillo.

Sentía la pesadez de su larga y alborotada melena sobre la espalda, que le

brindaba algún resguardo del frío que parecía envolverla y oprimirla. Un paso y otro más y, de pronto, el lamento se trocó en un aullido amortiguado, pero igual de espeluznante. Se detuvo y cerró los ojos.

Sintió ganas de llorar. Ya notaba cómo su delator labio inferior se adelantaba y temblaba. Algo en aquella voz torturada le quebraba el alma. Un dejo familiar que la mortificaba sin misericordia. Negó con la cabeza; en su fuero interno sabía de quién se trataba. Movida más por la desesperación que por el miedo, aceleró los pasos y bajó atropelladamente la escalera de caracol esculpida en la piedra que descendía a las celdas de castigo. Nuevamente se detuvo.

Con la respiración agitada, observó aterrada el resplandor que manaba de una puerta entreabierta. Con incipientes lágrimas que le quemaban los grandes ojos azules, se acercó de puntillas con el corazón golpeándole ferozmente el pecho. El alarido de una mujer reverberó entre los gruesos muros de piedra. Jimena ahogó un gemido de horror cuando avistó la espalda de un monje inclinada sobre un destartado camastro, tendido sobre el maltrecho cuerpo de una mujer. Su madre.

Entonces no vaciló: dominada por una furia descontrolada, corrió a voz en grito y saltó sobre aquel hombre. Fue entonces cuando vio el magullado y ensangrentado rostro de su madre.

—¡No! Jimena, ¡huye!

La muchacha se encaramó a la espalda del hombre y le mordió el cuello con todas sus fuerzas. El monje aulló, se revolvió con violencia y, de un rápido movimiento, la lanzó por los aires. Ahogó un gemido cuando su flaco y huesudo cuerpo se estampó con dureza contra el pavimento enlosado.

Notó el ferroso sabor de la sangre en la boca: la sangre del demonio, del agresor de su madre. Dolorida, se levantó dispuesta a luchar hasta el final. El rostro enfurecido del hombre se cernió peligrosamente sobre ella. En su cuello, la herida abierta sangraba profusamente.

Jimena apretó los dientes y cerró los puños presta a defenderse. Justo cuando sus sucias y grandes manos le rozaron los hombros, el hombre abrió desmesuradamente los ojos. Un hilillo de sangre brotó de sus labios y alzó la mano hacia su tonsurado cráneo sin llegar a tocarlo. Cayó laxo sobre ella.

—¡Rápido, tenemos que irnos!

Su madre empujó el cuerpo inerte del hombre y la tomó en brazos. Apenas se sostenía en pie. Se le escapó un sollozo, y Jimena la abrazó con fuerza. Cuando giró la cabeza, observó impávida el mango de un puñal asomando de la espalda del monje. Su harapiento hábito ya mostraba una extensa mancha oscura.

—¿Está... está muerto? —preguntó.

Ella la miró y, horrorizada, la niña vio aquel rostro tan amado completamente desfigurado. Tenía un ojo ennegrecido y casi cerrado, la nariz inflamada grotescamente, un corte profundo en su pómulo izquierdo, el labio inferior cortado y sanguinolento y, en la expresión, un sufrimiento añejo y profundo que le nacía del alma. Una rabia insana le ahondó en el pecho, las lágrimas brotaron descontroladas.

—Si en verdad Dios existe, lo estará.

Y, sin añadir nada más, corrió tambaleante. Trastabillaba de tanto en tanto, presa del temor y la desesperación. Jimena supo que su madre no aguantaría mucho más

trecho con ella en brazos y se debatió suavemente con intención de soltarse.

—Madre, puedo correr, corro más que el viento, lo dice Mencía —arguyó con decisión.

Su progenitora asintió y la depositó en el suelo con una mueca de dolor. Jimena miró la túnica rasgada por la que asomaban, tímidos, los pechos de su madre y con la mirada empañada, teñida de angustia, se obligó a sonreír.

—Yo lo coseré. Sé hacerlo, quedará como nuevo.

Su madre asintió con un sofocado un sollozo.

—Lo sé cariño, ahora aprisa, hemos de salir de aquí.

Corrieron raudas por los estrechos pasillos. Se detuvieron apenas un instante en el cuarto para hacer un pequeño hatillo con sus pocas pertenencias. Después, la mujer cubrió a ambas con gruesas capas de lana y, finalmente, para sorpresa de Jimena, se puso de rodillas en una esquina y, con movimientos acelerados, levantó hoscamente una losa del suelo. De allí, extrajo un pequeño saco que ató con un cordel a la cintura.

—¿Dónde iremos, madre?

—Lejos de aquí, pero antes nos detendremos en Alarcos. Todo irá bien a partir de ahora, sí, todo irá bien —repitió con la mirada perdida.

Y, sin más dilación, se deslizaron silenciosas hacia el exterior del Sacro Convento de Calatrava, ubicado en el interior del castillo. Un fuerte otorgado a la Orden del Temple por el rey Alfonso VIII con la sola intención de defender la plaza de los moros, pues su posición de baluarte de Toledo lo convertía en una conquista apetitosa.

Descendieron por las escaleras hasta el segundo nivel de la fortaleza, agazapadas en la gruesa muralla. Traspasaron una entrada abovedada que daba al aljibe y recorrieron un pasaje almenado hasta llegar a una pequeña portezuela en la base del torreón noreste. Su madre sacó una llave y la abrió con esfuerzo. La negrura más opresiva y absoluta se abrió ante ellas.

—Escucha bien, pequeña, tenemos que descender por la escalera del torreón: es estrecha y no verás nada, pero no te asustes. Iré delante, bajaré el primer peldaño, pondrás tus manos en mis hombros y descenderás al mismo ritmo que yo, ¿entendido?

Jimena asintió. A la mortecina luz de la luna, el rostro de su madre tomó una dimensión aterradora, como si un espectro se hubiera apoderado de ella. Solo la calidez de su sonrisa le recordó que era la misma mujer que ella conocía.

—Eres una chica valiente; ya te enfrentaste a una docena de lobos tú sola —bromeó.

La muchacha esbozó una sonrisa trémula.

—Y ahora a un monje endemoniado —agregó.

La mujer sonrió y le revolvió el cabello. Un gesto que le encantaba.

—¿Qué son entonces unas simples escaleras?

De pronto, escucharon pasos. Jimena sintió que el corazón se le paraba en el pecho.

—¿Quién está ahí? —gritó una voz grave.

—¡Aprisa, la guardia se acerca! —susurró la mujer entre dientes.

Y se adentraron en aquel agujero negro, que bien parecía las fauces de un

monstruo salido del averno.

—Cierra la puerta —exigió con apremio.

Así lo hizo y, de inmediato, puso las manos sobre sus hombros y cerró los ojos. Descendieron lentamente, a un ritmo idéntico, en perfecta sincronía. Los ecos de las pisadas mezclados con los jadeos y exclamaciones dolorosas de la pobre mujer conformaron la melodía más angustiada que había escuchado jamás.

Por fin, llegaron al final. Su madre sacó de nuevo la llave y, a tientas, logró encajarla en la cerradura y abrir la puerta, cuyos desvencijados goznes gruñeron molestos por el esfuerzo.

Ante ellas, la plateada llanura de los campos de Calatrava se abría invitadora. Más adelante, el río Guadiana zigzagueaba en el valle como una serpiente oscura y sinuosa. Corrieron entre barbechos y se ocultaron en las sombras, al amparo de frondosos árboles. La noche las cobijaba y, por primera vez en su corta vida, Jimena temió lo que le deparaba el día.



—¡Rediós! —bramó Ordoño de Alaya, ilustre caballero de la casa de Monteagudo—. Es una amenaza insensata.

—Como vos, pensamos todos, pero el ardor del rey ciega sus ojos —intervino don Sancho Fernández de Lemus, gran maestro de la Orden de Santiago—. Deberíamos partir hacia Talavera y reunirnos con las tropas leonesas. Las huestes almohades superan la centena de millar; todo hombre cristiano debería acudir a defender la cruz de Cristo.

—Serán muchos más y mejor organizados que nosotros —informó don Hernán Ledesma, caballero templario de la Orden de Calatrava—. Cuentan con una numerosísima milicia de voluntarios: benimerines, alárabes, algazaces y ballesteros, y sus tropas de élite, los henteta; además de la caballería ligera que, por supuesto, marchará en los flancos.

El joven Álvar, escudero templario de don Hernán, tragó saliva. Desde que el rey Alfonso VIII había mandado aquella misiva al califa Abu Yúsun en la que lo retaba a combatir donde quisiera y alardeaba de su victoria, los acontecimientos se había precipitado hacia lo que pensaban sería un duro golpe al orgullo de rey. Decían que incluso el senescal de Castilla y comandante de las tropas cristianas, don Diego López de Haro, no comulgaba con aquella ofensiva.

La península ibérica vivía tiempos convulsos, dividida por reinos cristianos y musulmanes en continuo enfrentamiento. El al-Andalus, compuesto por los reinos de taifas, había perdido su bastión, Toledo; un duro revés para el emir, que defendía sus territorios con ferocidad. Incluso el belicoso arzobispo de Toledo, Martín López de Pisuerga, había penetrado en las taifas de Jaén y Córdoba y saqueado las cercanías de Sevilla, capital almohade.

Hacía apenas un año que se había firmado el Tratado de Tordehumos, lo que había puesto fin a la guerra que había enfrentado a los reinos de Castilla y Aragón por mediación del legado papal Gregorio, cardenal titular de Sant'Angelo y sobrino del papa Celestino III. Se rompió, así, la Liga de Huesca, el acuerdo que enfrentaba al resto de los reinos cristianos contra el de Castilla. De ese modo, unidos contra el califa almohade, representaban por primera vez una amenaza temible contra el infiel y una esperanza para la reconquista.

Álvar, a sus catorce años, ya todo un avezado aprendiz de caballero, asistía a don Hernán desde que sus padres lo habían otorgado a su cuidado como fiel escudero. Su única meta era vestir el hábito blanco con la cruz negra en el pecho, ser investido caballero templario de la Orden de Calatrava. Solo Dios sabía cuán duro trabajaba para conseguirlo.

—Traigo trágicas nuevas del convento de Calatrava.

Álvar giró hacia el mensajero, un joven monje con expresión cogitabunda.

—Han asesinado al ayudante de don Nuño. Lo encontraron en una de las celdas de castigo.

—¿El superior Osorio? —inquirió don Hernán alarmado.

—Y eso no es lo peor: ha desaparecido el blasón de la Orden.

—¡Eso no es posible! —estalló don Sancho—. ¡Es un sacrilegio!

—Y la culpable ha desaparecido —añadió el monje.

—¿Una mujer, en el convento? —Don Sancho se santiguó y frunció el ceño con desaprobación.

—Fue acogida por caridad junto a su hija; ayudaba a los hermanos en las tareas de limpieza —respondió el monje.

—¿Y así paga esa ingrata vuestra caridad? —continuó el maestro de Santiago—. Con razón las escrituras nos previenen contra ellas: desleales, traicioneras y ambiciosas, las serpientes del edén.

Don Hernán se puso de pie con el rostro congestionado por la ira.

—¡El blasón de la Orden, por Cristo Redentor, y justo cuando nos embarcamos en una batalla! Hay que encontrar a esa mujer y recuperarlo.

—Se llama Alodia y está con su hija Jimena, una niña que solía pulular por el castillo.

A Álvar le vino un rostro a la cabeza.

—Creo que la he visto: era delgaducha, de oscura melena rizada y enormes ojos azules, pero no recuerdo a la madre.

Don Hernán ajustó el cinturón de su túnica y se acomodó la larga funda que le cobijaba la espada.

—Es suficiente para mí, dudo de que la madre se separe de su hija: si reconoces a la pequeña, serán nuestras. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Álvar siguió al caballero, que salía de la estancia con la determinación pintada en el rostro. Cruzaron a grandes zancadas el patio de armas hasta las caballerizas, y el joven escudero, que tenía pertrechados los alazanes para el combate, ayudó a montar a su señor y se encaramó al corcel.

El castillo y sus inmediaciones estaban atestados de caballeros, soldados, siervos y meretrices; todos enfrascados en las rutinas diarias. El inclemente sol del mediodía azotaba los campos y daba vigor a las chicharras. Los extensos cultivos de dorado trigo se desdibujaban en lontananza con el denso fulgor de la calina estival, como una bruma pesada y translúcida que parecía mecerse con pereza. Atravesaban los portales del castillo cuando se cruzaron con un grupo de mercaderes y siervos de la villa que, atemorizados por la inminente batalla, buscaban refugio entre las gruesas murallas de la fortaleza.

Entre aquella gente humilde, Álvar distinguió unos ojos peculiares. De un azul tan intenso como el de aquel hermoso día. Grandes y almendrados, ligeramente inclinados hacia arriba, ribeteados de oscuras pestañas. Unos bellos ojos que miraban con inquietud y temor a su alrededor. La niña.

Por algún motivo, sintió el impulso de no intervenir, de permitirles escapar. Conocía a Osorio, y su muerte no suponía la pérdida de un alma buena, había sido un ser vil, frío y jactancioso. Y, de seguro, había buscado su destino. En cambio, el emblema... No, eso era otro asunto que no podía obviar por conmiseración. Recuperarlo era de vital importancia. Respiró hondo y miró a don Hernán con gravedad.

—Acabo de verla; viene en ese grupo.

Entonces reparó en la madre. Una mujer joven y hermosa a pesar de los feos golpes que le desfiguraban el rostro, de cabellos y ojos oscuros que tomaba a la niña de la mano y miraba subrepticamente hacia ellos.

—¡Señálas! —exigió el señor.

Y de nuevo aquella duda que le secaba la garganta, como si fuera el precursor de una supuesta injusticia. Sacudió la cabeza con determinación para alejar aquella incómoda vacilación. Y alzó la mano.

—Son ellas.

Jimena miró a aquel joven con evidente desazón. Era alto y delgado, aunque fibroso. Su pelo castaño oscuro estaba revuelto, tenía una bronceada tez, altos pómulos y afilados ojos de un claro color gris, como los de un gato sibilino que inspecciona una presa. Si esa mirada no hubiera sido suficiente para alertarla, el altivo dedo índice que la señalaba sí lo hizo.

Su madre, con los ojos desorbitados por el terror, giró y echó a correr tirando de ella. Dolorida y maltrecha, tropezaba penosamente. Desesperada, apartaba a cuantos encontraba a su paso, empujando y gritando, ya fuera de sí. Ambas sabían que no tenían escapatoria, pero la necesidad de correr era tan imperiosa que ni el sentido común pudo detenerlas. Más que escuchar, sintieron retumbar los cascos de los corceles bajo los pies. Las piafadas se mezclaron con los gritos de alarma. Una potente voz se elevó por entre las demás.

—¡A ellas! ¡Son unas asesinas!

Un pie se interpuso en el camino de la mujer, que cayó violentamente contra las piedras del polvoriento sendero. Jimena se vio impulsada hacia adelante, pero logró conservar el equilibrio. Antes de que intentara socorrerla, un caballo se interpuso entre ellas.

El jinete, un enorme caballero de mirada fiera, desmontó y se abalanzó contra la mujer que, a duras penas, se incorporaba entre lastimosas toses y quejidos. La herida del labio le volvió a sangrar. Aquello desbordó a Jimena. Una furia inaudita y salvaje la poseyó. Clavó los ojos en aquel hombre horrible y, sin más dilación, como poseída por una fuerza demoníaca, saltó sobre su espalda. Gritó, golpeó, arañó, pateó y mordió, aulló y sollozó embargada por la frustración. Aquel hombre ni se inmutó, le bastó un solo movimiento de sus manos para inmovilizarla.

—¡Álvar, sujeta a esta fiera! —pidió el caballero.

Y presto, el joven escudero desmontó y acudió a socorrer a su señor. Jimena miró al muchacho y gimoteó cabizbaja. Adoptó una engañosa actitud sumisa en espera de una oportunidad que no tardó en llegar justo cuando el tal Álvar la tomaba de las muñecas y giraba para sacar una pequeña soga de la montura de su corcel. Jimena alzó con fuerza una rodilla contra la entrepierna del muchacho.

El joven ahogó una exclamación de dolor y, desconcertado, se dobló sobre sí mismo y cayó de rodillas. En apenas un instante, Jimena buscó la mirada de su madre, en la que encontró aprobación y una indicación explícita sobre lo que debía hacer a continuación. No dudó.

Corrió como alma que lleva el diablo con las lágrimas que le quemaban los ojos y un dolor tan grande en el pecho que pensó que caería desfallecida. Pero, al contrario, el dolor y la furia dieron alas a sus pies. La visión lateral se desdibujó a su paso; solo un objetivo se le fijó en la mente: escapar para liberar a su madre.

Corrió y corrió sabedora de que la perseguían; escuchó gritos y órdenes, sonidos de pisadas aceleradas y los cascos de un solo caballo. Frente a ella se abría una densa arboleda que descendía hasta el río. Aquella era su única salida. Agachó la cabeza y gritó impelida por la furia. El aire le quemó los pulmones; cada jadeo fue una bocanada de dolor. No miró atrás a pesar de sentir unas manos que casi le tocaron la

melena.

Cerró los ojos y apretó los dientes, las piernas le volaban sobre el terreno; saltaba arbustos, sorteaba piedras. Corría en zigzag, como hacían los animales pequeños cuando sorteaban la persecución de algún depredador. Supo que no aguantaría mucho más.

Por fin, se adentró en la alameda y comenzó el descenso. Oyó un quejido de dolor justo a su espalda y aceleró la carrera. De pronto, se dio cuenta de dónde acabaría su huida, y una punzada de pánico la atravesó. El río.

No obstante, no pudo pensar más: una mano le pellizcó la túnica, y trastabilló. Dejó escapar un grito y cayó. Pero no lo hizo sola. Rodaron pendiente abajo entre ramas y troncos y se detuvieron en una estrecha planicie que sobresalía unos metros sobre el caudaloso río. Entrelazados, el escudero forcejeaba con ella en un intento por inmovilizarla contra el suelo. Vio su rostro, sudoroso y arañado, el cabello revuelto y la mirada furiosa. Aquellos curiosos ojos plateados refulgían llameantes.

—¡Detente, maldita, o caeremos al río!

Jimena sintió cómo las fuerzas le flaqueaban. Su débil cuerpo comenzó a rendirse. Las lágrimas afloraron más abundantes y la pena la acometió en violentos sollozos. El muchacho la miró con compasión.

—Te prometo que no te pasará nada.

La jovencita se limpió con brusquedad las lágrimas con la manga y lo miró esperanzada.

—¿Y a mi madre?

Álvar compuso una expresión grave y clavó los ojos en los de ella.

—Será sometida a juicio. Y, por supuesto, tendrá que devolver el blasón. Si me dices dónde está, ten por seguro que la ayudarás.

Jimena recordó la noche anterior en un cobertizo destartado en el que su madre había enterrado en una esquina el misterioso saco que portaba colgado de la cintura. También recordó sus palabras:

—Pequeña, en este saco está nuestra salvación. No permitas que los monjes lo recuperen. El mundo ha de saber la verdad. Es un hermoso medallón, emblema de la Orden, pero en su interior se esconde un mapa. Un mapa que marca la ubicación exacta de un cofre lleno de legajos y de una reliquia traída de Tierra Santa, de la misma Jerusalén de Saladino. La información que contiene es de vital importancia: un completo giro a todo cuanto nos quieren hacer creer. Algo que la Iglesia ha intentado ocultar desde siempre y que desmiente gran parte de las Escrituras.

»Cariño, es un gran secreto que los templarios han estado escondiendo durante años. Y que yo llevaba tiempo buscando: un secreto por el que murió tu padre. Cuando todo se calme, regresaremos a buscarlo, pero, si algo me pasara, no vengas sola a buscarlo. Hay solo un hombre que puede ayudarte: Alonso Velasco. Vive en Trujillo; búscalo, pertenece a una sociedad secreta pagana, dile quién eres y guíalo hasta este cobertizo. Solo a él debes entregarle el blasón. A nadie más.

De nuevo el llanto le arrasó la mirada.

—De acuerdo —musitó con un hilo de voz.

El joven Álvar sonrió tranquilizador; se levantó con cuidado y le ofreció la mano. Jimena se puso en pie, le dedicó un amago de sonrisa y se sacudió la tierra y las

hojas de la ropa y del enmarañado cabello. Álvar la miraba pensativo pero satisfecho.

—Cuidaré de ti —susurró el muchacho.

Jimena se detuvo a mirarlo. Tuvo la impresión de estar ante un joven noble, de gran corazón, pero no se dejó engañar. Era escudero templario de la maldita Orden de Calatrava: era el enemigo. Y, de súbito, antes de que el muchacho pudiera siquiera imaginar sus planes. Giró con la velocidad de un rayo y saltó al vacío.

—¡No! —escuchó a su espalda.

Se zambulló en las revueltas aguas, a tan solo un palmo de un gran peñasco bordeado por la espumosa corriente. El río la llevó y la arrastró lejos de aquel lugar, de su madre, de cuanto conocía. Marchó entre zambullidas y brazadas luchando por respirar, por mantenerse a flote. Fue vapuleada por la corriente, tragaba agua que escupía, devolvía cada golpe con sus escuálidos brazos, peleó como una fiera hasta que el cansancio la venció. Una negrura opresiva se cernió sobre ella. ¡Madre!, pensó y se dejó arrastrar.

Álvar regresó al castillo envuelto en una congoja extraña. Ver a aquella hermosa niña lanzarse a una muerte segura le había oprimido el alma. Angustiado, todavía veía aquellos bellísimos ojos azules mirarlo con determinación. Una determinación que confundió con rendición. Recordó las últimas palabras que le había dirigido a la pequeña. Unas palabras que lo habían desconcertado incluso a él: “Cuidaré de ti”. Y tuvo que reconocer que lo habría hecho.

No supo el motivo, pero aquella muchachita lo había conmovido y había creado en él la necesidad de protegerla. Y ahora... Ahora su cuerpo era tragado por el río. La sensación de pérdida lo abrumó.

Cuando entró en la gran sala, el maestro de la Orden, don Nuño, estaba reunido con los más altos cargos de la hermandad. La mujer, retenida en el calabozo, no portaba encima el blasón ni parecía dispuesta a revelar su paradero. El nerviosismo de los hermanos podía palpase flotando, irreverente, entre aquellos gruesos muros. Todos clavaron los ojos en él con expectación en sus semblantes.

—¿Dónde está la niña? —inquirió fray Anselmo—. Con ella en nuestro poder, la mujer hablará.

Álvar negó con la cabeza. Su mirada translució la pena que sentía. Nadie en la sala supo el verdadero motivo; por el contrario, lo interpretaron como la confesión de su fracaso.

—Se lanzó al río en mitad de la persecución. Ha muerto —confirmó en un hilo de voz.

Los hermanos fruncieron el ceño. No vio ni una expresión entristecida, únicamente fastidio. Aquello lo irritó. Tanto hablar del amor de Dios, de la piedad y la compasión hacia el prójimo, y muerte de una niña no socavaba ni un ápice sus hipócritas corazones.

—No puede ser —intervino don Nuño—. Es primordial encontrar el blasón.

—Muchacho, ¿has encontrado el cuerpo? Puede que lo llevara oculto —alegó su señor, don Hernán.

Álvar tragó saliva. Empezó a preguntarse el porqué de tanta ansiedad por un simple medallón al que rendían culto. Cualquiera orfebre podría hacerles una copia y, a pesar de que se lo consideraba un amuleto y la batalla se respiraba próxima, eran el valor y una estrategia adecuada las únicas cosas que ayudarían a la victoria. Eso y la ayuda de Dios, claro.

—Caí sobre ella momentos antes de que se lanzara al río. Y no lo llevaba encima.

—¡Ordenaré que busquen el cuerpo y que rastreen las orillas; que levanten el lecho del río si es necesario, pero el blasón tiene que aparecer! —vociferó el gran maestro con el rostro desfigurado por el horror.

Fray Anselmo compuso una sonrisa maliciosa y dio un paso al frente.

—Sé cómo hacer hablar a la mujer —confesó.

Álvar sintió cómo se le secaba la garganta. Con seguridad pensaban torturarla más. Había visto su lastimado rostro y por primera vez miró a sus hermanos desde otra perspectiva. ¿Estaría él en el lugar correcto? ¿Era aquel el sitio en el que moraba Dios? ¿Todo estaba permitido bajo el amparo de la gracia de Nuestro Señor?

¿Realmente el Creador aprobaría cualquier método para defender la cruz? ¿Se podía promulgar una cosa desde el altar mayor y practicar otra?

—Tiene derecho a un juicio —interrumpió—. Le vi el rostro; sin duda, nuestro hermano Osorio se enajenó y la atacó. Todos conocemos sus excéntricas tendencias.

Lo miraron boquiabiertos, pero Álvar no se amilanó.

—La fe pierde sentido en una mente perturbada.

—¿Dudas de la fe de nuestro superior? —inquirió fray Enrique, el tesorero—. Osorio era el primero en levantarse y el último en acostarse. Se postraba durante horas bajo la cruz y se imponía los peores castigos. Cualquier pensamiento impuro era limpiado en acto de flagelación, y ayunaba durante más de tres lunas. Jamás le escuché un lamento, una queja, ni un reproche.

Don Hernán se adelantó y miró a su escudero con desaprobación.

—La mujer será sometida a juicio sumarísimo —comenzó—. Será juzgada por la Iglesia. Y, ante la premura a la que nos someten los infieles pertrechados a pocas millas de aquí, la única Iglesia habilitada para tal menester, sin duda, es la nuestra. Así, pues, será juzgada mañana al amanecer y ejecutada por los crímenes cometidos.

Álvar abrió la boca en mudo asombro. No había sido juzgada y ya tenía condena. Otra piedra en su particular arcón de las dudas.

—No irás a creer, muchacho insolente, que iba a quedar sin castigo, ¿no? Ha matado a un hombre de Dios, a tu hermano, ha robado el tesoro máspreciado de la congregación: un objeto venerado y bendecido por nuestro papa, Inocencio III. Les ha robado a nuestras tropas el apoyo y la fe tan requeridas en nuestra lucha contra el infiel, contra el enemigo de Cristo.

»En estos tiempos convulsos en los que la fe ha de ponerse a prueba con la espada y el valor, Belcebú manda a una mujer para minar de esta forma tan vil el aguerrido ánimo de nuestros combatientes. La enviada del diablo morirá, y ella elegirá su propia muerte. Rogaremos su confesión por la salvación de su alma perdida. Sí, rezaremos por su alma.

Y, sin más, se disgregaron entre susurros perniciosos y conversaciones soterradas. Álvar permaneció inmóvil con un regusto amargo y bilioso en su gahate, y un hueco enorme abierto en su alma, por el que se filtraba un viento helado que congelaba todas sus creencias, todas las horas de rezos, todo el fervor por el Creador. Pero, sobre todo, por sus compañeros de fe.

\* \* \*

El juicio se celebró antes del alba. Lo que presentaron ante la congregación no era una mujer, una asesina, una enviada del diablo; era tan solo un despojo, un cuerpo que apenas se mantenía en pie, hierático y tembloroso, sin expresión, sin conciencia, sin alma.

Álvar apartó la mirada. Era deleznablemente obvio que la tortura que había sufrido la noche anterior había sido más atroz, si cabía, que la primera. Su rostro, congestionado por los golpes, ni siquiera era reconocible como el de una mujer, apenas como el de un ser humano. Le resultaba increíble que permaneciera en pie. Iban a matar a alguien ya muerto; su mirada vacua así lo decía.

Álvar no rezó por el alma de aquella desdichada; rezó por la suya propia. Y, por primera vez, se sintió mezquino portando el hábito. Se le revolvió el estómago, y un



odio comenzó a madurar en su corazón. Tenía que hacer algo, pero ¿qué?

Escuchó los argumentos que la condenaban, las preguntas no contestadas e, incluso, las amenazas espeluznantes sobre la muerte que le aguardaría si no entregaba el blasón. Pero, al igual que él, los jueces y verdugos supieron que nada obtendrían ya de ella. Por último, y después de tanta diatriba, acordaron una muerte compasiva, según ellos. Sería colgada por el cuello en la plaza de armas para escarnio y desánimo de sus congéneres.

Álvar caminó cabizbajo tras sus hermanos rumbo a la plaza. Vio cómo la mujer era arrastrada hacia la plataforma de la que pendía la soga. Y también vio cómo negaba la ayuda del verdugo para subir los peldaños. Y, para sorpresa de todos, habló con una voz enérgica que resonó por todo el castillo.

—Yo, Alodia de Provenza, confieso que maté al hermano Osorio en defensa propia cuando agredía a mi hija. Fui torturada y violada por él no una vez, sino varias, y lo mataría mil veces más. Yo, Alodia de Provenza, me declaro culpable del robo del blasón como pago al robo de la verdad que tan celosamente han custodiado y temido. Y, desde aquí, en la antesala de mi muerte digo que ellos —señaló a la asombrada y empalidecida hilera de monjes entre los que se hallaba Álvar—: no son los mensajeros de Dios en la Tierra, ni siquiera predicán su palabra. Son unos farsantes avaros y crueles que se aprovechan de su condición para rendir a la gente a su voluntad mezquina, a su abominable ambición y...

No terminó.

El puño del verdugo la relegó al entarimado. Escupió sangre y se apoyó sobre las palmas de las manos. El verdugo la tomó cruelmente por el cabello pringoso de sangre e inmundicia, la alzó sin misericordia y le colocó la soga al cuello. Apretó el nudo con fuerza ante la exclamación ahogada de la mujer, que ya parecía buscar el aire con ansia, y miró a la plana de monjes en espera de la orden con total naturalidad. Don Nuño asintió sin vacilar, la boca se le había convertido en una fina línea casi azulada; la rabia le desfiguraba las facciones.

—¡Yo os maldigo! —vociferó de nuevo la rea—. ¡Que la plaga de infieles asole vuestras tierras, que el castillo y todos cuantos moran en él caigan en desgracia, que vuestros ritos oscuros salgan a la luz y Baphomet os lleve al infierno de donde no debisteis haber salido!

Álvar, con los ojos desorbitados ante la mención del ídolo secreto que el gran maestro mostraba solo en los ritos de iniciación y que él solo había podido vislumbrar cuando a escondidas se colaba en la sala de oficios, se quedó sin respiración. Miró a ambos lados para comprobar que sus hermanos estaban tan pálidos como él.

La muchedumbre congregada dejó de abuchear para mirarse confundida. Se hizo silencio; en ese preciso instante, el verdugo accionó el rudimentario mecanismo y el portalón se abrió bajo los pies de la condenada. Un solo grito apagado resonó entre la multitud.

Álvar desvió la vista de la pobre mujer que se retorció como un pez atrapado en la red. Se convulsionaba con movimientos espásticos y atroces, luchando hasta el último aliento. Y, entre las decenas de cabezas que se esforzaban por no perderse ni un instante de aquel siniestro espectáculo, una sombra en una esquina llamó su atención.

La figura llevaba un manto con capucha y, a su lado, la leal Mencia, una mujer

robusta, sirvienta del castillo, la sujetaba por los hombros. Unos hombros temblorosos. El muchacho se alzó de puntillas para atisbar mejor. Por el tamaño, dedujo que no era una mujer adulta y unos indomables rizos negros asomaron delatores por el capuchón. Cuando el cuerpo de la rea dejó de sacudirse, la figura encapuchada alzó el rostro. Las sombras ocultaban convenientemente sus facciones, pero el destello azul de sus grandes ojos asomó a la luz desvaída de la aurora.

Álvar contuvo la respiración. No tuvo ninguna duda: era ella. Dentro de él, el alivio le recorrió las venas como la relajante agua de un manantial al surcar los canales de una acequia. Y, como el agua, el frescor de aquel descubrimiento apagó el fuego que devoraba su alma atribulada.

Estaba viva.

Y, con ella, resurgió el deseo de protección. La sacaría de allí, la pondría a salvo, lejos de aquellos a quienes ya no consideraba hermanos. Con ese pensamiento grabado en la mente, se deslizó silenciosamente entre el gentío.

Jimena sintió una arcada convulsionarle el lastimado cuerpo. Ver a su madre laxa balancearse suavemente ya y comprender las torturas a las que había sido, una vez más, sometida fue demasiado para ella.

Tenía el cuerpo lleno de moretones; el río, piadoso, la había arrastrado hacia uno de sus meandros arenosos para devolverla a una vida que ya no quería. Cuando despertó en la orilla, un solo pensamiento la alentó a levantarse y a caminar a pesar del cansancio y el dolor que la sacudían: salvar a su madre.

No sabía cómo había logrado atravesar el páramo y entrar subrepticamente en el castillo, ni cómo había conseguido encontrar la cocina y caer desplomada justo a los pies de la buena de Mencia. Solo le había quedado fuerza y terquedad para convencer a la doncella de presenciar la ejecución. De despedir a su madre, aunque aquello supusiera quebrar su alma. Quiso morir con ella y, sin duda, lo habría hecho si no hubiera tenido un cometido, una razón que la mantendría con vida hasta que lo cumpliera. En realidad, eran dos: cumplir el último deseo de su madre, y su propia venganza.

Rezó al Cristo que su madre decía que anidaba en el interior de toda persona buena. Y no en el interior de las iglesias, ni en imágenes inventadas, ni en las palabras pronunciadas en un púlpito, ni en los versículos tergiversados de los apóstoles. Y pidió por el castigo de todos y cada uno de los hombres implicados en el sufrimiento de su familia. Ella se encargaría, sí, eso la mantendría con vida.

Se volvió cuando bajaban el cuerpo inerte de su madre y, como en trance, comenzó a acercarse a ella. Necesitaba tocarla por última vez, besar su mano, su rostro. Se desasíó de Mencia cuando intentó detenerla y aceleró el paso. Tenía que llegar hasta ella antes de que la subieran a la carreta.

Apartaba a empujones a la gente, debía darse prisa o no llegaría. La alcanzó justo cuando la zarandeaban para lanzarla al interior del carro. Rozó su mano, se arrodilló y la besó. El hombre que sujetaba el cuerpo por los brazos la miró extrañado. Jimena cerró los ojos y derramó lágrimas amargas, al tiempo que sentía cómo su corazón roto sangraba sin remisión. Con ella partía la inocencia, la despreocupación, el refugio, el calor maternal, los consejos, las enseñanzas, las miradas cómplices, las reprimendas suavizadas con besos, el hombro sobre el que llorar un golpe o una frustración, en definitiva, el amor incondicional e incomparable que solo puede brindar una madre. Con ella también partió la niña que fue y que pudo ser.

De repente una mano la tomó del brazo y la arrancó de allí. Jimena, aún sumida en el dolor no reaccionó a tiempo. Se vio arrastrada lejos de la plaza hacia una de las salidas abovedadas que se abrían sobre la muralla este.

—¡Soltadme! —exigió.

—Solo quiero ayudar. Si te reconocen, estarás perdida —susurró una voz masculina.

Alzó la vista y lo vio. Abrió los ojos desmesuradamente. Era él, su eterno perseguidor. Se debatió con fuerza, pero el muchacho la sujetaba con puños de hierro.

—¡Shh! Silencio —musitó—. No debemos llamar la atención. Voy a ayudarte a escapar.

Jimena lo escudriñó recelosa y, como el día anterior, sintió que podía confiar en él a pesar de que era uno de ellos. Pero ¿debía fiarse de su instinto?

—¿Por qué me ayudas? Eres uno de ellos.

El joven le dedicó una mirada paternalista que la convenció antes de responder.

—Lámalo piedad, justicia, altruismo. Solo sé que mi corazón me lo exige y tengo por costumbre obedecerlo.

—Pero eres monje —alegó como si esa sola condición fuera sinónimo de maldad.

Álvar sonrió y sacudió la cabeza.

—No todos los monjes somos iguales, por fortuna.

De forma impulsiva, alargó la mano y se limpió todo rastro de lágrimas de las mejillas.

—¿Tienes adónde ir? ¿Algún pariente que pueda acogerte?

La pequeña negó con la cabeza. Dudó de si decirle que pensaba ir a Trujillo; podía ser su perdición. El joven vio la duda impresa en la expresión de la niña.

—Puedes confiar en mí. Mi nombre es Álvar Villar de Honrubia, noble de la casa de Villadiego. ¿Tu cómo te llamas?

—Jimena de Castro.

Cobijado en la arcada de la puerta, miró a ambos lados, inquieto, y de nuevo a la niña.

—¿Tienes parentesco con la casa de Castro? ¿Eres familiar de El Castellano?

Ante la confusión de la jovencita, Álvar volvió a preguntar con inquietud.

—De Pedro Fernández de Castro —añadió.

—Mi padre se llamaba Fernando de Castro.

Álvar negó con la cabeza. No podía ser que aquella pequeña perteneciera a esa estirpe. Era un clan poderoso que poseía el infantado de León. El Castellano había roto sus vínculos de vasallaje con Alfonso VIII y se había unido a las huestes almohades como antaño había hecho su padre. Un traidor a su pueblo y a su religión.

—Es cuanto sé —murmuró aturdida.

—Pero sabes a dónde has de ir. Y, si quieres que te ayude a llegar a tu destino, necesito que confíes en mí. No voy a preguntarte si conoces la ubicación del blasón. Prefiero no saberlo; esa es la prueba de confianza que te ofrezco.

Jimena indagó en el gris de sus ojos y vio transparencia, sinceridad.

—He de llegar a Trujillo.

El muchacho la miró y frunció el ceño; su mirada se oscureció.

—El Castellano es el señor de Trujillo. ¿Tu madre te dijo que lo buscaras?

Negó con la cabeza, aunque ese nombre empezó a traerle recuerdos.

—No quieres hablar de ello, ¿verdad? —Chasqueó la lengua—. Está bien, no me digas nada. Te ayudaré a llegar a Trujillo. Yo no puedo abandonar ahora el castillo, pero conseguiré a alguien que te acompañe a tu destino.

En ese instante, la carreta con el maltrecho cuerpo de su madre pasó junto a ellos. Jimena sintió que las rodillas le flaqueaban. Álvar la tomó en brazos antes de que cayera al suelo.

—Esa ya no es tu madre, no la mires. Tu madre está aquí, a tu lado, sonriéndote.

Jimena escondió el rostro en su hombro y sollozó desconsolada. Abrazó con

fuerza al joven escudero y descargó su pena. Por su cabeza pasaron miles de recuerdos, de imágenes, de palabras, de sonrisas. Y cada uno de ellos se grabó a fuego en su mente. Él le acarició el cabello, la meció, le susurró palabras tiernas y le prodigó mimos y consuelo.

Finalmente, la pequeña lo miró. Álvaro le sostuvo la mirada y algo en él se removió; como una pieza que encajaba en algún lugar oculto y recóndito. Disponería todo para su marcha y, con toda seguridad, no volvería a verla. Y, a pesar de que ayudarla aplacaba un poco la inquietud que lo embargaba, verla desaparecer para siempre le oprimía el pecho. Sintió como si lo uniera a ella un vínculo extraño y fuerte que no podía comprender. Jimena pareció leerle los pensamientos.

—¿Volveremos a vernos?

Álvar recordó la batalla y supo que la muerte también lanzaría su guadaña contra él.

—No lo sé, el destino dispondrá.

Ella se arrebujo más contra él y musitó apenada:

—Gracias de corazón, Álvaro Villar de Honrubia, de la casa de Villadiego; nunca te olvidaré.

Él esbozó una sonrisa. No era una niña corriente.

—Ni yo, Jimena de Castro, de la casa de Castro; que Dios guíe tus pasos.

La muchacha lo miró con gravedad y negó con la cabeza.

—No, a partir de hoy, solo los guiaré yo.

Álvar vio una determinación apabullante en la azulada mirada de la niña, un coraje inaudito y una inteligencia prodigiosa. Dios había dejado escapar de su redil un alma valiosa; rezó para que el diablo no aprovechara la oportunidad.

La escondió en un almacén, a la espera de que cayera la noche. Convenció a unos mercaderes que huían de la batalla para que la llevaran a Trujillo a cambio de una buena bolsa repleta de maravedíes de plata. Y consiguió que la leal Mencia la acompañara en lo que el destino le deparara.

La luna presidía el cielo como un gran orbe mágico y nacarado que alejaba las sombras y azulaba el ondulado relieve de los campos de Calatrava, plenos de encinas, pinos, alamedas. De páramos y colinas, de llanuras labradas y campos de trigo. Álvaro contempló el paisaje meditabundo y apenado. La carreta traqueteaba por el plateado sendero, removía el polvo del camino a su paso. Jimena partía y, por aquel inexplicable y profundo vínculo, parte de él marchó con ella. Miró al cielo estrellado, a la luna, y pidió por ella. Y por volver a verla. Aquella necesidad surgió de improviso y se arraigó en él. La luna le contestó.

Despuntó el alba y, con ella, el horror. Las tropas almohades se dispusieron en formación alrededor de la colina denominada “La Cabeza”. Las fuerzas cristianas disponían de dos regimientos de caballería pesada formadas por cerca de unos diez mil hombres al mando de don Diego López de Haro y sus tropas. Era seguida por la segunda línea, regida por el propio Alfonso VIII con su caballería e infantería. Pero, a pesar de la multitudinaria milicia reunida para el combate, las tropas cristianas palidecían ante lo que tenían en frente.

En la vanguardia almohade se encontraban las temibles tropas de voluntarios como ya había predicho don Hernán, los arrojados benimerines, alárabes, algazaces, y ballesteros: unidades básicas y muy maniobrables. Tras ellos, Abu Yahya, el visir, y los henteta, las tropas de élite. En los flancos, la caballería ligera equipada con arco; y en la retaguardia, el propio califa, Abu Yasub, con su guardia personal: la fuerte y poderosa Guardia Negra.

La cantidad de estandartes y pendones, escudos y ropajes musulmanes plagaron de color la extensa llanura y se perdían, innumerables, en lontananza. El califa había previamente enardecido los corazones de sus combatientes con suras coránicas que fueron vitoreados por los cientos de miles de almas de Alá. Sobre la colina, el visir ondeaba el estandarte del califa, y las cabilas henteta aullaban para animar a las huestes moriscas.

Ante los asombrados mandos cristianos, las tropas árabes se dividieron. La poderosa vanguardia al mando del visir comenzó a enviar en línea sus milicias de voluntarios: los guzz y los zenetas. Álvaro no tuvo ninguna duda de la masacre de la que serían objeto. Alfonso VIII de Castilla se guardó muy bien sus dudas e imprimió en su expresión regia una satisfacción que no sentía. El gran maestre templario de la Orden de Santiago, don Sancho, montado en su enorme alazán castaño, con el hábito de su congregación, cota de malla y armadura plateada, alzó con un grito de guerra un enorme crucifijo que sostenía en una mano.

—¡Los enemigos de la cruz piden vuestra sangre, también Cristo la pide, y la daréis por él!

Las huestes vociferaron al unísono. Don Sancho continuó el discurso con renovado fervor.

—¡No temáis a la muerte, pues Dios os acogerá con los brazos abiertos y el corazón lleno de orgullo! Luchad como demonios por la salvación del único y verdadero Mesías. No permitáis que el infiel conquiste las tierras de vuestros ancestros, que viole a vuestras mujeres y mate a vuestros hijos. ¡Pelead sabiendo que la muerte es la recompensa, que entregáis vuestra alma a Cristo, y que vuestros pecados serán limpiados con sangre y valor!

—¡Por Cristo y por el rey! —rugieron entusiasmados.

Y, así, se ordenó el avance de los caballeros castellanos.

Álvar cabalgaba junto a su señor en su ligero corcel, espada en mano. Don

Hernán se abría paso ataviado con yelmo, gorjal, hombreras unidas a sus guardabrazos, brazales, codales y guanteletes. Sus quijotes para las piernas, rodilleras, grebas y escarpines resultaban imponentes. Pero, a pesar de que su caballo, también protegido con coraza, era un caballo de batalla grande y robusto, el peso extra de ambos ralentizaba la marcha y agotaba a la montura. Álvaro descubrió que tanta protección impedía, además, la movilidad frente a la agilidad del jinete musulmán.

Los moros vestían ropa ligera, más acorde con el implacable sol de Castilla: monturas pequeñas y rápidas, y un hábil manejo del arco. Conseguían con facilidad rodearlos por los flancos para arrojarles saetas y lanzarles ataques cortos y certeros. Esa estrategia fue desgastando a la caballería cristiana, que comenzó a agotarse. Las bajas comenzaron a sucederse a su alrededor. Los pesados mandobles de la caballería sesgaban miembros por doquier: brazos, piernas, cabezas. La sangre, espesa y oscura, manaba incesante.

Hombres y caballos caían heridos o muertos sobre la llanura para ser pisoteados por cascos de caballos enfurecidos que relinchaban al son de la batalla. Gritos de dolor, alaridos de furia, órdenes confusas, sonidos de cuernos y trompetas, y el abrasador sol de la mañana sobre sus cabezas sumaban cansancio y restaban esperanza. Pero el empuje cristiano logró romper la vanguardia: Álvaro oyó gritar un mensaje alentador que se transmitió de voz a voz: “¡Ha muerto el visir Abu Yahya!”. Aquello envalentonó a los caballeros, que arremetieron belicosos contra el infiel.

Álvar esquivó ataques y atendió a su señor. De repente, un arquero almohade disparó una flecha contra él, que le atravesó el hombro. No lo pensó: se agachó sobre la montura, empuñó con fuerza la espada y cargó contra el enemigo. Ni siquiera fue consciente del dolor. En un rápido movimiento, clavó la espada en el jinete bereber y continuó la carga.

—¡Álvar, a mí! —le gritó su señor.

Antes de regresar se incorporó, sujetó la base de la flecha hundida en su carne y partió el tronco leñoso con la otra mano. Don Hernán lo miró con franca admiración.

—¡Muchacho, serás un gran caballero si sales de esta! Pero ahora eres mi escudero, así que asísteme, maldito. Esos condenados moros brotan por todas partes, como un mal sarpullido.

—Y además tienen tropas de repuesto —informó.

—¡No me alegres más el día, rufián! Sé de sobra cómo acabará esta batalla.

—¡A la carga! —rugió.

Y fueron envueltos por hordas enemigas que acudieron en masa para suplantar a los caídos. Lucharon enfebrecidos para esquivar a la muerte una y otra vez. Se unieron a las agotadas tropas de don Diego, que jadeaba exhausto al igual que sus comandantes.

—La caballería ligera nos ha rodeado —comenzó—. El grueso de nuestro ejército ha caído; esta batalla será una carnicería. He logrado convencer al rey para que parta a Toledo antes de que lo apresen. Hemos de retirarnos y aceptar la derrota. Nuestra única salida es atrincherarnos en el castillo.

Y, bajo el ardiente sol del mediodía, comenzaron la retirada. Las huestes musulmanas saboreaban ya la victoria; más frescas, numerosas y organizadas se adelantaron. Álvaro, integrado al grupo de don Diego, cabalgó contra el viento mientras

esquivaba lanzas y jabalinas.

La batalla, ya sin mando cristiano, se convirtió en una confusa y encarnizada refriega. Los *conrois*, formaciones básicas de un grupo de caballeros que peleaban junto a un mismo pendón, se disolvieron en una maraña de hombres desesperados que espoleaban sus monturas para lograr alcanzar el refugio del castillo.

En torno a Álvar caían hombres atravesados por jabalinas. Cerró los ojos y se agachó cuando pudo en su silla. Unos grandes ojos azules le asomaron a la mente. Volvería a verla, la luna no mentía.

Lograron entrar en el castillo, a pesar de encontrar la entrada abarrotada, congestionada por multitud de soldados que huían de la muerte. Las tropas de reemplazo del califa se cobraban bajas cristianas, quienes, apiñados contra los muros del castillo, intentaban entrar sumidos en el pánico y la desesperación. Fue una carnicería: la derrota más humillante y aplastante que jamás sufrió ningún ejército. Una derrota que nunca olvidarían.

\* \* \*

El castillo fue cercado. Se escuchaban las risas y las bromas jocosas en árabe que los victoriosos clamaban junto a las murallas. Centenares de coloridas tiendas punteaban los campos de Alarcos. Fogatas y canciones acompañadas por las vibrantes cuerdas de los laúdes, el golpeteo rítmico del *darbuka* y el *bendir*, el silbido melodioso del *ney* y las voces de los juglares flotaban en la noche. La celebración del vencedor resaltaba la humillación del vencido.

El interior de la fortaleza era un caos: una pesadilla de gemidos doloridos, lamentos y rezos. Los gentilhombres se reunían para acordar una rendición. No obstante, Alvar supo que la gran mayoría de los supervivientes se convertirían en esclavos. Vida a cambio de libertad; no era posible otro trato. No tenían nada con qué negociar. Y así fue. Un hombre, aliado del califa, negoció la rendición intercediendo por la liberación de don Diego López de Haro, el senescal de Castilla y señor de Vizcaya. Don Pedro Fernández de Castro, El Castellano, había traído de nuevo a su mente aquellos mágicos ojos que no se le apartaban de la mente.

Don Diego debía elegir a doce de sus combatientes para regalarles la libertad. A cambio entregaría los rehenes capturados y dejaría atrás a casi cinco mil almas condenadas a la esclavitud. Entre ellas, la de Alvar.



Álvar cabalgaba junto al maestre de Calatrava, Ruy Díaz de Yanguas, un hombre aguerrido y reservado, para recoger el documento por el que Alfonso IX de León concedía a la Orden del Temple el castillo de Ponferrada. Y junto a él cabalgaba su inseparable hermano de armas, caballero cómo él, Martín Núñez de Mesas. Habían luchado juntos en la Cuarta Cruzada.

Hacía ya siete años de aquello, pero nunca olvidaría aquella época de su vida, como tampoco olvidaría su época de esclavo. Habían sido tan solo dos años hasta que el anterior maestre, don Martín Martínez, aconsejado por su otrora señor, don Hernán, compró su libertad; en ese tiempo miserable había trabajado como una bestia de carga y había sufrido los desmanes de su amo con innumerables castigos físicos. Había soportado la humillación constante cuando rezaba bajo una tosca cruz que fabricaba tercamente cada día, a pesar de que se la terminaban rompiendo contra la espalda, pues su fe había crecido con el paso del tiempo; su fe en Dios, más no en el hombre.

Con la libertad llegó el entrenamiento, duro y brutal, pero de dulces frutos. Fue investido caballero de la Orden de Calatrava y admitido en el cerrado círculo del Temple oculto. Muy pocos llegaban incluso a conocer su existencia. Luego llegó la Cruzada. Había embarcado en Venecia rumbo a Zara, que, a pesar de estar protegida por el Papa, había sido arrasada por los cruzados en busca de un botín que pagara la deuda adquirida con los venecianos. De allí partieron hacia Constantinopla.

Llegaron el 24 de junio de 1203, tras unas breves negociaciones, atacaron a los bizantinos y tomaron la ciudad. Fue un ataque combinado: por mar, la flota veneciana, y por tierra, las tropas de los francos al mando de Simón de Monfort. El enfrentamiento fue sangriento y atroz. Tras una larga deposición de reyes, el último, Alejo V, puso a los cruzados contra la pared para hostigarlos. No podían quedarse, ni tenían medios para partir, ni recibieron lo convenido. Acorralados, hicieron lo único que sabían hacer. Un pequeño grupo de cruzados, entre los que se encontraban Álvar y su amigo Martín, comandados por un sacerdote, Aleaunes de Clarí, abrieron una pequeña brecha en la muralla por la que penetraron igual que un ciclón.

La batalla fue encarnizada, una hazaña que los catapultó cómo héroes en la Cruzada. La ciudad se rindió al jefe cruzado, Bonifacio de Montferrat. El emperador huyó y, ante ellos, se abrió el tesoro más grande que habían visto sus ojos: palacios fastuosos, espléndidas iglesias, hermosas villas, obras de arte, joyas, oro, estatuas colosales como la de la diosa Hera, cuya cabeza tuvo que ser arrastrada por un carro con cuatro bueyes. Pero la pieza más significativa que partió rumbo a Venecia había sido, sin duda, *La cuadriga*: una escultura con cuatro caballos de bronce que arrancaron de la entrada del hipódromo bizantino.

Regresaron con innumerables riquezas, reliquias sagradas, con el deber cumplido y dejaron tras de sí devastación y muerte. Después fueron de un lugar a otro para defender los territorios de la Orden de Calatrava del asedio infiel. Los herejes se habían empeñado en tomar el castillo de Salvatierra, único enclave cristiano de la zona

y pieza importante de la Orden, pues en sus subterráneos guardaban cantidad de tesoros bizantinos y secretos comprometedores de la congregación. Era primordial mantenerlo intacto.

Llegaron al anochecer. Álvar cenó en la sala principal con sus iguales y ya se retiraba a sus aposentos cuando el maestro lo mandó llamar.

—El rey nos concedió la propiedad del castillo de Salvatierra y de la villa con todos sus fueros para mantenerla a salvo del infiel. Ahora hemos de demostrarle que no erró al confiar en nosotros.

El poder de la Orden estaba en auge; Álvar sonrió.

—No obstante, el peligro se cierne sobre esa plaza —continuó Ruy—. Los almohades han tomado el castillo de Dueñas, cuatrocientos de nuestros hermanos han perecido enfrentando al opresor cuando se dirigían a sitiar Salvatierra; he escuchado que el califa al-Nasir marcha hacia allí con refuerzos para intentar un nuevo asalto. Habréis de partir de inmediato.

—Los rechazaremos, no perderemos el único bastión cristiano, os lo aseguro —aseveró el muchacho.

El maestro asintió satisfecho ante la firmeza del caballero.

—Un nuevo noble reside allí: Guillén de Montcada. Se ha instalado hace poco junto a su esposa, una mujer complicada, tengo entendido. Acabo de recibir una misiva suya en la que pedía nuestra ayuda.

—Partiremos al alba.

Ya se retiraba cuando una pregunta lo asaltó.

—¿Por qué decís que su mujer es complicada?

—Dicen de ella que es endiabladamente hermosa, coqueta y manipuladora. Una mujer astuta, rebelde y peligrosa.

—Pero es deber del esposo conseguir su obediencia y sumisión —objetó Álvar.

—Su marido es un pusilánime, por eso lo elegí para que ocupara el castillo. Un hombre dócil que pudiera manejar a mi antojo. No imaginaba que sería su mujer la fuente de los problemas.

—¿Y qué se pretende de mí?

Don Ruy sonrió ante la sagacidad del caballero.

—Que repelas a los moros, por supuesto, y que controles las mañas de nuestra señora.

El joven cerró los ojos, desconfiado.

—¿Por qué yo?

—Porque tú, mi querido amigo, eres el yugo de los infieles: un hombre curtido, templado y con carácter. Y porque no se te conoce inclinación alguna por las féminas y créeme si te digo que esta hembra no ha encontrado rival.

—Yo cumplo a rajatabla los votos, maese Ruy. Por algo me ordené templario —refunfuñó.

—No te molestes, Álvar; tú y yo sabemos que ciertos votos son más difíciles de cumplir que otros. Y que, en algunos casos, Dios hace la vista gorda, pues igual que damos la vida por él, obtenemos su perdón por alguna que otra flaqueza.

Sí, Álvar conocía de sobra esas flaquezas: había sorprendido a demasiados monjes en concubinato con cualquier doncella dispuesta. En el campo de batalla, las

prostitutas aligeraban la angustia previa al combate y el alivio posterior a él.

Él mismo había sido acosado por la llamada de la carne indefinidas veces; había encontrado alivio en el combate, en los baños nocturnos en el río y, en contadas ocasiones, había pecado al provocarse su propia satisfacción. Tan solo yació con una mujer, una dama bizantina que lo había sorprendido borracho de gloria y de vino. Una mujer que lo había asaltado y contra la que no había encontrado defensa. Después de aquello se prometió no volver a caer en la lujuria y lo había cumplido.

—Acepto el cometido —murmuró con tranquilidad.

—Bien, quiero ser informado de todo cuanto suceda. Y, un consejo, si me lo permites.

Álvar asintió.

—No subestimes al enemigo.

—Conozco de sobra sus tretas —contestó con altanería. El maestre lo miró con gravedad; un extraño brillo divertido asomó a sus ojos.

—No me refería a los moros.

Horas más tarde, Álvar se revolvía en el lecho sin encontrar solaz. El sueño lo eludía. Se levantó nervioso, se vistió y decidió esperar al alba junto a la ventana. Apoyado en el grueso muro de piedra contempló la luna. Imponente y majestuosa, recortada en un cielo oscuro, tan solo agrisado por espesas nubes rezagadas. Otra noche y otra luna acudieron a su memoria. Y con ellas, un rostro juvenil. Habían pasado dieciséis años y recordaba cada instante con nitidez. ¿Qué sería de Jimena de Castro?

Jimena refunfuñó molesta, pero casi al instante sonrió melosa.

—Es solo un inocente paseo por los alrededores —insistió—. Pueden escoltarme tus hombres si lo deseas; el castillo tiene protección de sobra.

Su esposo la miró irritado.

—He dicho que no: los almohades nos acechan; he mandado venir a los templarios para que nos amparen. Y no pienso dejar que mi esposa campee plácidamente fuera del castillo. Es una temeridad.

La muchacha se acercó despacio al tiempo que le prodigaba miradas almibaradas. Finalmente se apoyó en su hombro y le mordisqueó juguetona el lóbulo de la oreja.

—Guillén, mi adorado Guillén... mmm... Sabré recompensarte, lo prometo.

El aludido cerró los ojos y cayó una vez más bajo el influjo de sus artes.

—Te aprovechas de mí, mujer. Me obnubilas con tu hechizo —se quejó.

Jimena besó los labios del esposo y se los mordisqueó ligeramente.

—Prometo que no me separaré de la muralla exterior. Necesito cabalgar, sentir el viento en el rostro. Este confinamiento va a acabar con mi cordura.

Guillén de Montcada, sabedor de su derrota, claudicó con una advertencia.

—Te escoltarán dos de mis mejores hombres y serás vigilada desde las atalayas.

Si osas...

Jimena lo abrazó con fuerza. Con el rostro escondido en su hombro sonrió satisfecha. Una vez más, conseguía cuanto se proponía.

—Ya lo prometí, no me alejaré.

Y, rauda como el viento, corrió fuera del salón hacia las caballerizas. Tenía un cometido que debía ejecutar sin levantar sospechas. Hasta el momento, todo había ido a la perfección. Escudada en su papel de dama voluble y caprichosa, había logrado contactar al comandante almohade, Yarmun ibn Riyah para planear la toma del castillo. Ahora debía avisar de la llegada de los templarios. Solo se le ocurrió una forma: cabalgaría alrededor del castillo y, en el recodo en el que había acordado emitir señales, elevaría un pañuelo blanco con una cruz roja que había bordado días atrás y que llevaba oculto en el escote.

Desde el desastre de Alarcos, la cruz negra de Calatrava se había convertido en roja en honor a los caídos, y cada una de las cuatro terminaciones de la cruz se alargaba en una hermosa flor de lis, lo que la convertía en un emblema único.

Jimena apresuró al mozo y montó su palafrén blanco sin pérdida de tiempo. El muchacho la miró con fijeza, con clara admiración. Ella estaba más que acostumbrada a miradas como aquella: los hombres caían rendidos a sus pies, dando tiempo a su ingenio a someterlos a su voluntad. Una voluntad nada desinteresada, por cierto.

Al cabo llegaron sus guardianes, pero no aguardó a que la alcanzaran: tenía que ganar algo de terreno para poder sacar el pañuelo de entre sus senos. Cruzó los dobles portales como una centella. Podía imaginar a sus escoltas tras ella despoticar enfurecidos. Que la atraparan si podían, era rápida, mucho más veloz que ellos y tenía

una misión que cumplir. Dobló en el primer recodo de la muralla y arreó a su montura. Ya casi llegaba al segundo cuando un trote, pesado y rápido, ganó terrero. No se detuvo a mirar. Sacó el pañuelo de un solo movimiento y lo alzó. Lo sostuvo un rato y luego lo soltó.

En ese preciso instante, un caballo de batalla negro como la noche se puso a su altura. Jimena se asustó y arreó nuevamente al palafrén. Una mano le arrebató las riendas y el control. El corcel frenó, y el cuerpo de Jimena se sacudió incontrolado hacia delante. Unos brazos la detuvieron justo cuando caía. Se revolvió furiosa y golpeó al enorme jinete que la sostenía, y consiguió que los dos cayeran de sus monturas. Para su desgracia, el hombre se desplomó sobre ella. Ahogó un gemido, abrió los ojos y lo miró. Una intrigante y asombrada mirada como la plata bruñida la taladró. El apuesto rostro de un hombre, trajo un recuerdo a su mente. ¿Era posible que fuese él?

—¡Tú! —susurró él.

Jimena lo recorrió impávida con los ojos. Su cabello estaba demasiado largo, oscuro y descuidado. Sus pómulos, más marcados, así como la cuadrada línea del mentón. La boca ancha, de labios delgados, la barbilla acentuada con un hoyuelo travieso que aparecía y desaparecía a su antojo. Frente ancha y cejas pronunciadas, nariz recta y unos ojos inconfundibles, de un gris claro y perlado: ojos de gato. Era él.

—¿Álvar? —inquirió a pesar de conocer la respuesta.

El hombre asintió, falto de palabras. No dejaba de mirarla anonadado. Consciente de su influjo y habituada a la seducción, le dedicó una sonrisa arrebatadora. Alzó las caderas, incómoda, y se removió bajo el pesado cuerpo del caballero que parecía haberse convertido en estatua de sal.

—Me encantaría conversar contigo en una posición más cómoda si acaso fuera posible —musitó irritada.

Él pareció reaccionar de golpe y se incorporó de un salto como si el contacto con la muchacha lo hubiese quemado. Ni siquiera la ayudó a levantarse. Jimena se sacudió la túnica azul que llevaba y lo miró con el ceño fruncido. Tuvo que levantar la vista para sostenerle la mirada. Era alto, sorprendentemente alto, e increíblemente fuerte. Era notable cuánto había cambiado, y para mejor, pues su apostura cortaba la respiración. Solo una cosa seguía igual: era un monje templario; un detalle horrible, en su opinión. Llevaba una túnica blanca con la cruz de Calatrava en el pecho sobre una cota de malla. Un cinturón ancho y cruzado de piel enmarcaba una cintura angosta, y unas calzas negras ajustaban unas piernas musculadas. Resultaba temible y desprendía una fuerza apabullante. Todo un guerrero curtido en la batalla y, quizá, en otras lides. Ese pensamiento la asombró y acaloró al mismo tiempo. Sintió que enrojecía y aquella sensación sí era nueva para ella. Compuso una mueca indiferente y volvió a hablar.

—¿Puede saberse por qué me has asaltado?

—No he hecho tal cosa —se defendió él.

Su voz grave y melodiosa la acarició.

—¿Ah, no? Pues lo parecía.

Álvar negó con la cabeza con expresión sombría.

—Pensaba que tu caballo se había desbocado; nunca vi a una mujer cabalgar tan imprudentemente. Jimena frunció el ceño y colocó ambas manos en la cintura.

—Controlaba perfectamente a mi corcel, hasta que irrumpiste —lo regañó.

Y, al atusarse el cabello, se percató de que no llevaba tocado. Su rebelde melena rizada le acariciaba la cintura y lucía más alborotada por la caída. Giró y dejó al guerrero todavía anonadado; luego, se encaramó grácilmente a su palafrén.

—Jimena de Castro —pronunció él.

Ella, esta vez, lo miró desde arriba, con arrogancia.

—Ya no.

Y partió de regreso al castillo.

\* \* \*

Álvar quedó ahí, petrificado. Se sentía como un chiquillo tembloroso e inseguro. La impresión de haberla visto le había barrido las defensas y le había sacudido cada rincón del cuerpo con confusas emociones.

Era ella, la niña, ya toda una mujer. Una mujer increíble, audaz, hermosa y sensual. Todavía sentía los estragos que le había provocado en los sentidos. El solo hecho de haber alzado las caderas para apartarlo había despertado su cuerpo traidor con una aguda punzada de deseo. Y, cuando miró aquellos labios llenos y perfilados, rojos como una fresa madura, deseó perderse en ellos, saborearlos hasta la locura. Era peligrosa, deliciosamente peligrosa.

Cerró los ojos para recuperar la compostura, respiró hondo y sacudió la cabeza para apartar de su mente aquellos bellísimos ojos grandes y seductores de un azul intenso, adornados por largas pestañas oscuras. Nunca una mujer lo había impactado tanto. Montó su alazán y reparó en el pañuelo que ella había soltado en su alocada carrera. Lo tomó del suelo y, asombrado, descubrió el emblema de su Orden. Pensó en lo curioso de su comportamiento. Aquella mujer había ondeado aquel paño al viento y lo había soltado a propósito. ¿Con qué fin? Desconcertado, regresó al castillo para unirse a sus hombres en el portalón de entrada. Martín lo miró con una sonrisa curiosa.

—Nunca había visto esa expresión en tu rostro.

—Guarda tus comentarios para quien le interesen —rezongó Álvar molesto.

Martín soltó una risotada y sacudió la cabeza con expresión complacida.

—Me temo que la dama no agradeció tu ayuda. Me pareció comprobar que es una gran amazona.

Álvar le dirigió una mirada admonitoria.

—Además de una belleza deslumbrante —añadió.

Recibió un gruñido por respuesta que le arrancó otra carcajada. Martín dejó de reír cuando vio el semblante sombrío de Álvar. Entraron a la fortaleza seguidos de sus combatientes. Cincuenta monjes guerreros que portaban estandartes y una cruz de acero que enarbolaban en todas las batallas. Acamparon en el patio de armas y se adueñaron de casi toda la propiedad, a excepción de la torre del homenaje en la que vivía el señor del castillo.

La fortaleza se erguía orgullosa sobre una escarpada colina rocosa y se dividía en cinco niveles independientes a distintas alturas, lo que convertía a la fortaleza en un enclave inexpugnable. En el primero, en el recinto inferior, amurallado por gruesos muros de hormigón romano y *tabiya* musulmana, se encontraba la aldea. En el segundo recinto del frente oeste, a un nivel superior, se encontraba el patio de armas,

los almacenes y un cuartel; el tercer recinto del frente este, torreones y otro cuartel de mayores dimensiones. En el cuarto se encontraba el recinto principal, con acceso a las cámaras subterráneas y al aljibe. Y, por último, el lugar más fortificado, la torre del homenaje.

Álvar conocía ya el castillo por haber participado en su recuperación y sabía que era un lugar reforzado por ambos bandos, lo que lo convertía en una plaza difícil de conquistar. Era utilizado como observatorio militar por estar situado en un punto estratégico de comunicación; era el acceso de las tropas cristianas hacia al-Andalus. Tras la derrota de Alarcos, los reinos cristianos, más unidos y organizados que nunca, saboreaban la reconquista.

Salvatierra debía permanecer en sus manos para facilitar la invasión a las taifas. Habían sido invitados a cenar esa noche en la gran sala junto a sus caballeros. Álvar aguardaba sentado al lado de sus hombres la llegada de los señores. El estómago le rugía hambriento ante la opulencia de los manjares que los tentaban desde bandejas de plata y cuencos de barro. Todo un despliegue de destreza culinaria plasmada en faisanes, jabalíes, parcos de río, frutas aderezadas con salsas exquisitas y hogazas de pan humeante y aromático. Pensó en lo insensato de aquel festín, pues permanecían a expensas de un posible asedio y, si así fuera, las provisiones serían decisivas para sobrevivirlo.

Sus hombres bromeaban, conversaban a los gritos y brindaban con vino y aguardiente. De repente, se hizo el silencio: en la gran arcada central, dos figuras avanzaron ceremoniosas hacia ellos. Nadie se fijó en el hombre. Jimena sonrió a sus invitados y los dejó sin palabras. Brillaba.

Llevaba un hermoso vestido blanco y dorado que ceñía sus exuberantes formas. Aquel cuerpo flacucho se había convertido en el sueño de cualquier hombre. Caderas redondeadas, vientre plano, cintura estrecha, pechos generosos y altivos. Y, para remarcar el conjunto, el rostro de un ángel travieso. Su tez blanca, tersa e inmaculada era el fondo perfecto donde destacaban unas facciones delicadas, en las que resaltaban aquellos ojos azules de hechicera, una nariz pequeña y orgullosa, pómulos altos y unos labios plenos, hechos para besar. Llevaba la espesa melena azabache recogida en la coronilla, sujetada por un prendedor dorado del que escapaban largos rizos que caían alrededor de su rostro y sobre sus hombros.

Escuchó cómo los hombres dejaban escapar exclamaciones de asombro. Incluso algunas toses de los que se habían atragantado con la bebida.

—Es como asistir al advenimiento de un ángel —musitó Bernardo, otro caballero de la Orden.

—No blasfeméis —lo increpó Álvar, cada vez más irritado—; tan solo es una mujer.

El esposo carraspeó para atraer la atención sobre él. No pareció molesto por la impresión que causaba su esposa, al contrario, parecía orgulloso. Era un hombre alto, desgarrado y enjuto, de nariz aguileña y ojos pequeños y hundidos. Se notaba claramente su ascendencia normanda: tenía el cabello rubio claro cortado a tazón, tez blanquecina y ojos verdes.

—Caballeros —comenzó—, es un honor para mi esposa y para mí compartir esta cena con hombres que tanta gloria alcanzaron en las Cruzadas como azote del infiel.

Vuestras hazañas ya las gestan trovadores por toda la Castilla cristiana.

Los hombres se levantaron e inclinaron sus cabezas en señal de respeto. Los anfitriones tomaron su lugar en la mesa. Unos ojos curiosos se clavaron en los suyos. No apartó la mirada. Ni siquiera lo intentó. Álvaro estaba subyugado por ella, pero al menos esa condición logró disimularla para reemplazarla por fría indiferencia. Jimena le sonrió, él permaneció impassible e hizo uso de un autocontrol forjado con los años. Ella lo miró ceñuda, no estaba acostumbrada a recibir desplantes. Él consiguió dirigir su mirada al plato y sonrió para sus adentros. Comió con actitud huraña mientras escuchaba conversaciones triviales y observaba molesto la atención que Jimena recibía de todos los varones de la sala.

Ella coqueteaba sin pudor alguno: aleteaba sus largas pestañas, sonreía ante comentarios jocosos y atrevidos, se acomodaba el hermoso cabello bruno sobre el opulento escote. Parecía no tener límite. El despliegue de encantos que prodigaba tan hábilmente para engatusar a los comensales puso a Álvaro al borde del acceso de furia e impotencia más intenso que había sentido nunca. Miró reprobador al esposo y se preguntó cómo diantres no ponía fin a la conducta licenciosa de su mujer. Él mismo había sentido el impulso de ponerla sobre sus rodillas y azotarla. ¿Acaso no la amaba? Y, si era así, ¿por qué no se mostraba celoso? Y, lo que era peor, ¿era tan obtuso de no ver que mancillaba su honor y su estirpe con semejante comportamiento?

Álvar despreciaba a los hombres sin honor, sin dignidad, a los débiles de carácter. Pues solían ser los más peligrosos e impredecibles. ¿Sería Guillén de Montcada un hombre así o solo lo aparentaba? En ese instante, otro caballero entró en la sala. Era el capitán de la guardia, un hombre apuesto y gallardo que clavó significativamente la mirada en su señora. Inclino la cabeza con cortesía y tomó asiento junto a ella. Acto seguido, le susurró algo y ambos sonrieron cómplices. Aquella demostración de complicidad a punto estuvo de provocar que Álvaro se levantara de su asiento para sacudir a su ciego anfitrión.

Entonces recordó las últimas palabras de Jimena repudiando a su Dios, y el pensamiento que lo asaltó entonces. Por desgracia se había cumplido. Ella era ahora una mujer perdida, sin fe, ni principios: un alma errante en el sendero oscuro del mal. Un alma que él reconduciría. Aquella era en realidad su misión. Recuperarla para su Dios si eso aún era posible. Supo que, para lograrlo, no solo tendría que enfrentarse a la conducta de una mujer impúdica y descreída, sino también a sí mismo. A lo que le hacía sentir. Pero su fe era poderosa y sus principios inamovibles. Había superado peores trances, y ese no sería diferente. Solo una duda lo asaltó: ¿hasta dónde sería capaz de descender por ella para subirla de nuevo?

La miró con detenimiento para comprobar, aterrado, cuán bajo había caído ella. Rezó para que no fuera demasiado tarde. Salvó su vida una vez, ahora salvaría su alma. Y, con ese convencimiento, terminó de cenar y se retiró a sus aposentos: necesitaba templar su alma y endurecer los sentidos. El camino que emprendería requeriría de su mayor autocontrol; pero no lo haría solo, Dios estaría con él.



Jimena oteó el largo corredor para comprobar que estuviera despejado. Buscaba, desde el primer día, una abertura, una brecha, un tirador, un anclaje, un mecanismo, lo que demonios fuera que la condujera a los pisos subterráneos de la fortaleza. Tenía la certeza de que allí se escondían los tesoros templarios o, al menos, una parte de ellos. Pero no era oro y riqueza lo que ella buscaba. Eran pruebas.

Se decía que habían desvalijado Constantinopla y que, en los panteones de la ciudad, se había encontrado un arcón repleto de legajos, códices antiquísimos y una parte fundamental de las escrituras; parte que, por cierto, no pensaban revelar. Y ese secreto que tan celosamente guardaban la carcomía por dentro. La necesidad de conocer esa gran verdad le robaba el sueño y le nublabá el juicio. Era capaz de todo. Hacía años que aquella obsesión gobernaba cada uno de sus pasos. Desde que había llegado a Trujillo y había entrado a formar parte de la casa de Alonso Velasco, el sentido de su vida había cobrado forma. Había sido iniciada en una sociedad secreta pagana y, a pesar de su juventud, participaba en las reuniones de forma activa. Había adquirido conocimientos sorprendentes que habían moldeado su carácter y su objetivo. Supo por qué el hombre temía a la mujer, por qué intentaba someterla y anularla: el poder de las féminas era infinitamente superior, y el suyo sobrepasaba los límites. Desde tiempos ancestrales, antes de que cualquier religión conocida pusiera su semilla en el mundo, las sociedades eran matriarcales. Las mujeres creaban la vida, proveían de alimento, eran sacerdotisas, madres, sanadoras, guerreras; poseían una capacidad sensorial e intuitiva mucho más aguda que la del género masculino, lo que convertía a las más destacadas en oráculos. Habían sido veneradas y seguidas por los hombres. En aquellas reuniones se mostraban pruebas del poder femenino en tiempos remotos. Estatuas femeninas de diosas de la fertilidad, receptáculos con forma de mujer en los que se realizaban ceremonias y ritos sagrados. Todo giraba en torno a la figura femenina; el hombre dependía de ella y asumía gustoso un papel secundario.

Hasta que llegó la Iglesia.

El período intermedio, en el que se supone que surgió la figura de Jesucristo, era todo un misterio. ¡Que conveniente que todo diera un giro tan radical! De pasar a ser líderes, las mujeres fueron convertidas no en iguales, sino en siervas sin inteligencia, ni sentido común; en seres débiles y dependientes, poco más que pobres animales a los que había que guiar. Criaturas cercanas al diablo por su falta de criterio y fácil disposición.

Y las mujeres creyeron y adoptaron ese papel en favor de un hombre que murió en una cruz para limpiar los pecados. Unos pecados inventados. Y, para ratificar esa maldita encomienda, tergiversaron las escrituras en provecho del hombre, les dieron perpetuidad, les confirieron una credibilidad difícilmente comprobable. Les arrebataron vilmente su posición en la sociedad, así como su identidad, su orgullo e independencia.

Pero ella cambiaría eso. Ella era la prueba de la sagacidad, de la rebeldía, de la autonomía, del tesón y la superioridad que una vez tuvieron las mujeres. Dotada de belleza e ingenio, manejaba con aburrida facilidad a los hombres y obtenía de ellos cuanto deseaba. Ya desde muy joven, había planeado cada uno de sus pasos. Pocos

años después de su huida, había regresado en busca del cobertizo a los campos de Calatrava junto a un nutrido grupo de su congregación. Pero aquel cobertizo ya no estaba y excavar al azar, además de sospechoso, habría resultado un esfuerzo fútil.

Logró seducir a un alto mandatario real que la acercó a la corte del rey de Castilla. Allí obtuvo una valiosa información sobre los templarios y sus secretos. Se contactó con parientes de El Castellano y buscó en el bando musulmán aliados para su causa. Y los encontró. Entre ellos, a su amante eventual: el comandante Yarmun.

Al contrario de lo que se creía de ella, no era una promiscua, a pesar de que creía firmemente que el placer carnal era similar a cualquier otro placer y de considerarlo algo completamente natural y que, por ende, había de ser disfrutado cuando surgiera la necesidad.

No obstante, ella no sentía esa necesidad, a menos que hubiera un apego emocional. Y solo dos hombres habían tocado ligeramente su corazón: un joven de Trujillo miembro de su sociedad con el que había tenido un breve romance, y el comandante andalusí. Su esposo no se encontraba en ese rango. Para ella era tan solo un escalón que ascender hacia su meta. Yacer con él no era fácil. Casi siempre lograba adormecerlo con unas hierbas que echaba en el ponche que tomaba para dormir. Y, otras veces, alegaba cualquier dolencia para eludir sus obligaciones maritales. Por fortuna, era un hombre fácilmente manipulable.

Un hombre que había elegido por haberse convertido en el principal gentilhomme de la villa de Salvatierra. Morar a sus anchas en aquel castillo había sido una de sus metas, aunque la principal ya rozaba sus dedos. Casi podía sentirla. Solo tenía que encontrar el acceso a los subterráneos. En cuanto a buscar el saco con el blasón de Calatrava... Bueno, cuando aquel fuero y su castillo perteneciera a Yarmun, pondría un destacamento de peones a revolver cada acre del terreno hasta hallar el secreto por el que su madre había muerto. Estaba segura de que el ataque no tardaría en producirse. Y, con una aliada en el interior, la batalla estaba decidida.

Se escurrió por los lóbregos sótanos candelabro en mano. Palpaba cada grieta, cada protuberancia, inspeccionaba con minuciosidad cada rincón, apartando roedores con la punta de los pies sin amilanarse. De pronto, un ruido la alertó. Sopló rauda la vela y contuvo la respiración. Unos pasos sigilosos se adentraron en la cámara. Era un hombre y, al igual que ella, parecía buscar algo. Portaba una especie de cirio que iluminaba un pequeño cerco frente a él, pero su perfil permanecía en sombras.

—¡Sal de tu escondite, Jimena, sé que estás aquí!

No podía creerlo: era él. Su eterno perseguidor. Furiosa salió a su encuentro.

—¿Y puede saberse que quieres de mí?

Álvar se acercó a ella y la iluminó con la llama.

—¿Dónde está él? —inquirió.

Jimena lo miró confusa.

—¿Quién? ¿Has perdido el juicio? No hay nadie aquí.

—El capitán de la guardia —contestó.

—¿Acaso tenías una cita con él? —respondió ella.

Álvar no pudo reprimir la carcajada.

—No es mi tipo.

Esta vez fue Jimena quien rio.

—Lo sé —adujo—, tu tipo lleva barba, pelo largo y porta una cruz a cuestras.

—Eres una pequeña arpía, ¿eh?

—Y tu un entrometido. Te recuerdo que estás en mi castillo.

Álvar la tomó del brazo y la arrastró fuera del sótano abovedado.

—Hoy tu amante gozará de la compañía de las ratas, se lo tiene merecido por cobarde.

Y cerró la puerta tras ellos. Jimena se encaró con él.

—¿Te has proclamado el guardián de mi virtud?

Álvar la miró con diversión.

—Ya que tu esposo no ocupa el cargo...

Jimena le sostuvo la mirada. Aquel hombre la sacaba de las casillas.

—La única capacitada para tal fin soy yo.

Álvar negó con la cabeza y le sonrió con sorna.

—Permíteme decirte que descuidas tu cometido.

Jimena sintió una oleada de furia intensa recorrerle las venas.

—Y tú el tuyo. Ve a rezar y a esparcir la sangre del infiel para luego predicar mandamientos y votos que no cumples.

Álvar la sujetó por los hombros y la sacudió ligeramente.

—Hablas con demasiada ligereza de un hombre que no conoces.

—Y tu juzgas injustamente a una mujer que has decidido condenar con antelación.

Jimena echaba chispas por los ojos. No tenía ni idea de lo tentadoramente seductora que resultaba.

—Es tu comportamiento el que te condena.

—¿De veras? ¿Desde cuándo el flirteo es un pecado?

Álvar frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—El flirteo es la antesala de algo más, además de una falta de respeto hacia tu esposo.

La muchacha apretó los labios para contener las ganas de abofetearlo.

—Es mi esposo quien ha de decidir tal cosa.

—Tu esposo descuida sus obligaciones y, por tu conducta, he de suponer que no es la única cosa que descuida.

Esta vez no pudo contener el impulso. Alzó la mano con la rapidez del rayo y la estampó contra la dura mejilla del hombre. Álvar no se inmutó, sostuvo su mirada flamígera. Todavía la sujetaba por los hombros.

—No soy una perra en celo, monje del demonio. Y no pienso tolerar un agravio más. Estás en mi castillo y exijo respeto.

—Te equivocas, el castillo pertenece a *mi* Orden, tu tan solo lo habitas. Y el respeto, mi señora, se gana.

Jimena se revolvió con violencia y logró liberarse. Ya se alejaba de aquel hombre perverso cuando sintió que, de nuevo, la aferraba por el brazo.

—Si tu incursión en los sótanos no era de índole romántica, ¿qué buscabas aquí?

Esta vez, ella sonrió con suficiencia, aún conservaba una expresión desdeñosa.

—Me espías, me ofendes, me retienes, ¿y todavía tienes el valor de pedirme explicaciones?

Álvar no contestó, la escrutaba atentamente.

—No, Álvar de Villar y Honrubia, noble caballero de la Orden de Calatrava, no gozas de ese derecho. Y, a pesar de ser plenamente consciente de que te debo la vida, deuda que algún día pagaré, no pienso permitir que te apoderéis de los privilegios de los que gozo y que tan sabiamente me he ganado. Mi vida es mía, de nadie más, y haré cuanto me plazca con ella. Sea del agrado de tu Dios o no.

Y se alejó con porte altivo. Reflexionó contrariada que ese hombre iba a ser un verdadero escollo en su búsqueda. Se había consignado el emisario de Cristo en la Tierra y, por ende, el celoso guardián de su moralidad. Debía quitárselo de encima. Su primer pensamiento fue utilizar la estrategia que funcionaba con todos los hombres: encandilarlo. Sin embargo, supo que no sería fácil; no con él. Era distinto, y descubrió que aquello la atraía, como un reto, un desafío demasiado tentador. No solo era un hombre interesante y apuesto, además era siervo de Cristo. Y robarle a Dios uno de sus más fieles servidores era un justo pago, a su juicio. Él, el Creador omnipotente y misericordioso, se había llevado a su madre sometida a torturas y sufrimientos. Ella sería más compasiva: torturaría el alma del hombre, pero, a cambio, sometería su cuerpo al placer de la carne hasta enloquecerlo. Gozaría y sufriría al mismo tiempo. Y luego lo liberaría con la deuda saldada. Con ese plan forjado en su mente, subió a su cuarto. Sonrió satisfecha. El empeño, puesto en cuidar su virtud sería la trampa perfecta para acercarlo a ella. Esa noche, el aguerrido monje tendría mucho trabajo. Aunque no imaginaba cuánto.

Fos gritos de alarma recorrieron las almenas, los adarves, las torres de vigía, el patio de armas, y se extendieron como un manto pesado y oscuro que los sumió en el pánico. Todos, sin excepción, con el corazón tronando en el pecho, ocuparon el lugar que les había sido designado para defender la plaza y sus vidas de la amenaza almohade.

Álvar instruyó con calma a sus hombres. Colocó arqueros en las saeteras; el resto de los caballeros ocuparon los adarves equipados con lanzas, hachas y ballestas. Las mujeres corrieron a la cocina para preparar grandes calderos de aceite hirviendo. Y, el resto, colocó planchas de acero en el portalón, sujetas con troncos alineados en vertical para evitar que la entrada principal fuera apresada por las llamas.

Álvar se dirigió al adarve norte, ascendió a la torre seguido por Martín, Bernardo y Durán, sus caballeros de confianza, y observó la explanada frente al castillo. Estaba infestada por un extenso ejército musulmán, que no parecía dispuesto a atacar, tan solo aguardaba, probablemente, una orden.

—No están en formación de ataque —observó Martín.

—Tampoco creo que hayan venido a darnos la bienvenida —musitó Álvar pensativo.

Durán, un hombre de dimensiones gigantescas, curtido en la batalla, negó con la cabeza.

—Esperan algo —musitó con preocupación—; esto no me gusta.

Álvar frunció el ceño pensativo. Sí, esperaban algo, y con pasmosa tranquilidad, por cierto. Aquello lo intranquilizó. No era una actitud muy común en ellos. Por lo general, se agrupaban en formaciones y recibían órdenes concisas y estudiadas para comenzar el ataque.

Sin embargo, tamaña inmovilidad lo llenó de desazón. Observó al cabecilla, el comandante de las tropas, un hombre de tez oscura y barba cuidada. Lucía un turbante rojo sobre un casco puntiagudo y era el único que no miraba hacia arriba. Aquel detalle lo inquietó aún más. Su innata habilidad para percibir el peligro lo alertó de inmediato. El moro mantenía su vista fija en la muralla, en un punto preciso. Y, de pronto, preso de una corazonada, bajó a la carrera la escalinata, saltaba los escalones de tres en tres. Sus hombres lo siguieron sin hacer preguntas.

—¡El portillo! —gritó.

El sol de la tarde, ya bajo, plagaba el castillo de sombras, tan solo las almenas del oeste seguían iluminadas. Justo cuando llegaba al primer nivel de la muralla, percibió por el rabillo del ojo una sombra huidiza que pareció correr en dirección opuesta. Aquello confirmó sus peores sospechas. Aceleró el paso y, cuando alcanzaba la pequeña puerta disimulada en la muralla, el único acceso privado del castillo, una mano comenzó a abrirla desde el exterior. No lo dudó: alzó la espada y la descargó con furia.

Un grito aterrado acompañó la sangre que manó a borbotones del brazo. La mano amputada cayó a sus pies. De una fuerte patada, cerró la puerta y aseguró la cancela. Una llave asomaba de la cerradura. La prueba olvidada del traidor. Sus hombres lo miraron alarmados.

—Tienen un aliado en el interior —susurró Martín.

Álvar asintió, miró la mano amputada y la tomó sin pensar muy bien qué hacer con ella. Su instinto puso un nombre en sus labios que no pronunció.

—Regresad a vuestros puestos. Cambiarán de táctica; hemos de adelantarnos a sus planes.

Y con un solo pensamiento en la cabeza se dirigió a la torre del homenaje, en busca de respuestas que temía encontrar. Álvar encontró a Guillén y a toda la servidumbre en el salón principal. Recorrió la estancia con la mirada, pero no la encontró. De dos zancadas alcanzó la tercera planta y buscó la puerta de los dormitorios. Intuyó que sería la de doble hoja y, sin más, la abrió de una patada. Hervía de furia, pero también de temor. Algo en él se resistía a creer lo que su instinto le gritaba. Lo que encontró frente a él lo detuvo en seco. Todos sus pensamientos se evaporaron para dejarlo congelado y confuso.

Jimena se hallaba dentro de una tina humeante. Sobresaltada, se giró hacia él. Estaba completamente desnuda; sus formas se insinuaban bajo el agua. No se cubrió. Álvar quiso apartar la vista, pero no lo logró. Intentó articular alguna palabra, sin conseguir formar siquiera una frase. Estaba más que preparado para un enfrentamiento, pero no para eso.

—¡Sal inmediatamente de aquí! —lo increpó ella.

Tras ese requerimiento, y para su total estupor, se levantó con lentitud para dejar que él se recreara en su desnudez. Abrió la boca, mudo de asombro y, como ella pretendía, recorrió aquel soberbio cuerpo con deleite. Sus pechos turgentes se alzaron ante él para reclamar caricias, de sus erectos pezones caían gotas que él deseó beber, la espuma se deslizaba sinuosa por el vientre hasta el pubis: un definido triángulo oscuro; siguió el recorrido por unas piernas esbeltas y bien torneadas. Cuando ella giró, con total premeditación, le mostró el perfil de unas nalgas firmes y altivas.

Álvar contuvo la respiración. Tenía la garganta seca, y la entrepierna se le tensó en el acto en reclamo de un alivio inmediato. El deseo hizo presa en él y luchó contra el impulso de tomarla dentro de aquella tina. Cerró los ojos y buscó algo a lo que aferrarse. Apretó los puños y fue cuando descubrió que todavía sujetaba la mano sesgada. Entonces, como movido por la necesidad imperiosa de escapar de aquel influjo, alzó el brazo y lanzó la mano dentro de la tina.

Jimena dejó un escapar un grito de espanto y salió del agua como una centella. Aquello ofreció a Álvar otra angustiada perspectiva de aquel cuerpo. Por fortuna, ella alcanzó una capa y se envolvió con ella.

—¿Has perdido el juicio, condenado templario?

A punto estuvo de decir que sí, que estaba completamente desquiciado por su causa.

—Buscaba a un traidor —logró articular.

Ella, arrebatadoramente bella, con el largo cabello goteando sobre la prenda, los enormes ojos abiertos por el asombro y la subyugante boca entreabierta y húmeda, pedía a gritos que la poseyeran. Miró en derredor con asombro. Álvar no podía pensar con claridad; tenía que salir de allí y ordenar sus pensamientos; alejarse de la tentación antes de que hiciera algo que tuviera que lamentar.

—Primero, a un amante y, ahora, a un traidor. Solo estoy yo aquí. —Entonces

comenzó a acercarse a él—. Tal vez, solo me busquéis a mí —susurró sugerente. Y se plantó frente a él.

Saberla dispuesta y desnuda resultaba una tortura insufrible.

—¡Detente! —gimió y retrocedió tambaleante.

Ella advirtió su sufrimiento y sonrió seductora. Con cada paso hacia él, la capa se abría y mostraba nuevamente su desnudez. Álvaro ardía. Apretó los puños y cerró los ojos. Buscó dentro de él y encontró las fuerzas necesarias para girar y abandonar la estancia con el corazón atronándole el pecho. La odió. Aquel ataque a traición lo había dejado tembloroso y aturdido. El deseo todavía lo recorría y lo sacudía implacable. Cuando logró recuperar la cordura, salió de la torre con dos cometidos fijados en su mente: descubrir al traidor y poner a Jimena en su sitio. No sabía cómo, pero le daría una lección que no olvidaría.

\* \* \*

La muchacha respiró aliviada: había estado a punto de descubrirla. La idea de haber mandado preparar la tina, desnudarse, ponerse la capa y escapar entre la confusión y el temor de los habitantes había sido brillante. Pero aquel hombre era demasiado rápido y demasiado sagaz. No la había sorprendido por muy poco. Debía cuidarse de él, pero sobre todo debía conseguir la manera de rendir el castillo sin que hubiera un asalto.

Llegó la noche. Jimena, desde su ventana, contemplaba ensimismada las innumerables fogatas perlar los campos que rodeaban la fortaleza. Los almohades aguardaban una decisión del mando superior. Asedio o asalto. Si decidían sitiar el castillo, aquello provocaría una negociación: los templarios tendrían que enviar un emisario al rey Alfonso para que tomara la decisión de rendir el castillo y ella se ahorraría muchos problemas. No obstante, si asaltaban, el enfrentamiento sería encarnizado: el castillo se perdería de igual forma, pero a coste de muchas vidas.

Un alarido proveniente del interior de las murallas la sacó de su ensimismamiento. Se asomó por una de las ventanas ojivales a tiempo de escuchar un lamento y una acusación.

—¡El enemigo está con nosotros, nos matará uno a uno!

Bajó a la carrera. Los habitantes del castillo se miraban unos a otros espantados y recelosos. Un hombre corpulento, el herrero, llevaba en brazos el cuerpo exiguo de su esposa. La habían degollado.

Ahogó una exclamación. La frente de la mujer lucía un sangriento y extraño símbolo. Casi al instante, apareció Álvaro en compañía de sus hombres. La mujer fue depositada en el suelo.

—¡Rápido, pluma y pergamino! —pidió Álvaro.

Jimena admiró la templanza del hombre; la seguridad y la concentración que mostraba. Por un momento, clavó los ojos en ella; le dolió ver un dejo de sospecha en ellos. Provisto de papel y pluma, redibujó con asombrosa rapidez y precisión el símbolo. Una estrella de cinco puntas dentro de un círculo. Una voz surgió de entre la multitud.

—Es un pentagrama —clamó Guillén.

Álvar alzó la vista para observar al hombre con recelo.

—Llevaos a la mujer a la capilla; elevaremos una plegaria por su alma —musitó

al tiempo que se dirigió al desconsolado herrero—. Después, a excepción de la guardia, quiero a todo el mundo en el gran salón.

Jimena, de nuevo, sintió aquella mirada acerada fija en ella.

\* \* \*

La misa, oficiada por el sacerdote del castillo, el padre Ambrosio de Nimes, fue breve y contundente. Había insistido más en los castigos divinos a los que sería condenado el culpable de la muerte que en la abrogación de los pecados del alma de la mujer, que aguardaba su entrada al paraíso. Ni una mención a su nombre, ni a la familia que, destrozada, lloraba su pérdida.

Álvar lamentó no haber oficiado él mismo el sepelio. Tampoco puso mucha más atención al oficio. Su mente volaba rauda de un hecho a otro. Un asesino y un traidor en la misma noche. Y la pregunta era si serían la misma persona. Todo indicaba que sí, aunque deseaba equivocarse, pero de ningún modo cerraría esa puerta. Una miríada de preguntas le atormentaba la mente; y, en casi todas, relucía un nombre: Jimena.

Instintivamente, llevó la mano al pecho. Palpó el apenas perceptible relieve que el pañuelo le formaba bajo la túnica y suspiró. Lo había metido ahí con intención de devolverlo, pero sin encontrar ocasión ni ánimo. Muy a su pesar, se había encontrado observando el delicado bordado con interés, admiró cada puntada, imaginó aquellos dedos gráciles sobre él al introducir la aguja, el bastidor sobre su regazo y una encantadora expresión concentrada. Y, lo que aún resultaba más mortificante, se lo había acercado a la nariz para aspirar su aroma. Olía a ella, con un leve toque de jazmín y azahar. Aquel perfume le atribulaba el espíritu, casi tanto como la imagen grabada a fuego de su desnudez.

La deseaba, concedió, pero también le temía y la vigilaba con desconfianza. Ya no se trataba de una mera cuestión de instinto: su extraño comportamiento la ponía en el punto de mira. Aquel pañuelo era una prueba incriminatoria. Conocedor de las estrategias y métodos que usaban los aliados para comunicarse entre sí, dedujo casi al instante que aquella mujer que había cabalgado audaz delante de él y que había ondeado un pañuelo con la cruz de Calatrava al viento era un aviso para alguien que la observaba. Ella enviaba señales. ¿A quién? Descontaba que sería a las tropas musulmanas, tal vez a su amante. Aquel pensamiento lo incomodó.

Después, estaba aquella búsqueda en las cámaras subterráneas. Aunque en un primer momento pensó en un encuentro amoroso, cuando comprobó que no había nadie con ella, su intención había quedado en evidencia: buscaba algo en esa parte en particular del castillo. Estaba escrutando el acceso a los túneles. Anhelaba el tesoro escondido tan celosamente por su Orden. Aunque de lo que no estaba seguro era de si su interés se limitaba a las riquezas materiales o a algo más peligroso: la información contenida en los códices bizantinos. Una información que incluso él desconocía. Su única misión era guardar, incluso con su vida, aquellos tesoros. Y por Dios que lo haría.

En cuanto a la apertura del portillo para dejar pasar al enemigo, tenía una prueba indiscutible de su autoría: Jimena, astuta como un lobo hambriento, había planeado su baño con dos intenciones que favorecían sus planes: una, tener una coartada que la alejara del lugar de los hechos, y otra, obnubilarlo con su belleza, atraparlo en sus



redes con una seducción artera. Y no había conseguido el segundo objetivo por muy poco. Cuando le lanzó la mano amputada a la tina, ella, con una reacción completamente natural, salió del baño; no obstante, no preguntó a quién pertenecía, ni qué había pasado. Tampoco había considerado que darse un relajante baño en mitad de un asalto fuera una conducta un tanto llamativa. Ninguna persona alertada de un ataque se comportaría como si estuviera completamente a salvo a menos que supiera de antemano que verdaderamente lo estaba.

En cuanto a la seducción, solo su fe y su autocontrol habían impedido que cayera rendido. Pero él era consciente de que sería sometido a más asaltos si no lograba detenerla a tiempo. Deseó verla atada y amordazada en las mazmorras, pero también deseó atarla con sus brazos y amordazarla con su boca. Y ese impulso, casi constante, lo mantenía más alerta que nunca. No debía flaquear. No con una mujer tan peligrosa como ella, con una enemiga de Cristo y de todo en cuanto creía y había basado su vida. Perder ante ella sería la derrota más abominable a la que tendría que enfrentarse.

Respecto del asesinato, deseó proclamarla inocente, aunque, sin duda, figuraría entre la lista de sospechosos que tendría que elaborar tras la reunión. Salieron de la capilla entre murmullos y miradas desconfiadas. Un asesino circulaba entre ellos, y ese convencimiento sería fuente de dudas y acusaciones, de miedo y violencia. Capturarlo era su máxima prioridad para restaurar la calma dentro y para combatir lo que les aguardaba fuera. Una semilla nociva en un terreno abonado crecía con asombrosa rapidez y contaminaba con su podredumbre cualquier brote sano y vigoroso. Una estupenda estrategia para someter un castillo sin mover un dedo.

Sumido en sus cavilaciones, se encaminó hacia el gran salón que se ubicaba en la primera planta de la torre del homenaje. Ya había ojeado la construcción previamente y había comprobado que era un bastión inexpugnable. La escalinata de acceso a la torre, sabiamente, se había fabricado en madera para poder ser quemada y, así, anular la única entrada. Las ventanas ojivales de arcada en punta eran estrechas en las plantas inferiores y dobles en las superiores. Y el grosor de los muros, junto con la calidad de la argamasa y la disposición de los bloques de piedra, conformaba una fortificación prácticamente indestructible.

Pero Alvar conocía de sobra las tretas del enemigo para obligarlos a salir de un refugio seguro. Sin embargo, aquello no lo preocupó: la presencia de los túneles le brindaba algo de tranquilidad, no obstante, rezó para que se evite dar a conocer su existencia. Tan solo sus hombres de confianza compartían aquel secreto. Aguardó a que llegaran los últimos habitantes del castillo y mandó cerrar las puertas. Frente a él, Jimena y su esposo ocuparon la cabecera de la gran mesa y se dispusieron a escucharlo.

—A partir de este instante —comenzó—, solo mis hombres podrán circular libremente por el castillo. Los que no sean necesarios permanecerán en sus aposentos hasta que sean requeridos. Está terminantemente prohibido ir solo a ninguna parte. Todos, sin excepción —miró significativamente a Jimena—, deberán ir acompañados siempre por la misma persona. Se apuntarán los nombres de cada pareja, lo que simplificará la investigación.

—No entiendo por qué no podré ir solo a mear —inquirió un hombre enjuto con cara de rufián.

—Porque puede que sea la última vez que lo hagas —respondió.

—Soy un hombre y sé defenderme —objetó el rufián, testarudo.

Álvar chasqueó la lengua y respiró hondo.

—Mis órdenes no se rebaten —aseguró con firmeza—. Mi insistencia en que vayáis acompañados y, repito, por la misma persona, protege a la víctima e imposibilita al culpable. Si vuelve a cometerse otro crimen, va a ser claro quién lo perpetró.

Hombres y mujeres lo miraron con admiración, una admiración que se extendió a la azul mirada de los ojos que lo perseguían. De pronto una voz se alzó sobre las demás.

—Una táctica muy inteligente —arguyó Guillén desde su acomodado lugar—, pero, a mi parecer, incompleta.

Entonces se levantó y con porte altivo se acercó a él para ocupar el centro de la sala.

—Soy hombre viajado y quiero creer que versado en alguna que otra materia. Por mis conocimientos adquiridos de la experiencia y, por supuesto, de mi extensa colección de libros, he identificado claramente el símbolo que la mujer llevaba impreso tan macabramente en la frente. —Miró largamente a los congregados para asegurarse la absoluta atención de todos ellos. Luego continuó—: Y, sin duda alguna, ese símbolo es un pentagrama, como ya manifesté antes. Pero un pentagrama es un símbolo templario, lo que deja a vuestra Orden en una situación, digamos, incómoda, pues ninguno de mis siervos conoce dicho símbolo. Con lo cual, vuestra táctica debería integraros a vos y vuestros hermanos. Por no mencionar que todo ha empezado desde que llegasteis.

Había lanzado un dardo infectado que hizo mella rápidamente en los allí reunidos. Comenzaron a superponerse quejas y reclamos. Los rostros se tornaron contrariados y sombríos. Álvar maldijo para sus adentros.

—A mí, noble señor, me llama más la atención que conozcáis un símbolo que en principio no tiene relación alguna con vos. Pues os aseguro que, a no ser que poseáis textos hebreos, salomónicos, o escritos en sánscrito, no hay mención alguna a ese símbolo. —Clavó con determinación la mirada en Guillén para luego deslizarla por los rostros que atendían su discurso—. Y, además, he de advertir que no es un símbolo templario. Permitidme explicaros la diferencia.

El muchacho miró en derredor, localizó el pergamino que había depositado sobre la mesa, empuñó de nuevo la pluma y la sumergió en el tintero. Giró el pergamino y, en el reverso del dibujo que había hecho, comenzó a trazar con pulso firme línea tras línea. Cuando terminó, mostró el gráfico a los demás.

—Este sí es un pentagrama templario. —Lamentó tener que dar tanta información, pero tenía que apaciguar los ánimos y recuperar la confianza—. Como podéis comprobar, es una estrella de cinco puntas dentro de un círculo. Cada uno de los brazos de la estrella representa un elemento: tierra, fuego, agua y aire. La punta de arriba representa el espíritu imperecedero y puro del hombre, el control de las deidades sobre los elementos.

»La tierra, representada en la punta inferior izquierda, simboliza la estabilidad y la resistencia física. El fuego, en la punta inferior derecha, representa el valor y el

atrevimiento. El agua, punta superior derecha, interpreta las emociones y la intuición. El aire, punta superior izquierda, la inteligencia y las artes. Por último, el espíritu en la punta superior, símbolo de todo lo divino. El círculo que lo encierra todo es el espacio sagrado que acoge a los elementos y los supedita al control del espíritu.

Giró la hoja y exhibió el retrato de la mujer asesinada.

—En esta imagen, se puede apreciar claramente que la estrella está invertida. La punta superior está abajo, por lo que su significado cambia radicalmente. Ya no es el espíritu del hombre el poder superior y controlador, sino otro: unos lo llaman “Satán”, otros lo asocian con una deidad pagana de origen maléfico que solo pretende someter al hombre con tretas y artificios. Es el emblema del engaño, del mal.

Una sonora exclamación recorrió la sala.

—Es el mal lo que combaten los guerreros de Cristo, y sois afortunados por contar con nosotros. Si cumplís mis órdenes, no habrá más muertes.

Satisfecho, salió del recinto. Ahora debía ocupar su puesto de vigilancia y pronosticar el siguiente movimiento ofensivo del comandante almohade. Pensó en Guillén de Montcada. Ocupaba ya el primer lugar en su lista de sospechosos y, tal vez, su impúdica esposa fuera su cómplice. Fuera quien fuera el asesino y el motivo del crimen, claramente, deseaba responsabilizar a su Orden. Y Guillén, al parecer, era el único que conocía el pentagrama. Sin embargo, o no estaba tan versado como él creía y había errado la posición exacta del pentagrama, o desconocía que poseía más de un significado según su orientación.

Álvar pensó en los numerosos significados de los elementos que lo componían. Uno de ellos era la situación geográfica. Cada uno de los cuatro elementos representaba un punto cardinal: tierra, Norte; fuego, Sur; agua, Oeste; aire, Este. En los mapas codificados templarios solían usarse estas indicaciones. Además de mensajes cifrados y jeroglíficos, algunos originales de la antigua Mesopotamia también poseían un alfabeto propio derivado del antiguo alfabeto ugarit, con caracteres que sustituían cada una de las letras latinas.

Todo era poco para preservar los añejos y valiosísimos secretos de la Orden. Él mismo había tenido entre sus manos el santo sudario que había cubierto el cuerpo de Cristo y que, sacado de un hermoso arcón en Constantinopla, había sido embarcado rumbo a Italia con el fin de protegerlo de los cátaros: un movimiento religioso de origen gnóstico, cuyas creencias repudiaban todo lo material porque creían que lo físico era producto de Satán y que Cristo era tan solo un concepto divino.

Muchos eran los enemigos de su dios, pero su fe, su sapiencia, su tesón y su espada eran armas suficientes que pondría gustoso al servicio de su religión. Tan solo tenía un enemigo enrolado en sus filas: esa lujuria como nunca antes había sentido, intensa, apremiante, arrolladora. Apenas podía mirarla sin imaginarla desnuda y dispuesta. Aquella mirada cerúlea lo desarmaba. Tan solo su cercanía le producía una desazón inquietante y desataba una serie de impulsos que controlaba estoicamente, pero que lo debilitaba al punto de necesitar de toda su fuerza y autocontrol.

Se preguntó cuánto sería capaz de aguantar. Aquella mujer taimada y sensual conseguía transformarlo en alguien que no conocía y le provocaba en los sentidos emociones nuevas que no sabía manejar. Esa indefensión lo desquiciaba. ¿Cómo enfrentarse a algo que no conocía? ¿Era, quizás, una prueba de Dios que lo tentaba

para medir su fe? ¿Acaso no había demostrado sobradamente su lealtad? No, se dijo, Dios no tenía nada que ver con ella.

El alba doraba tímidamente la muralla este y le confería a la piedra una calidez ilusoria. Más allá, los campos despertaban con el rocío de la mañana, abrillantaban el verdor de las colinas y arrancaban destellos plateados al arroyo que descendía por la ladera. El murmullo de la noche se diluía en toses, carraspeos, susurros graves y el tintineo que anunciaba el desayuno.

Jimena se desperezó frente a la ventana. Por un instante, contempló con preocupación cómo las coloridas tiendas almohades comenzaban a bullir de actividad y rogó para que la decisión que se tomara en la tienda principal fuera la correcta. Yarmun esperaba un mensaje, un plan, o cualquier indicio de que ella estaba bien y de que continuaba siendo su aliada infiltrada. Pero ¿cómo comunicarse con él? Además, la situación se había complicado con el asesinato de la pobre Isabel. Sintió un escalofrío y se abrazó a sí misma. La mirada implacable y acusatoria del maldito templario se le había clavado en el pecho. La creía culpable de prácticamente todo, recordó. Debía de parecerle una auténtica diablesa. Y tal vez lo fuera, al menos, ante sus ojos.

Amanecía. A pesar de tener un objetivo fijado y de ser tremendamente pertinaz, jamás acabaría con la vida de nadie, a no ser, por supuesto, que la suya peligrara. Él no la conocía, en cambio, la juzgaba. Era cierto que su actitud había sido condenatoria, pero ella sabía ver dentro de la gente. Podía mirar a los ojos y percibir el alma de alguien, con algunas lamentables excepciones. Lo que veía en ese iris plata era una mente brillante, de una inteligencia notable para ser un simple monje abocado a los mandatos de un libro tachado de sagrado, a pesar de estar escrito por simples humanos. No obstante, Álvar resultaba un ejemplar masculino soberbio. No solo admiraba su absoluto control, sus férreos principios, sino que también se sentía acicateada por ellos, por quebrarlos. Suspiró y sintió un extraño cosquilleo en el estómago. Se retiró de la ventana y sacó una túnica rosa del arcón. Mientras se vestía, pensó de nuevo en él. La atraía, y lo tendría si en algo valoraba sus muchas virtudes. Aunque su apariencia era sin duda una baza más que favorable, sería con su ingenio que lo atraparía.

Tomó un peine y peleó con su rebelde melena; seguidamente se colocó un tocado y bajó a la sala. No dormía con su esposo. Afortunadamente, él tenía problemas de sueño, por lo que tomaba un ponche específico que le equilibraba los humores del cuerpo y relajaba la tensión acumulada. Se limitaba a pasar más de la mitad del día encerrado en su despacho para leer y escribir. Ella pensaba que, si hiciera algún tipo de actividad física, llegaría tan agotado a la cama que no necesitaría pócimas de boticarios inútiles. La mayoría de las noches lo oía deambular por los pasillos o intentaba asaltarla en su lecho con exigencias que ella debía cumplir. Por eso, a escondidas, añadía al ponche jugo de adormidera: un efectivo ingrediente que había olvidado el boticario, visto los resultados.

La muchacha ingresó a la abarrotada sala; la mayoría de los habitantes del castillo tenía orden expresa de no salir, y el ambiente que se respiraba era tenso y agobiante. La gente se sentía más acorralada que protegida, y ese caldo de cultivo, al que se añadía la incertidumbre por un posible asalto, provocaba más problemas que

soluciones. Su pareja era Mencia, así que la buscó y le pidió que la acompañara al patio. Necesitaba evaluar la situación. En su cabeza ya comenzaba a tomar forma la manera de enviar un mensaje.

Mencia estaba ocupada en servir gachas de avena en cuencos; la dejó terminar y se dirigió al despacho de Guillén. No lo encontró allí, por lo que se dirigió a la gran mesa de nogal y tomó un pergamino. Miraba constantemente a la puerta y aguzaba el oído atenta a cualquier intromisión, escribió rauda el mensaje y lo metió en un cilindro metálico. Luego, para conseguir llamar la atención de Yarmun, se quitó el tocado, tomó la daga que Guillén guardaba en su cajón y se cortó un largo rizo. Lo enrolló concienzudamente en el cilindro de bronce. Después, regresó al salón y tomó una gran manzana de un cesto. Mencia la esperaba mientras se limpiaba las grandes y encallecidas manos en el delantal.

—¿Puede saberse qué se le ha perdido en el patio, muchacha atolondrada?

Sus regañinas siempre eran acompañadas con sonrisas, una cualidad maternal que hacía querer abrazarla. Si no hubiese sido por ella, su vida habría sido mucho más dura y apagada. Quería a aquella bondadosa mujer de dulce carácter y ánimo incansable.

—Necesito hablar con Álvar.

La mujer la miró intensamente, entornó sus grandes ojos castaños y apretó los labios. La evaluó con agudeza.

—Se ha convertido en un hombre muy apuesto nuestro Álvar, y muy inalcanzable —le advirtió.

Esta vez fue Jimena quien la miró con reprobación.

—Quiero hablarle sobre los asesinatos —aclaró—. Y el que se ha consagrado a Cristo es él, no yo.

—Quiero creer que no osarás llegar tan lejos. Sé, mejor que nadie, lo que piensas sobre la Iglesia, el rencor que todavía anida en tu corazón, pero no englobes en tu odio a todos por igual. Sé justa, porque, si no lo eres, no serás tan diferente de ellos. Álvar es un buen hombre, cualquiera puede verlo y, si su mayor pecado es comulgar con una institución que tú repudias, creo que se merece que lo eximas.

Aquellas palabras pusieron un sabor amargo en su boca. Jimena sabía que no era justa, pero tenía una misión importantísima que cumplir, y engatusar al comandante templario facilitaría enormemente sus planes. Además, él solito se había interpuesto en su camino. Se había entrometido en su vida al otorgarse un papel que no le correspondía. Álvar sería su víctima, una baja colateral necesaria en una batalla vital para cambiar las creencias del hombre, para revelar a la humanidad la absoluta verdad sobre el cristianismo.

Ella creía en Dios, más no en sus emisarios. Y Dios vivía dentro del hombre. Pero era un dios compasivo, comprensivo y misericordioso. Sin imposiciones, sin restricciones, sin temor, sin reglas ni mandatos. El mal también habitaba en nosotros, y esa pelea interna sería constante a lo largo de la vida, siempre en busca de una victoria favorable o, cuanto menos, un equilibrio soportable. Era el individuo quien decidía la victoria de uno u otro bando, no un ministro eclesiástico.

—No soy justa, no puedo serlo. Pero, en honor a la verdad, te diré que, si Álvar no se interpone en mis planes, lo dejaré aparte. Pero sé que lo hará.

—Te salvó la vida —le recordó—. Creo que, al menos, merece que lo respetes.

—Sí, y lo respeto como a un igual. Será un digno rival.

La mujer sacudió la cabeza con pesar.

—Déjame recordarte algo: cuando se lanza una cuerda dentro de un pozo, se corre el peligro de que la soga se enrede en tus pies y caigas al fondo.

Jimena sonrió, aunque el gesto no alcanzó sus ojos.

—En tal caso, mi buena Mencia, te tranquilizaré: prometo que pondré mis pies lejos del pozo.

—Mas lanzarás la soga, a pesar de todo —le recriminó.

—Ya lo he hecho; ahora toca recogerla.

Una nube oscura empañó el orondo rostro de la doncella. No dijo nada más, no hizo falta. Lo divisó en la muralla norte, ascendía hasta la almena de la torre. Hablaba con dos de sus hombres cuando ella, por fin, lo alcanzó. Mencia la aguardaba en el patio para evitar el sofoco de subir tanta escalinata. Los tres hombres la miraron anonadados. Sus dos capitanes, con deleite; él, con indignación. Ella sonrió con naturalidad y se acercó a ellos. Su mirada se enlazó con la de Alvar y le sostuvo el frío acero de sus ojos.

—Señora, si no vais a respetar mis reglas, me obligaréis a encadenaros en vuestra alcoba.

La sola visión de ser esposada por él y, además, en la alcoba, le resultó demasiado excitante. Sintió que las mejillas se le arbolaban. Para empeorar las cosas, comprendió que él le había leído el pensamiento. Carraspeó molesto y miró incómodo hacia el horizonte. Ella sintió nacer una sonrisa traviesa en sus labios.

—Álvar, iremos a la muralla sur. Hemos de vigilar todos los frentes —repuso uno de sus hombres.

Y, acto seguido, desaparecieron escaleras abajo.

—Sí, cumplo tus reglas —comenzó mientras contemplaba ese apolíneo perfil.

Desprendía una masculinidad subyugante; cada poro de su piel reaccionaba ante la proximidad de aquel hombre. Sentía la boca seca y un molesto aleteo en su estómago.

—Mencia me espera abajo —añadió en su defensa.

Entonces él la miró de nuevo. La frialdad de su mirada resultó un claro reto para ella: una barrera que derribaría.

—¿Qué deseas?

A ti, pensó.

—Solo quería comunicarte que la gente hacinada en mi salón no aguantará más la reclusión. Creo que tu medida es demasiado radical —opinó.

Álvar exhibió una media sonrisa sardónica, terriblemente sensual. Jimena lo miraba embelesada. ¡Maldición!, pensó, ese hombre podría hacerle perder la cabeza.

—Lamento que mis medidas no sean de tu agrado —se burló—. Tal vez, desees ocupar mi cargo.

Jimena frunció el ceño y se acercó retadora a él. Lo vio retroceder alarmado y descubrió orgullosa que le temía.

—No anhelo tu cargo, te anhelo a ti —musitó atrevida.

El templario la miró con estupor.

—Tu osadía me desconcierta. Resulta dolorosamente obvio que nadie te ha dado unos buenos azotes —murmuró indignado.

—¿Te prestas para semejante cometido?

Álvar la taladró con la mirada. Había puesto un escudo a sus emociones. Se escondía tras ese condenado control al que sabiamente se aferraba.

—Créeme que lo haría gustoso, pero de pequeño me enseñaron a no tocar serpientes.

Jimena alzó furiosa la mano con intención de abofetearlo, pero el hombre le apresó la muñeca. Forcejearon un breve instante. Ella alzó la otra con idéntico resultado. Inmovilizada por él y todavía iracunda optó por lanzarle una patada. Él, al prever su intención, la tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo al tiempo que le sujetó las muñecas tras la espalda. Aprisionada por aquel cuerpo poderoso, se revolvió contra él. De pronto, se dio cuenta de que aquel acercamiento jugaba a su favor. Lo miró con intensidad para ahondar en sus ojos.

Y él se perdió en los de ella, que vio cómo flaqueaba. De pronto le miró los labios y supo que deseaba besarla. Ella entreabrió los labios con calculada premeditación y se los humedeció, asomando lentamente la punta de la lengua para recorrerlos lentamente. La mirada del hombre cambió. Un fuego arrasador pareció fundir el frío acero hasta convertirlo en plata bruñida. Alzó el rostro para tentarlo y frotó su cuerpo contra él para sentir cómo aquel pecho cálido y duro le oprimía los senos. Vio la lucha interna que lo desgarraba y por un instante se apiadó de él.

De repente, él se inclinó sobre ella y le rozó los labios. Jimena se sintió desfallecer. El corazón comenzó a atronarle en el pecho; cada latido era como el retumbar de un tambor que le arrancaba vibraciones en cada fibra de su ser. Nunca, en su vida, había sentido nada semejante. Aquel roce se volvió más exigente. Ella abrió la boca para él y notó cómo el hombre, hambriento, aceptaba gustoso su muda invitación.

No fue un simple beso, fue una tormenta de emociones descontroladas. Sus lenguas se buscaron con frenesí y se enrollaron en un paroxismo desatado. Un deseo oscuro e intenso los envolvió en su halo. Álvar la pegó contra el muro de la torre que los ocultaba, y le soltó las manos para apresarle la mandíbula mientras la devoraba. Jimena jadeaba inmersa en una pasión salvaje y desconocida. Rodeó el cuello del hombre, le sumergió los dedos en su espesa y suave melena, lo oyó gemir y lo atrajo más. Él, enloquecido, completamente rendido al deseo que lo consumía, le acariciaba el cuerpo con hambre acumulada.

El sabor del hombre le caló los huesos, y Jimena deseó más, deseó poseerlo con una intensidad que la asustó. Sintió cómo la aferraba de la cintura, al tiempo que su otra mano palpaba casi con violencia sus senos. Pensó que la tomaría allí mismo y no le importó.

Deseó que lo hiciera. De pronto, dejó de besarla y la miró paralizado. Ella, con la mirada obnubilada por la pasión, no comprendió aquel cambio. Hasta que él le metió la mano en el escote y extrajo el maldito cilindro que protegía el mensaje.

Álvar, asombrado, sacudió la cabeza. La mirada se le oscureció como una nube de tormenta a punto de descargar un violento chaparrón. Se separó tembloroso y, aturdido, abrió el tubo. Extrajo el pergamino, y lo leyó en silencio. Entonces, la miró



con todo el desprecio y el rencor que lo embargaba.

—¡Eres una perra desalmada y sin escrúpulos! —profirió colérico—. ¡La mujer más detestable y perversa que he tenido el disgusto de conocer! Tú eres la traidora —continuó—; lo peor es que lo intuía y, aun así, has conseguido seducirme. Mi debilidad ha estado a punto de costar este castillo y la vida de cuantos moran en él.

Jimena sintió los ojos arrasados en lágrimas. Negaba con la cabeza, un inesperado dolor le apesó las entrañas.

—Te equivocas —logró articular—. Ese mensaje salva la vida de mi gente. Solo trato de evitar un asalto; ruego a Yarmun que negocie la rendición y que evite el ataque.

—Yarmun... —pronunció Álgvar con repugnancia—. Otro de tus amantes, imagino.

Jimena ya lloraba abiertamente.

—A partir de este momento, considérate prisionera. Serás condenada por traición y llevada ante el rey. Tienes suerte de que sea él quien decida tu castigo y no yo.

Entonces la tomó violentamente del brazo y la arrastró escaleras abajo.

—Acataré mi castigo, pero te ruego que lances el mensaje —suplicó—. Sabes que el castillo está perdido, es inútil resistirse. Yo solo pretendía evitar el desastre.

Él la miró furibundo y despectivo.

—Sé mejor que nadie cómo tratan los sarracenos a los esclavos y no pienso entregar estas almas a su capricho. El castillo resistirá hasta que lleguen refuerzos.

Jimena no replicó, ni se resistió. El peso que pendía de su pecho se lo impedía. El odio del hombre la abrumaba. Había fracasado, pero curiosamente no era eso lo que la angustiaba. Se negó a pensar, de nada serviría. En ese momento, su único pensamiento era escapar de allí, de su castigo y de aquel hombre implacable.

\* \* \*

—Si habían acordado comunicarse, y no recibe noticias de ella, el tal Yarmun sospechará que algo va mal —opinó Martín.

Álgvar ya había pensado en ello y tenía decidido su próximo paso.

—Mandaremos el mensaje —resolvió—, pero con un contenido muy distinto.

Durán sonrió y estampó el puño contra el tablero de la mesa.

—Les tenderemos una trampa, Dios nos envía su bendición con este golpe de suerte.

Álgvar asintió.

—Sí, les haremos creer que ella ha encontrado el modo de hacerlos entrar en la fortaleza —confirmó.

Bernardo se atusó la espesa barba castaña y sacudió pensativo la cabeza.

—¿Y los dejaremos entrar? —inquirió.

—Solo a un pequeño grupo que reduciremos sin problemas —explicó con determinación.

—No entiendo —replicó Martín—. ¿Qué sentido tiene reducir a un grupo pequeño cuando fuera nos aguarda el grueso de las tropas?

—Mi objetivo es capturar al comandante, y, con él en nuestro poder, podremos negociar la retirada.

Durán frunció el ceño; su semblante hosco se oscureció dubitativo.

—Un comandante nunca participa de escaramuzas, ni avanzadillas. Si envían un grupo de asalto para infiltrarse en el castillo con el fin de abrir el rastrillo de entrada, de seguro que el líder aguardará tras su ejército.

Álvar había meditado largamente sobre aquello tras encerrar a Jimena en los calabozos y comunicar a los habitantes lo sucedido, sin mencionar, por supuesto, su deleznable flaqueza. Había concentrado la mente en cómo aprovechar aquel mensaje maldito.

—Vendrá si le damos algo valioso que tenga que supervisar personalmente. Sus hombres lo miraron confundidos.

—Tenemos que revelarle la entrada a los túneles —declaró.

Durán, de nuevo, estrelló su enorme puño contra el tablero, lo que sacudió las jarras posadas en él.

—¡Jamás! Es demasiado arriesgado.

—Yo opino igual —intervino Bernardo—. Es demasiado imprudente acercarse a los herejes a los tesoros de la Orden.

Martín guardó silencio; era el único que confiaba en la sagacidad de Álvar.

—Dejadle continuar —pidió.

Álvar miró con detenimiento a sus hombres; en su cabeza maduraba un plan temerario, pero que, bien ejecutado, les aseguraría una victoria brillante.

—Tengo el convencimiento de que nuestro comandante sarraceno es amante de... —Le costaba hasta pronunciar su nombre—. De ella. Por lo que es fácil deducir que deben de compartir, además, secretos y ambiciones. Sorprendí a la mujer buscando la entrada a los túneles. Sabe de su existencia y, por descontado, él también. Tomar este castillo y todo el fuero, no solo se debe al deseo de integrar nuestra región al dominio musulmán, sino que también ambicionan robar nuestros tesoros y destruir nuestras reliquias. Algo que el Papa jamás nos perdonaría.

Álvar bajó la mirada hacia el zurrón que portaba atado en su cinto y lo abrió. Desplegó un pequeño pergamino sobre la mesa y lo recorrió con el dedo índice.

—Estos planos corresponden a todos los corredores subterráneos que llevan a la cripta principal. Solo uno es el correcto, los demás acaban en los fosos o son túneles ciegos.

Los hombres se inclinaron sobre el ajado y amarillento esquema, al tiempo que seguían con atención las explicaciones. Álvar señaló un corredor que salía del castillo y llegaba hasta una vieja capilla medio derruida: la entrada exterior.

—Si entran por aquí, llegarán directo a la sala circular de la que parten los demás pasadizos. Ahí los aguardaremos. El túnel es muy estrecho, por lo que accederán a la sala uno a uno y, antes de aventurarse a otro pasillo, se reagruparán allí en espera de la decisión del comandante. Entonces los emboscaremos.

Bernardo alzó la cabeza y lo miró sin mucho convencimiento.

—Sigo sin comprender cómo tienes la certeza de que Yarmun irá con ellos.

—En la misiva, además de indicar el acceso a los túneles, les describiremos alguna de las riquezas que ocultamos, además de documentos confidenciales. Eso será suficiente para que cualquier comandante desee supervisar en persona el traslado de un botín tan magnífico. Además, será ella quien los guíe.

—Pero, si fracasamos, todo estará perdido —musitó Durán con temor.

—No fracasaremos, controlaremos cada detalle, planificaremos cada movimiento y nos anticiparemos a ellos. No tenemos otra opción.

Martín, Bernardo y Durán se miraron entre sí, después clavaron sus ojos en él. Todos asintieron.

—Hay algo que has pasado por alto —aseveró Durán—. ¿Qué impedirá al resto del ejército venir a rescatar a su comandante si conocen la entrada a los túneles?

Álvar negó con la cabeza y sonrió complaciente. Él nunca dejaba cabos sueltos.

—Cuando derrotemos a la avanzadilla, correremos hasta la salida del túnel exterior y derribaremos los puntales de carga, lo que provocará un derrumbamiento que sellará la entrada.

Martín lo miró con admiración y sonrió a sus hermanos.

—¿Qué os dije? Si pudimos tomar Constantinopla, capturar un comandante enemigo será un juego de niños.

—No os pido que tengáis fe ciega en mí, pero tenedla en él —alegó Álvar al tiempo que tomaba la cruz de madera que colgaba de su amplio pecho y la besaba con devoción.

Los guerreros hicieron lo mismo. Alargó el brazo con el puño extendido. Uno a uno, sus hermanos se aferraron a él, una mano sobre otra; símbolo de la unión y la fuerza.

—Haz lo que puedas. —Profirieron al unísono el lema templario, con voz grave y pausada—. Con lo que tengas. En donde estés. Pero siempre llévanos a la gloria.

En la soledad de su celda, en los subterráneos de la capilla del castillo, Álvar se despojó de sus pesados ropajes. Extendió la cota de malla sobre el camastro, la túnica de la Orden, el cinto, la espada, las calzas y las botas de piel. Completamente desnudo, a excepción del crucifijo de madera que siempre pendía de su cuello, se acercó al reclinatorio. Tomó una cuerda de lino trenzado que colgaba de un gancho y se arrodilló cabizbajo. Rezó sus oraciones con devoción, recitó el salmo "Miserere" susurrando cada pasaje, suplicó perdón y clamó su arrepentimiento, limpió la mente de cualquier pensamiento terrenal. Cuando terminó, empuñó la cuerda trenzada y la descargó con violencia sobre su hombro izquierdo.

Un dolor lacerante le recorrió la espalda. Una y otra vez repitió aquel movimiento; la lujuria había mancillado su virtud, y el único acto de contrición que podía purificarlo de nuevo era el dolor; un castigo en la carne que se grababa en la mente. Un recordatorio de lo insignificante y pecaminoso que era el cuerpo. Con cada golpe arrastraba su debilidad, lo que le recordaba que Dios elevaba su espíritu, que su vida terrenal era tan solo una prueba, un sendero escarpado y pedregoso lleno de curvas y desvíos. Y que su mísero cuerpo era gobernado por Satán con tentaciones y placeres que debía combatir día a día. Y, de todas las tentaciones soportadas, de todos los avatares que ponían a prueba su fe, la lujuria que lo había enloquecido esa mañana era sin duda la más vergonzosa y lamentable.

Ella había cegado su razón. Pero no la culpaba. Era tan solo una mujer gobernada por sus más bajos y viles instintos. Rendida al lado oscuro, un alma perdida entre las sombras. Víctima de un destino cruel, huérfana de padres y de principios, y presa del rencor hacia un dios que creía injusto. Pero Dios no la había olvidado. Álvar sentía que todavía podía recuperarla. La pregunta era cómo hacerlo cuando había estado a punto de claudicar ante ella. Recordó vívidamente la sensación de tenerla entre sus brazos, de besar aquellos dulces labios, de acariciar sus voluptuosas curvas. Y, de nuevo, sintió la punzada del deseo asomar su negro aguijón. La habría tomado en aquella torre si no hubiera descubierto aquel cilindro entre sus pechos.

Aquella revelación lo mortificaba más si cabía, apretó los dientes e imprimió, furibundo, más intensidad a los azotes. No los contó. El dolor se mezcló con un fuego arrasador que se le extendía por toda la columna. De pronto, notó un líquido espeso que se le deslizaba por la piel. Se detuvo jadeando. Juntó las manos en actitud oratoria e inclinó la frente sudorosa para elevar una última plegaria.

—¡Dame fuerzas, Señor, para cumplir tu voluntad! En ti confío, mi Dios, con toda la fuerza de mi alma; por eso te pido que bendigas, ilumines y guíes mis pasos y me otorgues la fortaleza necesaria para resistir los envites del mal. El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes prados me hace reposar y donde brota agua fresca me conduce. Amén.

Se levantó y se tumbó boca abajo en el jergón. Debía aguardar a que las heridas secaran antes de vestirse. Pensó en Jimena, en el modo de reconducirla. De alguna forma, supo que sus destinos estaban unidos. Ya, desde niños, sus caminos se habían cruzado y, en honor a la verdad, nunca había dejado de pensar en ella, de imaginar su vida y de rezar por su bienestar. Pero nada lo había preparado para el impacto que

había causado en sus sentidos. El deseo de protección que le había provocado cuando tan solo era una niña había resurgido igual de imperioso y apremiante. Entonces, la había salvado de los hombres; ahora, eran las garras del demonio las que la aprisionaban. Y, sin la ayuda de Dios, esa batalla estaría perdida.

Tras un breve descanso, decidió visitarla en las mazmorras. La noticia de que la propia señora del castillo confabulaba con los herejes había impactado negativamente sobre la gente que había comenzado a mostrarse temerosa. El padre Ambrosio acentuaba ese sentimiento con sermones grotescos sobre la ira de Dios. La capilla, normalmente vacía, estaba ahora abarrotada de feligreses devotos que pedían por el perdón de sus pecados. Álvar detestaba que se utilizara el temor como herramienta de acercamiento a Dios. Y no comulgaba con las mañas del sacerdote, pero no tenía tiempo de hablar con él, otros menesteres más urgentes reclamaban su atención.

Otro detalle rondaba por su cabeza sembrando más incertidumbre. El hierático Guillén de Montcada no abogó en defensa de su señora. Ni siquiera pareció asombrado, como si esas actividades fueran usuales en ella y él transigiera puerilmente con ellas. Cosa que, de ser cierta, lo convertía en cómplice de traición a la corona de Aragón. Tendría con él una conversación con visos de interrogatorio velado. Descendió el último tramo de escalones y accedió a un pasadizo abovedado y lóbrego. Un carcelero se envaró y reclinó la cabeza.

—¡Abrid la puerta! ¡He de hablar con la prisionera! —ordenó.

Álvar fue conducido hacia la celda del fondo, la más oscura y húmeda. El guardián rebuscó entre un gran manojo de llaves y eligió una que introdujo en la cerradura de la puerta enrejada. El sonido metálico reverberó entre los muros de piedra; entonó un eco alargado y tétrico. La antorcha del pasillo apenas iluminaba la entrada y alejaba débilmente las sombras. Sin embargo, en el interior del cubículo la oscuridad era total. Álvar maldijo entre dientes; a pesar de todo, aquella mujer no merecía un trato tan ignominioso.

Tomó la antorcha del pasillo y se adentró en la celda. Jimena, acurrucada en una esquina, alzó un rostro perlado de lágrimas. Parpadeó repetidas veces hasta adaptarse a la luz y lo miró con semblante inexpresivo. No había camastro, ni siquiera un sucio jergón en el que cobijarse de la inmundicia del suelo. Las ratas correteaban a su alrededor con curiosidad. Un par de ellas yacían inertes y ensangrentadas a sus pies.

—¿Qué deseas de mí, monje? —inquirió despectiva—. No pienso retractarme de mis actos, ya te lo adelanto.

Álvar, a pesar de sí mismo, admiró su valentía. Incluso en su posición, irradiaba determinación y coraje. No pedía clemencia ni suplicaba, por contrario, le dedicaba una mirada desafiante y altiva.

—Vengo a ofrecer un trato —comenzó.

—Nada que venga de ti puede ya interesarme —alegó con firmeza.

Álvar buscó en la pared un anclaje para la antorcha y la depositó sin dejar de mirarla. Se acuclilló frente a ella y observó su expresión desdeñosa. Tenía el pelo revuelto, el vestido sucio y arrugado y el rostro tiznado de mugre. Se preguntó qué habría estado haciendo para tener ese aspecto tan lamentable en las pocas horas que llevaba ahí. Y, aun así, su belleza cortaba la respiración.

—Esto te interesará, te lo aseguro; de tu decisión dependerá tu futuro.

Ella lo contempló con evidente interés.

—Habla —musitó.

—Quiero que traiciones a tu amante.

Jimena entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—No haré tal cosa.

Álvar suspiró y clavó los ojos en ella.

—En cambio, no tienes reparos en traicionar a tu gente y a tu Dios.

Ella soltó una abrupta carcajada carente de diversión y se encaró con él.

—“Mi Dios” —repitió mordaz—, “mi gente”. A ellos me debo, templario. Y, si para salvar sus vidas tuviera que aliarme con el mismísimo demonio, te juro que lo haría. Y Dios es uno, da igual el nombre que le otorguen. *Mi* dios, como dices, es compasivo y bondadoso, vive en mí, y no necesito de un clérigo retrógrado que me imponga normas estúpidas, que me obligue a cumplir bajo amenaza de excomunión. El único infierno mora en la Tierra, y los demonios llevan sotana y conducen a sus gentes a la guerra, a la pobreza y a la muerte. Esa es tu religión, la que idolatras y a la que sirves.

—¡Basta de sacrilegios! —exclamó Álvar—. No perderé el tiempo en convencerte de tu error, pero tampoco consentiré una ofensa más. El trato es que me entregues a Yarmun, e intercederé a tu favor ante el rey.

Jimena le sonrió sardónica; en sus grandes ojos llameó el desprecio.

—Ya te di mi respuesta, monje —respondió tajante.

Álvar sacudió la cabeza con impaciencia. Su mente trabajaba a una velocidad vertiginosa, buscaba la manera de manipular la decisión de la mujer. De repente, en su cabeza surgió una idea.

—Bien, como quieras; en tal caso, mañana al alba sí se desatará el infierno, pero dentro de estas murallas. Acabo de recibir un mensaje del alto mando almohade; nos dan plazo hasta mañana para rendir el castillo. Si no lo hacemos, nos atacarán; y advierten que no harán prisioneros.

La contempló con gravedad, rogaba en su interior que aquella mentira obrara el milagro. Vio la duda en ese hermoso rostro, lo escrutó con la mirada, y Álvar la sostuvo con plasmada preocupación en su expresión.

—Que se rinda, entonces, el castillo —musitó.

—Sabes mejor que nadie por qué no puedo hacer tal cosa.

Jimena abrió los ojos con asombro, supo al instante que se refería a los tesoros ocultos. Visiblemente aturdida por saberse descubierta, bajó la cabeza y contempló ensimismada un bordado de su falda.

—Tu sagacidad me abrumba, monje. Lástima que la desperdicies como simple subalterno de la ambición papal.

Él supo que había vencido y reprimió una sonrisa triunfal.

—Todavía aguardo una respuesta sensata.

Jimena lo atravesó con la mirada y torció disgustada el gesto. Antes de contestar, se acomodó un largo mechón oscuro tras la oreja y se humedeció los labios, un gesto que lo desconcentró. Aquella maldita boca ejercía alguna especie de hechizo sobre él. Se obligó a apartar la mirada y la fijó de nuevo en aquellos bellísimos ojos azules. Podría pasarse la eternidad mirándola. Aquel pensamiento lo irritó.

—¿Piensas tenerme aquí hasta mañana?

Ella frunció el ceño y le dedicó una mirada traviesa.

—Seguro que sería más divertido pelear contigo que con las ratas.

La imagen de ambos enlazados en el suelo lo asaltó de improviso. Se le secó la garganta. Carraspeó incómodo. Jimena se le acercó peligrosamente. Álvar, alerta, retrocedió y tambaleó. En su posición de cuclillas, apoyó una mano tras él para evitar caer sentado.

—Piensas que soy el mismísimo demonio, ¿no?

—¿Lo eres?

Ella volvió a su posición, sentada con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el muro.

—Tal vez —respondió esa vez con abatimiento.

La tristeza que le tiñó el semblante arrancó de sus entrañas la necesidad de abrazarla y confortarla. Apretó los puños para reprimir aquel impulso feroz.

—No pienso eso de ti —logró articular.

Ella lo observó con seriedad.

—¿Y qué piensas de mí?

Pensó que desearía convertirla en un pájaro y cobijarla en su pecho a salvo de todo y de todos. En cambio, musitó:

—Tan solo vagas perdida en un mundo de sombras a la espera de hallar una luz lo suficientemente brillante para lograr alejarte de las tinieblas.

La sombra incipiente de una sonrisa iluminó el rostro de la mujer.

—Y esa luz eres tú, o eso pretendes. ¿Me equivoco?

—Esa luz es tu Padre y Creador. Yo tan solo pretendo conseguir que abráis los ojos a él.

Álvar captó un atisbo de condescendencia en su expresión.

—Hazlo —sugirió—. Ábreme los ojos y permíteme gozar del mismo privilegio.

—Mis ojos llevan mucho tiempo abiertos —replicó Álvar, algo confuso.

Ella, esa vez, le sonrió abiertamente. Una sonrisa franca y luminosa que lo desarmó.

—Tus ojos están más cerrados que los míos —le espetó—. ¿Cuánto tiempo hace que no miras en tu corazón? Temes hacerlo porque intuyes lo que puedes encontrar, y yo, templario, te reto a que lo hagas. Indaga dentro de él. No hay verdad más pura que la que alberga nuestro pecho.

La intensidad de su mirada lo obligó a apartar la vista.

—Ya una vez te dejaste guiar por el corazón —continuó—, en contra de tu dogma, de los mandatos de tu Orden, y salvaste a una niña de un aciago destino.

Hizo una pausa, sus claros ojos brillaban emocionados, y agregó:

—Ahora sé que dudaste de tus superiores, de las leyes eclesiásticas que rigen la vida de los cristianos. Pero tu fe soportó la prueba. Imagino que has vivido más crisis a lo largo de tu vida en las que te habrás planteado si hacías lo correcto, si masacrar a un pueblo en nombre de tu dios era realmente necesario para ensalzar a Cristo. Y una parte de ti, tal vez, muy oculta, es consciente de que la sangre que has derramado tan solo favorece intereses políticos, ambición y poder. Dios solo es la excusa.

Álvar se levantó y se dirigió a la puerta. Una emoción extraña, incómoda y

palpitante lo oprimía.

—¿Derramarás la sangre de los tuyos por proteger a un hereje?

—Creo que ya te he dicho de lo que soy capaz por ellos; y tú, sabiamente, has utilizado esa baza. Te entregaré a Yarmun, pues no tengo modo de saber si dices la verdad y no pienso arriesgarme. Pero has de saber algo, templario, más te vale que tus tretas impidan una batalla, porque, de lo contrario, no solo caerá sobre tus hombros mi ira, también la de tu Dios.

Salió de las mazmorras con un anhelo inquietante que le remolineaba en la cabeza. Se debatía entre sus convicciones y lo que ella despertaba en él. Y, lo peor de todo, era lo que había visto en sus ojos: una seguridad tan apabullante que minaba la suya propia con dudas sepultadas concienzudamente. Sí, aceptó, había tenido crisis de fe, sobre todo cuando contemplaba un campo lleno de cadáveres, una aldea arrasada, saqueos y torturas indiscriminadas. Tantas veces se había preguntado qué sentido tenía reconquistar Tierra Santa para teñirla de sangre y vergüenza. Y la respuesta había sido la misma que había salido de los labios de Jimena: poder y ambición.

¿Quién descifraba los designios de Dios? ¿Las Escrituras? Pero las Escrituras eran interpretadas por los hombres, y cada individuo tenía su particular prisma enfocado de diferente modo hacia la visión de las cosas. Entonces, ¿qué esperaba realmente Dios de sus siervos? Y aquella no era la única verdad que había salido de su boca. ¿Cuánto tiempo hacía que no miraba en su corazón? ¿Qué cómodo resultaba obedecer sin cuestionar nada convencido de obrar en nombre de Dios! Y, ahora, aquella endiablada mujer horadaba sus muros con preguntas y retos, despertaba sensaciones inquietantes y perturbadoras. Se negó a seguir pensando en ello. No cuando de su actuación dependían tantas vidas. Tenía un mensaje que enviar.

Sacó el cilindro de su pecho. Había vuelto a enrollar el largo rizo de la mujer. Oía a jazmín y a azahar, exactamente igual que el pañuelo que ocultaba bajo el camastro. El mensaje, cuidadosamente escrito, era la clave para que su plan funcionase. Un cebo jugoso que no podía fallar. ¿Qué comandante musulmán no querría tener en su poder el Santo Sudario? ¿O el Cáliz Sagrado? Sí, se dijo, Yarmun iría. Inmerso en sus pensamientos, pulía cada cabo de su plan; volvió sobre sus pasos y llamó al guardián de la mazmorra.

—Libérala de esa celda inmunda y reclúyela en sus aposentos. Quiero dos hombres apostados en su puerta día y noche.

\* \* \*

Jimena fue trasladada a su alcoba para alegría de sus compañeras peludas. Su estancia en aquella inmunda celda había sido de todo menos tranquila. Cuando las ratas tomaron confianza, iniciaron una serie de ataques cortos y rápidos para tantearla, y ella les había demostrado a lo que se enfrentaban: había matado a dos a pisotones al tiempo que palpaba los muros en busca de una corriente de aire para intentar escapar. Estaba en esa faena cuando había irrumpido el templario.

Todavía podía ver aquellos suspicaces ojos grises clavados en ella y aquella media sonrisa cínica que le acentuaba el caprichoso hoyuelo de la barbilla. La sola presencia del hombre la agitaba con impulsos casi irrefrenables. Había estado tentada de lanzarse a sus brazos casi todo el tiempo, por no mencionar que se moría por otro beso. El fuego que él había despertado en ella durante el breve encuentro en el torreón



todavía le devoraba las entrañas con un deseo no satisfecho. Y ese anhelo crecía peligrosamente al mismo ritmo que la admiración y en igual medida que la precaución.

Era extremadamente inteligente, noble y valeroso: cualidades poco comunes en un clérigo. Pero sus defectos también eran notables y se reducían a uno solo: desgraciadamente era una oveja sumisa y obediente dentro de un rebaño regido por un pastor codicioso. Inmersa en sus cavilaciones, no escuchó abrirse la puerta y dio un respingo cuando una mano se posó en su hombro.

—Haces bien en preocuparte, mujer.

El rostro ceñudo de Guillén la hizo retroceder.

—¿Por qué? —inquirió apesadumbrado.

Jimena no fue capaz de sostenerle la mirada. No sabía si conocía toda la verdad y, aunque Yarmun sí había sido su amante durante un tiempo, desde que se había casado con él, no había mantenido relaciones carnales extramatrimoniales. Y no había sido por respeto a la institución, ni siquiera por respeto a Guillén, sino, por respeto a sí misma. Un respeto que perdía con Alvar. De nuevo aquel maldito monje le socavaba cada pensamiento. Sacudió la cabeza furiosa y se alejó hacia la ventana.

—¿Acaso importa el motivo? —susurró.

Guillén resopló afligido. Lo oyó acercarse. No se volvió, aunque sintió sus verdes ojos clavados en la espalda.

—A mí me importa —confesó en apenas un susurro—. Saber que no era objeto de tu amor no impidió que tú sí lo fuerais del mío. Jimena, he soportado tus desplantes, tus flirteos e incluso tus extraños caprichos por complacerte, aguardaba que en tu corazón surgiera, al menos, un brote de cariño por mí. Pero heme aquí, unido a una mujer que no solo mancillaba mi apellido y mi honor, sino también mi futuro. Tu traición al rey nos ha puesto a los dos en peligro.

Jimena giró hacia él aturdida y lo contempló. Le rompió el alma ver su sufrimiento.

—Nada tienes que ver con esto. Actué por cuenta propia y así lo admitiré.

Guillén negó con la cabeza, su trigueña melena le ocultó parcialmente el rostro. Bajó la cabeza y se miró las manos.

—¿Y piensas que te creerán?

—Tendrán que hacerlo, pues no consentiré tal injusticia, te lo aseguro —replicó con firmeza.

El hombre alzó la vista. Sus pequeños ojos titilaron emocionados, rezumaban la angustia que lo embargaba.

—Caeré contigo, no hay duda alguna —espetó abatido—. En mí recaía tu conducta, fui demasiado permisivo e indulgente, y como único responsable pagaré mi negligencia.

Jimena sintió que las lágrimas le quemaban los ojos. Se abrazó a él con fuerza mientras negaba tozudamente con la cabeza.

—No lo permitiré —profirió furiosa con ella misma—. Te juro que haré lo que sea por ganar tu perdón ante el rey. Negociaré una dispensa. Tengo información suficiente para salvarte y lo haré, créeme. Te lo debo por...

—¿Utilizarme? —interrumpió Guillén con rencor. Se desasíó de ella y se dirigió a

la puerta—. Subestimaste mi inteligencia, Jimena, siempre supe los motivos de tu inesperado interés en mí. Mi gran error fue posterior a nuestro enlace, cuando estúpidamente sentí la necesidad de ganar algo imposible.

Jimena, desbordada en llanto, lo miró suplicante por un perdón que, sabía, no merecía.

—Creo que, al menos, sí me he ganado el derecho a saber el motivo de mi desgracia —agregó en tono seco y despectivo.

—Por dos deudas adquiridas de niña: una venganza y una promesa.

Aquello despertó la curiosidad del hombre; en lugar de marcharse, se encaminó a la silla de respaldo alto y se sentó expectante.

—Es una historia muy larga —advirtió al tiempo que tomaba asiento en el alféizar de la ventana.

—Si algo nos sobra en nuestra situación, es tiempo.

La noche lo arropaba. Aquella otra mujer no col-maba la sed de sangre que bullía dentro de él, ni siquiera era digna del sacrificio ofrecido, pero hasta que la elegida estuviera a su alcance debía conformarse. Sacó su daga y le grabó concienzudamente el pentagrama invertido en la frente: el símbolo de su señor, Baphomet, la estrella del mañana, el que aguarda el regreso a la Tierra. Las cinco puntas del pentagrama eran los cinco propósitos de Satán:

Subiré al cielo,  
por encima de las estrellas de Dios levantaré  
mi trono,  
y me sentaré en el monte de la asamblea,  
en el extremo norte.

Sobre las alturas de las nubes subiré,  
y seré semejante al Altísimo.

Había llegado el momento de rebelarse contra el Eterno: la gran conspiración contra Dios se forjaba con la sangre de sus siervos. Aquella mujer que yacía a sus pies había dedicado su sufrimiento a Satán y repudiado a Dios por abandonarla a un fin tan miserable.

Él había gozado al mancillar su cuerpo. Con la mujer del herrero no había dispuesto del suficiente tiempo para recrearse. Pero, en esta ocasión, había paladeado cada grito, cada súplica, cada lágrima. Había amputado su lengua por cada plegaria que había elevado a Cristo, el ignominioso; sus manos, por haberlas rendido a su culto; sus pies, por haber seguido sus pasos; y le había arrancado los ojos por vivir ciega ante la verdad. Finalmente, tras una larga agonía, la degolló para ofrecer su mísera vida al verdadero mesías, al maestro supremo, el gran y todopoderoso Lucifer, rey de reyes, y a su corte de generales.

Debía cuidarse del jefe templario. Había percibido en él a un enemigo formidable y, a pesar de que su atención se centraba más en el exterior del recinto que en el interior, no era un hombre que pudiera desatender. Pero conocía su punto débil, era fácil advertirlo cuando se sabía a dónde mirar. Y él, astuto y solapado, había captado el infame interés del monje por aquella pérfida y licenciosa mujer. ¡Cuánto disfrutaría con ella!

No obstante, ella, ahora, era mucho más valiosa viva. La muchacha era la clave de todo, la cuerda que seguiría, la piedra angular para derrumbar todo el entramado, todas las mentiras que tan bien habían tejido durante siglos. Lástima que no pudiera tenerla entre sus filas: una enemiga de la Iglesia con tan magníficos atributos habría sido una aliada poderosa. Pero su destino ya estaba marcado, sería la llave que abriría la puerta a su señor.

Salió al patio de armas, se deslizó sigiloso y sorteó a la guardia. La luna iluminaba tenuemente el desdibujado relieve de las espesas nubes entre las que se ocultaba tímida y huidiza. Podía oler la humedad, se acercaba una tormenta. Se ocultó en las sombras hasta la soledad de su recámara y se metió en su camastro con la

satisfacción plena del deber cumplido. Ya quedaba poco, lo sentía. Las circunstancias se confabulaban a su favor; se avecinaba una batalla y de ella surgiría el advenimiento. Pronto, muy pronto, se dijo.

\* \* \*

No fue el canto de un gallo lo que anunció el alba, fue un estridente grito de mujer que reverberó entre los muros de piedra convertido en un eco escalofriante lo que despertó de un brinco a los hombres. El cielo plomizo oscurecía la mañana. La bruma nocturna todavía flotaba en densos jirones al pie de las murallas y ocultaba el heno mugriento arrinconado en las esquinas. Un trueno resonó con violencia sobre ellos. Acto seguido, un relámpago emergió de repente e iluminó fugazmente los negros nubarrones. Su fulminante zigzagueo impactó sobre el aljibe y lanzó por los aires las piedras que circundaban el pozo. El murete derruido y ennegrecido dejó a la vista la profunda y oscura oquedad que descendía hacia el manantial que proveía de agua al castillo.

Todo era pánico y confusión a su alrededor. Los niños se abrazaban llorosos a sus madres, y los hombres se pertrechaban presurosos y se dirigían a sus puestos. Álvar corrió hacia la mujer que gritaba horrorizada bajo la arcada de la escalinata norte, la que descendía al área subterránea. Supo al instante que no se trataba de un ataque. Cuando llegó a su altura, la mujer cayó de rodillas frente a él; sus ojos desmesuradamente abiertos y llorosos se clavaron en su mirada.

—Dios nos castiga... Estamos condenados —musitó temblorosa.

Álvar se inclinó, la tomó de los hombros y la levantó. Comenzó a llover. El viento silbaba entre las aristas de los muros y adornaba con su tétrica melodía la tormenta que ya arreciaba con fuerza.

—Vamos, mujer —instó Álvar—. Busquemos refugio en la torre, aquí corremos peligro.

La señora parpadeó impertérrita. La lluvia le salpicaba el rostro, le aplastaba el cabello cano y le empapaba las ropas. El hombre, ya completamente calado, la tomó del brazo y la condujo a empellones hacia la torre del homenaje. La mujer se resistía mientras gritaba incongruencias.

—¡Pagaremos nuestros pecados! —gritaba fuera de sí—. ¡Dios nos ha abandonado! ¡Habéis traído una maldición a estas tierras! Sí... ¡Estáis maldito, todos lo estamos!

Álvar reconocía sobradamente aquel estado: sus soldados lo habían sufrido en alguna ocasión. La mirada perdida, la boca desencajada, el temblor: un claro estado de enajenación provocado por una fuerte impresión. La única forma de conseguir una explicación razonable a semejante perturbación era conseguir calmarla sin agobiarla con preguntas que su mente confusa no pudiera asimilar en ese momento.

—¡Polonia era una mujer piadosa y temerosa de Dios! —le gritó bajo el aguacero— ¡y ni así ha escapado del infierno! Su pobre cuerpo yace roto en las cámaras, nunca vi una crueldad así...

Las rodillas le flaquearon y trastabilló.

—¿Polonia? —inquirió Álvar.

La mujer sollozó y asintió. Alzó el brazo y señaló una arcada.

—Mi compañera... Rezad por su alma —pidió.

Dejó a la mujer y corrió bajo el violento chaparrón hasta el sitio que la mujer le indicaba. Bajó raudo los irregulares escalones, tomó la antorcha todavía prendida de la antesala a los pasadizos y siguió el olor a muerte y sangre que ya inundaba la estancia. Aquel hedor, tantas veces soportado, lo llevó hacia la primera cámara. Lo que vio allí lo hizo retroceder. Ni siquiera él, avezado en batallas cruentas, había contemplado una aberración similar.

El cuerpo de una joven se hallaba tendido en el centro del recinto con los brazos y las piernas extendidos y rodeado por un círculo de sangre. Le habían amputado manos y pies, arrancado los ojos y, finalmente, degollado. Ella, en sí, representaba un pentagrama invertido a tamaño real. No obstante, en su frente también figuraba aquel grotesco símbolo infernal.

Cerró por un instante los ojos y rogó a Dios que acogiera a su sierva en el seno de los mártires. Pidió, también, fuerza y clarividencia para atrapar al asesino. Se acercó al cadáver y escudriñó a su alrededor en busca de alguna pista. La mujer tenía la túnica enrollada sobre sus abiertos y ensangrentados muslos, la sangre allí era rosada. Tuvo la certeza de que había sido forzada. Recorrió la sala en busca de las extremidades seccionadas. No encontró nada. Ya se marchaba en busca de sus hombres cuando un débil destello llamó su atención. Junto a la cabeza, parcialmente oculto por su cobriza melena, un pequeño objeto metálico brillaba bajo el resplandor de su antorcha.

Álvar se inclinó, apartó la cabellera y descubrió una extraña esfera de plata parecida a un diminuto cascabel. Lo tomó en la mano y lo agitó. Aquel sonido le recordó algo. Era una réplica a menor escala de la campanilla que anunciaba las horas de oración en el monasterio. El tintineo metálico que a medianoche anunciaba maitines resonó en sus oídos e inmediatamente el salmo le vino a la mente.

Por su labor de soldado, gozaba de dispensa sobre el obligado cumplimiento de las horas canónicas y rezaba el salterio cuando disponía de tiempo. Normalmente, al levantarse y al acostarse susurraba con fervor sus oraciones y se confesaba cada tanto para recibir el perdón por alguna cosa que sus superiores, tarde o temprano, le ordenarían hacer de nuevo. Otra incongruencia en su ya abarrotado arcón. Un arcón que había decidido cerrar y no atender más, a pesar de que la tapa rebotaba incesante sobre su abultado contenido.

Guardó la campanilla en su zurrón, recorrió con la vista toda la estancia y distinguió en un penumbroso rincón una discordante nota de color, una flor. Era morada y tenía una curiosa forma acampanada; en el centro, apenas oculto por la corola, podía verse el fruto, que se asemejaba a una pequeña cereza negra. Álvar la tomó y la olió: apestaba. Que de una flor manara una fragancia tan desagradable lo confundió. De nuevo abrió el bolso y la depositó con cuidado; buscaría al boticario para pedirle asesoramiento. Salió con la abrumadora tarea de anunciar otro asesinato.

Debía averiguar por qué la mujer había incumplido las órdenes y salido sola. En cuanto a su pareja asignada, tenía todavía en la retina su rostro contrito y sus ojos empañados por el horror. Sin embargo, esta vez, no aguardaría a que recuperara la paz. Un abyecto criminal andaba suelto y no había tiempo que perder. No cuando un grupo de almohades estaba a punto de acceder a los túneles. Álvar apretó los dientes con fuerza y maldijo para sus adentros, Dios cargaba demasiados menesteres sobre

sus hombros. Rogó tener la suficiente fortaleza y sabiduría para afrontarlos con honor.

\* \* \*

El gran salón estaba abarrotado. Decenas de ojos inquietos y expectantes contemplaban al capitán templario. Jimena también era receptora de miradas rencorosas y desdeñosas. Y, sentada en un rincón junto a su guardián, aceptaba displicente aquel trato, casi sorprendida de no recibir ni un solo escupitajo, ni un improperio, ni un tropezón intencionado.

Mencia la miraba con reproche, con una honda tristeza. La decepción que le teñía el semblante era como un dardo en el pecho de Jimena que, incapaz de sostener el ceño, centró la atención en Álvar. Él conversaba con uno de sus hombres y, aunque intentaba aparentar calma y seguridad, sus fascinantes ojos de gato deambulaban inquietos de un lado a otro y pretendían controlar todo. Podía casi ver cómo su mente maquinaba incesante en busca de soluciones y forjaba planes. Su inteligencia resultaba casi tan atrayente como su físico.

Tras considerar una línea de acción con sus soldados, Álvar pidió atención y se adelantó para enfrentarse a un público atemorizado y desconfiado. Polonia, la mujer asesinada, había sido una joven viuda reservada y beata, que había dedicado su vida a ayudar a los demás, lo que sumaba al desconcierto la indignación.

—Creo que no es necesario recalcar lo peligroso que es salir solo —comenzó con voz grave y solemne—. Polonia lo hizo cuando su compañera asignada dormía y pagó demasiado cara su imprudencia.

El hombre enlazó las manos en su espalda y recorrió con la mirada a los allí reunidos con expresión severa.

—Exijo saber si alguno de los aquí presentes tiene constancia de la ausencia de su pareja, por breve que esta sea.

Los congregados se miraron recelosos entre sí. Surgieron algunos murmullos y negaciones. Él alzó la mano y agregó:

—No deseo que se haga en público. Soy consciente de la amistad que la mayoría tiene entre sí, no obstante, nos enfrentamos a un asesino inmisericorde, brutal, un ser perturbado que actuará de nuevo si no lo detenemos a tiempo. Me basta con una nota anónima: esa colaboración salvará vidas.

Una sombra surgió de un rincón. Un hombre ataviado con una ajada sotana parda avanzó hasta el centro de la sala. Su rostro enjuto, casi cadavérico, mostraba una expresión tétrica; su mirada vacua se centró en Álvar.

—El asesino es uno de nosotros —declaró reprobador el padre Ambrosio de Nimes—. Pero dejadme preguntaos una cosa: Polonia fue capturada fuera de estos muros, en los cuales vuestros hombres hacen guardia, y ninguno vio ni escuchó nada. Por lo tanto, ¿por qué los excluís de toda sospecha?

Se volvió hacia su rebaño, que ya asentía. Ungido por la firme aprobación que mostraban sus semblantes agregó:

—¡Dios nos castiga, mas no son nuestros pecados los que han provocado su ira! —exclamó alzando la voz con la misma pasión que ponía en sus sermones—. ¡Son los vuestros! —continuó mientras señalaba acusador a Álvar.

Jimena contuvo la respiración cuando el sacerdote se dirigió colérico hacia ella.

—No os permito tal acusación —se defendió el muchacho—. Mis hombres

vigilan las tropas enemigas, y el guardián que vigila estas puertas fue golpeado desde atrás, por lo que estaba inconsciente.

—Desconozco la identidad del asesino —replicó Ambrosio con inquina—, pero sí la causa, el motivo por el cual el demonio campa libremente entre nosotros. —Alzó el brazo hacia Jimena y profirió—: Ella es el cebo que el demonio ha puesto para vos, y habéis picado, habéis traicionado vuestros votos más sagrados.

El público ahogó una sonora exclamación que creció por toda la sala para convertirse en asombrados murmullos. Todos los ojos se posaron en Guillén de Montcada, que palidecía por momentos.

—Yo os vi —añadió el clérigo con voz atronadora y se dirigió a Álvar—. Os vi arriba, en la torre este. —Fruunció el ceño, sus ojos saltones parecían querer salirse de las orbitas, sus labios finos y arrugados se tensaron en una línea blanquecina—. Besabais a la perra traidora contra el muro, sumido en la lascivia, mancillabais a Dios y a los hombres. ¡Sois tan traidor como ella!

Las murmuraciones e imprecaciones contra Jimena se alzaron insidiosas y recorrieron el gran salón como una lengua de fuego devorando un tragal seco. Su esposo la miró con una expresión indescifrable que acrecentó su nerviosismo. Jimena cerró los ojos. Su corazón palpitaba violentamente, sintió la boca seca y un incómodo nudo en la garganta. Su mente trabajaba a una velocidad vertiginosa y sopesaba la posibilidad de negar la acusación, de aceptar con dignidad su culpabilidad o de inventar alguna excusa que la eximiera, si aquello fuera posible. No tuvo tiempo de abrir la boca.

—Tal vez vuestra apreciación sea errónea, padre Ambrosio —intervino Guillén con voz pausada y aparente calma—. A pesar de vuestra lucidez, sois hombre añoso, y no sería la primera vez que vuestra vista os jugara malas pasadas. ¿Dónde os encontrabais cuando los sorprendisteis?

Jimena no daba crédito a lo que oía. Ambrosio, atónito por la actitud del agraviado, recompuso su semblante en una máscara feroz.

—Estaba en el campanario de la capilla, mi señor. Y tristemente compruebo que mi vista es más aguda que la vuestra. “De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis”, evangelio según San Mateo, capítulo 13, versículo 14.

Sonrió sibilino y se dirigió satisfecho hacia los congregados.

—“Porque de cierto os digo —apostilló sagazmente Álvar—, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron”, también evangelio según San Mateo, capítulo 13, versículo 17.

El sacerdote se dirigió furibundo hacia él con el puño en alto.

—¿Osáis poner en entredicho mi testimonio?

Álvar se adelantó con semblante grave. Sus ojos grises refulgían indignados.

—Sea lo que sea que creáis haber visto —objetó hábilmente—, no os incumbe, padre, pues mis faltas serán respondidas ante Dios y ante el maestro de mi Orden. Y, las de la mujer, ante su esposo y, por supuesto, ante el Creador, como cada uno de nosotros. A menos, claro está, que estéis limpio de pecado.

Paseó su mirada severa por los confundidos rostros de los espectadores y añadió: —Las huestes almohades rodean nuestros muros, entre nosotros se oculta un

sangriento asesino, y vos, padre, recrimináis una supuesta inmoralidad y desvías la atención de los verdaderos peligros. Ni Dios ni el demonio tienen que ver en esto, son los hombres los únicos culpables de nuestro destino.

Guillén, con expresión enigmática, asintió y se dirigió hacia Álvar.

—Decís bien, templario, y, como hombres que somos, vuestros soldados seguirán las mismas normas que nosotros, solo así conseguireis la confianza de mis siervos.

Álvar aceptó a regañadientes, maldijo la perspicacia de Guillén: una agudeza que lo asombró y que desmontó la teoría que se había forjado sobre su persona.

—Así sea. Aguardo impaciente la colaboración de vuestros siervos, yo responderé por mis hermanos. Ahora, si me disculpáis, tengo una fortaleza que defender.

Guillén miró significativamente a Jimena y luego a él.

—Ambos tenemos intereses que proteger —replicó—. Le aseguro, capitán, que esta vez no descuidaré mis deberes.

Ante aquella velada amenaza, ambos hombres se sostuvieron la mirada y dejaron que sus ojos siguieran derramando sutiles advertencias. Jimena sintió las mejillas arreboladas; deseó correr a su alcoba, lejos de todo: de la vergüenza, de la pasión que Álvar despertaba en ella, del temor ante un asalto y del horror ante el depredador que anidaba bajo su techo. Mencia se acercó a ella, no era enfado lo que mostraba su rostro, era algo mucho peor: decepción.

—Te avisé, niña —susurró compungida—, y caíste al pozo.

Jimena fue incapaz de sostenerle la mirada. Todo el coraje que mostraba en situaciones difíciles la abandonaba frente al reproche de alguien querido. Desolada y abatida, inclinó la cabeza para contener las lágrimas. Una mano regordeta y callosa se posó firme sobre la suya.

—Muchacha —agregó, esta vez en tono cariñoso—, sabed que, cada vez que caigas, estaré allí para lanzarte una soga.

Alzó la cabeza con los ojos arrasados en lágrimas, deseó poder abrazarla y, movida por ese impulso, se levantó. Inmediatamente, los guardias la detuvieron y la retuvieron en la silla. Sus ojos se encontraron con los de Álvar y descubrió en ellos un brillo extraño. Él asintió a sus soldados e inmediatamente se retiraron unos pasos. Jimena se incorporó y se lanzó a los brazos de su doncella, su madre suplente, su gran amiga. Necesitaba tanto sentirse arropada, mimada y consolada. Mencia la acogió entre sus brazos, la reconfortó y le susurró palabras cálidas al tiempo que le frotaba la espalda y le acariciaba el cabello. Aquello no hizo más que aumentar su congoja.

—No es momento de flaquezas, pequeña. Muéstrales de qué estás hecha, aviva tu ingenio y encauza tu vida. Dios siempre nos ofrece otra oportunidad.

—Me temo, mi buena Mencia, que mi vida discurre por un sendero cercado, no tengo más remedio que seguirlo.

Buscó con la mirada a Álvar, pero ya no estaba en el salón. Fueron otros ojos los que encontró, verdes y pensativos, casi ausentes. Sin embargo, en su interior se despertó un desasosiego inquietante.



El ocaso vistió los campos de bermellón y oro y oscureció relieves y rincones. Los destellos de un sol moribundo se perdían lánguidos en el horizonte, alargaban las sombras y cedían su reinado a la noche, que ya coronaba el cielo con una luna sonriente.

Álvar contemplaba absorto el atardecer, estaba sumido en sus pensamientos cuando un vigía lo requirió en la muralla sur. Había avisado a sus hombres que vigilaran cualquier movimiento de las tropas enemigas en dirección a la derruida capilla exterior. Cualquier acercamiento, por disimulado que fuera, pondría en funcionamiento su plan, y, en él, la rapidez era esencial para el éxito.

Cuando subió al adarve almenado supo que el momento crucial se acercaba. Un reducido grupo de hombres cobijados por incipientes sombras intentaban pasar desapercibidos avanzando entre pinos y encinas, se ocultaban en la frondosa retama rumbo a la capilla.

Dio instrucciones a los soldados y descendió la escalinata en busca de Jimena. Cuando llegó a la puerta de su alcoba y posó su mano en el pomo, las imágenes de su cuerpo desnudo y mojado le acudieron inoportunas a la mente. Rogó encontrarla visible, apretó los dientes y abrió. Ella estaba frente a la ventana ojival, contemplaba el crepúsculo de espaldas a él. Ni siquiera se volvió, como si estuviera a leguas de allí. Fijó la vista en aquella esplendorosa melena negra y rizada que le rozaba la cintura, y el impulso de enredar las manos en ella lo asaltó. Álvar carraspeó y la muchacha volvió sus enrojecidos ojos hacia él; había estado llorando.

—Debes acompañarme, Yarmun está en camino.

Extrañamente, no replicó; se limitó a asentir y se dirigió a la puerta. Aquella actitud apática e indiferente lo acicateaba más que su rebeldía. No soportaba verla en aquel estado. Llegaron a la cámara subterránea, la misma en la que la había sorprendido aquella mañana mientras intentaba descubrir el acceso a los túneles. La miró con disimulo y sacó de su túnica un medallón con la cruz patada. Lo encajó bajo el soporte para antorchas en la pared del fondo, lo que accionó un ruidoso mecanismo. Ella abrió los ojos sorprendida y frunció el ceño.

—Debí de haberlo imaginado —musitó indignada.

En el centro del muro, un estridente chirrido abrió una puerta oculta camuflada con piedra para mimetizarla con la pared. Una escalinata de caracol, estrecha, húmeda y lóbrega se abrió ante ellos. Álvar fue delante, la miró apenas un segundo y espetó:

—Iré delante, apoya tus manos en mis hombros y baja a mi ritmo. La piedra rezuma humedad y podrías resbalar.

Ante su inmovilidad, giró la cabeza y la contempló extrañado. Tenía los ojos anegados en lágrimas y había palidecido visiblemente.

—¿Te encuentras bien?

Jimena se limitó a asentir y, a pesar de saber que mentía, no había tiempo que perder. Las manos de la mujer se afianzaron en sus anchos hombros y le provocaron una reacción esperada y temida. Álvar respiró hondo para alejar pensamientos y emociones turbadoras. Llegaron a una amplia antesala circular que se abría en cuatro pasadizos, se adentró sin titubear en el segundo por la izquierda y recorrió a grandes

zancadas un largo tramo recto.

Álvar escuchaba tras él los acelerados pasos de Jimena, que casi iba a la carrera. Los túneles estaban precariamente iluminados, por lo que, al doblar un recodo, se sumían en la negrura hasta que otra antorcha los regaba con su titilante resplandor casi en mitad del pasadizo. Podían oír el eco de sus pisadas viajar por los túneles, también se oía un rumor de agua por encima de ellos, proveniente de algún manantial subterráneo.

De pronto escucharon el apagado murmullo de unas voces. Álvar no se detuvo. Sus hombres lo aguardaban. Al final del trayecto, tres enormes templarios armados con hachas, picas y espadones mostraban un semblante concentrado. Él se adelantó hacia una endeble escala de madera que ascendía a bastante altura. Sobre ella se divisaba una pesada compuerta reforzada con metal.

—Están a punto de llegar, acabamos de escuchar pasos. No tardarán en encontrar la entrada —susurró uno de ellos.

Álvar se volvió hacia Jimena, que permanecía inmersa en su mutismo.

—Habrás de subir la escala y abrir la cancela —la instruyó—. Después los guiarás hacia la antesala de la que partimos. Cuando empiece la refriega, ocúltate en el primer pasadizo de la derecha; al comienzo del primer recodo se abre una brecha oculta tras un puntal. Escóndete allí, yo iré a buscarte cuando todo termine. ¿Alguna pregunta? Los grandes ojos de la mujer lo observaron fijamente; pareció meditar apenas un instante y negó con la cabeza.

—Durán —continuó—, tú te esconderás tras este recodo; cuando sigan a Jimena, aguardarás hasta que escuches mi orden y derrumbarás a hachazos los puntales. Habrás de ser rápido y certero o acabarás sepultado.

—Otro tesoro oculto —bromeó el aludido.

—Que no me molestaré en custodiar —replicó Bernardo.

Martín y Álvar sonrieron divertidos.

—Bien, hermanos, nada puede salir mal, Dios está con nosotros.

En ese instante, escucharon con toda claridad cómo golpeaban la compuerta desde el exterior. Álvar clavó los ojos en Jimena y asintió. Ella, con semblante sorprendentemente imperturbable, imitó su gesto y se dirigió a la escala. Con una innata agilidad, a pesar de su larga saya de lana y la túnica, se encaramó a la escala y comenzó la ascensión.

—¡Rápido! —exclamó Álvar y corrió detrás de Martín y Bernardo.

En su mente, una duda inquietante tomaba peso a cada zancada. La extraña actitud de la mujer había despertado en su instinto una alerta de aviso. ¿Y si Jimena tenía otros planes? ¿Y si le había mentido y su gente no significaba nada para ella? ¿Podía fiarse de una traidora? Se detuvo en el primer recodo y alentó a sus hombres a continuar. Allí, en las oquedades de la pared, también podía camuflarse. Fuera lo que fuera, debía anticiparse o todo estaría perdido. Se escondió en el tramo más oscuro y aguardó. No tardó en escuchar pisadas.

\* \* \*

Jimena abrió el postigo y bajó unos peldaños antes de gritar:

—¡Tirad con fuerza, acabo de abrirlo!

No supo si la habían escuchado hasta que se abrió quejumbroso un pequeño

quicio iluminado por una antorcha. Un tirón más y la compuerta se abrió totalmente. Un rostro conocido asomó por ella.

—¡Por Alá misericordioso! —exclamó Yarmun—. Temí por ti.

Jimena se obligó a sonreír a pesar de la angustia que la embargaba. Se repetía incesantemente que aquello era lo correcto, en un patético intento por aplacar los remordimientos. Descendió y aguardó a que una veintena de hombres alcanzaran el túnel. En fila avanzaron sigilosos. Ella encabezaba la comitiva con Yarmun pegado a su espalda. El apuesto capitán sarraceno, de acanelada piel y ojos brunos, le había dedicado una mirada llena de anhelo.

—Sabes que te he echado de menos —susurró en su pelo.

La seductora cadencia de la lengua árabe trajo a su memoria momentos entrañables, románticos y dulces. Las manos de él le ciñeron la cintura. Jimena contuvo la respiración, mas no se detuvo.

—Y sabré recompensarte debidamente —prometió sugerente—. Cuando me asciendan, te regalaré un palacete en Córdoba o una almunia en el campo, lo que prefieras. Allí podré visitarte tan frecuentemente como pueda. Y, créeme, preciosa, que, si de mí dependiera, no me alejaría de ti ni un instante. Mi cama está tan fría desde que decidiste abandonarla...

Jimena cerró los ojos y tragó saliva. Sentía los nervios de punta, sus jugos gástricos se removieron convulsos.

—No solo pienso llevarme los tesoros del castillo —continuó—. Tú, mi dulce paloma, vendrás conmigo. Partiremos de inmediato hacia Córdoba, no pienso exponerte más.

Dobló el primer recodo y aceleró el paso. Escucharlo sumaba agonía a su encargo.

—Hemos de darnos prisa —aconsejó ella—. Ahora están rezando, pero no tardarán en reanudar la guardia.

Un recodo y otro más. El eco, una vez más, anunció la presencia del grupo que dirigía. Un último tramo recto y llegarían a la gran sala circular. Dejó de escuchar el murmullo constante de Yarmun, el eco y el incesante rumor del agua; tan solo sus latidos le resonaban en los oídos, atronadores e irregulares. Respiró hondo y se preparó para la emboscada. Habían llegado.

Los hombres se acomodaron en el recinto circular, y Yarmun observó los pasadizos. Se volvió interrogante hacia ella y la observó con atención. Algo en su expresión debió de alertarlo, porque frunció el ceño alarmado y desenfundó la espada, aunque no tuvo tiempo de abrir la boca. Justo en ese instante, aparecieron templarios de la nada, gritaban desaforados al tiempo que enarbolaban sus armas contra ellos. La lucha fue rápida y letal. El factor sorpresa se cobró sus víctimas.

Jimena solo vio sangre y confusión. Se dispuso a huir cuando una mano la detuvo. La colérica expresión de Yarmun le secó la garganta. Él se zafó de un contendiente y corrió por el túnel de regreso a la capilla tirando de ella. Jimena se revolvió con la esperanza de soltarse, pero el almohade, furibundo, la atrajo hacia él, apuntó el filo de su espada contra la base de su cuello y susurró:

—Vas a pagarlo caro, perra infiel.

Llegaban al último recodo cuando un estruendo los sobresaltó. Durán acababa de

derribar los puntales.

—Estás atrapado, Yarmun —espetó ella—. Ríndete si quieres conservar tu vida. Te lo ruego.

Una nube de polvo se cernió sobre ellos.

—Morirás conmigo —musitó él.

Y giró para contemplarla. El pánico la invadió y negó con la cabeza en una muda súplica.

—No lo hará.

Aquella voz grave...

Yarmun la soltó para enfrentarse a Álvar, que surgía misteriosamente de entre los muros como un ángel salvador, hermoso y radiante. Jimena retrocedió y observó cómo los hombres se calibraban ceñudos. Ambos alzaron las espadas y entrecruzaron los filos. La corpulencia del templario ocupaba toda la extensión del túnel, lo que le dificultaba los movimientos. El sarraceno, más menudo, vio claramente su ventaja y descargó un rápido mandoble que el monje detuvo en el acto. Restalló el acero, una y otra vez arrancaba chispas y gruñidos.

Yarmun ganaba terreno y obligaba al templario a detener sus embestidas sin darle tiempo a contraatacar. En un escenario más abierto, el sarraceno no habría tenido la más mínima oportunidad, por lo que la única posibilidad de Álvar era llevarlo a un tramo más abierto, y era precisamente lo que estaba consiguiendo. Jimena los seguía, al tiempo que miraba atrás y suplicaba la aparición de Durán. Ella observaba, detrás de Yarmun, el enfrentamiento, indecisa y angustiada.

El alfanje del capitán sarraceno rozó el hombro del monje y le cortó la túnica. La cota de malla impidió un mal mayor. Jimena contuvo la respiración; tenía que hacer algo. El templario detenía los rápidos ataques de su oponente sin apenas movilidad. Su largo espadón chocaba contra el muro de piedra, lo que enlentecía sus estocadas. Durante ese breve instante, su cuerpo permaneció peligrosamente expuesto al sable de Yarmun. Ella se percató de la daga que el sarraceno portaba enfundada en el fajín escarlata tras la espalda, y supo al instante lo que debía hacer. Comenzó a acercarse sigilosamente, pegada al muro. Álvar retrocedió de un salto cuando su espada de nuevo se atascó entre las irregulares piedras de la pared y evitó el mandoble de su adversario. Fue entonces cuando el monje reparó en ella. Pareció adivinar sus intenciones y la fulminó con la mirada. Jimena lo ignoró, aunque sentía la furia que lo dominaba. Casi tenía la daga al alcance su mano; debía ser rápida, pues los constantes movimientos de Yarmun podrían ponerla en peligro.

Álvar redobló sus ataques con denodado vigor, lo que obligaba al sarraceno a detenerlos. Ella aprovechó ese momento para alargar la mano y apresar la empuñadura de la daga. Veloz como un rayo, la descargó en la espalda del hombre. Yarmun dejó escapar un gemido, giró y, con él, su alfanje. Jimena no pudo escapar de la estocada. Sintió un dolor lacerante en el costado izquierdo y cayó de rodillas. Boquiabierta, bajó la mirada hacia la herida que ya sangraba profusamente. El sarraceno, petrificado, dejó caer la espada y se arrodilló frente a ella, horrorizado y derrotado.

—Yo... no quise... —balbuceó—. No puedes dejarme... otra vez.

Y la abrazó tembloroso.

—¡Suéltala, maldito! —rugió Álvar, que ya se cernía sobre ellos.

En ese momento, sus hombres aparecieron y se detuvieron atónitos ante la escena.

—¡Lleváoslo! —ordenó Álvar—. Y buscad a Durán, algo ha debido de pasarle.

Inmediatamente se abalanzó sobre ella y la tomó en sus brazos. La muchacha vio el miedo en su rostro; la alarma le desfiguraba sus hermosas facciones, y deseó borrarla con sus besos. Él corrió por los pasadizos con ella pegada al pecho, quien incluso podía escuchar los atronadores latidos de su corazón. Jimena sintió los párpados pesados, un frío intenso y las extremidades adormecidas.

—¡Lucha contra el sueño! ¿Me oyes? —gritó Álvar y la hizo sobresaltar—. ¡Resiste, maldita seas!

El pánico teñía su voz y su mirada. Ella lo intentó. Pero, una y otra vez, aquella agradable somnolencia la envolvía con promesas placenteras, lejos del dolor y del frío. Solo unos ojos suplicantes la animaban a resistir. Él sorteó los cadáveres de la sala circular y se dirigió a la escalinata de caracol.

—Abrázame fuerte —pidió Álvar.

Jimena recurrió a las pocas fuerzas que le quedaban, le enlazó los brazos al cuello y cobijó el rostro en el hombro del templario. El traqueteo del ascenso avivó las punzadas que torturaban su herida, apretó los dientes con fuerza y contuvo el llanto.

—No puedo más —confesó jadeante.

Álvar en su apresurada carrera, la miró con furia.

—Entonces no eres la Jimena de Castro que conocí en Alarcos, la niña que peleaba como un demonio sin importar cuán grande fuera el peligro. ¡Aguanta, demuestra que heredaste el coraje de tu madre!

La muchacha resistió otra lacerante punzada y dejó escapar un grito, mezcla de dolor y de cólera. Cerró el puño y lo estampó en el pecho del hombre.

—¡Lo soy, maldito monje!

Los labios del hombre se estiraron en una sonrisa satisfecha. Tras atravesar corredores y más escaleras, llegaron a su alcoba seguidos de ojos curiosos y alarmados.

—Llamad al sanador si acaso hay alguno —exclamó Álvar a su espalda, al tiempo que abría de una patada la puerta de la alcoba.

La depositó con cuidado sobre el lecho, sacó un pequeño puñal y rasgó la túnica y la sobreveste. Después arrancó un trozo de la colcha y presionó la herida con ella para detener la hemorragia. Jimena ahogó un gemido.

—Solo hay un boticario, y prefiero curarme yo misma a que ese hombre me toque.

Álvar la contempló por un instante y asintió. Acto seguido examinó la herida.

—Yo te curaré si me das tu permiso. Te aseguro que no es la primera herida que coso.

Jimena asintió y cerró los ojos, presa del dolor cada vez más atroz e incansable que contraía cada fibra de su ser.

—Llama a Mencia —rogó ella—. Dile que prepare un brebaje de belladona.

Álvar se dirigió a la mujer más próxima.

—Ya has escuchado; y necesitaré aguja, hilo, aguardiente y tiras de lino limpias

para un vendaje.

La mujer casi se volatilizó, impaciente por cumplir las indicaciones.

—Con esa hosca actitud atemorizas a las mujeres.

Álvar le regaló aquella traviesa media sonrisa que tanto la aturdió.

—Tú no me temes —replicó.

—Es más bien al contrario, ¿verdad?

Y logró forzar una sonrisa que se apagó súbitamente ante otra punzada. El hombre la contempló con el ceño fruncido y una expresión indescifrable en el rostro.

—¿Me das permiso para cerrar los ojos, monje?

Álvar de nuevo sonrió. Inclino la cabeza, sus afilados ojos de gato se centraron en la herida. Un mechón de su oscuro cabello le ocultó parcialmente el rostro. Jimena, presa de un impulso, alzó la mano y se lo retiró delicadamente mientras aprovechaba para acariciarle la mejilla. El hombre no se apartó, pero sus facciones mostraron la tensión que lo dominaba.

—Gracias —musitó ella en apenas un susurro. Entonces él la miró de nuevo, mostraba asombro y extrañeza.

—Creo que soy yo quien debe darlas, a pesar de no necesitar tu ayuda. Fuiste insensata y temeraria, una vez más, y te pudo haber costado la vida; debería...

—¿Azotarme? —adivinó.

Álvar asintió divertido.

—Confórmate con coserme, aunque lo cambiaría gustosa por unos azotes; sí, muy gustosa.

Aquello encendió las mejillas del hombre.

—Hablas así porque no has probado los míos —advirtió él.

—Algo me dice que los probaré.

—Sin duda, nadie ha acumulado tantos motivos como tú para recibirlos.

Jimena cerró los ojos y acompasó la respiración. Cada latido era un latigazo lacerante; si se relajaba, pensó, los latidos se espaciarían. Tener la mente ocupada ayudaba. Abrió los ojos de nuevo y lo vio observarla con preocupación.

—¿Sabes, monje?

Álvar se encogió de hombros.

—El clero debería prohibir a los hombres guapos; no es justo para las mujeres. Como a Dios la apariencia le da igual, debería quedarse con los adefesios.

Álvar soltó una carcajada abrupta e inesperada hasta para él.

—Deliras —respondió todavía sonriente.

—Tal vez, tal vez —contestó ella.

Y cerró los ojos. En ese instante sintió la negrura tirar de ella con insistencia y, entonces, supo que no necesitaría la infusión de belladona.

\* \* \*

Álvar la contempló pensativo. Inconscientemente, su expresión se había dulcificado, casi parecía un ángel. El deseo de inclinarse y besarla lo atormentaba. Sus hermosos labios entreabiertos lo tentaban, pero se contuvo. Todavía sentía los estragos que el pánico había causado en su interior. Pero, ¿por qué? Aquella hermosa mujer lo desconcertaba, lo atraía, lo desquiciaba, lo sorprendía y lo confundía. Su valor, su entereza, su ingenio, su descaro eran absolutamente extraordinarios. ¿Acaso alguien

sería capaz de resistirse a sus encantos?

“Dulce paloma”, aquel apelativo tan inapropiado para ella todavía le fruncía el ceño. Oculto en la oquedad del muro, había escuchado cómo el sarraceno, su amante, le hablaba, lo que le provocó un sentimiento extraño, amargo y molesto. Un pequeño aguijón clavado en el pecho al que, muy a su pesar, tuvo que ponerle nombre: celos, en toda la extensión de la palabra. Ver cómo las sucias manos del hereje abarcaban la cintura de Jimena había provocado en él una oleada de ira tan intensa, que a punto había estado de salir de su escondrijo para apartarlo de ella. La sensación de propiedad que ella despertaba en él lo enfurecía más que cualquier otra cosa. Ella no era suya, pero sentía como si lo fuera. Maldijo para sus adentros; si la situación fuese otra, si no estuvieran atrapados en un inoportuno asedio, ya se habría marchado de allí, lejos de ella y del peligro que suponía.

Sin embargo, el solo pensar en alejarse lo mortificaba. Aquella mujer lo cautivaba. Con ella, era tan fácil olvidar quién era. Resultaba tan atrayente ser hombre de nuevo y no un monje solitario, o un soldado avezado, o un consejero sagaz, o un negociador implacable, o un mero subordinado papal. Jimena despertaba cosas nuevas en él; el solo hecho de hablar con ella se convertía en una experiencia gratificante. Admiraba su inteligencia, su chispeante agudeza, anhelaba cualquier enfrentamiento verbal, de la índole que fuera. Especial y única, así era ella, además de arrebatadoramente sensual, impresionantemente bella y terriblemente complicada.

Sonrió. Alargó la mano y le paseó la punta de los dedos por la inmaculada y tersa piel de la mejilla. Sin pensarlo, le recorrió la línea de la mandíbula, ascendió por la barbilla y se detuvo en aquellos labios perfilados de manera exquisita; los dibujó con el dedo índice y se deleitó con su tacto. Un carraspeo a su espalda; alejó la mano con rapidez. Guillén de Montcada acudió junto a su esposa.

—Un soldado de Cristo velando por mi esposa —adujo con mordacidad—. No debe de ser tan perversa después de todo.

Le dedicó una mirada penetrante e intencionadamente fijó los ojos en la mano de Álvaro.

—Espero que no estuvierais dándole la extremaunción —manifestó cortante.

—Comprobaba si tenía fiebre —mintió Álvaro.

Guillén miró a su mujer, se inclinó y le besó los labios. Puso una mano en su frente para comprobar su temperatura y asintió.

—De momento, podemos estar tranquilos.

Guillén fijó entonces la mirada en el expuesto vientre de su mujer. Álvaro no cayó en la cuenta de que, en la premura por curarle la herida, había arrancado un poco más de tela de la necesaria, por lo que la curvatura de sus senos era claramente visible. Guillén, ceñudo, pareció pensar lo mismo.

—Veo que habéis despejado debidamente el campo de sutura. Pero, mientras tanto...

Se levantó, tomó un manto del arcón y la cubrió.

—Desconocía la longitud de la herida —replicó el caballero en su defensa.

Guillén no contestó. De nuevo se inclinó y acarició el cabello de su esposa, le prodigó besos cariñosos y mimos que Álvaro deseó borrar con los suyos. Furioso con ese infame pensamiento, ya se levantaba, cuando Mencia, junto a tres sirvientas,

irrumpió en la estancia cargada con todo lo solicitado. Un hombre de baja talla y robustas hechuras se les adelantó.

—Salgan de aquí, nobles caballeros, hemos de sanar a nuestra gentil señora.

Álvar dedujo que debía de ser el boticario y se apuró a responder.

—La señora me ha rogado que sea yo quien cure su herida. Mi experiencia en el campo de batalla me acredita para tal fin.

Todos los rostros se volvieron sorprendidos hacia el templario.

—Pero traigo mis brebajes, mis potes y útiles de costura —se quejó el hombrecillo.

—Obedeced al capitán —intercedió Guillén—. Si mi dama así lo pidió, será complacida.

El boticario, con el rictus contrariado, asintió con desagrado y se retiró.

—Mencia y yo —añadió Guillén— asistiremos a Álvar; los demás, abandonad la estancia.

Un corrillo de sirvientas bajó dócil la cabeza y abandonó la alcoba cerrando la puerta.

—Bien, capitán, estamos a vuestra entera disposición.

Álvar retiró el manto y examinó la herida. La sangre había formado una costra rojiza y húmeda.

—Mencia, acércame una esponja embebida en aguardiente —solicitó concentrado—. Guillén, debéis observar el rostro de vuestra esposa con atención: a la menor señal de consciencia, tendréis que sujetarla por los hombros e inmovilizarla.

Mencia le acercó la esponja, y Álvar limpió con esmero la sangre seca; se limitó a la zona de la herida, aunque la hemorragia se había deslizado por la cadera y el muslo.

Cuando retiró la tierna costra, manó algo más de sangre que contuvo con la presión de otro paño.

—Aguja e hilo.

La solícita y preocupada Mencia le alcanzó la aguja ya enhebrada. El hilo era de seda blanca; estaba convenientemente engrasado para que no cortara la carne. En la mano llevaba una jarra. Álvar la miró interrogante.

—Es la infusión de belladona —aclaró la mujer—; por si despierta.

—Recemos para que no lo haga.

Entrecerró los ojos para centrar la atención en la fea abertura que sesgaba aquella nívea piel. No había modo de saber si algún órgano había sido afectado; la sangre no era oscura, sino roja y brillante, y eso era buena señal. De los cuatro humores del cuerpo: sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema, solo parecía desequilibrado el de la sangre. Si no padecía calentura, un buen caldo y reposo serían suficientes; de lo contrario, tendría que volver a abrirla para extraer el pus, y eso sí era riesgoso.

Clavó la aguja con toda la delicadeza de la que fue capaz hasta un nivel profundo para cerrar tejidos internos, pues, una vez, un cirujano de la corte le había enseñado que, si el corte era profundo y solo se cosía la piel, la abertura interna seguiría sangrando y podía alterar los humores, lo que podía desequilibrar al enfermo hasta el punto de llevarlo a la muerte. El tratamiento más eficaz era el sangrado con sanguijuelas y ni aun así había certeza de que el paciente lograra restablecerse.

Álvar había leído en latín los textos de Galeno e Hipócrates y, en Tierra Santa,



había aprendido de sabios médicos musulmanes valiosas técnicas que habían salvado a muchos de sus hombres de una muerte segura. Cada puntada era independiente y era afianzada con un concienzudo nudo. Cuando terminó de unir los lados del largo tajo, dejó apenas un pequeño espacio en el extremo para que la herida drenara. Después, para finalizar la intervención, colocó sobre ella un trozo de estopa impregnada en vino para evitar la producción de pus. Satisfecho con su trabajo, tomó los lienzos limpios que Mencia había cortado y, ayudado por Guillén, terminó de vendarla.

—Cada tres días se habrá de limpiar la herida, se colocará nuevamente otra estopa y un vendaje limpio. Cuando la herida esté más seca, se retirarán los puntos y se aplicará grasa y miel con frecuencia.

Guillén admiró el trabajo de Álvar complacido.

—Habéis hecho un buen trabajo, capitán; tenéis mano firme y conocimientos avanzados; os agradezco vuestro ofrecimiento.

—Ya lo hizo vuestra esposa.

Guillén arrugó el ceño, una sombra pareció cruzarle el rostro.

—Ahora, si me disculpáis, tengo asuntos que atender.

—Quisiera que se me informara sobre lo acontecido en los subterráneos —exigió Guillén.

—Su esposa se lo ofrecerá en cuanto despierte, en este momento tengo una importante negociación pendiente.

Con Yarmun en su poder, si es que seguía con vida, tenía una baza a su favor que inclinaría la balanza. El califa retiraría sus tropas, o al menos eso esperaba. Ya se iba, cuando un desagradable olor lo detuvo en seco. Un aroma que le despertó de inmediato la memoria. Siguió aquella extraña esencia hasta descubrir de dónde manaba. La jarra del brebaje.

—Sí, ya sé que apesta, pero lo endulcé con miel —aclaró Mencia.

—¿Es la belladona?

La mujer asintió.

—¿Qué aspecto tiene esa planta? —inquirió.

—La infusión se hace con el fruto de la flor, que es morada, con forma de campana y muy pequeña, el fruto es negro y circular. Es un buen analgésico en su justa dosis.

Álvar abrió el zurrón y sacó la pequeña florecilla mustia que había encontrado junto al cadáver de Polonia.

—Es esa precisamente —confirmó la doncella—; ha de tener cuidado con ella, puede resultar muy peligrosa si se desconocen sus efectos.

—¿Y cuáles son?

—En dosis elevada, pérdida de voz, alucinaciones, convulsiones e incluso la muerte.

Álvar, pensativo, asintió agradecido y se marchó.

Encontró a Yarmun en las mazmorras tendido boca abajo en un camastro desvencijado. Sus hombres lo habían curado convenientemente, pues lo necesitaban vivo.

—¿Duerme? —preguntó Álvar.

—No.

Fue el aludido quien contestó. Tenía las manos encadenadas a una argolla de la pared por encima de la cabeza. Volvió el rostro hacia él y lo fulminó con la mirada.

—¿Y Durán? —inquirió a Martín.

—Al final, parece que la idea de convertirse en otro tesoro oculto lo sedujo —respondió con sorna—. No fue lo suficientemente rápido, el último puntal lo derribó. Afortunadamente, su cabeza no fue sepultada por la tierra y lo encontraron vivo aunque dolorido, pero se repondrá.

—Bien, loado sea Dios. Ahora dejadme a solas con el prisionero.

Martín y Bernardo se retiraron con una ligera inclinación de cabeza. Los oscuros ojos del sarraceno lo taladraron.

—No conseguiréis una retirada si esa era vuestra intención —adujo Yarmun.

—Pues no aceptaré otra cosa a cambio de vuestra persona.

—Entonces os quedaréis conmigo —replicó.

Álvar entrecerró los ojos mientras escrutaba la expresión del prisionero.

—¿Van a perder a uno de sus mejores capitanes por esta plaza? No lo creo. Pueden seguir hostigando más adelante, quizás en otra ocasión, hasta conseguirla con vos en sus filas.

—Esta plaza es mucho más importante que yo, os lo aseguro, cristiano.

Álvar negó con la cabeza, no iba a caer en esa trampa.

—Mentís —acusó—. Salvatierra es tan solo un pequeño reducto cristiano en un mar musulmán. Pero no van a pagar un precio tan alto para unificar la región.

El sarraceno sonrió enigmático.

—No; Salvatierra es mucho más que eso, y vos, templario, conocéis mejor que nadie su valor.

Supo al instante a qué se refería.

—Los tesoros a los que aludí en el mensaje solo eran un señuelo. Nada esconden estos muros.

La sonrisa de Yarmun se ensanchó, sus ojos destellaron ladinos.

—Tal vez, esos tesoros en particular no estén custodiados aquí, pero sí otros muchos de los que tengo certeza. ¿Por qué creéis que me enviaron? Mi informador, informadora para ser exactos, consiguió un plano de los subterráneos y jugosa información al respecto.

Álvar maldijo para sus adentros. Ella.

—Vuestra informadora, como la llamáis, os acaba de traicionar.

La mirada del sarraceno se oscureció. Pudo ver claramente la contrición del hombre; supo, entonces, que la herida de su pecho superaba con creces la de su espalda.

—La obligasteis a hacerlo, estoy seguro.

—Sí —admitió Alvar—, la obligué a entregaros, pero no a clavaros una daga en la espalda.

Cerró los ojos, abatido y derrotado; casi sintió lástima por él.

—No debí confiar —murmuró indignado—; solo fui un escalón más. Ahora os tiene a vos hasta que encuentre a otro que defienda mejor sus intereses.

—Yo solo definiendo los intereses de mi Orden y de mi rey —replicó Álvaro.

Yarmun dejó escapar una risita cáustica, lo contempló con un dejo de conmiseración y musitó:

—No os engañéis, ella os ha atrapado. Recuerdo a la perfección vuestro rostro cuando la tomasteis en brazos. Tenéis un grave problema, templario, parece que vuestro dios os ha abandonado, pero ella bien vale una excomunión.

Álvar le sostuvo la mirada a la que le imprimió toda la inexpresividad de la que fue capaz, a pesar de que en su interior bullía una inquietud incómoda. A su mente acudió el recuerdo del voluptuoso cuerpo de la mujer acariciado por aquel maldito hombre; casi pudo ver las curtidas manos del sarraceno sobre esa inmaculada piel de seda y reprimió un acceso de furia más dirigido hacia él mismo que hacia el hombre que yacía frente a él. La deseaba, era inútil negarlo, y la energía que consumía al reprimir sus impulsos cuando la tenía cerca le agotaba las reservas con demasiada rapidez. Pero jamás se permitiría sucumbir ante una mujer como ella.

Jimena utilizaba a los hombres a su conveniencia. Era fácil adivinar su interés en él: ella solo ambicionaba los tesoros de la Orden. Y él era el único que tenía acceso a ellos. Ahora, que ella sabía que la llave a los subterráneos colgaba de su cuello, debía extremar las precauciones. Incluso era capaz de arriesgar su vida por ellos.

De pronto, una pregunta lo asaltó. ¿Por qué era tan importante? Ella podría haberse desposado con nobles más poderosos que la habrían cubierto de oro. De modo que el motivo claramente era otro. ¿Entonces? ¿Los secretos de la Iglesia? ¿Los evangelios originales? ¿Los códices bizantinos? ¿Qué buscaba ella? ¿Y para qué? Debía averiguarlo, solo así la detendría.

—¿Nunca os dije por qué os ayudaba? ¿Qué esperaba a cambio? —inquirió.

Yarmun le sostuvo la mirada mientras meditaba una respuesta.

—Os diré cuanto deseéis saber sobre ella si me desencadenáis; el dolor de hombros me está matando.

Álvar asintió, pero no se movió.

—Llamaré a mis hombres para que lo hagan, os doy mi palabra de caballero, y luego mandaré prepararte algún manjar contundente si me complacéis. Ahora hablad.

El sarraceno sonrió y asintió levemente.

—Deseáis que os provea de un buen argumento para enfrentarla, ¿no? —musitó—. De nada os servirá, templario. Yo siempre supe que era taimada y que solo estaba al servicio de ella misma; saberla peligrosa solo añadió más tentación a la conquista. —Hizo una pausa en la que pareció perderse en los recuerdos; sus oscuros ojos brillaron reflexivos—. Ella es como una araña de hermosos colores que subyuga e inmoviliza y de la que sabes que tienes que huir, mas no encuentras fuerzas para hacerlo hasta que ya es demasiado tarde. Y el veneno es tan potente, que te consume con una rapidez asombrosa. Y lo peor no es eso, lo peor es que estás deseando que vuelva a picarte.

A Álvaro no le asombraba el poder que la mujer proyectaba en los hombres; él mismo lo había sentido, casi había saboreado ese veneno letal y delicioso.

—Os agradezco la advertencia —alegó con impaciencia—. Mas no la necesito, solo necesito que contestéis a la pregunta.

—Una noche, después de probar su veneno, me confesó que odiaba a la Iglesia, que habían matado a su madre cuando ella era niña. Sin embargo, supe que no era el resentimiento ni la venganza lo que la había atraído hacia mí. Era otra cosa.

El templario lo miró expectante, pero el prisionero guardó silencio. Esa pausa intencionada significaba una nueva negociación. Respiró hondo y se encogió de hombros.

—No puedo liberaros, y lo sabéis —replicó.

—No mientras me necesitéis para vuestra negociación, de la cual ya os he anticipado el resultado. Solo os pido que me liberéis cuando rindáis el castillo.

—Os aseguro que no está en mis planes.

—No tendréis otra alternativa. Mis órdenes eran no regresar sin haber conquistado la plaza; el califa al-Nasir viene con refuerzos. Mientras llega, mis generales adoptarán las mismas medidas. Nadie es indispensable cuando la recompensa esperada es de semejante calibre.

Si aquel hombre no mentía, Álvaro tendría serios problemas.

—Si finalmente cedo la plaza, os liberaré. Ahora quiero saberlo todo.

El hombre, en realidad, tendría que liberarlo si entregaba el castillo, pues no hacían prisioneros tras un combate; un detalle que el sarraceno, por fortuna, desconocía.

—Ella busca un blasón que su madre enterró en esta región, entre Alarcos y Calatrava. Según me dijo, dentro había un plano y, en él, unas indicaciones precisas para hallar un pequeño arcón. Ella cree que encontrará legajos con valiosa información.

¡El blasón de su Orden! ¡El que su madre había robado! Atónito, sintió como si el suelo se hubiera abierto bajo sus pies. Con una maraña de pensamientos que chocaban entre sí, se arrodilló frente al prisionero con semblante amenazador.

—Concretad el lugar —exigió.

—En aquel entonces lo había enterrado dentro de un viejo cobertizo, pero ella me dijo que, años después, regresó y que aquel cobertizo ya no estaba.

Un plano dentro del blasón, un arcón, unos legajos. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué secretos escondía su Orden? Era vital encontrarlo antes que ella. Salió de la celda confuso y preocupado. Pensativo, fue en busca de sus hombres, pues tenía que comenzar la negociación con el alto mando almohade. Después, se retiraría a meditar a su cámara y, finalmente, iría a visitar a su enrevesada paciente.

\* \* \*

—Bebe, niña —instó Mencia al tiempo que inclinaba la jarra sobre los labios de Jimena.

Tragó todo el horrendo contenido entre muecas y guiños. El hedor que manaba del brebaje aumentaba peligrosamente las náuseas que le agitaban el estómago.

—¡Por todos los santos, es inmundo! —se quejó.

Mencia depositó la jarra vacía sobre la mesa y la miró con simulado enfado.

—Pero necesario, ¿o acaso prefieres soportar el dolor?

—Tendría que pensarlo, no sabría decirte qué es peor —respondió quejumbrosa.

Mencia sonrió, sus mejillas regordetas se ensancharon y resaltaron sus pómulos casi siempre ocultos cuando estaba seria. Sus vivarachos ojillos castaños brillaron divertidos. Un par de mechones despeinados asomaban de su cofia de lana verdusca.

—Eres una convaleciente horrible —le increpó risueña.

—Siempre lo fui, por eso el cielo me regaló a la mujer más dulce y paciente del mundo para que cuidara de mí.

Mencia la miró emocionada, se inclinó sobre ella y le besó la frente.

—Sabes cómo ablandar a esta vieja tonta —le recriminó entre lágrimas.

Jimena la observó con infinita ternura. Alzó una mano y la enlazó con la de la doncella.

—Ni blanda, ni vieja, ni tonta; eres un amor, mi buena Mencia, y pienso devolverte todos y cada uno de vuestros cuidados y mimos cuando los necesites.

La señora se inclinó de nuevo y la abrazó con suavidad.

—Eres como la hija que nunca tuve; una hija rebelde y alocada que me carga de preocupaciones y disgustos, pero a la que adoro.

—Y tú, todo cuanto una hija podría desear.

El abrazo se dilató y de él manaron sentimientos profundos y verdaderos. Era su madre en la Tierra, enviada por su madre en el Cielo. Su ángel guardián. La quería con toda la fuerza de su alma y recibía en la misma medida lo que otorgaba.

Unos golpes en la puerta rompieron un silencio lleno de palabras. Guillén se adentró en la estancia con paso firme y sonriente semblante.

—¡Vaya, veo que mi bella esposa ha recobrado el color!

Jimena le sonrió y guardó su desilusión; era otro rostro el que anhelaba ver.

—Me encuentro mucho mejor: el dolor permanece, aunque más apagado y soportable. Además, me encuentro débil y famélica.

—Nada que un buen caldo no solucione —comentó Mencia—. Ahora mismo prepararé uno.

Y, sin más, salió de la alcoba, ligera y bulliciosa. Guillén se sentó junto a su esposa en el lecho y le posó con gentileza la mano en la frente.

—El templario ha hecho un buen trabajo —opinó mientras le indagaba el rostro.

Jimena no había visto la herida, pero sentía sus estragos, y saber que las manos de Álvar habían estado sobre su cuerpo la tranquilizaba y alteraba al mismo tiempo. Haber estado entre sus brazos, incluso en tan lamentables condiciones, la había hecho sentirse protegida y segura.

—Es un hombre avezado en esas lides, curtido en innumerables batallas, instruido y culto. —Y rabiosamente apuesto, pensó Jimena.

El hombre bajó la mirada. Puso la atención en su mano, parecía tenso e incómodo.

—Y un fervoroso hombre de Dios —le recordó.

Sonrió en un intento por aliviar el visible malestar de su esposo.

—¿Cómo van las cosas ahí fuera?

—Igual —contestó—. Supongo que en este momento estarán mandando un emisario con las condiciones de la liberación. Recemos para que acepten y se retiren;

en caso contrario, lo habremos perdido todo. —La miró con rencor—. Aunque a ti no parece importarte. Imagino que es lo que deseas.

Jimena tragó saliva, incómoda. La herida le dolía, y se encontraba fatigada; lo último que deseaba era un enfrentamiento.

—Ya te expliqué mis motivos —arguyó con malhumor.

—Motivos que perjudican a demasiada gente inocente, ¿no crees? ¿Alguna vez te has parado a reflexionar en la repercusión de tus actos? ¿O eres tan egoísta e insensible que pasas por encima de todo con tal de conseguir tus propósitos?

—Pienso que depende de la transcendencia del propósito en cuestión —respondió cada vez más airada—. Y, en este caso en particular, soy consciente de las víctimas colaterales que dejo a mi paso; no obstante, el fin justifica los medios.

Guillén resopló, mostraba su frustración.

—No, querida, te equivocas, el fin no justifica los medios. En realidad, son los medios los que conforman si el fin merece la pena. Al igual que son los actos los que definen a un individuo. Y los tuyos hablan muy mal de ti.

Jimena enrojeció, embargada por la ira, pero también por la vergüenza.

—La verdad que aguarda su revelación bien vale mi sacrificio y el de los que están a mi alrededor si gracias a eso su luz ilumina el oscurantismo impuesto por la Iglesia.

Guillén se levantó impaciente y alterado. Se pasó la mano por su trigueño y lacio cabello y la contempló con exasperación.

—¡La verdad! —profirió exaltado—. La verdad no cambiará el mundo, porque los seres que lo habitan seguirán inmersos en sus propias miserias. Los hombres necesitan reglas, temor y disciplina para contener el animal que llevan dentro. Si alteras ese orden, todo se derrumbará. La Iglesia, como institución, nos ofrece una guía, equivocada o no, pero necesaria. ¿Lo entiendes?

—Lo único que entiendo —espetó furiosa— es que tu guía es diferente de la mía. Que yo, como mujer, me rijo por reglas más estrictas e injustas. Que nos hacen creer en una falsa inferioridad para someternos y anularnos. Lo único que entiendo es que prefiero guiarme sola antes que entregar mis riendas a un poder cruel, ambicioso y corrupto. Lo que deseo para mí, lo deseo para mi prójimo y, en ese punto, me ciño a las escrituras.

Su esposo negó con la cabeza en actitud huraña.

—El perro no pidió nacer perro, pero eso es lo que es.

Se contemplaron mutuamente en un duelo de miradas furiosas. Jimena finalmente se recostó rendida por el malestar físico y emocional. Muchas veces se había recriminado utilizar a los demás en su beneficio, pero también se disculpaba pensando que su conducta derivaría en un bien común que liberaría al pueblo del férreo yugo eclesiástico. Y, ahora, Guillén intentaba hacer tambalear su determinación, sembraba la duda y alimentaba los remordimientos que la acosaban con tanta frecuencia. Pero ella no cejaría en su empeño. Ella les mostraría la verdad. La verdad era liberadora, y la libertad siempre era el mejor de los regalos.

—Necesito descansar —musitó con sequedad.

Guillén asintió, todavía agitado, pero aparentaba calma, y se inclinó para besarle la mejilla.

—Disculpa mi vehemencia; entiende que tan solo pretendo liberarte de una carga que, tal vez, no merezca el esfuerzo.

—Comprendo —se limitó a decir.

Cerró los ojos y dio por terminada la conversación. No lo escuchó caminar hacia la puerta. Supuso que la observaba y aquello la puso más nerviosa.

—Te ayudaré —decidió el hombre en tono vencido. Jimena abrió los ojos con sorpresa.

—Juntos encontraremos el blasón y descubriremos la dichosa verdad. Tú decidirás qué hacer con ella, solo así comprenderás tu error y, para entonces, solo me tendrás a mí para consolaros.

—¿Tanto me amas? —inquirió incrédula.

—¿Crees que soportaría tus coqueteos con el templario si no te amara? Quiero pensar que tu interés en ese hombre solo se debe a tu perseverante cometido y, puesto que te he ofrecido mi colaboración, quiero creer que ya no lo necesitas. Así, pues, mi dulce esposa, vigilaré de cerca tu lealtad y, si la traicionas, no solo perderás a un colaborador sagaz, sino también a un amigo.

Se encaminó lentamente hacia la puerta, se detuvo y dio medio giro para rubricar sus palabras con una mirada amenazante.

—Y, como enemigo, no tengo igual.

\* \* \*

Una extensa nube de polvo ocre se arremolinó tras la cabalgadura que, veloz, regresaba con las noticias que aguardaban impacientes. Álvar descendió del adarve, cruzó el patio de armas y se dirigió al rastrillo que ya se elevaba para dejar pasar al emisario que portaba las nuevas.

Corría septiembre, un mes de transición, de clima impredecible, en el cual se mezclaban indecisas dos estaciones. En un mismo día, podían sufrir un sol de justicia, una tormenta estival y una noche casi de invierno. Por lo general, las noches en el páramo solían ser frescas, y se agradecía el abrigo de una buena capa.

En ese instante, el sol barría los campos, abrasador e implacable, y resaltaba los brillantes colores de estandartes y pendones moriscos, y de las numerosas tiendas que salpicaban la campiña. Pronto serían más si la confesión de Yarmun resultaba cierta.

El emisario descabalgó con agilidad y corrió hacia el templario con expresión grave.

—No piensan retirarse —comenzó agitado—. De hecho, esperan al califa al-Nasir con un ejército experimentado en asaltos; vendrán equipados con máquinas de asedio y no cejarán hasta conseguir la fortaleza.

Álvar maldijo en voz alta y cerró los puños, tenso y preocupado.

—Además —prosiguió—, exigen la libertad de Yarmun o no tendrán piedad con nosotros.

Rodeado por sus hombres, meditó sobre la situación en la que se encontraban. Pensó en los habitantes del castillo, en las mujeres y los niños, en los ancianos y los jóvenes que, en ese momento, se hacinaban en el gran salón. Nadie quería estar solo dadas las horribles circunstancias. No obstante, cada uno de ellos era necesario para defender no solo su hogar, sino también sus vidas. Comenzaba una batalla, y Álvar ya vaticinaba que sería larga y cruenta. Como en todas en las que participaba, se

emplearía al máximo y se exigiría hasta con el último aliento la protección de los que Dios había puesto a su cargo.

Martín, que adivinaba sus pensamientos, le apoyó una mano en el hombro. Bernardo hizo lo propio sobre el hombro de Martín; a su vez, Durán imitó el gesto sobre Bernardo. Alvar cerró el cuadrado, símbolo de los cuatro elementos, de los cuatro puntos cardinales, de lo terrestre, del orden y la fuerza. Aquellos hombres a los que había confiado la vida en tantas ocasiones eran la piedra angular de su existencia. Moriría por ellos, y aquel sentimiento era recíproco.

—Hermanos, tenemos un castillo que defender.

Se miraron unos a otros y profirieron al unísono la oración previa a la batalla:

—¡Dios, mi Señor, consigue con mi espada que aquellos que te buscan te encuentren. Dame fuerza para los desalentados, dame esperanza para los oprimidos, dame misericordia para los arrepentidos; sobre todo da tormento a los perversos y, ante todo, justicia para los excluidos!



Tras disponer a sus hombres, planear una estrategia, aleccionar a la guardia del castillo —entre los que se encontraba su engreído capitán— y agrupar todas las armas que pudieron encontrar, decidió visitar a Jimena.

La noche se había extendido y oscurecía con sus lúgubres sombras cada recoveco del castillo. El delgado y curvo filamento iluminado de la luna apenas plateaba la piedra, ni azulaba el horizonte. A excepción de la guardia, todos se refugiaban en sus camastros, seguramente acunados por oraciones y súplicas, mecidos por el temor y la angustia, y arropados por una inquietante incertidumbre.

Cuando entró en la alcoba, la encontró dormida. Su primera intención fue irse y dejarla descansar, pero algo más fuerte que él lo mantuvo inmóvil con la vista fija en el angelical rostro de la mujer. Unos candelabros encendidos a ambos lados del lecho derramaban sobre ella un halo dorado, lo que le confería el aspecto de una hermosa criatura mística que lo atraía inexorablemente. Se embebió de sus facciones, de su pacífica expresión, de aquellos labios opulentos que lo atormentaban, de la ingobernable mata de rizos azabaches que manchaban con su oscuridad la blancura del lino que vestía la almohada.

Apretó los puños de manera inconsciente, sacudió la cabeza en un vano intento por desprender los impulsos que manaban incesantes con tentaciones prohibidas y pensó en la asombrosa intensidad de lo que sentía. Se obligó a apartar la mirada y la fijó en el inmenso tapiz que cubría la pared en la que se encontraba el cabezal de la cama. El tapiz representaba un grupo de mujeres vestidas de blanco que danzaban místicas a la luz de la luna. Sobre ellas, se alzaba la rama de un árbol, y sus hojas, de extrañas formas, parecían moverse con el viento.

De pronto, se percató de los símbolos que adornaban aquella escena: en los bajos de los vaporosos vestidos aparecían bordados una serie de escarabajos. Entre las nubes desde las que asomaba la luna, un ojo enmarcado en un triángulo; y, en la base del árbol, una estrella sobre una media luna. No entendía el significado, pero era obvio que lo tenía, pues aquellos dibujos no guardaban relación alguna con la escena, a pesar de resultar una alegoría pagana y libertina.

Con curiosidad, deslizó la mirada por el resto de los tapices, pues todas las paredes estaban cubiertas para proteger la estancia de la gelidez que desprendía la piedra desnuda que conformaba los muros. No obstante, comprobó que eran escenas bucólicas carentes de marcas y símbolos inquietantes. De nuevo, observó el tapiz frontal con atención y procuró grabar en su mente cada detalle. Ya se marchaba cuando una dulce voz lo detuvo en el umbral.

—¿No piensas atender a tu paciente?

—Una paciente dormida no precisa atención —respondió divertido.

—Como puedes comprobar, ahora sí la preciso; me duele —se quejó con un encantador mohín suplicante.

Álvar volvió sobre sus pasos y se inclinó sobre ella, retiró la colcha y titubeó indeciso al ver la liviana camisola que se pegaba a su piel y que le sugería su turbadora desnudez. Respiró hondo y se sentó en el borde de la cama, tomó el bajo arremolinado de la camisola y se lo subió con torpeza hasta donde estaba la herida

mientras intentaba apartar la mirada del resto del cuerpo. Comprobó que la venda no mostraba manchas de sangre y palpó con cuidado alrededor de la herida para comprobar la inflamación.

—¿Cómo te sientes?

—Ya te he dicho que me duele —insistió recalcitrante.

La miró con expresión adusta.

—Déjame que te recuerde que tienes una herida importante en el costado que, a pesar de que no parece haber afectado ningún órgano, sí sesgó piel y músculo, y eso, querida señora, duele. Incluso deberías agradecer ese dolor: solo los vivos pueden sentirlo.

Jimena le sonrió abiertamente, sus hermosos ojos azules refulgieron solazados.

—No creas que no agradezco a tu dios poder disfrutar todavía de tu agudeza, monje.

Soltó una carcajada y la cubrió nuevamente con la colcha.

—No hace falta seguir mirando la herida, tu ánimo es el perfecto baremo de vuestra salud.

—¿Significa eso que ya no pasarás a verme? —inquirió con reprobación.

—Créeme si te digo que, lamentablemente, hay asuntos más urgentes que requieren mi atención.

—Me hago cargo —murmuró algo abatida.

Jimena giró la cabeza hacia la ventana ojival.

—Adiós, templario, ocúpate de tus obligaciones; yo estaré bien.

Álvar la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Mis obligaciones siguen siendo salvarte la vida y la de tus vasallos. —Hizo una pausa—. Estamos a punto de ser atacados por hordas de sarracenos enfebrecidos; mi plan no funcionó.

—Ya veo —adujo ella—. ¿Cómo está Yarmun?

El hombre vio preocupación y unas briznas de arrepentimiento en su semblante. Jimena fue incapaz de sostenerle la escrutadora mirada y de nuevo contempló el manto que cubría la ventana.

—Se recuperará —se limitó a contestar.

—Querría verlo cuando pueda levantarme —manifestó en un hilo de voz.

—Tus deseos se quedarán en eso, pues no pienso permitirte salir de esta cama y mucho menos para visitar a un prisionero.

Ella clavó sus ojos en él y alzó la barbilla, retadora y altiva.

—Necesito hablarle —insistió—. Yo...

—No —la interrumpió ceñudo—. Lo que necesitas es recibir un perdón que no te dará. Tan solo pedirlo me parece un acto cínico e incoherente. Tomaste partido y has de asumir tu decisión. Ya te he dicho que se recuperará; la traición es una herida que necesita tiempo.

Jimena enrojeció, no supo si de vergüenza o furia. Sus inmaculadas mejillas mostraban un rubor desafortunadamente favorecedor, sus generosos labios se tensaron, y su ceño se frunció, pero fue el peculiar brillo de sus bellos ojos lo que le aclaró el ánimo. Tuvo el impulso de encogerse ante lo que estaba a punto de brotar.

—¡Me manipulaste, rufián! —estalló colérica—. El estúpido plan fue tu idea y,

además, no ha servido para nada y... ¡ay!

Se dobló en dos con una mueca de dolor agudo. Él la tomó en brazos, le acomodó la cabeza en su hombro y le acarició la espalda. Los rizos de su espesa melena se le enredaron entre los dedos como hebras de seda negra.

—Debes calmarte —le susurró—. Si te tensas así, solo conseguirás que se te abra la herida.

—La culpa es tuya —increpó de nuevo, aunque más moderada.

Jimena alzó apenas el rostro; tenerla tan cerca, sentir su suavidad, su aroma, sus labios rozarle la mandíbula... Cerró los ojos para alejar al menos su vista de la tentación, el resto de sus sentidos habían claudicado vergonzosamente.

—Me declaro culpable —admitió—; no sabes cuánto.

—No, no lo sé, y deseo saberlo —susurró ella, insinuante.

Al instante, sintió el roce aterciopelado de unos labios sobre los suyos. Sintió el estómago encogerse, la sangre bullir acelerada por las venas y el corazón tronarle feroz en el pecho. Los dedos de la mujer se enlazaron en su nuca, lo que accionó un mecanismo de respuesta inmediata. Álvar gimió y se entregó al beso liberando el hambre contenida.

Cuando la lengua de Jimena rozó la suya, se sintió desfallecer, como si un ejército de hormigas hacendosas recorriera cada palmo de su piel. Dejó que la mujer le explorara la boca y devolvió cada caricia. El beso ganó intensidad y el hambre, en lugar de colmarse, creció insaciable. Las lenguas se buscaron con frenesí devorador, la pasión se desató entre ellos, presos de un fuego abrasador e implacable. Álvar ni siquiera fue consciente de que le deslizaba la camisola por los hombros, ni de que le tomaba los opulentos pechos en sus manos, ni de cómo sus labios devoraban el cuello de la mujer mientras ella gemía desaforada, ni de la locura que lo consumía mientras sentía su cuerpo despertar a emociones intensas y contradictorias.

Ella se recostó en la cama y lo arrastró sobre su dulce cuerpo. Gemía y se retorció debajo de él, lo que alejaba cualquier brizna de cordura a la que agarrarse. El templario tomó uno de sus pezones entre los labios, lo succionó con avidez y se deleitó con su sabor. Enhiesto y húmedo, pedía ser devorado sin piedad. Pasó al otro pezón mientras sus dedos le acariciaban las caderas y los muslos. Ella abrió las piernas invitadora, y Álvar se sintió caer en un pozo sin fondo. Tendido junto a ella, con cuidado de no presionarle la herida del costado, depositó besos húmedos por sus pechos y su vientre.

La camisola, arremolinada en su estrecha cintura, le impidió seguir el avance, por lo que, en un arrebató, la rasgó febrilmente hasta encontrar de nuevo aquella piel que lo enloquecía. Jimena ahogó una exclamación que rápidamente sustituyó por un jadeo placentero. Él continuó el sendero de besos hasta llegar al pubis de la mujer. Cuando los dedos le acariciaron la húmeda y cálida hendidura, ella jadeó consumida por el placer.

—Te quiero dentro de mí.

Aquella súplica lo elevó a la desesperación más agónica que jamás había sentido. Su cuerpo clamaba un alivio inmediato, y el poco sentido común que le quedaba se le obnubiló. La sensación de resistencia, ya debilitada, expiraba moribunda ante la abrumadora belleza de la mujer que lo enloquecía, ante aquel ruego que parecía

emerger de él mismo. Necesitaba desesperadamente poseerla, estar dentro de ella y no salir nunca. Y ese deseo lo había acompañado desde que había vuelto a verla, crecía a cada momento a pesar de lo mucho que había intentado sepultarlo con capas de indiferencia, de reproche, de temor y desconfianza.

Todo se reducía a eso, a la imperiosa necesidad de ser parte de ella, porque en ese preciso momento en que estaba dispuesto a quebrar su voto de castidad, supo que no solo era su cuerpo el que gritaba aquel deseo, sino también su alma. Y esa conexión, esa salvaje atracción, debía ser satisfecha o acabaría con su cordura.

No supo bien cómo logró zafarse de su túnica, ni cómo se quitó las calzas, ni cómo se cernió sobre ella apoyado sobre los codos, al tiempo que su miembro orgulloso buscaba el ansiado refugio. La penetró mirándola a los ojos. Ella gimió exaltada y se aferró a sus hombros. Álvar se movió con languidez y le tomó nuevamente la boca.

La pasión los envolvió, el placer los sacudió inclemente y los arrastró en una espiral arrolladora que los elevó al cielo y los lanzó al vacío. Sentir los duros pezones de la mujer rozarle el pecho, la suavidad de la piel exaltarle los sentidos, su dulce y embriagadora boca, sus manos arañarle espalda, los gemidos continuos y hechizantes fue más de lo que pudo soportar. Las embestidas se intensificaron. Jadeó exaltado; ella era deliciosa y su anhelo por devorarla lo llevó al delirio. Le mordió el cuello, el hombro, arrancó gritos ahogados de su garganta. Enardecido por un placer intenso, gritó el nombre de la mujer que lo cautivaba y se derramó en ella, envuelto en un aura hipnótica y mágica.

Descendió a la tierra, lentamente, inmerso en una entregada mirada azul. Pensó que podría perderse en aquellos ojos toda la vida, que podría besar esa boca todos los días de su existencia, aspirar la dulce fragancia de su piel a cada instante y nunca tendría suficiente.

—Ya eres mía —dijo y se sorprendió al hacerlo.

Ella sonrió melosa y satisfecha, pero también emocionada.

—En realidad, siempre lo fui.

Álvar se recreó en esa belleza, en la inteligencia que brillaba en esos ojos, y casi se vanaglorió de poseerla. Reprimió una punzada de remordimiento, ya tendría tiempo de lamentarse, de limpiar sus pecados, de suplicar perdón. Pero ahora, solo deseaba permanecer en la nube a la que ella lo había subido, ahora solo quería seguir tocando las estrellas, disfrutar de aquel momento único y de lo que aquella mujer le hacía sentir.

—Eres una hechicera, pero no creas que has conseguido convertirme en tu siervo.

Jimena enlazó los brazos en torno a su cuello y le sonrió seductora.

—Eso es justamente lo que más me atrae de ti: eres ingobernable y firme. Puedes quedarte tranquilo, templario, no te necesito más que para colmar el deseo que provocas en mí.

—¿Y está colmado? —murmuró él.

Jimena entrecerró los ojos y sonrió tentadoramente sensual.

—¿Y si dijera que no?

El muchacho contuvo el alocado impulso de poseerla de nuevo, una y otra vez,

preso de una lujuria insaciable. No obstante, y no sin esfuerzo, le dio la espalda y recogió sus ropas del suelo.

Jimena exhaló un gemido sorprendente.

—¡Tu espalda! —exclamó atónita.

Álvar apenas se volvió mientras se cubría con la túnica.

—Mi espalda, señora, es una clara muestra de la tortura a la que me has sometido. Y ni al fustigarme he conseguido apartarte de mi cabeza.

Se detuvo para contemplarla: parecía aturdida y petrificada. Sus grandes ojos mostraban horror y compasión.

—El precio de la lujuria —agregó él.

—La lujuria no se paga: se disfruta, se saborea y se satisface —argumentó—. Jamás entenderé por qué, en nombre de Dios, se intenta reprimir los dones que el Creador implantó en nosotros. Si nos dio la capacidad para sentir placer, deberíamos agradecerlo y no contenerlo ni castigarlo.

Álvar le dedicó una media sonrisa.

—Sería así si pensara que fue Dios quien nos entregó ese regalo. Los vicios y las debilidades son obra de Satán; las virtudes y las bondades, obras del Altísimo. El hombre está en constante lucha consigo mismo, dividido entre dos poderes enfrentados.

Jimena ladeó la cabeza, chasqueó la lengua con mordacidad y le devolvió la sonrisa.

—¿Qué te hace pensar que la lujuria es un don del mal? Gracias a ella, se cumple el mandato de procrear, se suaviza el carácter y aporta plenitud y solaz. ¿Ser feliz también es pecado? Un hombre dichoso está más alejado de los malos sentimientos, es menos proclive a la envidia, la codicia, al resentimiento, al reproche y a la violencia. Todo son ventajas a mi parecer.

—No en mi caso, cuando he prometido consagrar mi cuerpo y mi alma a Dios. Juré unos votos que acabo de traicionar.

—No —contradijo ella—. Tus votos fueron exigidos por el hombre, no por Él. En todo caso, has traicionado una institución, lo mismo que yo.

Álvar se maravilló ante los racionales argumentos de la mujer. Unos argumentos opuestos a todo cuanto le habían enseñado y que él había ocultado concienzudamente en su abultado arcón de las dudas.

—Pero en contraposición a eso —continuó ella—, tenemos algo a nuestro favor que, si bien no nos exime totalmente, nos concede un alivio reparador.

Hizo una pausa, clavó sus hipnóticos ojos en él un instante y agregó:

—Creo que ambos somos leales a nuestro corazón.

—Hablas por ti misma —matizó él—. En mi corazón se ha instalado la deslealtad más flagrante. No hay consuelo, ni reparación posible, excepto elevar una plegaria de arrepentimiento acompañada de acto de contrición y, por supuesto, propósito de enmienda. Y, señora, teniéndote tan cerca, tal propósito me temo que es insostenible.

La expresión de Jimena le resultó indescifrable: parecía meditar sobre algo que la entristecía.

—Me deseas, aunque detestas esa flaqueza. Lamento ser considerada una tentación maligna.

Álvar sacudió la cabeza en mitad de una sonrisa sombría.

—Dudo de que lo lamente; llevas tentándome desde que entré en este castillo.

Jimena bajó la mirada circunspecta y recorrió con la punta del dedo índice el contorno de una flor de lis bordada en su colcha.

Al cabo, al sentirse observada, alzó sus ojos hacia él; su expresión denotaba cierta melancolía.

—A veces —murmuró lacónica—, cuando se emprende un camino, el fin que imaginas suele diferir del que encuentras.

—¿Puedo saber qué esperabas?

El semblante de la muchacha adquirió gravedad e incluso pudo atisbar un dejo de preocupación.

—Esperaba ser más fuerte.

Él se negó a discernir el significado de aquellas palabras.

—Te dejo descansar, si te urge cualquier cosa, avísame.

—¿Cualquier cosa? ¿Estás seguro, templario? —Le sonrió pícaro, sus ojos relucieron traviosos.

Álvar sacudió divertido la cabeza, aunque en su interior resurgía de nuevo la dura batalla por contener sus instintos. ¿Cuándo se apagaría el deseo que lo consumía por ella?

—Te tomo la palabra —agregó ella—. Y ahora caigo en la cuenta de algo más.

Él la miró inquisitivo y se encogió de hombros.

—Otro beneficio de la lujuria satisfecha: alivia el dolor físico. Apuesto que hasta cicatriza.

Álvar contuvo una carcajada y salió de la estancia ante el peligro de claudicar de nuevo. El deseo de tenerla entre los brazos lo torturaba. Mientras recorría los oscuros y solitarios corredores, luchaba contra el impulso constante de desandar cada paso para regresar junto a ella. Deseaba montarla en la grupa de su caballo y huir de allí, de él y de todo cuanto había representado su vida hasta ese momento.

¿Sería capaz de mantenerse alejado de ella? Sin embargo, debía hacerlo. Había sido imprudente: si los hubieran sorprendido, el revuelo resultante no solo habría afectado al honor de la mujer y al suyo propio, sino también le habría arrebatado la confianza de los habitantes, y habría sido depuesto de su cargo. Y, en ese momento crucial, lo necesitaban más que nunca.

Fue tras las primeras luces del alba cuando la primera catapulta descargó su andanada. Impactó en el muro este y derribó parte de la almena central. Los soldados corrían por los adarves para ocupar sus posiciones. Apoyaban las ballestas en las saeteras, troneras o arpilleras, apuntaban y disparaban las flechas a un ritmo constante.

El califa al-Nasir había engrosado su ejército con centenares de hombres y cuarenta máquinas de asedio, entre ellas, decenas de trabuquetes: las más potentes y grandes catapultas que existían, capaces de lanzar proyectiles de piedra a más de doscientos metros. Contaban, además, con balistas —una especie de ballesta gigante sobre un trípode que lanzaba jabalinas—, arietes con extremos reforzados y torres de asedio con ruedas de madera que poseían una escalinata en el interior para que los atacantes pudieran ascender a los muros protegidos.

Los tambores almohades acompañaban el asalto con un ritmo frenético y atemorizante. Martín vociferaba instrucciones a la guardia del castillo ante la indignación de su encopetado capitán, uno de los enamorados de Jimena que había compartido mesa con ella la noche de su llegada. El hombre, de tez clara, cabellos castaños y rizados y ojos de color miel, fruncía el ceño en total desacuerdo con las órdenes. Álvar se acercó a ellos.

—¿Algún problema?

El capitán, de nombre Damián Hidalgo, asintió con el ceño malhumorado.

—He sugerido lanzar flechas incendiarias contra las torres de asedio cuando estén a tiro, y ese hombre ha anulado mi orden.

—Ese hombre —comenzó Álvar— es mi brazo derecho, uno de los generales que participó en el asalto a Constantinopla y sabe mejor que nadie cómo piensa el enemigo. Las flechas incendiarias no sirven de nada cuando sabemos perfectamente que las torres están protegidas con pieles húmedas.

Damián, ofendido, miró a Martín y negó con la cabeza.

—Yo soy el capitán de este castillo —rezongó con altanería.

—Pero este castillo está ahora bajo mi protección —rebatía Álvar— y, como tal, soy yo quien decide la estrategia a seguir. Me enviaron para tal fin y pienso cumplir con mi obligación. Si deseáis ser de ayuda, aceptad de buen grado las órdenes y conseguid que vuestros hombres las cumplan con eficiencia; de lo contrario, os convertiréis en el capitán muerto de un castillo devastado.

Damián le sostuvo la mirada con terquedad, no obstante, se mantuvo en silencio. Álvar no perdió más tiempo y subió a la torre este para evaluar los daños. Desde allí contempló con preocupación el extenso y preparado ejército almohade que regaba los campos con los colores de sus pendones y deslumbraba con el reflejo del metal de escudos y armas. A su memoria acudieron tantas batallas similares; por su experiencia, supo que la victoria dependería de la astucia, pues en fuerza y equipamiento el enemigo los sobrepasaba con creces.

Oteó el horizonte y de inmediato supo que, si los cercaban con las torres de asedio, no dispondría de hombres suficientes para repeler la incursión, por no mencionar los terribles trabuquetes: la potencia de sus disparos harían añicos la fortaleza. En cuanto a los arietes, no le preocupaban tanto; la fortaleza solo tenía dos

puntos débiles: el portillo, que había mandado asegurar con planchas de acero, y la entrada principal con su barbacana y su rastrillo. Lamentablemente, el castillo no contaba con foso; sin embargo, estaba convenientemente enclavado en un elevado peñón rocoso, y los diferentes niveles escalonados e independientes les aseguraban la retirada hasta el último bastión: la torre del homenaje. Tal vez, para entonces, habrían llegado refuerzos. Con un plan en mente, descendió y llamó a sus hombres.

—Hay que construir un mangonel en cada uno de los cinco niveles del castillo; con ellos podremos derribar las torres de asedio que se acerquen. Es la catapulta más sencilla, y su fácil manejo nos permitirá que cualquier hombre sea capaz de manejarla. Necesito a todos los soldados entrenados para defender las murallas.

—Acabo de revisar los almacenes —informó Durán—. Como mucho tendremos provisiones para una semana, a lo sumo dos y, por lo que he podido ver ahí fuera, si resistimos mientras tengamos alimento, será un milagro; no quiero imaginar qué pasará después.

—Tendremos que racionar —opinó Bernardo—. Hay un pequeño corral con animales, y podremos echar mano a los caballos si surge la necesidad, aunque nosotros no podamos beneficiarnos de esa reserva.

Una de las reglas de la Orden era que las monturas, al igual que ellos mismos, solo podían morir en la batalla. Álvaro asintió y pensó en todos los reglamentos que tendría que transgredir hasta lograr salir de ese castillo. Si lo hacía.

—Ahora el principal de nuestros problemas son los malditos trabuquetes. Ordenad a los mejores arqueros que disparen a las eslingas. Si logran dañarlas, tendrán que cambiarlas y ganaremos tiempo para construir los mangoneles.

Sus hombres asintieron; Álvaro miró en derredor; solo los soldados defendían el castillo.

—Quiero que todos los habitantes, hombres, mujeres, niños y ancianos, formen grupos de avituallamiento. Cada grupo servirá a una facción defensiva. Tendrán que fabricar lanzas y flechas y amontonar todas las piedras que encuentren. Además, transportarán los calderos de aceite hirviendo y proveerán de agua y alimento a la guardia. Disponed turnos de cuatro horas para que los hombres descansen por la noche.

No bien terminó de hablar, sus hombres marcharon raudos a ocupar sus puestos. Un estruendo sacudió la muralla este de nuevo. Maldita sea, pensó Alvar y corrió a comprobar la repercusión del impacto. En el adarve yacían inmóviles varios soldados atravesados por jabalinas; la sangre ya teñía las almenas. El inmenso pedrusco había desplazado varios bloques de la parte superior, pero el muro resistía.

Gritó a los hombres que despejaran el pasillo y amontonaran los cadáveres en un rincón. Álvaro bajó con la intención de organizar a la plebe cuando el clérigo lo asaltó bajo la arcada que descendía al patio de armas.

—Vengo a pedir os que cobije en la capilla a las mujeres y a los niños; rezaremos por la salvación de nuestras almas y de este castillo maldito. He preparado una misa de redención y...

—No; necesito a todas las personas que sean capaces de mantenerse en pie. Ambrosio de Nimes lo miró desdeñoso, arrugó los labios y se frotó la frente, visiblemente indignado.



—Serían más útiles pidiendo a Dios otra oportunidad para lavar sus pecados y los vuestros.

Álvar sintió el impulso de apartarlo sin más de su camino.

—Padre, las oraciones no derrotarán a nuestros enemigos.

—Sois un sacrílego —escupió el sacerdote, ofendido—; menospreciáis el poder divino. Sin duda, el demonio ha mancillado vuestra fe.

—Apartaos de mi camino; no tengo tiempo que perder.

Y esquivó impaciente al anciano, que se persignaba entre funestos murmullos. Un grito en forma de amenaza resonó en sus oídos.

—¡Estáis maldito! ¡Pagaréis caro vuestra debilidad! Y estas gentes serán vuestras víctimas.

Álvar no se volvió; el molesto clérigo sin duda no estaba en sus cabales. Ya se alejaba cuando escuchó un extraño cascabeleo. Aquel sonido despertó en él una sensación inquietante. Ambrosio sacudía su báculo al cielo, como clamando una petición. Su rostro ajado y cadavérico reflejó una furia pasmosa.

En su mente, pensamientos desordenados pugnaban por encontrar su lugar. Lamentó no tener tiempo para meditar sobre aquello. Otro proyectil retumbó en la muralla, lo que provocó una nube de polvo y arenisca que se extendió por las almenas. Estaban ajustando la puntería a diferentes distancias. Los siguientes disparos caerían sobre el patio de armas y las cabañas del primer nivel. Álvar decidió colaborar en la construcción del primer mangonel; era primordial comenzar el contraataque.

\* \* \*

Jimena escuchaba aterrada los estruendosos impactos contra la muralla, los escalofriantes silbidos de las flechas, los gritos de alarma y los tambores que acompañaban toda aquella barahúnda belicosa. Acompañada por Mencia y otras dos doncellas —Petronila, una muchacha joven, bonita y bulliciosa, y Aura, una mujer adusta y reservada—, aguardaba noticias del asalto.

Petronila se frotaba las manos sin cesar, nerviosa y asustada; sus grandes ojos negros bailaban inquietos de un lado a otro. Aura permanecía impávida y absorta en sus pensamientos. En cambio, Mencia aligeraba su expresión con una sonrisa serena y, sin soltarle la mano, murmuraba palabras de aliento que Jimena escuchaba agradecida.

Sin embargo, la única persona que la habría hecho sentirse segura era la que estaba al frente de la defensa. Todavía permanecía en su piel el recuerdo de sus besos, de sus ardientes caricias; en su boca perduraba el sabor del hombre. Rememorar aquellas sensaciones incrementaba las ganas de repetir las. Tener a aquel hermoso hombre sobre ella, entregado a la pasión; poder acariciar aquel vigoroso cuerpo, ser besada como si fuera devorada, sentirse deseada con la fuerza de un vendaval era cuanto requería. Le había hecho sentir una extraña y desconocida sensación de ingravidez, un aleteo delicioso que le había erizado cada terminación nerviosa, un palpar acelerado y cambiante que la había dejado sin aliento. Sabía lo que significaba aquello, y dedicarle más de un pensamiento era aceptar su fracaso.

Su única opción era alejarse de él: ya no lo necesitaba; en todo caso solo necesitaba a su medallón, y ahora que Guillén se había afirmado como su secuaz, dejarlo a un lado debía de resultar no solo sencillo, sino también aconsejable. A pesar de eso, las imperiosas ganas de estar a su lado y de sumergirse en sus rasgados ojos de

gato del color de la plata pulida se acentuaban a cada momento. A sus pesares se unía otro más: el desasosiego por su vida. Al estar inmerso en una batalla, la muerte era una opción atterradoramente cercana; la sola posibilidad de perderlo le abría un abismo oscuro, yermo y gélido bajo los pies.

Aquella noche, cuando él se fue, el sueño le rehuyó y quedó flotando en una nube reviviendo cada momento. Pero, cuando consiguió dormirse, fueron las pesadillas las que la asaltaron. Hacía tiempo que no las sufría, y ese resurgimiento le había instalado en la mente una desazón descorazonadora. La pesadilla siempre era la misma: la tortura y la muerte de su madre, monjes riéndose ante su dolor, gritos espeluznantes y un cuerpo laxo que se balanceaba de una cuerda con una mueca grotesca en su desfigurado rostro.

¿Acaso serían aquellos sueños un aviso? ¿Se estaría desviando del verdadero camino? ¿Su interés en el templario supondría una traición a la memoria de su madre? Si algo tenía claro, era que debía aprovechar aquel caos bélico para filtrarse de nuevo en las mazmorras; desafortunadamente su herida la confinaba a la cama, por lo que habría de esperar unos días más. Y, durante ese tiempo, debía encontrar la manera de sustraer el medallón o, en última instancia, conseguir fabricar una réplica efectiva.

Guillén entró alterado a la alcoba y contempló a las tres mujeres. Luego, se acercó hasta la cama, se sentó y fijó sus verdes ojos en Jimena.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor, pero aún débil.

Guillén le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Mencia se quedará a cuidarte; los demás tenemos que ayudar en la defensa.

La muchacha abrió los ojos asombrada.

—Acaban de dar la orden: van a formar grupos para abastecer a los soldados; necesitan todas las manos disponibles.

Aura se santiguó, cerró los ojos y musitó una plegaria. Petronila se llevó los dedos a la boca y comenzó a mordisquearse las uñas.

—¿Tan mal están las cosas? —inquirió Jimena.

Su esposo asintió con semblante grave.

—Los sarracenos son numerosos y disponen de armamento avanzado. Y no cejarán hasta conquistar esta plaza. Deberíamos negociar la rendición antes de que nos aplasten.

—¿Dónde está Marcial, mi esposo? —preguntó Petronila.

—Están construyendo una especie de catapulta; Álvar dirige a los hombres, Marcial y Norberto están con él.

—Mi Norberto no es un soldado —espetó Aura—; no tiene ni idea de cómo empuñar una espada; es un simple carpintero.

—Pues tendrá que aprender y rápido —adujo Guillén.

—Deberíamos estar en la capilla —opinó Aura— rezando por el perdón de nuestros pecados. Las mujeres no entendemos de guerras, ni deberíais obligarnos a arriesgar nuestras vidas.

A Jimena le molestó escuchar aquello.

—Las mujeres entendemos cuanto nos propongamos, pues tenemos la capacidad suficiente para ello. Y, si se trata de nuestra vida o la de los que amamos, puedo

asegurar que nos convirtamos en expertas en cualquier arte.

—¡Que afortunados los sarracenos! —exclamó Guillén en tono mordaz—. Pues si mi bella esposa no se encontrara convaleciente en este lecho, bastaría el filo de su lengua para que huyeran despavoridos. ¡Ah, no! Olvidaba que ella es partícipe de este asalto.

Jimena abrió los ojos desmesuradamente y se le secó la garganta; un nudo le atenazó el estómago ante aquel inesperado ataque.

—Al parecer, tu particular ofensiva comienza dentro de esta alcoba. No malgastes tu fiero ímpetu, esposo, con quien no lo merece; resérvalo a los centenares de enemigos que aguardan fuera de estos muros.

Guillén la fulminó con la mirada; no obstante, y para su asombro, le dedicó luego una sonrisa pacificadora e, inclinándose junto a ella, le depositó un beso en la frente.

—No te sulfuréis, querida, y disculpa mi arrebató como yo disculpo tantas otras cosas.

Le dedicó una mirada enigmática que no supo interpretar, pero que la llenó de desazón.

—Hemos de irnos; descansa y no te preocupes por mí.

El tono que utilizó había sido claramente burlón. Jimena asintió embargada por una creciente inquietud. El hombre salió de la estancia en compañía de las dos sirvientas. En el exterior, los disparos contra la muralla continuaban incansables, los gritos se sucedían de torre a torre, y aquellos tambores persistentes ungián el ánimo con una oscura y opresiva pesadumbre. Jimena, absorta en sus propias reflexiones, descubrió una mirada reprobadora sobre ella.

—La prudencia, niña, es la mayor de las virtudes —comenzó Mencia con severidad—, pues encubre defectos y previene insensateces. Además, es clara evidencia de inteligencia: una cualidad que parece haberte abandonado.

—No entiendo a qué viene tanta reprimenda —se quejó la muchacha.

Mencia sacudió la cabeza, furiosa; resopló y cerró los puños para contener el impulso de abofetearla.

—Si la actitud de tu esposo no te ha puesto alerta, resulta evidente el grado de necedad que sufres desde que ese hombre entró en este castillo.

Jimena le sostuvo la mirada a pesar de notar un rubor revelador en sus mejillas. El calor se le extendió por todo el rostro y le instaló una culpabilidad que había conseguido adormecer engañosamente.

—Niña, has cometido el grave error de subestimar a Guillén, y ese craso error puede tener consecuencias fatales.

—Pero yo no...

Mencia arrugó el ceño con cólera, las aletas de la nariz se le dilataron como los de un buey a punto de embestir un vallado.

—¡No! —gritó—. ¡No insultes mi inteligencia! Sé lo que ocurrió anoche en esta alcoba.

Jimena bajó la mirada entre confundida y avergonzada.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Vi tu camisola rasgada y, si eso no hubiera sido suficiente, la marca de dientes que luces tan insensatamente en tu hombro izquierdo no deja lugar a dudas sobre lo

ocurrido. Lamentablemente, no soy la única que lo ha notado.

—Guillén no puede haber visto esa marca —adujo Jimena señalando su nuevo y cerrado camisón—. En cuanto a la camisola de anoche... ordené a Petronila que la convirtiera en trapos.

—Un hombre que presencia cómo su esposa coquetea descaradamente con otro y que es vista por el sacerdote de la comunidad en brazos de ese mismo hombre no es lo más apropiado. Convendrás conmigo en que lo más razonable para cualquier esposo receloso es vigilar de cerca a su mujer. Si no es él en persona quien lo hace, cabe suponer que tendrá a alguien que espíe subrepticamente. De cualquier forma, si algo ha quedado claro, al menos para mí, es que Guillén sabe que anoche Álvaro estuvo en este cuarto y no precisamente para curaros.

La alarma que había intentado mitigar ante la cruda actitud de Guillén resonaba ahora y le ensordecía los oídos. Si Mencia estaba en lo cierto, se acababa de ganar un enemigo temible.

—¿En qué estabas pensando? ¡Por el amor de Dios! —la increpó Mencia mientras se llevaba, airada, una mano a la frente.

Jimena fue incapaz de contestar. Simplemente, no había pensado; ese había sido realmente el problema en cuanto a Álvaro. Cuando estaba junto a él, los impulsos tomaban el timón, las emociones soplaban sus velas y la pasión levaba el ancla de su cordura para dejarla a la deriva en un mar confuso y agitado pero incitante.

—Ay, Mencia, ¿qué voy a hacer? —se lamentó.

La mujer la contempló pensativa, chasqueó la lengua resignada y se sentó a su lado.

—Salir del pozo —respondió con rotundidad—. Sé lo que Álvaro te hace sentir; solo hay que verte la cara cuando lo tienes delante: te subyuga irremisiblemente. Y esa sensación, esa falta de control sobre la situación, tan desconocida para ti, te resulta atractiva y estimulante; mas el peligro que entraña no merece el placer que aporta.

Mencia hizo una pausa, respiró hondo y le tomó una mano entre las suyas. La furia se le desvaneció en una mueca apesadumbrada y piadosa.

—Debes alejarte de la tentación; evita estar a solas con él, céntrate en lo que viniste a hacer, por mucho que lo desapruebe, y gana de nuevo la confianza de vuestro esposo.

Jimena asintió.

La preocupación se extendió sobre ella como las negras alas de un cuervo que aleteaban funestos presagios, sumían su optimismo en pesadas y desalentadoras sombras.

—Lo primero es apaciguar a Guillén —continuó Mencia—: Un esposo ultrajado, que además reprime su ofuscación, es como un volcán latente e imprevisible, presto a arrojar su inmundicia sin ninguna piedad. Cuanto antes descargue su enojo, antes podrás aliviar su angustia para evitar, de ese modo, que acumule más saña.

—Es fácil decirlo —musitó Jimena con abatimiento.

—Hace un momento creí oírte decir que las mujeres son capaces de todo, ¿no es así? Piensa en tu madre, en lo que sufrió por no revelar el secreto que heredaste. Hazlo en su memoria.

—Anoche soñé con ella —confesó.

—Es un aviso, una señal —confirmó Mencia.

—Eso pensé.

—Pues hazme caso; Guillén no lo merece, pero Álvaro tampoco; y, de todos los hombres con los que puedes jugar, él sería la última opción. Estás en deuda con él.

Jimena lamentó que él único hombre que había logrado interesarle fuera un hombre vedado.

—Ya no.

Mencia arqueó las cejas interrogante.

—Me hirieron por intentar salvar su vida.

—Pues si la deuda está saldada, tan solo te resta retirarte del camino de un hombre de Dios. Vuestros senderos son opuestos, y lo sabes sobradamente.

—Llevas razón en cuanto dices, solo espero que a partir de hoy el buen juicio me guíe. Sé cuál es el camino a seguir, ahora solo hay que rezar para que mis pasos lo sigan.

Mencia se frotó la mano con vigor y sonrió complacida.

—No temas, muchacha, estaré detrás tuyo para empujarte cuando flaquees.

\* \* \*

Un gigantesco proyectil cayó sobre las caballerizas del patio de armas y derrumbó la estructura. La madera de los pilares se astilló y voló en afiladísimas y letales púas. Una de ellas se le clavó a Álvaro en el hombro y se lo atravesó. Otros soldados no tuvieron su suerte. Por fortuna, el mangonel en construcción quedó intacto. Álvaro apretó los dientes, mientras Bernardo extraía el afilado fragmento de su hombro con la delicadeza de un asno pateando un fardo de heno.

—Habría sentido menos dolor si me hubieras clavado otra astilla en el mismo sitio —masculló.

—Al menos la he sacado en dirección a la veta de la madera —se defendió Bernardo.

—Todo un detalle —se mofó.

—¿Puedes mover el brazo con facilidad?

Álvar lo extendió con una mueca de dolor, abrió y cerró el puño varias veces y giró el codo en distintas direcciones.

—Sí, parece que no ha afectado mi movilidad. Creo que nunca he necesitado tanto los dos brazos.

Bernardo se rascó la hirsuta barba castaña y sonrió jactancioso.

—¿Necesitas las dos manos para pelear? Yo con una soy invencible.

Álvar sacudió la cabeza mientras rasgaba un trozo de su túnica, se lo pasaba bajo el sobaco y lo anudaba toscamente sobre la herida.

—A ti te bastaría con la cabeza —convino Álvaro—. Serías capaz de embestir y derrotar una cabra montesa sin inmutarte. Hasta berreas como ellas.

Bernardo soltó una abrupta carcajada y le palmeó la espalda con vehemencia. A Álvaro le rechinaron los dientes por la violenta sacudida.

—Solo me faltan los cuernos —bromeó.

—Tal vez porque no te has casado.

Las carcajadas del hombretón contrastaron con los lamentos de los heridos, que ya estaban siendo trasladados al gran salón.

—Puede que se los pida prestados a nuestro noble anfitrión —sugirió con sarcasmo.

La alusión a Jimena lo ofendió. Incómodo y contrariado, no replicó y se concentró en ajustar el nudo del precario vendaje.

—Pero, claro —continuó Bernardo—, una hembra así necesita ser satisfecha debidamente, y el bueno de Guillén parece no dar la talla, por eso ella busca un buen macho que la colme.

—¡Cierra la boca! —exclamó Álvar airado.

Bernardo lo miró extrañado y, como era habitual en él, no siguió su consejo.

—Vamos, ambos sabemos qué clase de mujer es. Y puedo asegurarte que si no fuera por mis votos le daría una buena ración de...

No terminó la frase. Álvar le descargó un tremendo puñetazo en la mandíbula, que le giró la cabeza como una peonza y lo derribó sobre el polvoriento pavimento.

—¿Qué demonios...? —rugió Bernardo mientras se frotaba el mentón.

—Estaba probando mi potencia —alegó Álvar y lo taladró con la mirada.

—Pero si me has golpeado con la derecha —replicó Bernardo aturdido.

—Es cierto, me habré confundido. Levántate y lo repetiré con la izquierda.

Bernardo se incorporó y abrió la boca varias veces para comprobar el estado de su mandíbula, después se la frotó y lo miró furibundo.

—Puedo asegurarte que no pondré la otra mejilla.

—¿Qué está pasando aquí?

Martín se acercó a ellos con semblante preocupado.

—Álvar ha perdido el juicio.

—¡Estás herido! —exclamó alarmado Martín con los ojos fijos en el ensangrentado vendaje.

—Solo es un rasguño —respondió Álvar con indiferencia.

—Doy fe de ello —confirmó Bernardo, que continuaba moviendo la mandíbula en círculos.

Álvar escuchó el agudo relincho de dos caballos moribundos. Varios hombres intentaban rescatarlos del amasijo de maderos y cañizo en que se había convertido la caballeriza. Se acercó justo cuando lograban arrastrar a uno de ellos. Sangraba por las orejas y los ollares, sacudía desesperado la cabeza y esparcía una saliva blancuzca y espumosa. No podía ponerse en pie por mucho que lo intentaba; su lastimoso estado dejaba claro el único remedio a seguir.

Era el blanco corcel de Jimena, una yegua soberbia, regia y altiva, como su dueña. Los hombres la contemplaron con pena: tenía las patas rotas, en sus agónicos relinchos se percibía el sufrimiento del animal que, testarudo, se agitaba convulso en su desesperación por escapar. Álvar no lo dudó. Desenvainó la espada y, de un limpio y rápido movimiento, hundió la hoja en la nuca de la yegua. El animal cayó laxo, libre de dolor y de vida.

El otro caballo apenas jadeaba; sus resoplidos eran débiles y permanecía inmóvil, aunque sus ojos medio cerrados todavía brillaban en mudo reconocimiento. Lo liberó con celeridad. Sin más dilación, llamó a sus hombres y se encaminó hacia el mangonel que estaba casi terminado. Trabajó sin descanso entre órdenes continuas, exigencias y requerimientos en las murallas atacadas. Por fin, al atardecer, el artefacto

estaba acabado.

Marcial, Norberto y Tomás, el palafrenero, engancharon el eje principal a la gruesa barra trasera del artilugio. Álvar tomó la cuerda que colgaba del eje y, en el cestillo, ayudado por Durán y Marcial, colocó piedras de diversos tamaños. A continuación, Bernardo y Durán giraron las manivelas de ambos lados para retorcer la gruesa maroma que rodeaba la base del eje. Por fin, Álvar, retiró el seguro: una barra de hierro que retenía el eje con la carga. El eje impactó con violencia contra el freno — un fardo de heno sujeto a la parte delantera— y la carga fue impulsada con velocidad, rasgando el aire, seguida por un silbido alertador.

Guiados por Martín, y tras una decena de lanzamientos, por fin, afinaron la puntería. Los hombres aullaron con euforia: habían derrumbado una torre de asedio. Exaltados por la victoria, continuaron maniobrando la catapulta de torsión hasta adquirir destreza y celeridad. Álvar, satisfecho, aunque dolorido y agotado, subió a la torre del frente este y observó a las tropas enemigas mientras se reagrupaban y despejaban el terreno de cadáveres y heridos.

—Deberías descansar; el sol se pone, y mañana será un duro día de nuevo — aconsejó Martín.

—Estoy bien —musitó pensativo.

—No, no lo estás; deberías verte la cara.

Álvar forzó una sonrisa, sacudió la cabeza y contempló el horizonte. El sol, convertido en un lejano orbe ambarino, descendía lánguido y somnoliento sobre el páramo. Extendía sobre los campos un manto bronce y bermejo que se deslizaba con pereza y dejaba tras de sí sombras pesadas que trocaban los brillantes colores de los estandartes almohades en dos únicas tonalidades: claro y oscuro.

El orbe dorado, por fin, se sumergió y dejó como único vestigio de su existencia una mortecina línea anaranjada que perdía intensidad en favor del plateado dominio de la noche. Álvar suspiró. Su estómago rugió quejumbroso; sintió cómo sus músculos palpitaban temblorosos en reclamo de un respiro; los párpados le pesaban como dos planchas de acero.

—Asigna a la guardia; seguiré tu consejo, apenas me tengo en pie.

Martín asintió contemplativo y lo despidió con una sonrisa.

—Saldremos de esta —murmuró.

—Siempre lo hacemos —afirmó Álvar.

Giró y abandonó el torreón. Cuando llegó a su celda, apenas tuvo fuerzas para quitarse la túnica, la pesada cota de malla y las botas, y se tiró derrumbado sobre el camastro. Invadido por el sopor, giró la cabeza, bostezó y parpadeó rendido por un cansancio implacable. Una pequeña mancha amarillenta le llamó la atención. Confundido, y con gesto abotargado, se inclinó, alargó el brazo y tomó el pliego de papel que descansaba sobre las losas del suelo. Alguien lo había deslizado por debajo de la puerta. Lo desplegó y leyó la inclinada y grácil caligrafía: “Guillén de Montcada”.

Abrió los ojos con asombro. La nota anónima que había solicitado. A pesar de que los miembros le pesaban como si llevara sobre los hombros el peso del mundo, se obligó a levantarse impulsado por una curiosidad acuciante y rebuscó en su arcón la lista de las parejas. Deslizó el dedo índice por el pergamino hasta hallar la pareja que había sido asignada a Guillén. El nombre que leyó lo desconcertó. “Damián Hidalgo”,

el petulante capitán de la guardia.

De nuevo, se dejó caer en el jergón y cerró los ojos. No obstante, el sueño le rehuyó. En los ocultos resortes de su mente, piezas dispares se deslizaban en busca de un lugar en el que encajar. Una pieza con nombre de mujer rebotaba de un sitio a otro. En algún momento de la madrugada logró evaporar su imagen y se rindió al sueño.



Habían pasado cinco días de opresivo y desquiciante encierro. Y, entre la barahúnda del combate, el silencioso rencor de Guillén y la ausencia de Álvar, la situación se le hacía insostenible. Si no salía de ese cuarto, acabaría perdiendo el juicio. Eligió un vestido al azar y, en ausencia de Mencia, que preparaba la racionada comida, se vistió y salió rauda de la alcoba.

La torre estaba vacía, a excepción de un grupo de niños que correteaba en un rincón. Salió al patio. Unos hombres trabajaban en una especie de catapulta de torsión, y otros portaban grandes barreños de agua. Varios grupos subían a los adarves de las murallas cargados con fardos de flechas; otros llevaban a su espalda hatillos repletos de piedras. Jimena se dirigió al arco abovedado que cobijaba la escalinata que conducía al nivel inferior; el otro acceso era una rampa por la que subían carros y caballos, demasiado concurrida para lo que tenía en mente.

Lo encontró en el tercer nivel, en el frente oeste. Estaba en el torreón circular; oteaba el horizonte con ceño preocupado. Se embebió de aquella imagen. El viento ondeaba su larga y rebelde melena oscura y despejaba un perfil apolíneo. La marcada línea del mentón, la barbilla levemente abultada y tachonada por un hoyuelo juguetón, la boca amplia de labios perfectos, la nariz recta, los pómulos altos, los ojos rasgados y levemente hundidos, de mirada gatuna, grises como un cielo invernal y frente despejada y orgullosa.

Jimena suspiró. Su primer impulso fue correr hacia él y echarse en sus brazos; el segundo, besarlo apasionadamente; y el tercero, arrastrarlo a su cuarto, encerrarlo y tirar la llave. Respiró hondo, pidió fuerzas al Altísimo y silbó con todas sus fuerzas. Sintió un leve pinchazo en el costado. La herida ya se había secado y le picaba, pero nadie le había retirado el hilo de sutura. Y ella solo deseaba que una persona se ocupara de ese menester. Se llevó los dedos a los labios para silbar de nuevo cuando unas manos le apresaron la cintura y la arrastraron contra la muralla.

—Aquí corréis peligro, señora.

Los pardos ojos de Damián se clavaron en ella. Jimena colocó las palmas de las manos contra el pecho del hombre y, malhumorada por su irrespetuosa proximidad, intentó empujarlo para alejarlo de ella.

—¡Soltadme!

—No hasta que os devuelva a vuestros aposentos. Es una temeridad andar por el patio. No dejan de caer proyectiles; los trabuquetes son muy certeros.

—No necesito ayuda —se quejó.

En ese instante, un proyectil impactó justo encima del techado de cañizo de la herrería frente a ellos. El ensordecedor estruendo los sobresaltó. Damián la cubrió con su cuerpo. Una nube de polvo los envolvió, y pequeños guijarros salieron despedidos en todas direcciones. Jimena, con el corazón en la boca, se arrebuja contra el hombre, temblorosa y asustada. El capitán la tomó de los hombros e inclinó la cabeza; sus bocas estaban demasiado cerca.

—No temáis, os protegeré con mi vida; y lo sabéis.

En su ronca voz resaltaba una emoción evidente. Jimena, incómoda, asintió y de nuevo apoyó las manos en el hombre para separarlo. El contacto pareció enajenarlo y,

ante su sorpresa, la estrechó con fuerza y rozó sus labios contra los de ella.

—¡Aparta tus manos de ella! —bramó una voz grave y furiosa.

Damián retrocedió alterado; no le dio tiempo a nada más. El puño de Álvar se estrelló contra su mandíbula. El capitán cayó a plomo contra el suelo. Sin embargo, aunque aturdido, logró ponerse en pie con ligereza y contraatacó colérico. Lanzó un tremendo puñetazo contra Álvar, que supo esquivar y aprovechó el impulso del golpe para agarrar el hombro de Damián y lo estampó contra la muralla. Rápido como el rayo, le sujetó dolorosamente el brazo a la espalda, se pegó a él y le colocó una daga en el cuello. Jimena ahogó una exclamación.

—¡Deteneos! —gritó asustada.

Álvar se detuvo y clavó en ella una mirada iracunda.

—Jamás volváis a enfrentaros a mí —amenazó a Damián—. Ni os acerquéis a ella. No suelo repetir mis advertencias.

Lo soltó con brusquedad y se cernió sobre ella con el rostro contorsionado por la furia que convertía al mitológico Ares en un inocente y dulce querubín en comparación. La agarró por el brazo y la llevó a empujones rumbo a la torre.

—¡Me haces daño, patán! —Jimena se revolvió airada contra él.

No la miró, pero continuó el brusco ascenso por la escalinata con más vehemencia.

—Eres tú la agresora —acusó entre dientes.

Entre jadeos, maldiciones y patadas, Jimena fue arrastrada de manera inclemente. Trastabilló en un par de ocasiones, pero Álvar no redujo la velocidad, muy al contrario, la sacudía con más energía. Jimena, furiosa y jadeante, le pateó la espinilla.

—¡Maldita bestia inmunda! ¡Suéltame! —gritó desesperada.

La mirada de él la taladró; en su plateado iris refulgían rayos y centellas, nubes oscuras y pesadas cargadas de reproches, amenazas y decepción.

—Bestia inmunda, ¿eh? No te parecí muy inmundo la otra noche, perra casquivana sin escrúpulos —increpó fiero.

No llegaron a la torre; la condujo al almacén de grano, abrió violentamente la puerta y la lanzó dentro. La muchacha cayó torpemente sobre un enorme saco de cebada, que derribó en la caída. Álvar cerró la puerta tras él y se cernió sobre ella. Jimena vislumbró con claridad la furia en sus ojos.

—¡No des un paso más o gritaré con todas mis fuerzas! —amenazó temerosa.

—Grita cuanto te plazca, nadie te escuchará, además, pienso amordazar tu boca... —Álvar, rápido y ágil, cayó sobre ella y la inmovilizó contra el suelo. Le aferró las muñecas, las elevó sobre su cabeza y pegó su rostro al de ella—... con la mía.

Y la besó con saña. Fue un beso duro, salvaje, atroz, desesperado. Jimena sintió ganas de llorar; se debatía retorciéndose como una culebra atravesada por una daga. El cuerpo del hombre, pesado como una roca, la fijaba al suelo y la sumía en la frustración y la rabia.

Las manos de Álvar profanaron su cuerpo con brusquedad y hambre. Rasgó enfebrecido el escote de la túnica para hundir el rostro entre sus senos. Con las rodillas le abrió las piernas, y se coló entre ellas.

Jimena se vio sacudida por el terror. Sintió el frío acero de la cota de malla que le

rozaba la cara interna de los muslos. A su cabeza acudieron imágenes horribles. Vio al padre Osorio inclinado sobre su madre, forzándola, torturándola. La repulsa y el odio se apoderaron de ella. No, pensó, así no. Iba a forzarla. Redobló sus esfuerzos por escapar a pesar de saberlos fútiles.

—¡Eres mía, de nadie más! —exclamó perdido ya todo el control—. Y voy a demostrártelo.

—No —rogó ella—. Así no, te lo suplico.

—¡Mía, mía, mía...! —repetía incesante.

Álvar de nuevo le apresó los labios. La besó con violencia desatada, con desesperación, con ansia. Jimena arqueó el cuerpo agotando sus últimas fuerzas, pero era como intentar levantar una enorme losa adherida al suelo. Solo se le ocurrió una cosa. Le mordió la lengua. El hombre gimió dolorido y se apartó raudo. Entonces la miró. Vio con asombro las lágrimas que le anegaban los ojos, vio miedo y angustia. Y la consciencia lo golpeó con fuerza. Había estado a punto de... Se retiró de su cuerpo y se puso en pie. Se pasó las manos por el cabello en un ademán nervioso. La ira dio paso al asombro, al arrepentimiento y, finalmente, a una angustia que le contorsionó el rostro en una mueca dolorosa.

—Yo... —comenzó en un hilo de voz—. No sé cómo... Discúlpame, perdí la cabeza.

Jimena, aturdida, se puso en pie, se limpió las lágrimas y lo miró con rencor.

—Resulta dolorosamente evidente lo que piensas de mí, templario. Y solo quiero decirte algo: la próxima vez que oses acercarte, te clavaré una daga en el corazón.

La congoja y la vergüenza tiñeron el semblante del hombre. Abatido, fue incapaz de sostenerle la mirada.

—No soy como crees. Damián me encontró desprevenida, aunque reconozco que el resultado es el fruto de mi cosecha. Y, naturalmente, como me entregué a ti, piensas que es un comportamiento natural en mí.

Las lágrimas seguían brotando descontroladas. Jimena hipó y repitió, terca, el gesto de secar sus mejillas con el dorso de la mano.

—Me sentí inexorablemente atraída por vos —reconoció—; de otro modo, jamás habría conseguido hacerlo. Yo... me equivoqué en todo, no te necesito en ningún aspecto. Para ti, tan solo soy una sierva de Satán, lujuriosa y pecaminosa, y seguro que vuelcas sobre mí tu propia debilidad. Pues bien, se acabó, vuelve a tu redil, al sendero de la rectitud y la hipocresía.

Jimena pasó por su lado como una centella y salió del almacén con el cabello alborotado, contrita y desolada. La pena que la sacudía le robó el aliento, se derrumbó junto a la muralla y sollozó incontrolada.

—¡Jimena! ¿Qué ocurre?

Unos brazos la envolvieron, unos ojos verdes la miraron con alarma. No podía a hablar; se limitó a negar con la cabeza. Guillén la sujetó por los hombros y, entonces, reparó en el lamentable estado de su vestido.

—¿Quién... quién te ha forzado? —bramó con los ojos inyectados en sangre y la boca desencajada.

—Nadie, me caí —mintió apresurada.

Guillén contempló ensombrecido el escote rasgado por el que asomaba una

buena parte de la curvatura de sus senos. Su rostro, congestionado por una furia ciega, enrojeció como el acero templado en una forja crepitante.

—¡Maldición! ¡Juro que lo mataré!

—No, no es lo que piensas —gimoteó.

Jimena se cubrió con una mano, mientras que con el antebrazo de la otra se limpiaba la humedad de las mejillas. Guillén apretó los puños y resopló furioso; miró a su alrededor. En un rápido gesto, se despojó de la capa y la cubrió con ella.

—¡Vamos! Aquí no estás segura, en la torre me lo contarás todo.

La llevó raudo hasta el torreón; en el camino se cruzaron con varias cuadrillas de soldados que los miraron curiosos. Cuando atravesaron el portalón, Mencia les salió al encuentro.

—¡Gracias al cielo estáis bien! —exclamó soltando el aliento—. Os busqué por todo el castillo, niña —recriminó ceñuda con los brazos en jarra. Pero cuando reparó en su afligida expresión, su contrariado semblante mostró alarma.

—¡Santo Dios! ¿Estáis bien?

Jimena apenas pudo asentir. Guillén ya la empujaba escaleras arriba ante el mudo asombro de la doncella. El círculo de mujeres que cosían, nerviosas, en el salón la miraron con reprobación. Aura murmuró algo en el oído de Petronila. Entraron en la alcoba. Jimena se desasíó hoscamente de Guillén y se tumbó en la cama, hecha un ovillo. La herida del costado le dolía.

—Necesito estar sola —musitó.

El hombre negó con la cabeza. Sus delgados labios habían perdido todo el color; por el contrario, sus mejillas mostraban un rubor delator. La furia lo sacudía sin misericordia.

—No pienso salir de aquí hasta que nombres al agresor —silbó entre dientes.

—No le vi la cara —improvisó agitada.

Se abalanzó sobre ella, la tomó por los hombros y la sacudió amenazante. La muchacha ahogó una exclamación.

—¡Mientes! —vociferó—. Lo que no logro entender es la razón, maldita sea, ¿por qué demonios...? —Sus ojos verdes, levemente saltones, se abrieron desmesurados ante el impacto de la revelación que comenzó a abrirse camino en su mente—. Lo proteges —musitó atónito.

Jimena, llorosa, negó entre lágrimas. Su fortaleza e ingenio pugnaban débilmente por emerger bajo el doloroso yugo de los recuerdos de aquella nefasta y trágica noche que lo había cambiado todo. La imagen desgarradora de su madre le derrumbaba el ánimo. ¿En verdad el fin justificaba los medios? ¿En qué se había convertido?

Debía centrarse, alejar la angustia, pero ¿cómo borrar el rostro lujurioso de Damián, la locura de Álvar y la desesperación de Guillén sin sentir que el lacerante punzón de la culpa le horadaba el pecho? Se sentía acorralada, débil y sin los recursos suficientes para afrontar la situación; necesitaba pensar, recomponerse, encontrar apenas una pizca de entereza a la que asirse.

—¿Quieres un culpable? —inquirió abatida.

—Quiero hundir mi acero en él.

Jimena alargó con velocidad la mano hacia la empuñadura de la espada que Guillén portaba en el cinto y la desenfundó en un ágil movimiento.

—¡Húndelo entonces!

Y se apuntó en el pecho. Guillén clavó su asombrada mirada en ella. Por un angustioso instante pareció indeciso, desgarrado por dos emociones contrapuestas. Finalmente cerró los ojos y alejó el arma de ella.

—A veces, deseo tu muerte —confesó en un hilo de voz, rota y agonizante—, pues creo que contigo desaparecería mi sufrimiento; sin embargo, sé que sin ti mi vida dejaría de tener sentido; te odio y te amo en igual medida, y eso, Jimena, es la tortura más atroz que un hombre puede soportar.

Jimena le sostuvo la mirada; vio tanto dolor en ella que se mortificó un poco más.

—Y, a veces —comenzó ella en apenas un susurro—, creo que la muerte es la única liberación posible al cautiverio de una existencia sometida a un destino impuesto.

Guillén la soltó, se frotó rudamente el rostro en un gesto impaciente, resopló y la fulminó con la mirada.

—No me consuela saber que no soy la única víctima de tu ponzoñoso hechizo. Sin embargo, sí soy la más humillada dada mi condición. Ahora mismo, no sé si correr y matar a ese condenado monje o compadecerme de él. —Soltó un bufido del que emergió una sonrisa despectiva—. Aunque, en tal caso, las condolencias serían mutuas.

Se irguió con los hombros vencidos y el semblante sombrío.

—No me engañas a mí, te engañas a ti misma —continuó con despecho—. Te escudas en esa mísera y estúpida misión que heredaste de tu madre, te convences de manipular a los hombres a tu antojo solo por liberar a la humanidad de la opresión eclesiástica. Y la única verdad es que la única culpable de tus actos es tu propia y perniciosa naturaleza libidinosa y cruel, tu propia ambición. Pero ve con cuidado, querida, lo que cultivas en la tierra corre el peligro de germinar.

—¡Vete, déjame sola!

—Comulgo con eso —musitó mientras se dirigía a la puerta—. Pues temo no poder controlar tu reciente ofrecimiento.

Y salió. Jimena rompió en llanto. No, pensó, no podía derrumbarse en ese momento; no obstante, las lágrimas brotaban incesantes. Algo en su interior se había quebrado, y por esa hendidura se filtraba la duda, la tan tentadora rendición. Apretó los puños, los dientes y gruñó. Buscó en su interior la furia que siempre la impulsaba y que la alejaba del abatimiento, también de su conciencia. No, repitió para sí. Nada la detendría, ni siquiera la debilidad de unos hombres que se rendían con tanta facilidad ante su influjo. Ellos eran tan culpables como ella, si no más.

En ese instante, se abrió la puerta de su alcoba. Mencia la saludó con una sonrisa compasiva; en sus manos portaba una jarra con la habitual infusión, a pesar de casi no necesitarla ya.

—No pienso tomarme esa belladona —advirtió con un mohín de disgusto.

—En tal caso, tendré que obligarte; además no es la belladona, es *hamamelis*; terminará de bajar la inflamación de la herida. —Le echó una mirada escrutadora y añadió—: Y, tal vez, de esos ojos tan hinchados que luces.

Jimena le sostuvo la mirada sin replicar, tomó con brusquedad la jarra y la bebió

de un trago.

—¿Satisfecha?

Mencia negó con la cabeza.

—No hasta que me cuentes qué ha ocurrido.

Jimena bajó la mirada al suelo, solo deseaba el consuelo de un sueño reparador y tal vez de un abrazo. Mencia pareció leerle el pensamiento. La atrajo hacia sí y la cobijó en su gran pecho. Jimena se dejó acunar y se deleitó en su calor y en el palpitante cariño que de ella emanaba.

Un sopor intenso comenzó a invadirla, sin embargo, no era el cansancio habitual, ni la antesala de un sueño reconfortante; era otra cosa, algo inquietante y oscuro, una especie de opresión extraña que la desasosegaba.

De inmediato, una alarma comenzó a resonar en su interior, aguda e insidiosa. Intentó hablar, pero sus labios no se movieron; intentó alargar la mano, pero descubrió horrorizada que ya no era la dueña de su cuerpo, sus párpados se cerraban lentamente y la privaban de la visión. Un terror atroz la envolvió, estaba atrapada dentro de su propio cuerpo, plenamente consciente de cuanto ocurría a su alrededor. Gritó dentro de ella, en su mente, donde el caos campaba libre y despuntaba en un horror extremo. Luchó contra la angustia más intensa que había sentido jamás.

Escondido en una oquedad entre los gruesos silla-res que soportaban la gran arcada central de la sala y oculto por los pesados cortinajes, atisbó el descenso de la doncella de Jimena. Sus generosas hechuras se bamboleaban ante la premura de sus movimientos. Observó su expresión. No parecía alarmada, tal vez, algo abatida y preocupada. Sonrió. La mujer no sospechaba nada.

Aguardó paciente a que el tránsito en la sala se disipara y, en esa tortuosa espera, se deleitó con la imagen de Jimena, inmóvil y vulnerable, a expensas de su compasión. Se frotó las manos con inquietud. Había anhelado tanto tenerla en su poder. Aquella mujer, promiscua y descarada, malvada y astuta, sería suya; no como lo había sido del templario, pero era a cuanto podía aspirar.

En su retina permanecían intactas las imágenes de los dos yaciendo juntos, de la pasión que los había consumido. Esa perra lujuriosa, incluso con un tajo en su costado, jadeaba y se arqueaba para él. En breve podría acariciar aquel cuerpo de alabastro a su antojo, deleitarse con su sabor, descargar en él su propia concupiscencia. La lascivia por aquella hembra lo había consumido desde que la había tenido enfrente por primera vez. Ahora... ahora la colmaría con saña acumulada. Su sed de sangre, en cambio, habría de ser postergada hasta que ella cumpliera con su cometido. Entonces, su señor se la ofrecería por entero y... Sintió un picor en la yema de los dedos; cuanto deseaba era escuchar el gorgoteo de la sangre en su boca, el pánico en sus ojos y el dolor tensarle las hermosas facciones.

En ese instante vio el camino despejado. Se deslizó sigiloso de su improvisada guarida y ascendió raudo las escaleras. Se adentró en el penumbroso corredor y casi corrió hacia la última puerta. La abrió presuroso y se adentró en la estancia. Sonrió al verla. Estaba como la había imaginado. Tumbada en un gran lecho, arropada y aparentemente dormida. Solo él sabía que no lo estaba. Ya se regocijaba ante el terror que estaría invadiéndola en ese instante. Se acercó a ella, lentamente, saboreaba el goce que se avecinaba. Se relamió ante la inminencia del momento.

Había elegido un preparado de raíz de mandrágora y beleño negro que subrepticamente había logrado introducir en la jarra en un descuido de Mencia. En cuanto a la cantidad, prefirió ser comedido, pues las posibilidades de que el brebaje resultara mortal eran muy altas; no podía permitirse perderla, y menos por una pócima infernal. No, ese placer era solo suyo, y nadie se lo arrebataría. Se acercó con lentitud, con una sonrisa en los labios; ya no era él, era el Enviado, el Elegido. Se inclinó sobre ella y le pegó los labios a la oreja.

—No temáis —susurró con forzada voz ronca—. Hoy no moriréis, aunque, tal vez, desearéis hacerlo...

Pasó la punta de los dedos por aquella sedosa piel nacarada, la mejilla, los labios, el cuello... Esa mujer era el pecado personificado, una tentación lujuriosa y pérfida, la viva encarnación del poder de Satán. Tenía el escote del vestido roto; casi babeó al ver el nacimiento de sus senos. Sacó la daga del cinto y la deslizó por ellos, la frialdad del acero le erizó la piel. El pánico más atroz se extendía por su cuerpo como una serpiente helada y viscosa. Su bello rostro permanecía calmo, incapaz de reflejar el terror que la embargaba y lo privaba de ese placer. Sin embargo, sonrió, pues el

sufrimiento de la mujer sería el doble por ese mismo motivo.

—Tengo un encargo para vos. Uno que cumpliréis con presteza, pues de vuestro éxito depende no solo vuestra vida, sino la de vuestra amada sirvienta. La destriparé lentamente y la mantendré con vida hasta el último instante; en esas artes soy todo un experto.

Hizo una pausa. Le deslizó la daga por el vientre. Con la otra mano le subió los faldones y acarició aquellos muslos firmes y tersos.

—Debéis entregarme el blasón que robó tu madre y procurarme el acceso a los túneles. Como veis, mi misión es la vuestra, con una salvedad: mi propósito final difiere un tanto del vuestro.

Sacudido por un impulso implacable, le lamió el lóbulo de la oreja, le pasó la lengua por el mentón, descendió por el cuello y le besó la clavícula. Era deliciosa, dulce y embriagadora. Suspiró.

—Cuidaos muy bien de advertir a nadie, y menos a vuestro amante; ese templario entrometido encontraría rápidamente la muerte bajo mi mano. Os estaré vigilando; cuando dispongáis de cuanto requiero, atad al ocazo un pañuelo en vuestra ventana. Os aguardaré en los sótanos; creo que sobra decir que debéis acudir sola.

Le acarició los senos y se relamió. Resistió la tentación de marcarlos con su daga, de ver cómo la sangre caliente le rodaba por la piel como pequeños riachuelos escarlata en un monte nevado. Todavía no, pero pronto se colmarían todos sus deseos.

—Y, ahora, voy a dejaros un recuerdo imborrable de mi visita.

Se levantó la túnica y se colocó sobre ella. Su miembro presionó entre los muslos de la mujer, ávido y lujurioso. De repente, unos golpes bruscos lo envararon. Alguien llamaba a la puerta con vigorosa insistencia.

\* \* \*

Álvar dejó de golpear y esperó. Había dado la vuelta una decena de veces en el trayecto recorrido hacia aquella habitación. La culpa lo mortificaba, la conciencia le gritaba que se alejara de ella, que lo dejara estar, pero su maldito y terco corazón necesitaba alivio; nada excusaba aquella enajenación lujuriosa. No era perdón lo que buscaba, pues no lo merecía; tan solo mostrar su horror y arrepentimiento ante lo sucedido.

Haberla visto en brazos del capitán, casi fundidos en un beso, lo había desquiciado. La lava candente que le había corrido por las venas todavía palpitaba caliente ante aquella imagen. Y las ganas de matar a aquel hombre permanecían. Había sido la sensación de posesión que ella despertaba en él la que había causado su locura. Ella no era suya, nunca lo sería, y contra eso había de luchar. Respecto al capitán, tenía una conversación pendiente con él que no podría llevar a cabo hasta que lograra recomponer completamente su todavía exacerbado ánimo.

De nuevo, sintió el impulso de marcharse. Nadie respondía; sin embargo, sabía que estaba dentro, posiblemente tan indignada y humillada que no querría ver a nadie. La imaginó llorar, y aquello lo conmovió tanto que, guiado por un impulso, abrió la puerta. Ahí estaba, plácidamente dormida en su gran lecho, tan bella que irradiaba aquella aura hipnótica y subyugadora que ponía alas a los pies de quien la observaba para atraerlo hacia su poderoso influjo. No pudo resistirse.

Avanzó tan solo anhelando embeberse de ella, de aquella perfección hecha mujer,



de empapar sus sentidos de todas y cada una de las líneas de su rostro para grabárselas en la mente y poder disfrutarlas cuando ella ya estuviera muy lejos de él. El ya había tomado una decisión, ahora reforzada por el fatídico y creciente descontrol de sus emociones. Dejaría la Orden, pediría ser licenciado, pero no para convertirse en un hombre normal, sino en un ermitaño consagrado a purificar su alma lejos de tentaciones y placeres terrenales.

Clavó inconscientemente los ojos en aquellos labios llenos que tanto lo enloquecían. El impulso de besarlos lo desgarró. Cerró con fuerza los puños y resistió el embate. Se inclinó ligeramente y aspiró el aroma de su cabello.

—Ojalá puedas perdonarme algún día, porque yo no lo haré —susurró—. No tienes ni idea de cómo me siento, de cómo has trastocado mi vida. Jimena, mi amor...

Suspiró y apoyó la frente en la de ella.

—Te metiste en mi corazón aquel día en que te perseguí hasta el río, el día que te perdí y te volví a encontrar. Y así sigue siendo ahora: te pierdo y te encuentro continuamente, lucho contra ti para terminar por claudicar vergonzosamente. Yo sé que nunca te olvidaré, mi vida, que haberte tenido será la joya más preciada que custodiaré nunca, y que ni la distancia, ni el tiempo borrarán ese recuerdo, ni a ti. Estás grabada a fuego en mi pecho, en mi alma; daría mi vida y todo cuanto soy por ti, si me pertenecieran, pero ya las entregué.

Dejó escapar un suspiro que emergió de lo más profundo de su atormentada alma.

—¡Dios... Jimena... muero por vos!

Lentamente, se dirigió hacia su boca y la rozó fugazmente con los labios; no deseaba despertarla, pero tampoco resistió probarla por última vez. Ya se retiraba cuando algo le llamó la atención. Estaba destapada, con las faldas arremolinadas entre los muslos; en su torso, una extraña línea rosada zigzagueaba entre sus pechos. Aquello le extrañó.

La contempló pensativo; tenía las piernas separadas, como si alguien se hubiese situado entre ellas. Uno de sus brazos, el derecho, colgaba pesado de la cama, al igual que la pierna derecha un tanto ladeada hacia el mismo lado. Una sensación ominosa lo sacudió. Algo andaba mal. Su instinto se avivó de golpe.

Miró en derredor y de nuevo aquel extraño tapiz que presidía la cabecera del lecho captó su atención. Fue hasta ella, la tomó por los hombros y la sacudió ligeramente. Nada, ni un parpadeo, ni un solo movimiento; sin embargo, respiraba plácidamente. Aquello lo inquietó más.

—¡Jimena, despierta!

Esta vez la sacudió con más vehemencia. El resultado fue el mismo. La angustia lo invadió. La tomó entre los brazos y la acunó entre ellos. De repente, una lágrima se deslizó de uno de sus cerrados párpados. Impulsivamente la besó.

—Todo irá bien, te lo prometo, estás a salvo, no te dejaré.

Y sin soltarla fue hasta la puerta, la abrió y llamó a Mencia con un grito. De nuevo volvió a la cama y la depositó con cuidado. Resultaba obvio que la habían drogado. Y aquella certeza le puso una piedra en el corazón, pero una piedra de la que salía un fuego letal. Escuchó pasos recorrer el pasillo. Mencia, seguida de la joven Petronila y la adusta Aura irrumpieron en la alcoba.

—¡Dios Misericordioso, mi señora!

La mujer se abalanzó sobre él y cayó de rodillas ante Jimena, que permanecía terroríficamente inmóvil. La doncella, con lágrimas en los ojos, lo miró inquisitiva.

—Está viva —musitó; de momento, pensó, y ese funesto pensamiento le robó el aire de los pulmones.

—¡Trae agua fría! —exigió; Mencia ya se levantaba cuando él recordó algo—. ¿Conoces el espíritu de cuerno de ciervo?

Eran unos polvos que se obtenían de calcinar pezuñas y cuernos de bueyes; su penetrante olor era capaz de combatir el letargo más opresivo. Mencia lo miró claramente asombrada, pero asintió.

—Tráelo, puede que ayude a evaporar el sopor.

La sirvienta marchó presta, mientras las otras mujeres observaban atónitas la escena. Álvaro, disgustado y preocupado, vociferó:

—¿Qué demonios hacéis ahí paradas? Traed una tina y comenzad a llenarla.

Aura arrugó la boca en señal de desagrado y, con semblante avinagrado, se dirigió hacia él.

—No pienso dejar a mi señora sola en la misma estancia que vos. Está inconsciente y medio desnuda y, por muy clérigo que seáis, ante todo sois hombre. Tomó la colcha y la cubrió con ademán reprobador—. Puede que estéis a cargo de este castillo, monje, pero en esta habitación carecéis de rango. Salid antes de que don Guillén os encuentre aquí.

Álvar le sostuvo la mirada con inquebrantable determinación. No pensaba dejarla sola, y menos con aquella arisca mujer.

—Como bien dices, estoy a cargo de este castillo y de los que en él moran, la señora entre ellos. Y creo que sobra recordar que campa un voraz depredador entre nosotros y resulta obvio que ha intentado lanzar su zarpa contra vuestra señora. La moral y la virtud quedan relegadas a un segundo plano; a mi parecer, el asesino puede ser cualquiera, incluso tú misma.

La mujer, con los ojos desorbitados, se llevó la mano al pecho; de sus mejillas comenzó a emerger un rubor furibundo.

—¿Osáis insinuar...?

—¡Basta! —bramó Álvaro—. Obedece de inmediato.

Petronila, que contemplaba, pálida, la escena, dejó escapar un sonoro aliento asustadizo, se volvió hacia la puerta y desapareció rauda. Aura la imitó, pero con el ceño fruncido y un mohín colérico que le fruncía los delgados labios. En sus ojos brilló una amenaza velada; Álvaro conocía de sobra aquella mirada, y casi siempre encerraba promesas cumplidas.

Depositó cuidadosamente a Jimena en el lecho y se acercó al tapiz. Contempló con minuciosidad cada línea, cada filigrana. Y, de pronto, una ligerísima, apenas perceptible ondulación dio vida a la incipiente luna que asomaba pálida entre aquellas tétricas nubes; el ojo enmarcado en el triángulo vibró y en su mente resurgió algo, un conocimiento que emergió súbito. Aquel signo no era otro que el del demonio, el signo de la bestia, de la oscuridad, del mal. ¿Cómo pudo haberlo pasado por alto?

El significado de aquella siniestra alegoría se mostró ante él clara y terrorífica, como el destello de un relámpago que iluminaba una noche sin luna. Era una

invocación al caído, un mensaje cifrado que mostraba los pasos previos a un ritual. Preso de un convencimiento angustioso, se acercó decidido al tapiz, desenfundó la espada con una mano y con la otra tiró con fuerza de él.

Cayó pesadamente y dejó al descubierto un muro de piedra y lo que tan hábilmente ocultaba: una puerta estrecha y abovedada. El corazón le atronó con fuerza en el pecho. De un rápido movimiento tomó la manilla de la puerta y la abrió. Ante él se abrió el principio de unas escaleras que descendían hacia una negrura absoluta. Sin duda, el culpable había escapado por allí.

En ese instante irrumpió Mencia con un recipiente en las manos, seguida de Guillén, que corrió junto a su esposa con una expresión alarmada en el rostro.

—¿Qué demonios está pasando?

—¡Rápido, una antorcha! —exigió Álvar.

Guillén, que contemplaba impávido la puerta oculta, cambió su semblante por una expresión furibunda y salió al pasillo raudo. Enseguida, entró con una antorcha prendida entre las manos y en dos zancadas se plantó junto al templario, dispuesto a sumergirse en el oscuro pasadizo. No obstante, Álvar lo detuvo en seco y le arrebató la tea.

—Iré primero —repuso—, a menos que conozcas este pasadizo.

Guillén negó con la cabeza. Álvar observó su expresión para calibrar su respuesta. No dijo nada más, empuñó la espada y comenzó el descenso. La estrecha escalinata de caracol descendía hasta una especie de pasadizo húmedo y siniestro que parecía orientado al este. El templario tuvo que caminar encogido, pues su cabeza rozaba la piedra y sus anchos hombros friccionaban contra los muros, lo que le transmitía una sensación ominosa y fría. Tras él, Guillén lo seguía en completo silencio, libre de su incomodidad gracias a su cuerpo menudo y delgado.

El túnel se convirtió en una rampa progresiva en continuo descenso. Estuvo tentado de sentarse y deslizarse para acelerar aquel lóbrego recorrido. Conforme avanzaban, un extraño olor lo asaltó. No supo identificarlo, pero arrugó la nariz ante la fetidez acre que comenzaba a invadirlo.

Una línea anaranjada y parpadeante delataba el contorno de una puerta: el final del túnel.

Álvar cerró instintivamente los puños: uno en torno a la empuñadura de su espada, otro alrededor de la moribunda antorcha que sucumbía agonizante ante las goteras que rezumaban del techo. Aceleró el paso, apretó los dientes e irrumpió con ferocidad. La puerta se estrelló con gran estrépito en el muro de piedra.

La putrefacción, en forma de pueril neblina anaranjada, le emponzoñó las fosas nasales con un dejo ferroso y algo dulzón, lo que despertó en la memoria del templario un recuerdo. A su mente acudió uno de sus muchos viajes por Oriente, en el que había atravesado una región volcánica y pantanosa, donde el lodo burbujeaba y liberaba un vapor rojizo y pestilente que lo había obligado a desviarse a través de una escarpada cadena montañosa que lo había retrasado semanas.

Con los ojos lacrimosos, miró en derredor y contuvo a duras penas la respiración. Era una sala circular rodeada por una línea de polvo gris. Ceniza, sospechó. En el centro, una mesa de madera; y, sobre ella, una extraña colección de vasijas de cristal de diferentes tamaños y formas que contenían un líquido viscoso de

un color marrón rojizo. Un pequeño fuego que provenía de un cuenco de piedra alimentado por ramitas calentaba la vasija de mayor tamaño, que se comunicaba con las demás a través de un entramado de tuberías de vidrio. En un extremo, un mortero repleto de semillas; junto a él, piedras negruzcas, seguramente minerales; y, casi en el borde, un libro de extraña apariencia.

—¡Que Dios nos guarde! —exclamó Guillén con la mano sobre la nariz—. ¡Es el refugio de un alquimista!

Álvar negó con la cabeza, depositó la antorcha en la sujeción anclada en el muro y se acercó a la mesa. El libro ejerció sobre él una especie de atracción que lo llevó a tomarlo entre las manos. Al instante, un escalofrío lo recorrió. La cubierta era de piel oscura y envejecida por el tiempo; una correa con refuerzos en metal protegía su interior.

Sin dudarle, y a pesar de la aprensión con la que tuvo que lidiar, abrió la solapa. La ilustración de la primera página lo sobrecogió, pero fue el primer párrafo lo que le secó la garganta y le heló la sangre. Estaba escrito en hebreo. Tradujo en voz alta:

<cita textual larga>

“¡Oh, admirable Adonay, que reinas y moras en todo lo creado, que eres a la vez árbitro y soberano de todo el universo! Humildemente imploro tu protección en esta hora suprema para que adornes a estos instrumentos de que me voy a servir y de todas las virtudes necesarias a fin de lograr el resultado que deseo en el experimento mágico que voy a ejecutar. Accede a mi ruego. ¡Oh, poderoso Adonay!, ya que te imploro con la verdadera fe que requieres de quienes solicitan tu ayuda. Te ofrezco a cambio de tu servicio todo cuanto soy y valgo, hasta la sangre de mis venas, si de ella quieres disponer, y la pongo como sello en nuestro pacto y mi eterna devoción.”

Tragó saliva y contempló horrorizado aquel fragmento.

—No se trata de alquimia —murmuró—, sino de algo mucho peor. Nigromancia. Guillén se santiguó al tiempo que lo observaba con el miedo reflejado en el rostro.

—Adonay... Mis señores... —musitó en un hilo de voz.

Álvar asintió y apuntó mentalmente el curioso dato del conocimiento de lengua hebrea de Guillén.

—Es el Grimorio de San Cipriano de Aquitania, un tratado sobre nigromancia lleno de sortilegios, conjuros e invocaciones —aclaró Álvar—. Lo que acabo de leer es un pacto sagrado entre el príncipe del Averno y el nigromante. Este libro fue traído de Tierra Santa por uno de nuestros cruzados. Fue encadenado en los sótanos de la catedral de Santiago de Compostela; no entiendo qué hace aquí.

Guillén tragó saliva, sus ojos desmesuradamente abiertos se posaron en el libro.

—Fuisteis vosotros, trajisteis al demonio desde tierras herejes —acusó de repente.

Álvar se aseguró el libro en torno al cinturón e hizo caso omiso de Guillén. Buscó con la mirada una salida, que encontró tras una cortina de color indescifrable. El túnel continuaba, esta vez en ascenso.

—Sigamos, no hay tiempo que perder —urgió. Sintió la mirada reprobadora de Guillén en él.

Sabía lo que estaba pensando, y de ese conocimiento surgían preguntas que por

el momento no podía formular. Un asesino maléfico andaba suelto, y la preocupación por Jimena lo abrumaba y angustiaba al mismo tiempo.

Por fortuna, aquel nuevo pasadizo era algo más ancho, con lo que pudo casi correr por él hasta llegar a otra abertura en la que se abrían de nuevo escaleras hacia la superficie. Ascendieron deseosos de respirar aire puro. Álvaro se topó con un portillo que abrió con facilidad, y se adentraron en un habitáculo con un camastro y un gran crucifijo. Esta vez, fue el aroma a incienso lo que aligeró su maltratado sentido olfativo.

Salieron de aquel mísero cubículo y descubrieron con estupor que se encontraban en el interior de la capilla del castillo. Deambularon estupefactos a través de las filas de bancos, donde los nobles presenciaban las misas en su honor, y el espacio vacío en el que el resto de la plebe acompañaba el oficio de pie.

Giró y observó la gran cruz en la que la imagen crucificada de Jesús mostraba su piedad a la concurrencia tras la mesa ceremonial. A ambos lados, grandes candelabros de pie desplegaban un halo dorado a su alrededor y, aunque, ahuyentaban parcialmente las sombras, dejaban la penumbra reinando en rincones y oquedades.

Álvar inclinó la cabeza, se santiguó y desenfundó la espada, mientras rogaba dispensa por tal sacrilegio. Luego, escudriñó cada rincón de la capilla, seguido de cerca por Guillén. Hasta que una voz ajada e indignada los detuvo en seco.

—¿Qué justifica esta apostasía en el templo de Dios por alguien que, además, presume de estar entre sus filas?

Ambrosio de Nimes, ataviado con su habitual hábito parduzco y raído, avanzó amenazante hacia ellos con la tormenta en el rostro y relámpagos en la mirada.

—¿Cómo osáis profanar un lugar sagrado al enarbolar una espada y rebuscar en sus rincones como un vulgar ladrón? —siseó furibundo—. Vuestros desmanes tendrán su justo pago. Ultrajáis vuestra Orden y vuestros votos y, desde aquí, os digo que daré conocimiento de vuestro comportamiento y exigiré la excomunión y la expulsión de nuestra comunidad.

Álvar frunció el ceño y sostuvo la mirada del anciano sin amilanarse.

—Esta espada —comenzó y la alzó frente al clérigo— juró proteger y defender los mandatos de la Iglesia en nombre del Señor. Y eso hago en este momento. Persigo al peor enemigo de Dios, a un ser infecto, corrompido por poderes oscuros, que se esconde entre estos muros y, tal vez, predique entre ellos.

El asombro moldeó los huesudos rasgos del sacerdote: la boca se le abrió incrédula, sus ojillos oscuros se entrecerraron y tronó colérico:

—¡Lavad vuestra lengua y vuestra alma antes de verter injurias sobre mí! Mi conducta, corazón y pensamientos son leales. ¿Podéis vos decir lo mismo?

—¿Podéis vos explicar por qué en el suelo de vuestra cámara hay una compuerta que conduce por pasadizos a la alcoba de la señora de este castillo?

Omitió la sala circular a propósito, por precaución. Inspeccionó con atención el rostro del hombre, que parecía claramente horrorizado.

—Esa compuerta no puede abrirse. Yo mismo lo comprobé cuando me instalé aquí. Deduje que conduciría a los subterráneos y que estos conducirían al exterior, en caso de asalto.

—Os creo, padre Ambrosio, disculpad nuestra intromisión —se disculpó Guillén

—. Comprenderéis nuestras suspicacias: han intentado envenenar a mi esposa, y el culpable huyó por el túnel que acaba en vuestro cuarto.

—Aun así, no hay disculpa posible —sentenció el anciano.

—¿Dónde ha estado todo el día? —inquirió Álvar.

Ambrosio frunció los labios con desagrado y se cruzó de brazos. La tensión lo envaró.

—Estuve frente al altar mayor, pues rezaba por nuestra salvación —rezongó con altanería.

—¿Y no vio a nadie, no escuchó nada? —continuó con recelo.

—Inmerso en mi fervor, me alejo de lo mundano, recito mis letanías sin prestar oídos al exterior. Fuera, el sonido de la guerra y la desolación me obliga a usar la meditación para evadirme y concentrarme en mi súplica al Altísimo. Comprendo que no entendáis de lo que hablo.

Álvar supo que nada sacaría de ese hombre; se encogió de hombros, enfundó de nuevo la espada y recorrió con la mirada el altar.

—Tenéis razón, padre, no entiendo de lo que habláis, como no creo lo que decís —concluyó—. Pero os aseguro que vigilaré de cerca la supuesta lealtad de vuestro corazón, conducta y pensamiento.

Y se encaminó a la salida, ansioso por regresar con Jimena.

Por fin, su boca se abrió; sus cuerdas vocales se timbraron para dejar escapar toda la angustia vivida.

Libre del yugo de aquella parálisis aterradora, comenzó a convulsionarse, presa de espasmos violentos que la sacudían como una muñeca de trapo zarandeada por una niña caprichosa. Sintió que unas fuertes manos intentaban sujetarle el cuerpo. Reconoció el angustiado rostro de Mencia sobre ella, pero el pánico más absoluto todavía la sacudía y la aprisionaba en una catarsis de emociones extremas.

Irónicamente, ahora no podía controlar los movimientos espasmódicos de sus músculos, como antes no había logrado moverlos. Y esa carencia total de control sobre sí misma acrecentaba el terror y le aceleraba el pulso. Los latidos eran tan violentos que pensó que el corazón acabaría por reventarle en el pecho.

Mencia movía los labios, pero ella no lograba escucharla; el desgarrador alarido que provenía de su garganta silenciaba todo lo demás.

Un rostro se alzó entre los demás. Sintió que la incorporaban de la cama y la abrazaban con fuerza, en un intento por inmovilizarla. Y, por alguna extraña razón, se sintió reconfortada. Su cuerpo comenzó a languidecer entre los brazos de Álvar y la extraña mirada de su esposo. Gritó, gritó y gritó.

—Estás a salvo; shh... todo pasó. No temas, no permitiré que te hagan daño... Descansa, estás a salvo.

Su voz grave, cálida y preocupada la acarició. La arrulló como a un gatito, le mesó el cabello, le susurró al oído palabras tranquilizadoras. Hasta que un molesto carraspeo envaró a Álvar, y la alejó de su pecho en el acto.

—Agradecemos su intervención, capitán —comenzó Guillén en tono seco—; no obstante, creo que su presencia será más útil fuera de esta alcoba.

—No me dejes —suplicó Jimena y se cobijó de nuevo en su pecho.

Sin embargo y, aunque parecía reticente, Álvar la separó de nuevo. Sus ojos de gato brillaban con una emoción que ella ya conocía. Y, en medio del pavor sufrido, de la escalofriante voz del hombre que la había asaltado y de la misión encomendada, las palabras de Álvar, cuando pensaba que dormía, habían sido el único bálsamo que había aligerado su corazón.

—He de regresar con mis hombres; vuestro esposo cuidará de vos debidamente.

—No me separaré de tu lado, querida. —Guillén intentó imprimir en sus palabras calidez sin conseguirlo, su tono se pareció más a una amenaza—. En realidad, vas a trasladarte a mi dormitorio.

Jimena fijó los ojos en Álvar, que permaneció impasible, ocultando sabiamente sus emociones.

—De todas formas, voy a ordenar que tapien esa puerta —anunció el templario, que ya se ponía en pie.

Jimena giró la cabeza para seguir la mirada de Álvar. Descubrir la puerta junto a la cabecera de su cama la paralizó. Instantáneamente, el horror sufrido regresó a ella con renovado vigor. Imaginar las veces que habría sido observada, lo expuesta que había estado ante la maldad de aquel hombre la superó. Comenzó a temblar, las lágrimas brotaron sin control.

La máscara de Alvar no logró esconder lo que sentía. Vio con claridad que ardía en deseos de consolarla de nuevo, que luchaba contra aquel impulso que parecía desgarrarlo.

Jimena bajó la mirada para controlar el deseo de arrojarle en sus brazos. Sin embargo, fue otro pecho el que cobijó esa angustia, otras manos las que le acariciaron el cabello, otra voz la que susurraba consuelo.

—Estarás bien, amor mío —murmuró Guillén mientras le besaba las mejillas. Entre lágrimas, vio cómo Álvar se alejaba y cerraba la puerta tras de sí.

\* \* \*

Habían transcurrido dos días y Jimena ya había forjado un plan. El sol anunció el mediodía; caía perpendicular sobre el patio, barría cualquier atisbo de sombra y sumaba agotamiento a los combatientes que, sudorosos, subían y bajaban de las almenas, trasladaban órdenes, disparaban flechas y enarbolaban escudos.

Se deslizó subrepticamente a las mazmorras, en un momento en el que pudo aprovechar el incesante y extenuante ataque al que los sometían los almohades, con la intención de liberar al único hombre capaz de ayudarla.

Conseguir tal favor no iba a ser fácil, pero estaba dispuesta a todo. Tenía que encontrar el blasón y huir de allí con Mencia.

No pensaba entregarlo, pues en lo más recóndito de su ser sabía que aquel hombre no la dejaría con vida.

Su fuero interno también le habló de lo terrible que sería entregar algo tan valioso al poder del mal. Sus padres murieron por proteger esa reliquia, y ni loca permitiría que sus muertes resultaran vanas.

Huir era la única salida, acompañada de su amada Mencia, la única persona imprescindible para ella.

Alejarse de Guillén, además de protegerlo, la liberaba de una unión hipócrita y ya sin sentido. En cuanto a Álvar, su corazón se encogía ante la idea de no volver a verlo; sin embargo, ese mismo sentimiento le daba fuerzas para huir. No era que huyera de algo que comenzaba a crecer peligrosamente, no, pues lo que sentía era ya tan grande, tan intenso, que ni se planteaba la absurda posibilidad de contenerlo. No obstante, y a pesar de saberse correspondida, aquella flor que le reventaba en el pecho estaba condenada a morir.

No había futuro para ellos, sus destinos simplemente se habían cruzado para sembrar en sus corazones lo que sería un hermoso recuerdo al que acudir.

Sus caminos seguirían por sendas contrapuestas, lamentablemente.

Álvar la amaba, aún sin confiar en ella. Aceptaba sus defectos y la veía como una mujer promiscua y sin escrúpulos, pero, como él bien había dicho, habría muerto por ella, sufrido por ella, luchado por ella.

Y esa certeza impuso en ella el deber de salvarlo de todo eso. Se lo debía, como debía tantas cosas por las que ahora pagaría.

Como imaginó, nadie custodiaba al único prisionero. Dejó en una esquina el hatillo en el que había metido tres capas con capucha y algunas de sus pertenencias. Se acercó a la única celda iluminada y respiró hondo.

—Yarmun —musitó con decisión.

Escuchó el restallar de las cadenas, seguido de unos pasos.



De entre las sombras emergió la esbelta figura del hombre. Sus pequeños y hundidos ojos, negros como el ónix, la taladraron.

—La traidora —pronunció con dureza.

—Me obligaron —se defendió.

El hombre la contempló con detenimiento.

—Nadie movió vuestra mano hacia mi puñal.

Jimena bajó la mirada y tragó saliva. La única arma que ahora podía esgrimir era la verdad.

—Mi corazón la movió —confesó.

El sarraceno resopló y movió la cabeza; sus ojos la miraron con un dejo de nostalgia. Esbozó una ligera sonrisa que pretendía quitar gravedad a su semblante sin conseguirlo; la amargura ya había hecho presa en él.

—Resulta irónico —comenzó—. La enemiga de la Iglesia enamorada de uno de sus guardianes. Si vienes en busca de mi perdón, no lo obtendrás y, aunque ya lo sospechaba, tu franqueza vuelve a apuñalarme.

Yarmun ya se alejaba cuando la muchacha se precipitó hacia los barrotes, filtró los brazos por ellos y lo agarró por los hombros para acercarlo.

—Lo amo a él, pero te necesito a ti.

El hombre, tan cerca, fijó los ojos en sus labios con un hambre que lo delataba.

—¿No te complace lo suficiente tu templario?

—Escucha, ambos nos necesitamos.

El hombre indagó en sus ojos y mostró un anhelo que comenzaba a emerger y desempolvaba excitantes recuerdos.

—De eso nunca tengas la más mínima duda. Soy demasiado susceptible a tus encantos.

Y sin previo aviso, acompañado del tintineo de cadenas, el hombre alzó un brazo, pasó la mano a través de los barrotes, sujetó el cuello de Jimena y atrapó su boca con ferocidad. El beso fue corto, pero intenso. Ante el asombro de la muchacha, Yarmun sonrió gatuno.

—Dime ahora lo que buscas de mí.

Jimena se alejó unos pasos para evitar otro acercamiento. Recompuso el semblante y lo miró con gravedad.

—Te ofrezco lo que más necesitas.

La sensual sonrisa del hombre le dijo con claridad lo que necesitaba.

—Me temo que tendrás que ser más explícita o me obligarás a arrancar esta reja y a arrastrarte a mi jergón.

—Voy a liberarte. Y tú a mí.

—Suena bien, solo hay un problema, preciosa. ¿Qué vas a hacer para que te crea?

—He bajado aquí tan solo acompañada de la verdad y de la urgente necesidad de escapar de estos muros.

—Obviamente, el templario no te complace —adujo burlón—. O eres tan voluble y caprichosa como el viento del desierto.

—Mis razones son asunto mío. Céntrate en lo que mi decisión te aporta. Te ofrezco la libertad y los tesoros que seas capaz de cargar sobre tu espalda.

—¿No te incluyes? Se supone que huiremos juntos.

—Huiremos juntos, sí, pero, cuando estemos a salvo, seguiremos rumbos muy diferentes.

—De nuevo me partes el corazón.

—Seguro que las reliquias que te entregaré ayudarán a sanarlo.

Yarmun sonrió ladino; sus ojos brillaban con expectación.

—Bien, déjame evaluar la situación. Me liberas, me conduces a la cámara secreta de las reliquias y, a cambio, yo te llevo conmigo, pero solo un trecho. No sé por qué, pero deduzco que hay algo más, ¿me equivoco?

Jimena le sostuvo la escrutadora mirada, negó con la cabeza y asumió su conclusión. Su plan solo tenía un escollo, y era encontrar la manera de acceder a los túneles. Y para eso necesitaba acercarse a Álvar.

—Mi doncella vendrá con nosotros, además... —Hizo una pausa, respiró hondo y agregó—: Debes ayudarme a encontrar el blasón.

El hombre pareció evaluar el plan durante un instante; su mirada de ébano recorrió el rostro de Jimena, seguramente en busca de cualquier gesto o señal que pudiera alertarlo.

—Podría fácilmente mostrarme conforme y cuando saliera de este castillo olvidarme de ti y de tu condenado blasón. ¿Qué te hace pensar que cumpliré con esa parte del trato?

—Tendré que arriesgarme; mis opciones son limitadas.

Yarmun soltó una carcajada jactanciosa.

—Curiosa manera de decir que soy tu única salvación.

—Lo eres —admitió ella y alzó la cabeza.

—Empezamos a entendernos. Ahora toma las llaves que penden de ese gancho y sácame de aquí.

—No pienso mover un dedo hasta obtener tu palabra.

Yarmun chasqueó la lengua, la miró divertido y sacudió la cabeza con simulada ofuscación.

—Me ofendes, señora; si consiento en un trato, se sobreentiende mi lealtad.

—Júralo —insistió ella con el ceño fruncido.

—Juro por la palabra del profeta que te ayudaré a encontrar el blasón, ¿satisfecha? Ahora, libérame; pueden sorprendernos.

Jimena asintió y obedeció. Se arriesgaba demasiado, pero lo necesitaba desesperadamente. No solo no tenía garantía alguna de su colaboración para encontrar el blasón, a pesar de su palabra, sino que la posibilidad de que se lo arrebatara era muy alta.

Cuando el poder y la riqueza se cruzaban en el camino de un hombre, la lealtad, los principios y hasta la fe, solían perder la batalla. Debía estar preparada para todo. Y, con ese pensamiento, abrió la puerta enrejada y liberó sus muñecas de las pesadas argollas que las apresaban.

Una vez libre, y a pesar del sucio vendaje que le rodeaba el pecho, la apresó con fuerza entre los brazos y de nuevo le impuso un beso exigente y hambriento.

Jimena lo empujó con todas sus fuerzas sin lograr separarlo ni un ápice. Finalmente, le dio un pisotón que surtió el efecto esperado.

—Si vuelves a tocarme, juro que te mataré —amenazó furiosa.

El sarraceno le dedicó una sonrisa inquietante.

—Preciosa, ya te aviso algo. Si de veras deseas tener ese blasón en tus manos, exigiré mucho más de ti.

Sabedor de tenerla en su poder, el hombre se mostró triunfal. En ese instante supo que había marcado su destino: ella estaba en sus manos. Esa noche saldrían de ese castillo infernal. Sorprendida se descubrió elevando una plegaria.

\* \* \*

Álvar comenzaba a impacientarse.

El ánimo de sus combatientes decaía con el paso de los días y el encopetado capitán le había declarado su particular guerra al cuestionarle todas y cada una de sus órdenes.

Las bajas se sucedían, y los heridos se amontonaban en el gran salón. Reparaba los mangoneles a cada instante, y supervisaba las distintas facciones defensivas; lo último que necesitaba era recibir la noticia de la escasez de alimentos y materia prima.

El frente almohade se abastecía sin problemas y disfrutaba de grandes manjares, música y algarabía. Su mejor posición le permitía ser pacientes. El tiempo, sin duda, jugaba a su favor. Tenía que conseguir alimento; eso ensalzaría el ánimo de sus soldados. Y el único alimento que veía en ese momento eran los sacos repletos de carne, verduras y cereal que el enemigo almacenaba en una de las tiendas de aprovisionamiento. Se alzó en su posición desde el torreón sur y observó que tan solo dos guardias flanqueaban la entrada.

Un plan comenzó a tomar forma en su mente. Llamó a sus hombres, que acudieron prestos. Álvar les observó los semblantes: habían perdido peso, la sombra de la preocupación les oscurecía las ojeras y les restaba brillo a los ojos.

—Esta noche iremos de excursión —anunció.

Demudados por el asombro, lo contemplaron como si hubiera perdido el juicio.

—Sí, papi, ¿podremos recoger flores y cantar canciones? —bromeó Bernardo.

Durán soltó una risotada y palmeó la espalda de Martín, que contemplaba con gravedad la expresión decidida de Álvar.

—Recogeremos algo más que flores —contestó.

—¿Qué nueva locura se te ha ocurrido?

Martín puso los brazos en jarra y esperó con temor sus próximas palabras.

—Haremos una incursión al campamento enemigo y les robaremos la comida.

Los hombres se miraron entre sí, pero Álvar solo mantenía su atención en la expresión de Martín.

—Sin duda, es una locura —arguyó mientras le sostuvo la mirada.

—Lo más sensato es esperar a los refuerzos —repuso Bernardo pensativo.

—Unos refuerzos que puede que no lleguen nunca —subrayó Álvar—. De lo que sí podemos estar seguros es de que no resistiremos mucho más.

—Una locura —repitió Martín—, pero una locura necesaria. No será la primera vez que nos escapemos de una fortaleza.

Álvar le regaló una sonrisa agradecida. Durán frunció el ceño, claramente reprobador.

—Cierto, pero no para adentrarnos en un campamento enemigo —objetó con

preocupación.

—El hambre empieza a diezmannos —expuso Álvar—, los soldados ceden sus raciones a las mujeres; y ellas, a los niños. El esfuerzo físico los debilita y apenas pueden mantenerse en pie cuando cae la noche. Cada día es peor que el anterior; el agotamiento se hace permanente. O los alimentamos, o tendré que rendir el castillo.

—¡Eso nunca! —prorrumpió Bernardo.

—Creedme, es la única opción —concluyó Álvar.

Los cuatro fijaron la atención en la alargada tienda almohade. Por fortuna, el almacén se encontraba en un extremo del campamento. Un pinar cercano cobijaría la fechoría.

—De acuerdo —convino Durán—, pero ¿cómo transportaremos el botín?

—Nos convertiremos en bueyes —contestó y aguardó divertido la reacción de sus hombres, que, boquiabiertos, lo fulminaron con la mirada.

—Primero me comparas con una cabra, y ahora piensas convertirme en buey; creo que equivocaste tu vocación, deberías ser granjero —bromeó Bernardo.

Los hombres estallaron en carcajadas; los soldados más próximos los miraron extrañados.

—Cumplirás a la perfección cualquiera de esos dos encargos —aseguró Álvar.

—Espero que te refieras a mi empuje y no a mi tozudez —replicó el aludido.

—A ambas... —rio—, pero es a tu fuerza a lo que apelo.

—Entonces me equipararé a dos bueyes —intervino Durán con una amplia sonrisa orgullosa.

El gigante estampó un puño contra su poderoso pecho y gruñó con petulancia.

—Quieres que arrastremos una especie de camilla, ¿me equivoco?

Martín, tan sagaz como siempre, adivinó sus intenciones.

—Sí —confirmó—. Cuando caiga la noche, saldremos por el portillo envueltos en mantos negros. Confeccionaremos unas camillas a las que coseremos los sacos más grandes que encontremos y nos deslizaremos con sigilo pegados a la muralla hasta llegar a aquel pinar; a partir de ahí, improvisaremos.

—Saldrá bien —animó Martín.

Álvar asintió, confiaba en su suerte, a pesar de que parecía haberlo abandonado.

—Tiene que salir bien.

Y con esa esperanza, bajaron al cobertizo y se pusieron manos a la obra.

La noche despuntó con una luna menguante que apenas nacaraba los campos, lo que favorecía su cometido. Además, eran bendecidos con un viento aullador que enmascararía su avance: no solo borraría huellas, sino que ensordecería el arrastre de las camillas por el terreno.

Dejó a los hombres tomar la cena y subió a la soledad del torreón este, su garita particular desde la que visualizaba el grueso del ejército. Desde aquel bastión ubicado en el último nivel de aquel magnífico castillo, contemplaba la inmensidad de los campos de Calatrava plenos de encinas, pinos y chopos, pendientes herbosas y salientes de roca, arbustos de retama y romero, jara y brezos. Más allá, difusa en el horizonte, la gran cadena montañosa de Sierra Morena. La inmensidad del paisaje lo sobrecogió, cerró los ojos y disfrutó del viento en el rostro.

Unos pasos se acercaron a él, imaginó a Martín recorrer el adarve. Sin embargo la voz que oyó lo paralizó.

—Una noche preciosa.

Abrió los ojos, y allí estaba ella. El viento le ceñía las formas, le ondeaba la bruna cabellera y despejaba un rostro de belleza sobrecogedora. El estómago se le encogió, la boca se le secó, el deseo le estalló casi de manera instantánea. Apenas si podía contener sus emociones, así que optó por desviar la mirada hacia el horizonte. Posó las manos en los merlones de la almena para afianzar los dedos en la piedra y para buscar en su interior la frialdad que necesitaba.

—Tu esposo debería encerrarte; te creí más sensata.

—Es obvio que perdí la cordura —musitó ella y se acercó a su espalda.

—Márchate —suplicó en un hilo de voz—, corres peligro. Espero, al menos, que Mencia te aguarde abajo.

Una mano se le posó en el hombro; ella se alzó de puntillas y acercó los labios a su oído todo lo que pudo. Álvaro se estremeció.

—Sí, la buena de Mencia me aguarda —susurró—. Y, sí, corro peligro. Un peligro mortal si no me abrazas.

El templario cerró los ojos, mas no pudo cerrar el corazón. Inclino vencido la cabeza y hundió los hombros. Ella se abrazó a su espalda enlazando los brazos en torno a su cintura.

—Te necesito, templario, esta noche más que nunca —susurró con desesperación.

El no pudo resistirse a aquel ruego. Giró, la tomó por los hombros y se perdió en sus ojos.

—Vas a matarme —musitó con la voz rota.

Ella pareció afectada, su expresión contrita lo conmovió hasta lo más recóndito del alma.

—Yo, en cambio, con nadie me he sentido tan viva.

Álvar no pudo reprimirse y se abalanzó sobre su boca. Ella lo recibió con ganas, con hambre desatada, con pasión arrolladora. El sabor de la mujer lo hundió en el más profundo de los goces. Enlazó su lengua con la de ella, en un enloquecedor duelo de voluntades, en una lucha implacable por alzarse con el control. El resto del mundo

dejó de existir.

Exploró con fervor cada rincón de su boca, mordisqueó sus labios, para volver de nuevo a invadir su interior con la intensidad de una tormenta estival. Ella gemía e intentaba devorarlo con el mismo afán. El cuerpo de la mujer se fundió con el suyo, las manos le acariciaban hoscamente el cuello, le arañaban la piel de la nuca, le agarraban el pelo y tiraban de él. Aquella desesperación, aquella brusquedad, aquella ansia lo excitó tanto que perdió todo contacto con la realidad. Ya ni siquiera era un hombre, era un animal salvaje, un depredador hambriento abrazado al manjar más delicioso que habría imaginado jamás.

El ascua de su interior amenazó con abrasarlo vivo. Necesitaba poseerla, estar dentro de ella, apagar el fuego que lo consumía o moriría. La condujo hasta el muro y la atrapó contra él al amparo de las sombras. Sin despegar su boca de la de ella, le subió la falda, hambriento de aquella tersa piel de alabastro. Ascendió por la parte trasera de sus muslos hasta apresarle las nalgas, firmes y sedosas. Jimena jadeó excitada, se frotó contra su dureza, que ya palpitaba en busca de alivio, y alzó la pierna en torno a sus caderas.

Todos los músculos de Álvaro se tensaron ante aquella invitación. Contuvo el aliento cuando la mujer rebuscó entre los faldones de su túnica y le acarició la abultada entrepierna. Sintió que los dedos indagadores le desataban los cordones de las calzas y liberaban, por fin, su enorme y acerado deseo. Lo rodeó con la mano, lo presionó ligeramente, y Álvaro exhaló un jadeo contenido. La sangre le bullía en las venas y amenazaba con calcinarlo vivo. Jimena continuaba besándolo con frenesí; aquella dulce tortura lo elevaba al placer más agónico que jamás había sentido.

Desplazó las manos hacia el escote del vestido, lo bajó con violencia y liberó unos senos nacarados, voluptuosos y altivos; los tomó en las manos y frotó con los pulgares los ya erectos pezones. Jimena echó la cabeza hacia atrás, jadeaba enardecida. Sus gemidos le acariciaron los oídos, lo que incrementó la excitación que ya amenazaba con enloquecerlo. Sin duda, eran la mejor composición melódica que cualquier hombre podría escuchar. Una sinfonía aterciopelada y sensual capaz de enviar al cielo hasta al alma más atribulada.

Separó su boca de la de ella y le devoró el cuello, le deslizó la lengua hasta la clavícula y descendió lentamente hasta la plenitud de sus senos. Por fin, tomó las turgentes cerezas enhiestas entre los dientes y las circundó con la lengua. El cuerpo febril de Jimena se apretó excitado contra el suyo y se contoneó apasionado. Lamió y mordisqueó hasta que los jadeos de la mujer nublaron su propia conciencia. Pensó que estallaría si no la tomaba en el acto. Desplegó una de las manos de nuevo hasta sus tensas nalgas y con la otra tanteó la expuesta hendidura de la mujer: húmeda y resbaladiza, más que preparada para él. Aun así, no pudo resistir la tentación de acariciarle la entrepierna y le inflamó el sedoso botón de placer, hasta que su torturado cuerpo se arqueó con violencia para regalarle un orgasmo largo y espasmódico que convirtió sus miembros en manteca derretida. Laxa y satisfecha se derrumbó en sus brazos.

Era su turno. Sin darle tiempo a recuperarse, la tomó por las nalgas, la alzó sobre su orgulloso miembro, la apoyó contra la pared y comenzó a penetrarla con lentitud. Jimena de nuevo se tensó. De sus voluptuosos labios escapó un gritito ronco que le

hormigueó la entrepierna y amenazó con provocar su derramamiento antes de tiempo. Cerró los ojos para apelar a todo su autocontrol.

Alternó movimientos lentos y perezosos con embestidas bruscas y profundas. El placer los envolvió en una telaraña viscosa y densa. Ardían, pero al mismo tiempo los escalofríos los estremecían y los sumían en una deliciosa agonía. Elevaron sus cuerpos, sus espíritus y sus almas a un nivel superior, más allá de todo lo mundano, rasgaron cualquier vínculo terrenal para evaporar todo rastro de conciencia, principios y creencias.

De pronto, comprendió la importancia de aquella unión. Ella era parte de él, como él de ella. Todo perdía el sentido lejos de esa mujer que lo había subyugado hacia ya tantos años. Su vida había sido una pálida y moribunda sombra hasta que la encontró. Ahora el alma le refulgía deslumbrante, el pecho se le henchía de gozo ante la verdad. “El corazón nunca miente, escúchalo”, le había dicho en una ocasión. Y ahora, ahora su corazón gritaba la verdad en un alarido tan desgarrador que amenazaba con quebrar los muros que los rodeaban.

La miró a los ojos y, conmocionado, vio aquella misma verdad en los ojos de Jimena. Durante un instante y, sin dejar de moverse en su interior, vertió en su mirada todo lo que sentía. Supo que ella leía con claridad ese mensaje. Sus bellos ojos se humedecieron. Afectada, tomó la cara de él entre las manos, acercó la boca a la suya y musitó:

—Seré tuya hasta el día de mi muerte, y puede que incluso después, amor mío.

Álvar cerró los ojos, el corazón se le encogió, abandonó el cuerpo al placer más puro cuando ella lo besó con desesperación y plasmó, así, el ansia por devorarlo, por fundirse con él. Tras unas últimas embestidas, su simiente inundó implacable el interior de la mujer que amaba. Álvar gruñó entre dientes como un animal saciado y saboreó el placer que lo sacudía en oleadas de puro fuego. Pegó la frente a la de ella. Ambos respiraban entrecortadamente.

Entonces regresaron al mundo. El viento los azotó sin piedad, el ahumado aroma de las hogueras los asaltó, el timbrado sonido de laúdes se acercó y la silbada melodía de flautines les regaló los oídos. La desvaída luna plateó las expuestas aristas de esquinas y las delicadas curvas de los torreones.

—Jamás sentí nada parecido —susurró Álvar con voz rota—. Ya te lo advertí: me has matado para resucitarme a una vida nueva.

Jimena se abrazó con fuerza a él, escondió el rostro en su hombro y sollozó quedamente.

—Espero que puedas perdonarme... algún día.

Apenas logró separarla de su pecho para alzarle el hermoso rostro perlado de lágrimas.

—¿Perdón? No me has entendido, es gratitud lo que te debo. Nunca vi con tanta claridad mi propia alma.

—Entonces es tu dios quien debe perdonarme por arrebatarme uno de sus súbditos.

Sonrió con dulzura y negó con la cabeza.

—No, mi amor, sigo siendo su siervo, mas ya no de su congregación. Amo a Dios, incluso más que antes por haberte puesto en mi camino y... —La miró con

admiración—... porque me correspondes. Ahora comprendo todo: la ponzoñosa intervención de los hombres que malinterpretan su palabra, que implantan normas inventadas e inexplicables y se valen del temor para hacerlas cumplir. Dios es amor, todo se reduce a eso. Y lo que en verdad siento por ti cumple con creces el mandamiento más importante: “Amaos los unos a los otros, como yo os he amado”.

Jimena sonrió entre lágrimas y le acarició el rostro con infinita ternura.

—Si Dios te ama la mitad que yo, ya debe de amarte mucho —confesó con emoción—; aun así...

Se detuvo y lo contempló con una mirada indescifrable. Álvaro contuvo el aliento; pasara lo que pasara, no la dejaría escapar.

—Nuestro destino es caprichoso y cruel —continuó—; se empeña en separarnos valiéndose de tretas sucias. —Hizo una pausa, los ojos se le humedecieron una vez más—. Pero, como ya sabes, suele unirnos de nuevo. Perdernos y encontrarnos, una y otra vez...

—Esta vez no te dejaré escapar.

A su mente acudieron las imágenes de aquella escarpada persecución cuando ella era niña. Revivió con claridad cómo había logrado apresarla, cómo ella lo había engañado para luego lanzarse al vacío. Sintió un escalofrío que le erizó cada poro de la piel. La abrazó con fuerza.

—Esta vez no te soltaré —insistió.

—Hay fuerzas oscuras que se interponen para imponer mandatos infames, pero que no podemos obviar por mucho que lo deseemos. Tu congregación te necesita, tus hombres, estas gentes, te debes a ellos, no a mí, todavía no. En cuanto a mí, siempre te esperaré.

Álvar acarició su hermosa cabellera y aspiró la fragancia de jazmín que la impregnaba. Aspiró hondo para grabar ese aroma en la memoria; estiró suavemente uno de sus largos rizos y se lo llevó a los labios.

—Al parecer, me necesitan todos menos tú —replicó dolido.

Jimena, con expresión culpable, le sostuvo la mirada unos instantes. Finalmente, bajó la vista y negó con la cabeza.

—Te necesito tanto como respirar, solo que por ahora el destino me impide hacerlo y me ahoga con designios que escapan a mi control.

—Tu blasón... —adivinó contrito—. Sigues empeñada en encontrarlo; es eso, ¿no?

La muchacha no contestó; su hermoso rostro acariciado por el marfileño resplandor de la luna adquirió una apariencia etérea, como la de un hada de la noche, una bella aparición que concede deseos y exalta los sentidos de los hombres con susurros que enmascaran hechizos y promesas incumplidas. Le delineó el mentón, le tomó la barbilla y la alzó para obligarla a mirarlo.

—Sí —admitió por fin—. Tengo que encontrarlo.

Álvar instintivamente supo que le ocultaba algo más.

—Tal vez, cuando todo esto acabe, pueda ayudarte.

Jimena asintió, aunque no muy convencida. Él vio con claridad que intentaba reprimir el llanto; ella desvió la mirada hacia el horizonte y suspiró profundamente.

—Dime qué ocurre —exigió cada vez más angustiado.



—No ocurre nada Álvaro, mi Álvaro. —Entonces sonrió con un dejo de tristeza—. Solo has de saber que te esperaré.

Aquello lo enfureció. La tomó por los hombros y la pegó a su pecho, imprimió en su mirada una fiera determinación.

—No voy a dejarte marchar hasta que me digas qué está pasando —siseó para ocultar el temor que empezaba a invadirlo.

—Ocurre que no soy la mujer que mereces, aún no, pero te juro que lo seré. Y rezo para que, en ese tiempo, tu amor no se torne odio.

Confundido por sus palabras, sacudió la cabeza e intentó descifrar aquel mensaje. No alcanzaba a comprenderla. Él se desligaba de su vida para entregársela, y ella ni siquiera era capaz de sincerarse.

—Creo que me precipité al creer que me correspondías.

El silencio de Jimena le heló la sangre. Le dio la espalda y se arregló las ropas; el pulso le martilleaba en las sienes.

—Regresa a tu alcoba —musitó compungido—. Mejor dicho, a la de tu esposo —rectificó.

Escuchó tras él el susurro de ropas, esperó oír los pasos alejarse, sin embargo, permanecía inmóvil.

—No te atrevas a dudar de mis sentimientos, templario, pues son lo único verdadero en mi vida, lo único puro, la única esperanza que me queda, y a ellos me aferro. Y, te lo aseguro, son imperecederos.

Y entonces sí: la oyó alejarse con paso precipitado.

Los siguió pegado a los muros. Su señor Lucifer ya lo había prevenido contra la naturaleza insidiosa de las mujeres; en eso coincidían con los manifiestos de la Iglesia. La mujer era un ser amoral y réprobo, sibilino y manipulador; en definitiva, la mejor herramienta con que tentar el alma inocente de un hombre. Y esa, en particular, era la herramienta por excelencia. Sonrió complacido.

Llevaba vigilándola desde su último y malogrado encuentro. El maldito templario, siempre tan inoportuno, se había convertido en algo más que una molestia; él solito se había puesto en la diana. Pues profanar el recinto sagrado solo era perdonado con la pena de muerte, y una muy dolorosa por cierto. Aguardó en un rincón de la entrada al sótano y atisbó subrepticamente.

La mujer, acompañada del prisionero que había decidido liberar para ayudarla en la búsqueda, pareció sacar una especie de colgante del morral que llevaba en su cinto y lo manipuló contra el anclaje de una antorcha. También observó que llevaba una espada corta que asomó al retirar la gruesa capa que portaba sobre los hombros. Casi al instante, se oyeron unos resortes y un ligero retumbar. Asombrado descubrió que la pared se movía. Una puerta oculta.

Sabía a dónde se dirigían, pues también logró escuchar la conversación que la mujer mantuvo con su amante almohade. Afortunadamente, aquello lo previno con la suficiente antelación para trastocar sus planes. Aquella perra, lasciva y traidora, pensaba escapar a su destino. Sonrió para sí, imaginaba la cara que pondría cuando descubriera que su adorada Mencia ya estaba en su poder. Le había resultado extremadamente fácil atraerla cuando ella sacó al moro de su escondite, agazapado tras unos fardos de heno. Y, a pesar de que la guarida había sido descubierta, no le importó.

La invocación había resultado un rotundo éxito. Su señor ya lo acompañaba, traído del Reino de los Muertos, para alzarse sobre los vivos e imponer una nueva era. Todo se lo debía al despertar del primer rey de Israel, Saúl, al ocultismo. Desde que leyó el pasaje referido a las brujas de Endor en la Biblia en el libro primero de Samuel, sintió la llamada de su verdadero destino.

Saúl, en la guerra contra los filisteos, temeroso y rechazado por Dios por no cumplir su mandato de exterminar al pueblo de Amalec, quebró sus propios mandatos sobre la prohibición en su reino de toda magia adivinatoria y mandó llamar a la bruja de Endor, una adivina capaz de contactarse con los muertos. El rey se disfrazó y, acompañado de dos de sus hombres, acudió a verla con la promesa de no denunciarla. Lo que no sabía la nigromante era que había sido él mismo quien había prohibido sus artes y le había pedido que invocara al profeta Samuel.

Pero, cuando la bruja mostró su magia y vio al profeta envuelto en un manto, supo a quién tenía realmente enfrente, y se sintió traicionada. Enfurecida, maldijo al rey Saúl, vaticinó además que su pueblo caería frente a las huestes enemigas y que él moriría en tres días, pero no como hombre, sino como vasija demoníaca, como puerta al inframundo. Dios lo había abandonado, y el demonio lo había elegido para su regreso.

Y así fue: su ejército fue derrotado en la batalla del Monte Gilboah, y él comenzó

a sufrir una horrible metamorfosis que le degeneró el cuerpo en un espeluznante híbrido entre animal y humano, su conversión en el verdadero mesías: Baphomet. Pero Saúl aniquiló a toda su estirpe y se dio muerte para acabar con su ignominia. No obstante, la maldición quedó atrapada en sus huesos deformados, detenidos en mitad del resurgimiento de su señor.

Fue enterrado en una tumba olvidada, y así habría seguido si los codiciosos cruzados no la hubieran saqueado. Y, gracias a ellos, la garra del maldito, puerta de entrada al Reino de las Tinieblas, había sido llevada a Occidente, ya muy cerca de él. La garra era la puerta de la que emergería Lucifer. El conjuro, la llave que la abría; y la sangre de un apóstata, la que despertaría a su amo. Por eso, sustrajo el controvertido Grimorio de San Cipriano, un excelso manual de necromancia, para entronizar al Caído y convertirse en su aliado.

Por fortuna, consiguió interpretarlo con ayuda de su maestro y aprendió las artes de la magia negra. Con los rituales de sangre de las mujeres se había ganado el favor de su Amo, al sesgar vilmente sus vidas para ofrecerle sus almas. Tan solo necesitaba encontrar la garra de Baphomet y la sangre de un apóstata cristiano. En ese caso, una que hacía tiempo había sido elegida para la ofrenda, ella gozaría del honor de devolverle su forma humana. Y esa garra estaba metida en un cofre, confundida con una reliquia cristiana y enrollada en un manuscrito que simulaba ser un evangelio apócrifo, el más revelador, por cierto.

Él vio enterrar aquel cofre hacía ya muchos años, y él había matado al hombre que lo portaba. El padre de la mujer que ahora se lo traería en bandeja, la elegida. Entonces, no había podido sustraerlo, pues había tenido que huir, pero ya había esperado demasiado. El blasón solo guardaba en su dorado interior el mapa que señalaba el lugar exacto: un lugar inaccesible para él. Aguardó en su escondite que la mujer y el liberado prisionero salieran de los túneles. Pudo imaginar los tesoros que los templarios acumulaban en aquellas cámaras, tesoros teñidos de sangre, ambición disfrazada de devoción a un dios al que no escuchaban.

Reprimió una carcajada, cual infame hipocresía enarbolaban las religiones. Todo eso acabaría. Su amo sí sería escuchado, pues su voz retumbaría en los cielos y su ceño asustaría a los incrédulos. Un dios de carne y hueso, pero inmortal. Mientras esperaba se relamió ante la sorpresa que aguardaba a la mujer. Donde había dejado a Mencia solo encontraría una nota lo suficientemente persuasoria para que ella regresara no solo con el blasón, sino también con el cofre. Era su primera sierva y, sin duda, de ella se serviría, en toda la extensión de la palabra.

\* \* \*

Pertrechados como mulas de carga, Álvar y sus hombres corrieron junto a la muralla al tiempo que arrastraban tras ellos las camillas. Por fortuna, los almohades continuaban su alborozo, cantaban junto a las hogueras y recitaban poemas épicos al son de un laúd. Otros dormían agotados y roncaban como bellacos. Saciados de comida, bebida y diversión, caían exhaustos tras un duro día de asedio.

Recorrieron el perímetro sur de la muralla y, desde allí, descendieron con esfuerzo entre peñascos y arbustos rígidos y compactos entre los que se trababan las camillas. Saltaron montículos pedregosos mientras rezaban para que el arnés resistiera tanto vaivén. Se detuvieron un instante a recuperar el aliento, agachados tras uno de

aquellos mogotes.

—Es un tramo duro, y eso que vamos sin carga; no quiero imaginar cómo lograremos ascender por estos pedregales con los sacos repletos de comida —opinó Durán con semblante preocupado.

Álvar ya había pensado en eso. Por fortuna, su experiencia y talento para incursiones le servían para anticipar cada paso del plan trazado. Ese don le había salvado la vida en innumerables ocasiones.

—Es por completo imposible ascender estas colinas cargados como bueyes —confesó Álvar ante el atónito desconcierto de sus hombres. Solo el leal Martín permanecía impávido, ya que era conocedor de su capacidad estratégica.

—Deberías haber mencionado ese detalle —recriminó Bernardo ceñudo.

—Hemos dado un rodeo para evitar ser descubiertos —aclaró—. Alcanzaremos el pinar junto al almacén, mataremos a los guardias y robaremos cuanto tengamos a mano. Después prenderemos fuego la tienda. El revuelo que se creará, nos dará tiempo para correr lo más rápido que podamos en línea recta para atravesar la llanura directamente hacia el portillo.

—Es un buen trecho, podríamos desfallecer antes de llegar —advirtió Durán.

—O podríamos convertirnos en los blancos móviles de los arqueros —añadió Bernardo.

—Ambas cosas son probables —convino Álvar—, pero al menos no moriremos de hambre.

—Lo que no es un gran consuelo —murmuró Martín con un dejo burlón.

—No —aceptó—, no lo es, pero es cuanto podemos hacer.

Miró a sus hombres con gravedad y recitó:

—“En el campo de batalla, mira tu hombro: si llevas la cruz del templario, perfecto. Si no la llevas, estás perdido.”

Todos se miraron la cruz roja que adornaba los hombros de sus capas blancas y sonrieron.

—La llevamos, y ella nos llevará a la gloria —replicaron.

Se irguieron y, con ánimo reforzado, corrieron hasta el denso y perfumado pinar en el que piñas secas tapizaban el fértil suelo, cubierto de agujas secas de pino que crujían bajo sus pies.

Álvar se adelantó con todo el sigilo posible y desenfundó con parsimonia su larga espada. Detrás de un rugoso y descascarado tronco, divisó la tienda. Los guardias dormían plácidamente tirados lateralmente en el suelo, justo enfrente de la entrada. Giró la cabeza y llamó a sus hombres, que lo rodearon a la espera de una señal.

El templario asintió, salió con cuidado de su escondite al abrigo de añejos árboles y se acercó a los guardianes. No dudó cuando llegó hasta ellos. Se agachó con agilidad y, con la rodilla en el suelo, dejó la espada sobre la hierba, tomó el puñal que escondía en la bota con su mano izquierda y lo clavó con decisión en la nuca de uno de los hombres al tiempo que le tapaba la boca con la otra. El hombre se arqueó con violencia apenas un instante, hasta que su cuerpo se rindió a la muerte. La calidez de la sangre le tiñó la túnica. Martín lo imitó y ejecutó los mismos movimientos casi al unísono. Ambos se miraron y asintieron con satisfacción.

Durán y Bernardo vigilaban concentrados a su alrededor. Álvar aguardó en completo silencio hasta que los hombres asintieron de nuevo. Entonces se adentró en la tienda y los demás lo siguieron. Ávidos, contemplaron las pilas de sacos repletos de comida, incluso piezas enteras de jabalí, ciervo y centenares de conejos que colgaban de las patas traseras en cuerdas tensadas de extremo a extremo de la tienda. Se liberaron raudos del arnés y casi con desesperación comenzaron a llenar los grandes sacos que habían llevado.

—Esto debe de ser el paraíso —musitó Durán con una amplia sonrisa.

Cuando abotargaron los fardos, los ataron concienzudamente y se abrocharon el arnés. Ahora venía la parte difícil. Álvar vio cómo Durán, además, se colocaba sobre los hombros un pequeño ciervo, que ya había sido limpiado de vísceras y despellejado.

—¡Suelta eso! —ordenó—. Es demasiado incluso para un gigante como tú.

—Ni hablar, un gigante como yo come esto para desayunar —se jactó.

Álvar sacudió la cabeza, chasqueó la lengua y asumió su testarudez.

—Si la cosa se pone fea, tendrás que deshacerte de él.

El hombre asintió con una mueca entristecida.

—Va a costarme, ya me he encariñado.

Los demás rieron quedamente. Álvar tiró de su carga al tiempo que tanteaba el peso. No era la primera vez que llevaba una camilla con un compañero herido, pero nunca había tenido que correr en esas situaciones. Rezó para que no fueran descubiertos. Se inclinó hacia delante y tiró con fuerza. Salieron de la tienda y miraron a su alrededor con el corazón en un puño.

Martín tomó una de las antorchas que iluminaban la entrada y la lanzó sobre la lona de la tienda. El fuego no tardó en prender. Esa fue la señal. Corrieron, si acaso aquella marcha agónica podía llamarse así, a través de la campiña y se adentraron en la azulada noche. Álvar giró a tiempo de ver el anaranjado resplandor de las llamas que devoraban el almacén. Pronto, gritos de alerta recorrieron el campamento. Imprimió fuerza en las piernas, inclinó la espalda todo lo que pudo, aceleró el paso y gruñó como un animal herido. Sintió que los cintos del arnés le horadaban los músculos y se le clavaban en la piel. Apretó los dientes.

Sus hombres jadeaban por el esfuerzo, sudaban y maldecían. Nunca una legua se le había hecho tan larga; cada paso era un tormento. Sentía los músculos agujoneados por calambres que crecían en intensidad. Frunció el ceño y sacó de su interior no solo la fuerza, sino también la rabia y la frustración. Dios no le estaba facilitando las cosas, en realidad, desde que se había consagrado en la Orden habían sido pocas las cosas sencillas. La muerte se había convertido en una compañera de viaje habitual a la que, por muy tenaz que se volviera, él siempre lograba esquivar.

Siguieron el penoso avance con ahínco. Por fortuna, el viento parecía correr a su favor y sumaba un agradecido empuje a sus maltrechas espaldas. No obstante, ganaba demasiada intensidad, y Álvar percibió humedad en el aire. Se avecinaba una tormenta. Lo último que necesitaban era que la tierra se enfangase bajo sus pies. Aceleró cuanto le fue posible. De repente, un relámpago surcó el cielo e iluminó la extensa campiña y a ellos. Maldijo su suerte y continuó imprimiendo toda su fuerza en el avance.

Escucharon un trueno sordo y apabullante, como si las nubes, cual navíos de guerra, se enfrentaran entre sí. Tiraron de los fardos como bestias de carga y sacaron fuerzas de la flaqueza. A sus espaldas, oyeron unos gritos que alertaban de su presencia.

—¡Vamos, rápido, nos han descubierto! —gritó Álgvar.

Miró hacia atrás y horrorizado comprobó que los seguían unos soldados a la carrera. Supo al instante que no alcanzarían la fortaleza a tiempo. Solo se le ocurrió una cosa: sacrificaría la carga y se enfrentaría a los perseguidores para darles a los demás tiempo a llegar.

—¡Continuad, yo los detendré!

Ninguno replicó. Álgvar se soltó el arnés, movió los brazos en círculos y desenfundó la espada. Abrió ligeramente las piernas y flexionó sutilmente las rodillas, preparado para el ataque. Posicionó la espada lateralmente al tiempo que se cubría el pecho con ella y aguardó. No tardaron en darle alcance: eran cinco, una pequeña avanzadilla de lo que probablemente vendría detrás. No tenía mucho tiempo. Dejó que el primero cargara contra él, solo tuvo que agacharse y deslizar su acero por el vientre del hombre, que cayó desplomado a sus pies. Cruzó su espada con el segundo y detuvo con velocidad algunas embestidas. Un tercero lo asaltó por la izquierda, giró entre ambos con el acero en alto y sesgó el cuello de sus atacantes.

Frente a él se plantaron otros dos soldados que comenzaron a rodearlo. Los musulmanes lo contemplaban con una mezcla de admiración y temor, el monje los superaba en altura y corpulencia, y también en destreza. El templario los tanteó mientras movía la espada en círculos. Los hombres parecieron ponerse de acuerdo y atacaron a la vez. Álgvar, con la agilidad y la velocidad de un felino, se abalanzó contra el que tenía enfrente y le asestó un mandoble letal en el costado, casi al tiempo que lanzaba una patada hacia atrás que logró frenar en seco al oponente que se cernía sobre su espalda. Entonces se volvió, justo para detener otra acometida. Los aceros rechinaron y lanzaron chispas a la noche; más allá, otro grupo de almohades corría hacia ellos. Un nuevo relámpago rasgó el oscuro manto que los cubría.

Álgvar rugió con fuerza para atemorizar a su contrincante, que comenzaba a retroceder. En el último movimiento, alzó su enorme espadón y, en un quiebro diestro, logró hundirlo en el pecho del enemigo. El trueno retumbó en sus oídos; casi al instante, la lluvia hizo acto de presencia con una descarga violenta y abundante.

Aquel telón de agua cayó implacable sobre él. Salió corriendo a toda velocidad. En su alocada carrera casi tropezó con algo, el cervatillo que Durán se había colgado al cuello, asaltado por un impulso que podría tacharse de necio, se agachó y se colgó la pieza sobre los hombros. A grandes zancadas, casi logró alcanzar a sus hermanos que ya estaban a punto de llegar al ansiado portillo. Un poco más, tan solo un poco más y todo habría acabado. Extrañamente, le pareció ver dos figuras encapuchadas deslizarse furtivamente por la misma muralla que ellos habían recorrido, parpadeó confuso, pero cuando volvió a mirar, habían desaparecido.

Escuchó el familiar silbido de flechas rasgar el aire. El aliento le quemaba en el pecho y convertía sus pulmones en dos brasas ardientes. Bajo sus pies, ya se estaban formando charcos que, impunemente pisoteados, lagrimeaban en todas direcciones. Entonces, la puerta del portillo se abrió. El primero en adentrarse en el castillo fue

Durán, luego Bernardo, les siguió Martín, y, por último, entró Álvar. A continuación, miró atrás y comprobó aliviado que sus arqueros apostados en las saeteras mantenían a raya a los almohades más adelantados. Ninguno pudo hablar. Tras liberarse de las pesadas camillas, se tiraron al suelo y jadearon exhaustos. Al cabo, Durán se incorporó y lo miró, seguía con la respiración agitada.

—No vuelvas... a llevarme de excursión.

Álvar rio, inclinado se apoyaba en sus piernas, esperando a que su corazón recuperara su ritmo normal.

—No ha salido tan mal, después de todo —opinó y burlón, señaló la pieza del cervatillo que había recuperado—. Además, he traído a tu amigo.

Durán sonrió divertido, se puso en pie y ayudó a Bernardo a levantarse.

—Hermano, prefiero cazar a mis amigos, en lugar de robarlos.

—A mí, solo me gusta comerlos —adujo Bernardo.

Todos rieron mientras se sacudían el agua bajo el soportal como perros lanudos; movían sus cabezas y agitaban sus ropajes.

—Creo que nos merecemos un descanso. Estoy agotado, me duelen hasta los párpados —sugirió Martín.

La lluvia arreció. La tormenta ganó intensidad. Solo podía pensar en tirarse en un jergón y dormir como un bebé. Los soldados cargaron los fardos repletos de comida, ya se retiraban cuando el capitán de la guardia irrumpió. La expresión de su rostro anunciaba malas noticias.

—El prisionero ha escapado —informó. En su voz se translucía un desasosiego inquietante.

En realidad, aquella noticia no requería una intervención inmediata, pues no pensaba perseguir un prisionero que en realidad no le era útil. Aunque, por supuesto averiguaría cómo lo había conseguido.

—Mañana averiguaré quien lo ayudó a escapar, ahora necesito descansar.

Ya se iba cuando Damián se plantó frente a él. La preocupación nublaba su semblante.

—Eso no será necesario. Yo sé quién lo hizo.

Los músculos le dolían, las rodillas le flaqueaban, sintió el impulso de empujar al capitán y correr a su cámara.

—Te repito que lo interrogaré mañana, ahora apártate de mi camino.

—Fue la señora, ella ha huido con él.

Aquello detuvo su corazón. Por su columna sintió una mano gélida deslizarse hasta la nuca. Su garganta se cerró. La angustia más opresiva se instaló en él, pero fue el miedo más primario lo que lo catapultó de nuevo hacia la puerta. Las siluetas que le pareció ver agazapadas en la muralla eran reales, lo que significaba que podría alcanzarla a tiempo.

—Te acompañaré —ofreció Martín.

—No, te necesito aquí.

—Es una locura salir de nuevo.

—Pero no es la primera que cometo —contestó, en un fútil intento por restar importancia a su decisión.

—Tal vez no la primera —arguyó Martín—, pero puede que la peor. ¿Ella lo

merece?

Álvar sostuvo su mirada, pocas cosas escapaban a la sagacidad de su gran amigo.

—Creo que ya es tarde para contestar esa pregunta; ahora, trae mi caballo.

—Haré algo más que eso, te llenaré las alforjas y elevaré una plegaría por tu vida y por tu alma.

Cuando todo estuvo dispuesto, se encaramó a su negro alazán, alzaron el rastrillo y galopó hacia la noche, para enfrentar la peor tormenta de todas, la que en ese momento barría su interior.



La noche se fragmentó en mil pedazos, nada en comparación con los millares de piezas rotas que conformaban su corazón.

Una maraña de zigzagueantes líneas azuladas, brotaban de las nubes, con violencia inusitada, aterrizaron en la tierra y devastaban con su furia los desafortunados troncos que encontraba en su camino. Jamás había presenciado una tormenta como aquella.

Caminaban a buen paso, empapados hasta los huesos y atemorizados por los elementos, que sin duda se habían confabulado contra ellos. Yarmun la ayudaba a descender aquellos endiablados montículos rocosos, a sortear los charcos más profundos y, a cada paso, la interrogaba con la mirada.

Jimena, cada tanto, contemplaba el paisaje ante ella, buscaba con desesperación algo que despertara sus recuerdos. Debía atravesar las líneas enemigas, algo fácil, pues la acompañaba uno de sus generales, pero arriesgado a la vez, pues en su fuero interno sospechaba que Yarmun, tenía otros planes.

Lo único que se le ocurrió fue encaminarse a la villa de Alarcos y, desde allí, prestar absoluta atención a su alrededor. El cobertizo ya no existía, pero recordaba, un árbol en particular. Una encina, de grandes dimensiones y tronco extrañamente retorcido, donde su madre y ella habían descansado bajo su sombra, el cobertizo quedaba a pocos pasos de allí.

Se acercaban al campamento almohade. Un revuelo inesperado surgió ante ellos. Los soldados corrían de un lado para otro, en busca de algo. Se gritaban entre ellos, y parecían nerviosos y alterados.

Yarmun frunció el ceño con preocupación.

—No podemos cruzar la línea como fugitivos, están demasiado alerta y, si nos descubren, ni tiempo tendré de revelarles mi identidad. Hemos de ser cautos y presentarnos ante ellos con las manos en alto en señal de rendición. Después, no habrá problema.

Jimena tragó saliva, no confiaba en él, se detuvo.

Yarmun sonrió, su blanca dentadura resaltó en la penumbra que la capucha confería a su rostro.

—Lo juré por el profeta —le recordó—. Aunque no me será fácil escabullirme del califa, habrás de ser paciente. Mientras tanto, me temo que tendrás que permanecer como mi invitada.

—¡No! —tronó Jimena con voz estrangulada—. Mencia corre peligro, he de regresar cuanto antes. Si algo le pasa yo...

No pudo continuar. El miedo la atenazaba con una cadena helada y pesada en torno a su pecho que la apretaba inmisericorde a cada instante. Aquella nota hundió sus esperanzas, cambió radicalmente sus planes. Al diablo con todo, el blasón, su promesa, su misión. Nada le importaba. Tan solo recuperar a Mencia sana y salva, huir de allí tan lejos como pudiera y empezar una nueva vida.

Una meta lejana y llena de obstáculos, al parecer. Debía cumplir a rajatabla, lo dictado en aquella caligrafía alargada y escalofriante. Regresaría con el maldito cofre, lo entregaría y pelearía por su vida y la de su segunda madre. Y esta vez, no fallaría.

—Confía en mí. Ahora mismo he de presentarme ante mi califa, explicarle que me has ayudado y entregarle estos presentes.

Sacudió la bolsa que cargaba sobre su hombro y de nuevo sonrió, esta vez más abiertamente.

En la cámara de tesoro, ambos habían expoliado a la Iglesia. Ella había sustraído sus ansiados evangelios secretos, que escondió sabiamente al fondo de la biblioteca de Guillén. Yarmun, por su parte, había cargado con todo el oro que pudo reunir: en forma de cálices, cetros, hisopos enjovados, medallones y sellos reales. Los tesoros de mayor tamaño permanecían en su lugar.

—Explícaselo después —exigió furiosa.

—Preciosa, no pienso recorrer la comarca cargado con todo esto.

Su voz, melosa y confiada le puso los pelos de punta. Se le antojaba un gato confiado y travieso jugando con su presa.

—Además —continuó—, no es la noche ideal para buscar nada, excepto el calor de otro cuerpo. —Sus ojos brillaron taimados bajo la capucha—. Mañana, con las primeras luces del alba, partiremos bien equipados.

—No —insistió Jimena—. Concedo que hables con el califa, y le entregues el botín. Pero partiremos esta misma noche; no pienso descansar aquí.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza y chasqueó la lengua, la miró burlón y acarició sutilmente la mejilla de la mujer.

—Eres difícil de convencer —murmuró—. Tal vez cuando veas la comodidad de mi tienda...

Jimena retiró asqueada la cabeza y se alejó unos pasos de él.

—Preferiría dormir a la intemperie, seguro que estos relámpagos son menos peligrosos que tú.

Yarmun estalló en carcajadas.

—Eso, preciosa, ni lo dudes.

Escucharon pasos acercarse.

—¡A mí la guardia! —gritó en árabe.

Al instante apareció un grupo reducido de soldados que los apuntaron con sus afiladas lanzas.

Ambos alzaron las manos y se pusieron de rodillas. Yarmun se quitó la capa y habló con rapidez.

—Soy el general Yarmun ibn Riyah, general de los ejércitos del califa Muhammad al-Nasir. Me apresaron hace dos semanas, y hoy he logrado escapar. Exijo que me llevéis ante mi señor.

Los levantaron bruscamente y los escoltaron como prisioneros. La tienda del califa, era amplia, esarlata y ostentosa. Jimena, maniatada, permaneció en la entrada, bajo la atenta mirada de los guardias, que recorrían su cuerpo con evidente interés. Nerviosa, pero agradecida de hallarse bajo cubierta, observó con atención la opulencia que la rodeaba. Hermosos candiles dorados iluminaban la estancia. Sobre el suelo alfombrado, decenas de cojines forrados en sedas se amontonaban en torno a una hermosa mesa baja, ricamente labrada. Más allá, velos de colores intensos dejaban translucir una grandiosa cama. Al fondo otra mesa baja, pero más larga, también rodeada de mullidos y elegantes cojines.

Allí, el califa que atendía a Yarmun ojeaba en dirección a Jimena, al tiempo que escuchaba en silencio el relato de su general. Ella no podía oír la conversación, pero la mirada inquisidora y curiosa del gran califa al-Nasir puso en su pecho un mal presentimiento.

Empezaba a tiritar, sus ropas empapadas resultaban demasiado pesadas, y la impaciencia comenzó a agujonearla. Poco después, Yarmun se acercó a ella y la sacó agarrada del brazo.

—Todo va bien, está contento, el oro suele ejercer ese efecto en los hombres.

—Pues no lo parecía —opinó ella, incrédula.

—Es un hombre reservado. —Salieron de nuevo a la lluvia—. Quiere conocerte y hacerte algunas preguntas.

Llamó a uno de los guardias y le susurró algo al oído.

—¿Y por qué no me has presentado?

Yarmun contempló sus ropas con una media sonrisa sardónica.

—Estás empapada, encanto. Y, aunque a mis ojos sigues pareciendo una diosa, comprenderás que no estás presentable para conocer a un califa. Habrás de secarte y cambiarte. Las mujeres te prepararán adecuadamente, no creo que te opongamos a eso, ¿no? Te estoy salvando de una pulmonía.

Confundida, se dejó arrastrar por él.

—De acuerdo —aceptó—, pero cuando conteste sus preguntas nos marcharemos.

Yarmun no respondió, solo le regaló una sonrisa turbia que le erizó la piel.

Cuando salió de la tienda de las mujeres, se sintió extraña, envuelta en una hermosa túnica de suave seda azul añil, con bordados en hilo de plata en el escote en “v” y en ambas mangas. Y sobre ella, una capa a juego con una gran capucha.

Fue llevada de nuevo a la tienda principal.

Yarmun, que conversaba con varios hombres, se volvió con una sonrisa que se congeló en su rostro. Sus ojos brillaron, su expresión se tornó en asombrada admiración.

—Sublime —musitó ensimismado.

Avanzó hacia ella y la tomó de la mano. Jimena guardó silencio, su incomodidad creció cuando el califa posó sus ojos en ella.

Muhammad al-Nasir, cuarto califa de la dinastía almohade, era joven y parecía tímido. Sus rasgos físicos resultaban exóticos en un hombre musulmán, pues poseía unos brillantes ojos azules, tez clara y cabellos y barba rubios, claramente heredados de su madre, una esclava cristiana llamada Zaida.

—Un ejemplar soberbio, sin duda —coincidió al-Nasir.

—Si desea preguntarme algo, apresúrese; no tengo tiempo que perder —intervino ella, impaciente.

El califa abrió los ojos como si le hubieran golpeado en el estómago y permaneció así hasta que las comisuras de los labios comenzaron a ensancharse para formar lo que pareció una sonrisa contenida. Finalmente, y para el asombro de todos, estalló en una abrupta y larga carcajada.

—Conque no tenéis tiempo para mí... —dijo entre risas—. Jamás me habían dicho algo así.

Jimena se cruzó de brazos y aguardó visiblemente malhumorada.

—Poseéis coraje además de belleza.

—Lo que no poseo es tiempo —objetó de nuevo.

El califa de rostro cetrino, huesos finos, nariz aguileña y barba acabada en punta sacudía la cabeza de un lado a otro y reía a mandíbula batiente.

—Por el profeta, sois única en vuestro género, os lo aseguro. Un descubrimiento de tal calibre no puede evaporarse ante mis ojos.

—Vuestro general juró por ese mismo profeta ayudarme en mi cometido. Y, dadas las circunstancias, no querréis contrariarlo.

—Deslenguada y atrevida, me sorprende que hayáis gozado entre cristianos de la libertad necesaria para forjar el carácter que mostráis.

—Todavía no me habéis formulado ninguna pregunta.

—Sin embargo, ya he conseguido uno de mis deseos: conoceros. En cuanto a las preguntas, me bastará con una sola.

—Adelante.

—¿Por qué renegáis de vuestra religión?

—Porque nunca lo fue, jamás anidó en mi corazón, y es a él al que debo serle fiel.

—Un corazón indómito, a mi parecer.

—Es el único que tengo.

El califa rio nuevamente, se atusó la barba y la miró claramente complacido.

—¡Formidable! Si la mitad de mis hombres poseyera vuestro talante, esta península hace tiempo que estaría en nuestro poder.

—Solicito permiso para retirarme —adujo hastiada.

—Retiraos, debéis de estar agotada —concedió e inclinó cortésmente la cabeza.

Jimena prefirió no replicar, bajó la mirada a modo de despedida, giró y encontró los ojos enigmáticos de Yarmun.

El califa alzó la mano, y Yarmun acudió raudo. Conversaron en susurros y, tras asentir con gravedad, el sarraceno hizo una reverencia y la sacó de allí.

—Lo has impresionado gratamente —musitó con semblante adusto.

A Jimena le extrañó el desagrado de Yarmun.

—¿Y eso es malo?

—Me temo que sí.

La condujo entre tiendas hasta llegar a la suya. Un soldado se cuadró ante él y se retiró para permitirle el paso. Jimena se detuvo y lo miró acusadora.

—Solo voy a buscar algunas cosas que necesitaré —se defendió.

—Bien, te esperaré aquí —objetó ella.

—¿Prefieres estar expuesta a la lascivia de mis hombres? No todos controlan sus necesidades tanto como yo.

Jimena lo fulminó con la mirada y lo siguió al interior.

Observó cómo el hombre llenaba un saco con algo de comida y tomaba una especie de mapa y algunos enseres. Después se dirigió a un cofre, lo abrió y sacó un odre de piel. De un rincón aparecieron dos copas de metal, que él llenó con un líquido morado y denso.

—El mejor vino de todo el al-Andalus; hemos de entrar en calor.

—Yo ya estoy caliente —replicó ella.

El hombre le dedicó una sonrisa seductora y le ofreció una copa.

—No lo suficiente todavía. Jamás pude borrar de mi memoria tu ardor, mi señora.

Jimena enrojeció, aquello estaba tomando un cariz peligroso. Le arrebató la copa con brusquedad y se la bebió apresurada. Sintió el líquido descenderle por la garganta, terso y delicioso. Comenzó a caldearle el interior y soliviantó parcialmente el desasosiego que le pendía en el pecho.

—¿Satisfecho?

Yarmun apuró la copa de un solo trago y la miró con intensidad.

—Francamente, no.

Y, de improviso, se abalanzó sobre ella, la estrechó entre sus brazos y la besó con pasión. Jimena se debatió con furia; el sorpresivo ataque logró que la lengua del hombre penetrara en su boca en busca de pasión. Ella gruñó y empujó sin resultado alguno. Logró retroceder con él pegado a su cuerpo hasta que tropezó con algo. Ambos cayeron sobre la alfombra. Con él convenientemente encima, ella se vio atrapada. Decidió simular su rendición y dejó de pelear.

—Ahora, mi pequeña fiera indomable, reanudaremos lo que nunca debió terminar.

—¿A pesar de saber a quién pertenece mi corazón?

—A pesar de eso, sí. Soy un hombre paciente; además, me debes un gran favor.

Jimena arqueó las cejas, inquisitiva.

—El gran califa ha sucumbido a tu ingenio, ya barruntaba la idea de quedarse con vos. Un robo por otro, dijo. Yo lo convencí de que una rebelde en el harén solo traería sinsabores a su vida.

—¿Un robo por otro?

—Esta noche, nuestro querido templario y tres de sus hombres entraron en mis dominios, robaron parte de mis víveres, mataron a dos de mis guardias e incendiaron el almacén. Si no hubiera sido por la lluvia, nos habríamos quedado sin provisiones. Por eso estaban tan alterados cuando nos encontraron.

Jimena cerró los ojos. El dolor del pecho se le agudizó al instante; pensar en él la desgarraba.

—Ese monje tiene el valor de un demonio. He de confesar que siento admiración por él. —La mirada de ónix del apuesto musulmán la sobrecogió—. Y envidia —agregó con voz ronca.

De nuevo se cernió sobre ella. Jimena, veloz, apartó el rostro.

—Seré tuya —aceptó—. Pero cuando Mencia este junto a mí. Comprenderás que mi ardor se apague ante tal preocupación.

Yarmun la contempló largamente. Finalmente, asintió.

—¿Acabas de empeñar vuestra palabra como yo empeñé la mía? —inquirió con astucia.

No tuvo otro remedio que asentir. Habría usado las tretas y los artificios que fueran necesarios para reconducir aquella situación nuevamente a su favor. Estaba en su campo, bajo su autoridad, completamente a expensas de él. Tan solo podía esgrimir el juramento de Yarmun apelando a su honor y a sus propias mentiras.

—De acuerdo, partamos entonces.

Y, así, salieron del campamento a caballo. Ella en la misma montura que Yarmun, abrazada a su cintura para afianzar su posición ante el acelerado galope del corcel. Un solo pensamiento flotaba funesto ante ella: el bienestar de Mencia.

\* \* \*

Álvar había seguido las huellas hasta el campamento enemigo. Su primer escollo había sido atravesarlo y, para eso, tuvo que dar un gran rodeo hacia la parte sur, donde la montaña en la cual se alzaba el castillo se fraccionaba en un estrecho desfiladero. Cabalgó durante toda la noche. Sabía a dónde se dirigían.

El condenado blasón, esa endemoniada obsesión por encontrarlo la llevaba a cometer una locura tras otra. Ya era hora de detenerla, de entregárselo para que pusiera fin a aquel despropósito. Y solo él podría ayudarla, pues no tenía ninguna duda de que Yarmun se lo arrebataría para su señor. Una vez más, confiaba en la persona equivocada. Si hubiera esperado, no estarían arriesgando la vida por un motivo tan vacuo y estúpido.

Atravesó una zona boscosa, un rodal de altos cipreses y añejos nogales que se abrían a una hermosa ladera. No estaba lejos del antiguo cobertizo. Cuando el sarraceno lo mencionó, supo al instante dónde se encontraba.

Se trataba de una decrepita cabaña donde se guardaban los aperos de labranza. Al trasladarse al interior del castillo de Alarcos, dejó de usarse y fue desmontada en su totalidad.

Espoleó al caballo para aumentar el ritmo, el rodeo lo había retrasado inevitablemente, y podría correr el riesgo de perderlos. Saberla junto al ladino Yarmun lo enfurecía. Habían sido amantes. Él de seguro querría reconquistarla y para lograr su propósito utilizaría cualquier infame artimaña. Los celos, la ira y una honda decepción lo corroían.

Ella le había confesado que lo amaba, parecía genuinamente sincera. Pudo sentirlo, lo vio en su mirada y, sin embargo, lo engañaba y huía de él. Ahora comprendía sus confusas palabras, el mensaje soterrado tras ellas. Le habían sonado a despedida, y en realidad lo eran. No entendía nada; después de abrir su corazón, ella cerraba el suyo, ¿por qué? Si de algo estaba seguro, era de que lo averiguaría.

De repente, la montura se inquietó. Resopló y olfateó el aire. Tiró de las riendas y detuvo la marcha. Después de la tormenta, la tierra se había convertido en barro, y persistía el olor a humedad y a pino fresco. Aquello amortiguaba los cascos del caballo. Avanzó con precaución y oteó entre los árboles antes de aventurarse a campo abierto. Y entonces los vio.

Habían atado la montura a la gran encina y caminaban con la mirada al suelo. Observó complacido que la dirección que tomaban no era la correcta. Le habría gustado haberse adelantado, pero, puesto que era completamente imposible comenzar a cavar a ciegas sin que ellos lo vieran, decidió galopar hacia donde se encontraban.

Al principio no repararon en él, pero, cuando Yarmun levantó la vista y lo descubrió, desenfundó la espada y se puso en posición de ataque. Álvar imitó el gesto, pues se encontraba a pocos pasos. Se fijó en Jimena, que lo contemplaba horrorizada.

Entonces, detuvo al caballo y se apeó de un salto. Un hombre que montaba

estaba en superioridad de condiciones, y aquella tenía que ser una lucha justa.

Enarboló la espada frente al pecho, hacia arriba en línea recta, y caminó con paso decidido sin apartar la vista de su oponente. Ya se había enfrentado a él; era un buen espadachín, pero, en terreno abierto, las cosas cambiarían.

Las últimas zancadas fueron casi a la carrera. Yarmun lo recibió con el acero en alto. Álvar frenó la acometida con dureza. Las espadas entrechocaron, rechinaron de dolor, ambos sopesaron sus fuerzas y se miraron a los ojos. Finalmente, el templario giró la muñeca con habilidad y liberó el arma.

Yarmun atacó de nuevo. Embestidas rápidas y precisas, que Álvar detuvo una y otra vez, mientras observaba la técnica de su rival. Su mente fría le permitía estudiar cada movimiento y anticiparse con bastante rapidez, mientras se defendía con holgura.

Tras otra feroz arremetida del general, Álvar logró apartarse y el sarraceno se desestabilizó. Le fue fácil lanzarle una patada y derribarlo.

En la caída perdió la espada, así que el templario lanzó la suya y se cernió sobre él, que ya se levantaba cuando recibió un tremendo puñetazo que lo hundió en el fango. Yarmun no tuvo ninguna posibilidad en el cuerpo a cuerpo. A Álvar le habría sido fácil destrozarlo a golpes, sin embargo, lo tomó por el pelo, le alzó la cabeza y siseó:

—Puedo partirte el cuello ahora mismo o puedo dejarte vivir si contestas algunas preguntas. ¿Qué decides?

—Hoy me encuentras con ganas de hablar.

Álvar contuvo una sonrisa.

—Lo imaginaba, eres un hombre sensato.

—No en lo que a mujeres se refiere, aunque me temo que compartimos esa particularidad.

Ambos repararon en la presencia de Jimena a unos pasos de allí, temblorosa y asustada. Álvar posó los ojos en la hermosa túnica árabe que llevaba y que le realzaba las voluptuosas curvas, una prenda sin duda regalada por Yarmun. Los celos lo corroyeron.

Lo levantó del suelo con brusquedad y lo llevó a empujones a la enorme encina en la que habían amarrado el caballo. Tomó una soga de las alforjas y le ató las muñecas a la espalda.

Silbó y su imponente caballo negro, vestido con el manto templario, sacudió las crines, relinchó y acudió a su encuentro. Después miró gravemente a Jimena.

Ella apenas si pudo aguantar la dureza de aquella mirada; bajó la cabeza durante un instante, respiró hondo y de nuevo se atrevió a enfrentarlo. Álvar sintió deseos de correr hacia ella y estrecharla entre los brazos, pero también de ponérsela sobre las rodillas y azotarla. No hizo ninguna de las dos cosas, ni siquiera le dirigió la palabra.

Rebuscó entre los talegos de la montura y sacó la pala que había guardado. Fue directo hacia donde antaño se alzaba el cobertizo y se decidió por cavar en el centro. Plantó una rodilla en tierra y clavó la herramienta con decisión. Tras cavar un hoyo considerable, se desplazó un par de pasos y repitió el proceso. Tan concentrado estaba en el trabajo, que no se percató de que Jimena le tocaba el hombro. Inmediatamente se detuvo.

—Mi madre lo enterró al fondo, en una de las esquinas.

La miró, las lágrimas le abotargaban los bellos ojos azules. Endureció la mirada, aunque el corazón se le debilitó. Se puso de pie y observó con atención. Acto seguido se encaminó hacia lo que consideró el fondo y se dirigió hacia una esquina. Debía de serlo, pues, poco más allá, unas rocas impedían cualquier construcción.

Cavó y cavó, hasta que la punta metálica de la herramienta levantó un extraño bulto. Parecía un pequeño saco de sarga. Lo tomó entre las manos, le sacudió con delicadeza la tierra adherida y lo abrió.

Ahí, frente a él, se presentó un hermoso medallón finamente labrado y con un rubí en el centro. Debió de haber pertenecido a un cardenal o a un arzobispo. Lo dio vuelta y observó la parte trasera; una presilla aseguraba la tapa.

Miró a Jimena, que tenía una mano apoyada en el pecho, presa de una intensa emoción. Ella abrió la boca impresionada, tal vez por el blasón en sí, tal vez por los recuerdos. Álvaro también recordó. Aquel fatídico día había poblado sus sueños en demasiadas ocasiones.

Se puso en pie frente a ella; el deseo por consolarla lo desgarró, pero la desconfianza lo detuvo. La miró a los ojos y vio el dolor que la sacudía. Le asió la muñeca y tiró de ella hasta alargar el brazo. Le depositó el blasón en la palma de la mano. Entonces, Jimena se derrumbó. Álvaro la tomó en los brazos a tiempo. Se la pegó al pecho y la acunó. Ella sollozaba para liberar cuanto sentía. Se descubrió besándole el cabello, le limpió las lágrimas, la apretó contra sí como siempre había querido hacer. Protegerla de todo y de todos, anidarla en su pecho, entregarle el alma y todo el amor que reventaba dentro de sí. La condujo bajo un árbol cercano, se sentó, y a ella sobre el regazo.

—¿No me odias? —inquirió en apenas un susurro.

—Si pudiera, tal vez esto sería más fácil. Pero odiarte, sería odiarme a mí mismo, pues estás tan dentro de mi pecho que antepondría tu bienestar al mío, tu vida a la mía. Tu felicidad y tus deseos a los míos.

Ella lo abrazó con fuerza.

—Tuve que hacerlo, la vida de Mencia depende de este medallón.

Álvar abrió los ojos con asombro, aquello sí lo desconcertó.

—¡Cuéntamelo!

Jimena asintió, sin embargo se abrazó largamente a su cuello y profirió:

—Te amo, templario, con toda la fuerza de mi alma inmortal, con toda la pasión de este cuerpo mortal y vulnerable, y con toda la intensidad de un corazón indómito.

Álvar cerró los ojos para contener la emoción. El miedo a perderla brotaba ahora, la angustia, los celos, la desconfianza. Y supo que, pasara lo que pasara, sus destinos se habían sellado para siempre. Entonces, Jimena logró detallarle lo ocurrido.

\* \* \*

Se cobijó en aquel cálido y amplio pecho, ese era su lugar, él era su destino. Álvaro le acariciaba la espalda con almibarada ternura, pero casi podía escuchar los resortes de sus pensamientos. Cavilaba meditabundo, asimilaba la información y buscaba soluciones, pero también masticaba la decepción por su comportamiento.

—Es un hombre muy peligroso, siniestro e inteligente —comenzó con voz pausada—. No se detendrá hasta alcanzar su meta, sea cual sea. También es culto y de rango alto, lo que descarta a casi toda la población del castillo, la mayoría obreros y



labriegos analfabetos. Eso reduce considerablemente la lista de sospechosos, de manera que solo nos quedan los nobles, los caballeros y los clérigos.

—Entonces el culpable es una persona que frecuento o que veo a diario.

—Indudablemente —ratificó Álvar.

Un escalofrío la recorrió.

—Puede que hasta compartas cama con él —añadió.

Jimena lo miró boquiabierta.

—No pensarás que...

—Siempre sospeché de él —afirmó—. Sabe demasiadas cosas que no están al alcance de cualquiera. Es un hombre extremadamente inteligente e ilustrado, que se ha esforzado por pasar desapercibido; denota un carácter reservado y sombrío. Sin embargo, en sus ojos brilla una chispa de inquina hacia el prójimo.

—Pero si siempre lo manejé a mi antojo...

Álvar la censuró con la mirada.

—Porque él te lo permitió; dejó que todos pensaran que era un hombre pueril y sin carácter. Yo mismo me sorprendí ante su flemática conducta. Pero después fui descubriendo a otro hombre. De lo que no tengo ninguna duda es de que esconde algo. Además tengo en mi poder una nota incriminatoria que lo posiciona en el primer lugar de mi lista. La noche del segundo crimen, él salió sin su compañero obligatorio.

—Eso no significa que haya matado a Isabel.

—No, pero tampoco hallo explicación para muchos de sus comportamientos y comentarios.

—Creo que sabe lo nuestro. Él me avisó al respecto y...

Como un relámpago fugaz, el recuerdo de aquella conversación la llenó de desazón. Guillén le había dicho que como enemigo no tenía rival. Esa amenaza ahora cobraba sentido. Pero no, no podía ser. Guillén, el abnegado esposo, paciente y complaciente, se volvía contra ella. Su extraño comportamiento podía haberse debido solo a los celos, nada más.

—Intuye lo que siento por ti, está celoso y resentido, eso es todo.

—¿Y su conocimiento sobre pentáculos, nigromancia, sobre lenguas muertas, sobre la historia de mi Orden, sobre plantas tóxicas?

—¿Plantas tóxicas? —repitió ella—. Guillén no tiene idea de eso. Las pócimas se las prepara el boticario, que tampoco tiene ni idea de nada, ¡si hasta desconoce las propiedades de la adormidera!

—¿Qué te hace suponer eso?

—Guillén sufre de insomnio, lo escuchaba caminar por los corredores hasta altas horas de la madrugada. Una vez le pidió al boticario que le preparara un brebaje, y ni aun así... —Se detuvo algo incómoda por lo que iba a decir, pero se decidió a continuar—. En muchas ocasiones, cuando acudía a mi lecho, le cambiaba el brebaje por uno de adormidera que sí surtía efecto.

Los plateados ojos del hombre se posaron en ella con inquietud.

—El hecho de que dejara de acudir a tu cama no significa que durmiera en la suya.

—¿Y qué crees que hacía por las noches?

—Invocar a Adonay —contestó.

Álvar le confesó el descubrimiento de la sala circular y del libro que allí había descubierto.

—¿Qué has hecho con él?

—Esa misma noche, me escurrí hasta la biblioteca de Guillén con el libro en la mano. Quería saber si entre aquellas filas de ordenados tomos había un hueco de su tamaño. Pero no; habría sido demasiado fácil. No obstante, revisé el contenido de otros libros. Para mi asombro, descubrí algunos volúmenes de hechicería y de plantas dañinas.

—Posee ejemplares de géneros muy diversos; eso no lo convierte en...

—No fueron los libros lo que me alertó —interrumpió él—, sino una flor.

Jimena frunció el ceño.

—Una pequeña y morada, con frutos negruzcos y olor nauseabundo.

—Belladona —adivinó ella.

Él asintió.

—Cuando saqué el volumen de hechicería y magia negra, descubrí al fondo del estante una bolsa repleta de estas flores. Encontré una en la cámara donde asesinaron a Isabel.

—Aun así, me cuesta tanto creer eso —musitó contrita.

—Desde luego, no son pruebas concluyentes. A veces, indicios que parecen claramente condenatorios encuentran una explicación lógica que los exime.

Jimena asintió y observó largamente el blasón que todavía apretaba en la mano. Los recuerdos de su madre la masacraron implacables. Respiró hondo e intentó alejar aquel dolor. Ahora no podía lidiar con él, ni lamentarse; ahora había que enfrentarse al mal y derrotarlo.

—Encontremos ese cofre y liberemos a Mencia.

Álvar asintió, ella hizo ademán de levantarse, pero él la detuvo. Su semblante adquirió gravedad.

—¿Por qué no confiaste en mí?

—Porque pensé que me encerrarías en una habitación.

Álvar entonces sonrió, lo que aligeró su ceño.

—Lo habría hecho —admitió—. Pero me habría encargado yo del problema.

—Entonces todo se habría ido al traste; ese hombre me vigilaba de cerca, por eso supe mis planes de huir, y Mencia habría pagado las consecuencias.

El ceño volvió a surgir, esta vez más pronunciado.

—Si no hubiera capturado a Mencia, habrías huido lejos de aquí y de mí.

Permaneció en silencio. Aquella decisión había sido la más dura de su vida.

—Pensé que sería lo mejor para ti. Para ambos. Todo nos separaba: tú tienes una misión, yo otra. Me asusté, me rendí, eso es todo. Pero habría huido con la esperanza de que tal vez, algún día, me siguieras.

Álvar le tomó el rostro entre las manos y le clavó una mirada airada.

—Si ahora estamos juntos, es porque yo sí creí en ti. Cuando supe que te habías ido con tu examante, no pensé que huías por él, sino por ese condenado blasón.

Jimena tragó saliva, se perdió en la plata bruñida de aquellos ojos y se sintió incomprendida y frustrada.

—Me vi acorralada —se defendió con indignación—. Mencia es mi segunda

madre; si algo le pasara por mi culpa, nunca me lo perdonaría. Creo que mi decisión fue la más sensata que pude tomar teniendo en cuenta las consecuencias. Ese hombre quiere mi vida, lo sé. Suelo ser imprudente, pero no estúpida.

Álvar relajó la expresión, desplazó distraído un pulgar por la superficie de sus labios. Un cosquilleo la recorrió. Se sorprendió deseando un beso.

—He de confesar que, aunque realmente hubiera dudado de ti, te habría seguido, atrapado y encerrado en una habitación conmigo dentro.

Jimena tomó la iniciativa, enredó las manos en la nuca del hombre y lo atrajo hacia su boca. Álvar apenas tuvo tiempo de dejar escapar un gemido sorprendido, pero enseguida permitió que ella lo explorara.

El beso fue largo e intenso, una sensual demostración que afianzaba sus sentimientos y alejaba cualquier atisbo de duda. Luego, se separó y dejó a Álvar todavía obnubilado por la pasión. Le sonrió con vanidad y se puso en pie.

—¡Vamos, templario, tenemos un mapa que leer!

La ubicación exacta del cofre resultó ser una sorpresa. Según las indicaciones, el ajado plano señalaba el cementerio de un convento. Uno que ella conocía bien, pues era el lugar donde todo había empezado.

El cofre se encontraba en alguna parte del camposanto del Sacro Convento de Calatrava bajo una lápida con un nombre bastante definitorio: *Occulta veritas*, es decir, verdad oculta.

Aquello complicaba las cosas, pues el castillo de Calatrava, al igual que el de Alarcos, estaba en poder de los almohades. Toda la zona, a excepción de Salvatierra, era de dominio musulmán. Álvaro chasqueó contrariado la lengua y posó la mirada en Yarmun, que los observaba con curiosidad.

—¡Maldita sea, lo necesitamos! —murmuró furioso.

—No será fácil de convencer, a menos que le ofrezcas algo que quiera.

Álvar la miró con preocupación y reveló con la mirada el temor de que la eligiera a ella.

—Pero no es un necio, elegiré algo de lo que puedas desprenderte —se jactó con una sonrisa confiada.

—Eso te elimina, pequeña bribona.

Jimena le plantó un beso casto en los labios y fijó los ojos en el prisionero.

—Adelante, tendremos que negociar.

Se encaminaron hacia Yarmun, que entrecerraba los ojos con desconfianza, como si intentara desentrañar el propósito de la pareja.

—¿Qué pensáis hacer conmigo?

—Proponerte un trato —contestó Álvaro.

—Parece que el destino no desea separarnos —murmuró al dirigirse a ella.

—No hasta que cumplas tu palabra —contestó.

Yarmun le dedicó una media sonrisa artera.

—La palabra empeñada implicaba al blasón que ahora portas; si no cumplí mi cometido, fue por circunstancias ajenas a mí, las mismas circunstancias que impiden que tú cumplas el tuyo —explicó y fulminó a Álvaro con la mirada.

Deseó zanjar el cariz de aquel comentario, entonces replicó:

—De sobra sabes que he de entregar el cofre para salvar a mi doncella.

—Ya tienes a un gran guerrero dispuesto a ayudarte.

—El cofre se encuentra en el castillo de Calatrava, en los dominios del convento.

Yarmun sonrió abiertamente, su expresión brilló triunfal.

—¿Y cómo pensáis convencerme?

—Yo lo haré —profirió Álvaro amenazante.

—¿Vas a torturarme?

—Podría, de ti depende.

El templario probó astutamente con amenazas físicas antes de emprender un trato material.

—No conseguirás nada así, y un hombre herido te sería inútil. Así que pon tus cartas sobre la mesa. Hay algo que deseo de ti.

Y miró intencionadamente a Jimena. Álvaro lo agarró por la pechera de la túnica y

lo sacudió con vehemencia.

—Aparte de ella —agregó raudo.

—Deja tus juegos si quieres conservar la dentadura. Habla claro, ¿qué quieres por entregarnos el cofre?

—Anoche estuve rodeado de tesoros magníficos y, a pesar de haber sustraído unos pocos, el oro ha surtido en mí un efecto bastante comprensible: la adicción.

—¿De qué demonios estáis hablando? —tronó Álvar.

Jimena palideció, el sarraceno sonrió gatuno y se humedeció los labios mientras disfrutaba del momento.

—Tu querida señora me llevó anoche a la cámara de los tesoros y me dejó elegir entre ellos. Ella tampoco salió con las manos vacías, he de confesar.

Álvar giró hacia ella, estupefacto. La alarma le pintó las facciones, abrió la boca ligeramente, los ojos parecieron salirse de las órbitas. Ella instintivamente se llevó la mano al cuello para buscar el colgante que aún llevaba en el zurrón. En ese instante, deseó que se la tragase la tierra. La expresión dolida del hombre que amaba la taladró.

Se sintió traicionado, decepcionado y desilusionado y, a pesar del variopinto y funesto abanico de emociones que en ese momento le pasaba por el rostro, logró mantener la compostura y dirigirse al prisionero, ignorándola a ella.

—Si no entregué el castillo, fue precisamente por esa cámara.

—Entonces ríndelo y tendrás el cofre.

Álvar bajó la mirada, el viento le acarició los negros cabellos sin conseguir llevarse la honda tristeza que lo asaltaba.

—Sé razonable —continuó Yarmun—, no resistirás nuestro asedio mucho más tiempo. Podríamos derribar el castillo si quisiéramos, pero lo deseamos intacto. Salvatierra está llamada a ser nuestra. El rey no acudirá en vuestra ayuda: se halla inmerso en una batalla en el norte. Estás acorralado y lo sabes.

Álvar apretó los dientes, pero no dijo nada. Giró y se alejó de ellos. Jimena, llorosa, lo dejó alejarse; supo que él necesitaba meditar sobre aquello y liberar su angustia. Aquel hermoso hombre justo y bueno, leal y generoso, se tambaleaba por el golpe.

De nuevo debía justificarse; sin embargo, su temor empezaba a hacerse realidad a juzgar por la mirada que le había dirigido. Sus acciones podrían tornar el amor en odio, y eso la destrozaba, pues aquello no era sino fruto del infortunio y del nigromante camuflado entre ellos. Álvar apoyó las palmas en un árbol e inclinó la cabeza.

—Lo has herido de muerte, jamás confiará en ti.

Jimena deseó lanzarse al cuello de Yarmun; la furia y el miedo la sacudían. Sus actos, atinados o no, eran cuanto podía hacer en un momento de desesperación.

—De hecho, me asombraría que alguien lograra hacerlo; recoges los frutos de tu carácter manipulador e interesado. Usas a los hombres a tu capricho y por eso perderás al único que realmente te importa.

—¡Cállate, maldito!

La impaciencia la carcomía. Prefería mil veces la ira y los reproches a aquel silencio desgarrador y sufriente. Decidida a recibir su merecido, se acercó a Álvar, que continuaba cogitabundo y pensativo.

—Tuve que hacerlo.

No contestó, ni siquiera la miró. El miedo creció en ella como la madre selva que ascendía por el tronco de un árbol, que, con sus ramificaciones, lo ocupaba todo y cegaba la esperanza. Tragó saliva, luchaba por contener el llanto.

—No aspiro a tu perdón, pero sí a tu comprensión.

Entonces el hombre se giró hacia ella y le dejó ver las ruinas de su corazón. Su mirada oscura, húmeda y apagada le anticipó sus palabras.

—No obtendrás ninguna.

Jimena no pudo soportar mirarlo, la piedra en su pecho tiró de ella hacia un abismo negro y frío.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto?

Ella negó con la cabeza sin levantar la vista.

—Que, si me hubieras pedido el colgante, te lo habría dado.

Ahogó un sollozo, apretó los puños y finalmente lo miró.

—Yo... —No pudo continuar.

—¡Basta! —rugió él—. Basta de excusas, de cargar tus culpas al destino, a cualquiera menos a ti. Las situaciones más difíciles nos oprimen para obligarnos a actuar con rapidez, pero la decisión final de nuestros actos es solo nuestra. Y siempre hay más de un camino a elegir.

Se le rompió la voz, sacudió la cabeza con vehemencia. Los ojos le destellaron furibundos.

—Y el camino que has elegido es el que tendrás que seguir.

—Vas a marcharte, ¿verdad? —logró pronunciar.

Álvar la contempló con una mirada fría y decidida. El mentón se le tensó; los labios se le apretaron, envaró el cuerpo.

—Renuncié a mi fe por ti, a mis hermanos, incluso a mi vida. Cerré mis ojos para abrir mi corazón, pero ahora de nuevo los abro y ante mí veo a una mujer en la que no puedo confiar. Ni siquiera estoy seguro de si el amor que dices profesarme está teñido de dobles intenciones. En este momento, solo creo en dos cosas que has dicho: que no eres la mujer que merezco, si acaso merezco alguna, y que el destino nos separa, un destino que también manejas tú.

—Aceptaré lo que dispongas —asumió con las escasas fuerzas que le quedaban. Solo le restaba algo de dignidad para evitar echarse a llorar a sus pies.

—Mi ceguera, como ves, asumo mi culpa, me lleva a donde estoy ahora. Y, aun así, se abren ante mí dos opciones: dejarte aquí con él y regresar a mi lugar, e intentar salvar el castillo, mis votos, y mi honor. O ayudarte. Y elijo la segunda opción, pero no por ti, no, ya no. Sino por Mencia y por atrapar a un asesino.

—Por ella haría esto y mucho más —replicó y Álvar retrocedió como si lo hubieran golpeado.

—¿Seducirme? ¿Utilizarme? ¿Engañarme? ¿Ella y tus reveladores evangelios lo valen todo?

—Mis sentimientos son verdaderos.

—Ahora no importan. Ahora sé que no vales mi renuncia.

—¡Maldita sea! —gritó exasperada—. Puede que no haya tomado el camino correcto, debí haberte confesado la amenaza que pendía sobre mí, pero, aunque lo

hubiera hecho, ¿en qué habrían cambiado las cosas?

Álvar, colérico, la sujetó por los brazos y la sacudió para descargar su ofuscación.

—Lo había cambiado todo. Habríamos podido tenderle una trampa, ahora he de entregar el castillo. Un alto precio por mi necesidad. Un precio que pagaré por el resto de mi vida.

La soltó y miró al prisionero, sus pensamientos parecieron perderse en el horizonte.

—Mi maestro me previno, y yo lo ignoré. Creí poder reconducirte, pretenciosamente me erigí como tu guardián y conversor; ahora, mi vanidad se estrella en mi cara.

Jimena abrió la boca, Álvar alzó una mano para detenerla.

—Es inútil seguir hablando, no requisaré lo que robaste. Adelante, ábrele los ojos al mundo, tu vanidad también te cobrará su precio.

Jimena liberó su dolor, las lágrimas brotaron incontenibles.

—Cuando creíste que te amaba, perdonaste mi desconfianza —musitó ella con amargura—, ahora decides valorar mis actos y no mi corazón. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? —Utilizó sus propias palabras como golpe de efecto—. Que probablemente volvería a hacer lo mismo. Ese hombre amenazó con matarte si te interponías nuevamente en su camino y, francamente, prefiero perder tu corazón a tu vida.

Álvar permanecía envarado y distante. Nada de lo que ella pudiera decir lo haría cambiar de opinión. Todo había acabado entre ellos. En su fuero interno, siempre supo que sus destinos, aunque paralelos, continuarían separados.

—Antepusiste tu misión a todo lo demás y pasaste por encima mío; los tesoros que saqueaste así lo dicen. Tu ambición fue más fuerte que tus sentimientos si es que los hubo. En realidad creo que has vivido tanto tiempo inmersa en tus propias confabulaciones que ya no distingues cuando algo es real o, tal vez, no lo valoras lo suficiente.

Asintió con antipatía. Nada podía hacer ya, excepto soportar estoicamente el dolor.

—Cuando termine esta pesadilla, desapareceré para siempre —concluyó Jimena.

Álvar la contempló contenido, se esforzaba por controlar sus emociones. Finalmente, asintió y se dirigió hacia el prisionero. Ella solo deseaba caer de rodillas y sollozar hasta quedarse dormida; sin embargo, apeló a todo su arrojo y fue tras él.

El cofre maldito los aguardaba.

Cuando Álvar llegó junto a Yarmun, puso los brazos en jarra y lo miró con suspicacia.

—Rendiré el castillo a cambio del cofre —prometió—, pero solo si juras por tu honor que dejarás libre a los que moran en él.

En el semblante de Yarmun el triunfo se dejó traslucir.

—Tienes mi palabra.

Si para alguien salían bien las cosas, desde luego era para él. Jimena se acomodó por enésima vez en la silla. La montura cabalgaba a buen ritmo, el traqueteo forzaba un constante contacto con el hombre que se envaraba molesto cada vez que ella le apoyaba la espalda contra él.

Álvar y ella compartían caballo, Yarmun galopaba delante, pues dirigía la comitiva. Sentir tras ella la calidez de aquel pecho sin poder cobijarse en él; contemplar las grandes y fuertes manos que sujetaban las riendas pero que no rodeaban su cintura; aspirar aquella fragancia sin poder sumergir el rostro en su cuello resultó un suplicio difícilmente soportable.

Lo había perdido, y esa dura constancia le arrebatava cualquier posibilidad de ser feliz. Tan solo aspiraba a evocar su recuerdo cuando estuviera lejos de él; cerrar los ojos y revivir los pocos momentos compartidos. La aguardaba una vida anodina, oscura, cargada de culpa y aterradoramente vacía. Y, a pesar de que su corazón sangraba, sus sentidos dolorosamente alertas grababan cada sensación, cada detalle de su compañía, como una hacendosa hormiga almacena alimento en su afán por sobrevivir a un largo y crudo invierno.

Se detuvieron para almorzar. Jimena no probó bocado; en mitad de un tenso silencio, se dedicó a acariciar el blasón que ahora le colgaba del cuello. Y la duda que siempre había estado latente en su interior surgía ahora con renovado brío. ¿Merecía la pena? ¿La muerte de sus padres realmente había tenido algún sentido? ¿La humanidad agradecería conocer la verdad? ¿La aceptaría? Y la peor pregunta de todas flotó ante ella como un tétrico velo mortuario: ¿esa verdad estaría a la altura de los sacrificios ofrecidos?

Álvar aguardó a que ella subiera al alazán. Y acto seguido se encaramó con presteza a la grupa y se inclinó sobre ella para buscar las riendas. Jimena las tomó y se las entregó, sus manos se rozaron, y sus miradas se cruzaron. La agonía velaba los ojos del hombre; y el anhelo, los de ella. Álvar tragó saliva, apartó la vista y recompuso el semblante con la fría máscara de indiferencia que había decidido adoptar.

Llegaron con el ocaso. Una bruma densa flotaba en lontananza. Violetas, bermellones, rosas y oro se entretejían en el cielo y despedían con aquella sobrecogedora belleza a un sol perezoso que indolente se sumergía en el horizonte y cedía sus dorados páramos a la luna. Convertían aquella impresionante transición en el momento más hermoso del día. Ante ellos y recortado contra un atardecer moribundo, surgió altivo el castillo de Calatrava. Se detuvieron en la falda de una colina y desmontaron.

—Tu turno —se limitó a decir Álvar al entregarle el plano a Yarmun.

Jimena se acercó al musulmán y se encaró al templario.

—Yo voy con él —informó con decisión—. Ese cofre lo enterró mi padre, yo debo ser la primera en abrirlo.

Álvar bufó con un dejo de desidia, apenas si dibujó una sonrisa displicente y asintió.

—Como deseéis, señora, aseguraos bien de que nadie esquilme vuestro anhelado secreto —dijo con un irónico respeto. El rencor adornó aquellas palabras; sonrió sardónico y se tumbó en la loma—. Deberíais sonreír —agregó con mordacidad—, vuestros sueños se cumplen por fin. Que la devastación que dejáis a vuestras espaldas no ensombrezca vuestro ánimo —profirió cáustico.

—Eres tremendamente injusto, templario, precisamente entrego ese sueño en favor de alguien a quien amo.



—Sabiamente atesoras otras cosas para reemplazar las que perderás —mencionó despectivo, en referencia a los evangelios sustraídos. Ella deseó tenerlos encima para abofetearlo con ellos.

—Está anocheciendo, hemos de apresurarnos o no podré presentarme antes de que bajen el rastrillo —apremió Yarmun—. Podéis continuar vuestra agradable disertación a la vuelta —se mofó.

Ambos lo fulminaron con la mirada. Jimena se envolvió en la capa y permitió que la ayudara a montar. No miró atrás, por lo que no pudo ver la preocupación en los ojos de Alvar.

\* \* \*

Yarmun ingenió una visita para solicitar refuerzos y abastecimiento. Y la presentó como una aliada poderosa. Cenaron en la gran sala, rodeados de la opulencia y vistosidad que los musulmanes sabían dar a sus estancias, nada que ver con la parca sobriedad de los cristianos.

A pesar de las modificaciones y mejoras realizadas en el castillo, ella todavía recordaba aquella sala por la que solía corretear de pequeña cuando nadie la vigilaba. A su memoria acudió la imagen de su madre de rodillas restregando las duras losas del solado junto a un cubo de agua sucia. También recordó cuando arrancaba hierbajos del huerto y cantaba canciones mientras lavaba los hábitos de los monjes del convento. Su presencia la rodeó e instaló en ella una nostalgia desgarradora.

Se obligó a comer. Afortunadamente, los manjares eran suculentos, ricos en especias y texturas. La diversidad de platos sobre la mesa le agudizó el apetito. Algo que le encantaba de los almohades era la caprichosa mezcla de sabores. Lo mismo endulzaban el cordero con salsas de miel y pasas, como sazonzaban guisos de dátiles y cereales con frutos secos. O especiaban el vino con canela, pimienta y piel de naranja y lo servían caliente.

Comió, encontró solaz en los alimentos, disfrutó de ellos como si de su última comida se tratara, ahogó la pena en el delicioso vino que tanto la reconfortaba. Vio por el rabillo del ojo cómo Yarmun la contemplaba pensativo. No se fiaba de él y, sin embargo, debía hacerlo.

Los hombres conversaban animadamente. La suave cadencia de sus voces, de timbres cálidos y melódicos, la envolvieron en un halo hipnótico y relajante. El sopor la invadió. Hacía dos noches que no dormía, y el cansancio la sepultó bajo su yugo.

Se dormitó sobre la mesa con el rostro entre las manos mientras fingía escuchar la conversación. Eso sí, con los ojos cerrados. Tan solo era capaz de abrirlos cuando alguno de los soldados reía estentóreamente, entonces se sobresaltaba, daba un respingo, miraba alrededor y de nuevo sus pesados párpados ganaban la batalla.

Una mano le sacudió el hombro. Se sobresaltó y abrió los ojos desmesuradamente.

—Nos han preparado una habitación. Será mejor que descansemos un poco. Estás exhausta; en mitad de la noche te despertaré y nos filtraremos en el convento.

Jimena asintió aturdida, dejó que el hombre la tomara por la cintura y la condujera por largos y fríos pasillos. Ascendieron una escalinata curva, de suave y desgastada piedra gris, bastante desigual, y siguieron otro corredor iluminado por hermosas lucernas.

La alcoba era amplia y suntuosa, los ojos se le posaron admirados en la gran cama de la que pendían velos de color azafrán intenso. Aquel mullido colchón ejerció alguna especie de influjo sobre ella, pues se encontró avanzando hacia allí, atraída por promesas de sueños placenteros.

Se tumbó en la gran cama y descubrió que la comodidad aun superaba la apariencia. Entonces, cerró los ojos. Apenas notó cómo la cama se hundía bajo el peso de otro cuerpo, y cómo una mano le retiraba el cabello del rostro. Tampoco fue plenamente consciente del aliento de otra boca junto a la suya.

—Eres tan embriagadora, tan sensual...

Aquella voz...

Sintió unos labios rozando los suyos, apenas una ligera caricia. En su mente vio a Álgar sobre ella, y se estremeció. Recordó cómo esa mañana los había encontrado; cómo se había bajado con fiereza del caballo, tan terriblemente apuesto que cortaba el aliento; cómo se había enfrentado a Yarmun con esa subyugante aura de poder que desprendía una masculinidad apabullante que le asaltaba los sentidos y despuntaba sus más íntimos deseos.

Se vio asaltada por la intensidad de aquellos rasgados ojos grises, deseó devorarle la boca amplia y generosa, pasearle la lengua por el travieso hoyuelo de la barbilla. Casi gritaba la necesidad de poseerlo, de enredar los dedos en su largo cabello oscuro, de morderle el cuello y perderse en sus caricias.

Encontró unos suaves labios, y su hambre se desató. La violenta incursión de una lengua la sobrecogió; dejó que le explorara la boca y respondió a cada ataque. El hombre gimió enardecido, unas manos le recorrían el cuerpo con pasión desatada.

—Te he echado tanto de menos, ninguna mujer pudo igualarte. Te deseo tanto...

Aquella voz...

Una boca le lamió el cuello, le mordisqueó la oreja, sin embargo, sintió algo parecido a un desasosiego incómodo.

—Volverás a ser mía...

Alarmada abrió los ojos, el rostro que vio frente a ella le alejó el aturdimiento de un plumazo.

—¡Aléjate de mí! —gritó furiosa.

Empujó a Yarmun con todas sus fuerzas, logró separarlo lo justo para doblar ambas rodillas y apartarlo de una fuerte patada. Él lanzó un quejido justo antes de alcanzar el suelo. Jimena rebuscó en su cinto la daga que llevaba oculta y la esgrimió veloz al tiempo que saltaba de la cama y lo amenazaba.

—Ya te advertí, maldito canalla; sal de este cuarto si no quieres que te rebane el pescuezo.

La indecisión de Yarmun la llevó a acercarse con el puñal en alto.

—Tranquila; me iré, pero antes te diré algo. Yo nunca te juzgaría, ni te censuraría. Te aceptaría tal como eres, te idolatraría. Sería tu compañero, tu amigo, tu amante, tu secuaz; cuanto me pidieras lo pondría a tu alcance. Piénsalo.

Yarmun esperó alguna reacción.

—No tengo nada que pensar. Tal vez la antigua Jimena habría aceptado tu propuesta, pero la que tienes frente a ti nunca lo hará. Ahora me guía el corazón, pero no creas que no lo lamento, porque duele y mucho. No obstante, para desgracia de

ambos, la mujer que un día conociste murió.

Desilusionado, se encogió de hombros; aquel gesto fútil no aligeró la gravedad de su semblante.

—Tu asesino duerme a la intemperie mientras lucha con sus propios demonios, ¿me equivoco?

—No te molestes en atormentarme, ahora déjame descansar un rato.

—Tenía que intentarlo —musitó con pesar.

—Hoy ya has conseguido un castillo; tu suerte acaba ahí, no abuses de ella —recriminó con desprecio.

\* \* \*

A la hora convenida, Jimena se incorporó como un resorte y prácticamente saltó de la cama, luego salió del cuarto para unirse a Yarmun.

La luna llena era un enorme orbe nacarado que asomaba imponente sobre las nubes, su blanquecino resplandor plateaba lápidas, alargaba sombras y confería un toque siniestro al lugar.

Un búho ululaba en un árbol cercano, susurros extraños de hojas, ramas quebradizas y el silbido cortante del viento otorgaban al ya tétrico entorno un halo de ultratumba bastante acorde, que conseguía aumentarle los latidos; hasta le pareció escuchar los quejidos de algún alma condenada.

Gracias al plenilunio, se podían leer las inscripciones de las tumbas con bastante claridad. El lugar no era muy extenso, no obstante, estaba bastante abarrotado. Decidieron empezar cada uno por un extremo. Ya se encontraban casi en el centro cuando el sarraceno la llamó con urgencia.

—¡Aquí está!

Era una lápida pequeña, torcida y casi oculta por una hiedra. *Occulta veritas*. Pasó los dedos por la piedra y apartó el espeso arbusto.

—Casi no reparé en ella.

Jimena se agachó, sacó la daga y empezó a cavar. Yarmun la imitó. Al cabo, las puntas de sus cuchillos rasparon un duro objeto. El corazón de Jimena se aceleró.

Con delicadeza apartó la tierra con las manos hasta palpar un rectángulo de esquinas redondeadas. Excavó hasta que logró liberarlo. Él se limitó a observarla y a vigilar la entrada del camposanto abandonado. Obviamente, el convento había perdido su uso, tan solo el interior de la capilla era utilizado los viernes para la lectura del Corán.

Limpió meticulosamente la tapa abovedada del cofre. Parecía madera de nogal con adornos dorados. Era más grande de lo que había imaginado.

Yarmun empujó la tierra con el pie para rellenar el hueco y a continuación la pisó para allanarla.

—Vamos —urgió—. Este sitio me pone los pelos de punta, me ha parecido ver un monje bajo aquella galería.

—Eso es del todo imposible.

—No me refería a un cuerpo real —interpuso él.

Jimena lo miró incrédula. No esperaba que un general almohade creyera en esas cosas.

—Bajo nosotros, yacen cuerpos sin vida reducidos a ceniza, las almas, sobre

todo las afligidas, moran inquietas sobre la tierra y recorren los lugares que frecuentaban. Hubo mucha aflicción en este lugar, puedo sentirlo.

—Sobre todo la de mi madre —murmuró contrita.

Imaginó los abusos que había sufrido a manos del hermano Osorio, rememoró el horror de aquella noche, y un gélido escalofrío la sacudió. Se envaró y miró a su alrededor.

—Yo maté al hermano Osorio porque maltrataba a mi madre —confesó.

Yarmun la contempló petrificado.

—Era una niña, puede que su alma recorra estos pasillos, incluso puede que ahora me esté mirando.

El hombre, aterrado, miró en derredor con ojos desorbitados.

—Y, si lo hace —continuó—, le diré que me gustaría verlo, tenerlo frente a mí para poder matarlo de nuevo.

Yarmun la tomó del brazo y la arrastró entre matojos y tumbas olvidadas.

—¡Calla, insensata! Se ha de respetar a los muertos si quieres recibir el mismo trato.

—Dudo de que los muertos tengan ya algún poder.

—Acabas de hacer una invocación, y en un camposanto para colmo de males. Salgamos de aquí, y reza a tu dios para que te guarde de ese tal Osorio.

Jimena se dejó arrastrar fuera del convento mientras lo miraba ceñuda.

—Puede que lo haga, pero para que me guarde de los vivos.

—Hay un versículo en el Corán en el que el profeta Muhammad dice: “El valor de este mundo comparado con el del más allá es como lo que vuestro dedo saca del mar cuando lo introducís en él y cuando lo sacáis”. La vida terrenal es apenas una gota comparada con el océano que nos aguarda en la otra vida. No subestimes lo que pasa allí, ni a los que moran allí.

Yarmun le entregó un saco, y ella introdujo el cofre a pesar de que las puntas de los dedos le picaban por las ganas de abrirlo.

Se deslizaron entre las tumbas, caminaron bajo la penumbrosa arcada de la galería que conducía a la salida y, ya fuera del convento, entraron al patio de armas cuando un inesperado revuelo los sorprendió.

El rastrillo descendió quejumbroso tras dejar pasar una veintena de jinetes; el último arrastraba un prisionero que caminaba dando traspiés. Ahí estaba el quejido que antes había escuchado. Se escondieron presurosos tras una columna y atisbaron subrepticamente la comitiva.

El grupo se detuvo, los jinetes desmontaron; el de mayor rango se acercó al capitán del castillo. Hablaron mientras miraban al prisionero, que se había desplomado.

Cuando Jimena posó los ojos en aquel desdichado, el corazón se le detuvo. La capa blanca con la inconfundible cruz roja en el centro: era su templario.

Yarmun la sujetó temeroso de que cometiera alguna imprudencia.

—Hemos de filtrarnos en el castillo antes de que descubran nuestra ausencia; de seguro querrán interrogarlo y requerirán mi presencia.

Jimena asintió, un miedo primario la invadió. El hombre pareció notar su angustia. La tomó por la barbilla y la miró a los ojos.

—No temas por él —la tranquilizó—. Lo sacaré de aquí.

Corrieron pegados a los muros, sumergidos en las sombras. Entraron por las cocinas y, aunque el hogar permanecía encendido, nadie parecía vigilarlo. Ascendieron la escalera de servicio y recorrieron los laberínticos pasillos hasta la alcoba justo cuando unos acelerados pasos resonaron tras ellos.

Entraron en el dormitorio con el corazón en la boca. Yarmun comenzó a desvestirse con premura.

—¡Rápido, ocúltate!

Jimena se metió en la cama y se tapó hasta el cuello. El musulmán, en camisa, se despeinó y la miró inquieto. En ese instante, golpearon sucintamente la puerta. Dejó pasar un tiempo prudencial y la abrió simulando un bostezo.

—¡General, el capitán lo necesita en el salón principal!

Yarmun se volvió hacia ella intencionadamente para permitir que el soldado, algo ruborizado, la contemplara en la cama.

—Debes disculparme, querida, pero he de marcharme; prometo regresar antes de que se enfríen las sabanas.

Recogió sus ropas y salió.

El dolor punzante de su cabeza era como el molesto picoteo de un pájaro carpintero que le horadaba incansable el cerebro. Lo habían encontrado desprevenido.

El solo hecho de no percibir a aquel nutrido grupo de soldados suponía una indignante humillación para él, un guerrero con muchas guardias a su espalda. Sin embargo, sus capacidades se hallaban bastante mermadas. No solo se encontraba físicamente exhausto, sino también emocionalmente derrotado. Aquello afectaba tanto a su capacidad de concentración como a la de reacción, además de a su ánimo.

El destino parecía querer arrebatárselo todo: la mujer que amaba, el honor, la fe, el castillo a su cargo y ahora la libertad.

El primer golpe fue en la cabeza, y el objetivo era dejarlo inconsciente, no obstante, no fue así. Aturdido y dolorido peleó como un demonio. Logró abatir a seis hombres hasta que lo derribaron y patearon con violencia.

Aun así, vapuleado, continuó consciente mientras lo interrogaban. Con las manos atadas a la espalda y sujetado por dos hombres, recibía puñetazos en el estómago por cada pregunta no respondida. Su mutismo decidió a los hombres a llevarlo al castillo.

De rodillas y cabizbajo, aguardó otro interrogatorio. Se preguntaba cuándo aparecería el maldito Yarmun hasta que escuchó unos pasos acercarse.

—¿Me sacáis de entre los brazos de mi amante para contemplar a un templario inmundo?

Álvar alzó el rostro, clavó en el general una mirada asesina.

—Disculpad, pero lo encontraron tus hombres, traían una misiva del gran califa. Creen que fue uno de los templarios que atacaron el campamento. Lo que no logramos entender es qué hacía a las puertas de nuestro castillo.

El musulmán pareció estudiarlo atentamente.

—Imagino que os habréis asegurado de que estaba solo, ¿no?

El capitán asintió con decisión.

—Por supuesto, temíamos que planearan una incursión al castillo. Hemos intentado averiguar qué era lo que se proponía, pero no conseguimos sacarle nada.

El infame Yarmun lo contempló meditabundo mientras se rascaba la barbilla.

—Ponedlo de pie.

Cuando tiraron de él, apretó los dientes. Le dolían todos los huesos del cuerpo.

Se plantó frente a él, alzó la cabeza para sostener su amenazante mirada, sonrió y, súbitamente, le hundió el puño en el vientre.

Álvar gimió y se dobló en dos.

—Te lo debía —le susurró al oído.

—¡Malnacido! —siseó sin aliento.

Yarmun se cruzó de brazos y frunció el ceño en mitad de alguna cavilación.

—La tortura obra milagros en la locuacidad de los prisioneros. Mañana partiré de vuelta con él, allí el califa decidirá su suerte.

Uno de sus hombres se adelantó y le entregó a Yarmun una misiva. La sonrisa del general se le congeló en el rostro mientras leía la nota. Cuando alzó la mirada, se podía ver la inquietud que reflejaba su semblante.

—¿Malas noticias, mi general?

Tragó saliva, visiblemente preocupado.

—Nada que no pueda solucionar —murmuró un tanto ausente.

De nuevo, Yarmun le prestó toda su atención al prisionero, los ojos se le oscurecieron, sus labios formaron una pálida línea tensa y blanquecina.

—Llevadlo a las mazmorras; partiremos al alba.

Le dedicó una sonrisa maliciosa y añadió:

—Espero que no volváis a arrancarme de los brazos de mi dama, la imagino sola y muy necesitada de mi calor. Ahora tendré que avivar nuevamente su fuego.

Los soldados estallaron en carcajadas.

—Alá os bendice con hermosas mujeres; y a mí, con prisioneros recalcitrantes. No hallo justicia en eso —replicó mordaz el capitán.

Yarmun rio complacido, le palmeó la espalda y contestó:

—Ciertamente, no para vos; algún día puede que seáis general.

—Con semejante recompensa, os aseguro que ardo en deseos de serlo.

Rieron de nuevo.

La furia de Álvar crecía en llamaradas ascendentes. No quería creer en aquellas fanfarronerías, no obstante, la sola idea de verlos a los dos yacer juntos lo consumía.

—Cuando os vi con semejante hermosura, ordené preparar la alcoba más fastuosa; espero que sea de vuestro agrado.

—Lo que en realidad me agrada es lo que me espera entre las sábanas.

Álvar gruñó colérico e hizo el intento de abalanzarse sobre él. Lo sujetaron con fuerza entre cuatro hombres.

—Este condenado monje tiene la fuerza de un buey, tendremos que amansar ese genio.

Yarmun asintió, giró y desapareció con paso ágil.

\* \* \*

Cuando Yarmun entró en la habitación, Jimena casi saltó sobre él, ávida de noticias.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo está?

El hombre parecía malhumorado y la miraba con intensidad, lo que avivó su desasosiego.

—Todo está bien —contestó conciso.

Jimena lo agarró por la pechera de la túnica, la ansiedad la dominaba.

—¿Dónde está ahora?

—En los calabozos. Mañana partiremos al alba, él vendrá con nosotros. Cuando lleguemos al campamento, me las ingeniaré para liberaros a ambos.

—¿A ambos?

—El califa ha ordenado apresaros.

Jimena abrió la boca anonadada.

—¿Por... por qué?

—Según dice la orden, por espía, pero el motivo es otro. Os quiere en su harén.

Negó con la cabeza, todavía asimilando aquello. Las cosas se complicaban por momentos; no podía creer el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

—También quiere el cofre —añadió.

—¿Se lo contaste? —inquirió pasmada.

Yarmun se pasó las manos por el cabello en un gesto impaciente.

—¿Qué querías que le dijera? No tenía pensado ser acusado de desertor, encanto, y menos por alguien tan arisco. —Frunció disgustado el ceño—. Le conté que empeñé mi palabra en recuperar un cofre de gran valor y solicité su favor para poder hacerlo; lo obtuve, pero a cambio de entregarle primero el cofre a él para que lo inspeccionara.

—¡Me traicionaste! —gritó ella colérica.

—No, solo quiere inspeccionarlo. Será fácil cambiar el contenido por algo que no le llame la atención, y nos lo devolverá. Tan solo quiere asegurarse de que no es nada importante.

Jimena se puso de rodillas y estiró la mano bajo la cama para agarrar el extremo del saco.

—Hemos de saber qué hay dentro.

Sacó el cofre casi con gesto ceremonial y se lo puso sobre el regazo. Respiró hondo, puso los dedos en el borde de la tapa y lo abrió. Lo que allí había los dejó paralizados.

Parecía el esqueleto de una mano, seguramente la reliquia de algún mártir, pero un tanto extraña: el extremo de las falanges exteriores acababa en puntas asombrosamente afiladas, un detalle peculiar que le arrebatava la condición de humana.

—Parece una garra —musitó Yarmun con extrañeza—, pero la más extraña que jamás haya visto. Soy incapaz de identificar al espécimen. Parece humana, a excepción de las terminaciones, claro.

—Tal vez exista algún animal similar a los humanos que tenga este tipo de falanges —aventuró Jimena—. Sin embargo, ¿qué sentido tiene meter una garra en un cofre y esconderlo tan concienzudamente?

Yarmun sacudió la cabeza y encogió los hombros, totalmente desconcertado.

Entonces Jimena vislumbró una especie de cilindro junto a las bisagras. Hizo ademán de retirar la curiosa osamenta, pero aprensiva retiró la mano y buscó el puñal para maniobrar. El musulmán le ahorró el trabajo. Levantó algunas falanges y sacó cuidadosamente el cilindro. Se lo entregó.

Jimena sintió una especie de escalofrío premonitorio. Con gesto reverencial, sacó un pliego de pergamino enrollado y lo desplegó con los nervios a flor de piel. Supo al instante que se trataba de la verdad oculta.

Polvoriento, ajado y amarillento, aquel documento estaba escrito en un idioma extraño, pero habían añadido en la parte inferior un nombre en latín.

María de Betania. O María de Magdala, como se conocía a la vilipendiada María Magdalena.

Se llevó la mano al pecho, contuvo el aliento y cerró los ojos. El contenido de ese evangelio secreto, codiciado por unos y odiado por otros, era la piedra angular de su vida, su misión heredada, la verdad que aguardaba ser revelada. El verdadero y auténtico mensaje de Jesús.

Se le humedecieron los ojos.

—¿Tan importante es ese documento?

Ella asintió trémula con el legajo entre las manos, tan frágil que temió que se volatilizara entre ellas.



—Es la verdadera palabra de Cristo, algo que estoy segura de que removerá los pilares de la Iglesia.

—Sin embargo, habrás de entregarlo a ese hombre —recordó.

—No hay más remedio, ya ha muerto suficiente gente por él, no obstante, me gustaría poder leerlo si encontrara a alguien que pudiera traducirlo.

—El tiempo no está de tu parte —musitó—, nadie aquí sabe copto, a no ser que...

A Jimena le brillaron un instante los ojos antes de apagarse de nuevo. Era del todo imposible obtener su ayuda.

—Tengo entendido que los monjes son hombres ilustrados en variedad de materias —comenzó Yarmun—, la lingüística entre ellas. De seguro conocen las lenguas muertas, pues traducen miles de textos para poder transcribirlos en sus códices. Una vez visité en Sevilla la biblioteca de un monasterio, salí maravillado por cuanto vi. La sapiencia y minuciosidad de los religiosos del *scriptorium* me dejó sin palabras.

—Me detesta —profirió ella abatida—. Está harto de mis manejos y mentiras. No me ayudará, le repele todo esto. Y, la verdad, no puedo culparlo.

—Yo puedo convencerlo —manifestó él para su asombro.

—No me hagas reír, a vos te detesta aún más —replicó hastiada.

—Tengo mis mañas —confesó orgulloso—. Tranquila —añadió al ver la alarma en su rostro—, no necesito tocarle un pelo.

—¿Y cómo lo conseguirás si puede saberse?

—Lo chantajearé con alguna amenaza efectiva.

Jimena negó con la cabeza, no estaba dispuesta a hacerlo sufrir más. Asumiría la frustración por el fracaso, pisotearía la curiosidad que la embargaba, viviría con honradez en pago por sus infamias. Cualquiera cosa por concederle al hombre que amaba la tranquilidad y el sosiego que había perdido por su causa.

—No, ni hablar. Cumple tu palabra, general, devuélvenos al castillo y te será dado. Creo que eso compensará a tu califa por no obtener sus dos demandas.

\* \* \*

Incipientes halos dorados lamían la oscuridad con la pereza de un gato en su aseo diario. De manera metódica pero lenta, la luz ganaba terreno y crecía en intensidad. Jimena contemplaba aquel amanecer sumida en sus pensamientos. El sol bostezaba somnoliento entre las colinas, derramaba su bruñida melena en las cimas, doraba la bruma y centelleaba el rocío. La frescura de los campos acentuaba la fragancia de pinos y almendros, la madre selva extendía su perfumado manto y, los rosales, su embriagador aroma. Todo volvía a la vida con renovado brío, todo menos su corazón marchito.

El sentido del deber se oponía flagrantemente a su corazón, que, en un asalto fortuito, había tomado las riendas y gobernaba a su capricho. Sentimientos encontrados la desgarraban inexorablemente. Sentía que fallaba a la memoria de sus padres, a sus principios, a los anteriores custodios de aquel evangelio y, por supuesto, a María de Betania. Eran buenas causas, desde luego, una vida y un amor que se negaba a seguir ultrajando.

Su corazón había hablado, y, en favor de silenciar sus lamentos, sacrificaría todo

por lo que hasta ese momento había vivido. Pidió perdón a su madre y rezó para que la entendiera donde fuera que estuviese. Su misión acababa en ese lugar. Su único propósito era liberar a Mencia y escapar lejos, purificar su alma con la esperanza de redimirse y vivir todo lo bienamente que le permitieran los remordimientos.

Yarmun dormía en el suelo frente al moribundo hogar. Ella había terminado la noche tumbada en la cama con los ojos abiertos mientras contenía las ganas de bajar a las mazmorras para verlo, para gritarle cuánto lo amaba. En cambio, liberó su agonía en un silencioso llanto. Se acercó junto al hombre y lo sacudió con la punta del pie. Aturdido, se incorporó y la miró.

—No tienes muy buen aspecto —comentó con voz ronca.

—Si es el reflejo de cómo me siento, debo de estar horrible.

Se puso de pie y se desperezó largamente.

—No te aflijas más. Es absurdo sufrir por algo sin solución. Lávate el rostro con agua fría y regálate un buen desayuno; es cuanto puedes hacer; al menos, te sentirás mucho más animada.

—Buen consejo, sin duda. Mientras me reanimo —subrayó—, baja a los calabozos y ofrécele al templario la misma dispensa.

—Solo porque me lo pides tú; espero que tengas en cuenta este favor.

Le dedicó una media sonrisa seductora, le guiñó un ojo y salió de la alcoba.

\* \* \*

Decir que le dolían los huesos dejaba bastante corta la descripción de su estado. Antes de ser encadenado había sido sometido a otra tanda de puñetazos y patadas que, esa vez, sí lo dejaron inconsciente.

Quiso moverse, y el solo intento le arrancó un gemido que se cortó de inmediato por el dolor lacerante que le surgió en los labios. Sacó la lengua con cuidado y notó el sabor ferroso de la sangre reseca. Tenía una considerable brecha en un lado de la boca. Fue palpándose para descubrir más heridas y se guió por el grado de gemido que emitía ante cada presión. Magullado, dolorido y posiblemente con una costilla rota, enumeró en su lista mental.

De todos los males que lo aquejaban, el insistente dolor de cabeza se alzaba con la corona. La frente y un lado de la cara le tiraban por la sangre pegajosa y reseca. Descubrió, maldiciendo entre dientes, otra brecha a un lado del cráneo, más concretamente sobre el oído izquierdo. Tarde o temprano ajustaría cuentas con el maldito general.

Apenas había descansado sobre las frías losas del pavimento. Fue incapaz de encontrar una postura lo suficientemente aceptable como para rendirse a un sueño huidizo y traicionero.

En los breves momentos en que había logrado dormir, las pesadillas lo atormentaron. Veía a Jimena y a Yarmun amancebados en el lecho mientras gozaban y se reían de él. Veía el castillo devastado por las llamas, escuchaba el aullido de los hombres devorados por el fuego, y a aquel hombre siniestro devorar el corazón de un niño. La remembranza de aquellas imágenes le erizaba la piel y le revolvía el estómago.

El eco de unas pisadas reverberó en los húmedos muros. Llegaron dos hombres: uno portaba un cuenco humeante, el otro lo examinó bastante perplejo.

—No sé si habrán amansado vuestro genio, pero indudablemente lo han intentado: parecéis un despojo.

Yarmun asintió al carcelero, que deslizó el cuenco por la reja. Parecían gachas, o quiso creer que lo eran. Después lo despidió y permaneció pensativo al tiempo que observaba cómo devoraba.

—Deberías ejecutar al cocinero —sugirió cuando tragó el último bocado con evidente desagrado.

Yarmun sonrió ante el comentario.

—Lo habría hecho si hubiera presentado semejante bazofia en el comedor.

Álvar sonrió con mordacidad.

—Me temo que la bazofia es la que ocupa las sillas de la sala; en este momento hay una vacante.

El hombre rio divertido.

—Tu agudeza me divierte, templario, pero no he venido a entretenerme.

—Si te metieras conmigo en la celda, te procuraría una verdadera diversión.

El sarraceno, todavía risueño, paseó una mirada compasiva por aquel magullado cuerpo.

—No creo que estés en las mejores condiciones para ofrecerme el disfrute que mencionas: se te ve bastante deteriorado.

—¿Deseas comprobarlo?

—No suelo abusar de prisioneros heridos —replicó.

—Podría destrozarte con las manos atadas a la espalda —se jactó.

—He venido a cumplir un trato y a proponerte otro.

Álvar resopló despectivo, negó con la cabeza y le dio un puntapié al cuenco para deslizarlo hasta los pies del musulmán.

—No quiero nada que venga de ti.

—Voy a liberarte; sin embargo, no puedo hacer lo mismo con Jimena, a menos que obtenga tu colaboración.

El templario se envaró, se removió con incomodidad y se puso dolorosamente de pie. Agarró los barrotes con furia contenida, los nudillos perdieron el color.

—Si osas tenderle una trampa, te juro que te arrancaré el corazón con mis propias manos —farfulló colérico.

—No soy yo quien da la orden, sino el califa. El don de Jimena para atrapar a los hombres la condena a la esclavitud.

—¡Maldito, juraste ayudarla!

—Juré ayudarla a encontrar el cofre y lo he hecho; respecto a dejarla marchar con el califa...

Álvar sacudió con fuerza la reja, preso de una furia convulsa.

—Cálmate, yo tampoco deseo que forme parte del harén del califa; para eso, necesito ofrecerle algo que logre suplir su capricho.

—¡Vas a entregarle un castillo repleto de tesoros!

—Voy a ahorrarle mucho tiempo —aclaró con impaciencia—, y eso supondrá reconocimiento, oro y propiedades para mí. Pero, como ya te dije, la conquista de Salvatierra era un hecho, y él lo sabe. Sin embargo, canjear a Jimena por una información tan valiosa como la que ahora contiene el cofre puede dar resultado.

Álvar decidió calmarse; derrochar su escasa energía no lo ayudaba en nada. Debía recuperar la calma y meditar sobre aquello para jugar sabiamente las cartas.

—¿Qué contiene el cofre?

Yarmun sonrió ante el cambio de actitud.

—Empezamos a entendernos. El cofre guarda un extraña garra y, al parecer, el evangelio secreto de una tal María de Betania, pero necesitamos que alguien lo traduzca.

Contuvo la respiración. Aquel era el evangelio buscado por todo el mundo, el que tanto temía la Iglesia, los textos gnósticos calificados de apócrifos por la Santa Sede.

—¡Tráemelo! —pidió turbado.

El musulmán lo escudriñó con atención.

—Si osas destruirlo, la mataré —amenazó con desconfianza.

—No lo haré —prometió.

Y no lo haría: aquel cofre y su contenido debían antes servir de cebo para el asesino ritual que tenía presa a Mencia. Tenía que atraparlo, poner a salvo a las mujeres, rendir el castillo y entonces, sí, ese evangelio sería destruido. No sabía cómo lograría esa dificultosa lista de hazañas, pero lo haría.

Una exclamación ahogada le desvió la vista. Tras Yarmun, surgió una figura cuyo rostro horrorizado lo contemplaba compasivo. Jimena se acercó a él.

—¡Te han torturado! —exclamó indignada.

Clavó los azules ojos en Yarmun con expresión acusadora.

—Dijiste que estaba bien —reprochó y se encaró a él.

Yarmun pareció incómodo y algo nervioso ante su presencia.

—Y lo estoy —contestó Álvar huraño.

La mujer paseó la mirada por el rostro magullado del hombre, por la sangre reseca en su piel y en sus ropas, en la mirada sufrida de aquellos ojos. Y el rostro se le congestionó ante el esfuerzo por contener el llanto.

Álvar contuvo sus emociones y plasmó un solo pensamiento en la mente: ella era la única culpable de su propia desgracia. En el afán por conseguir su objetivo había arrasado cuanto encontraba a su paso. Ahora comprobaba con pesar la devastación que ella había creado: la ruina que era ahora su corazón, unas ruinas seguramente difíciles de reconstruir y con las que tendría que aprender a vivir.

—Ciertamente, no lo parece —repuso ella apesadumbrada.

Yarmun apresó el brazo de Jimena en ademán posesivo, los ojos de Álvar chispearon con resentimiento.

—Mandaré a mis hombres para que te liberen, partiremos de inmediato.

—Hemos hecho un trato —recordó Álvar, su ojos se entrecerraron suspicaces—. Nos liberarás a ambos cuando lleguemos al campamento.

El sarraceno asintió tenso, parecía desear salir de allí. Antes de que pudiera agregar nada más, giró y se llevó a Jimena con él.

\* \* \*

Una molesta sensación le aleteaba inquieta en la mente. Las últimas palabras de Álvar flotaban ante ella en una nube oscura y desconcertante. Un trato. Yarmun tramaba algo; su nerviosa actitud cuando ella había interrumpido así lo decía. Escondía sus

propios intereses, utilizaba sus mañas, como él había dicho.

Había conversado con Álvar, le había propuesto algo que ella tenía que descubrir antes de que fuera demasiado tarde. No podía arriesgarse a permitir que los apresara en el campamento sin tener ninguna constancia de que cumpliría con su palabra. Era como meterse en la boca del lobo completamente desarmada.

Yarmun la había dejado de nuevo sola en la habitación para reunirse con sus hombres. Deambulaba agitada de lado a lado mientras se frotaba las manos.

Luego, fijó la vista en el saco que contenía el cofre y presa de un impulso se lo colgó del hombro.

Aguardó a tener el camino despejado y se deslizó subrepticamente por los corredores hasta alcanzar las escaleras de servicio que habían utilizado la noche anterior.

De nuevo en los calabozos, casi corrió a la celda en la que se hallaba Álvar.

Él apenas si alzó el rostro cuando la vio.

—Escucha, templario, aparta tu rencor por el momento, ambos nos necesitamos.

Siguió sin mirarla, estaba sentado en el suelo, con la espalda pegada al muro, las piernas flexionadas y abrazado a sus rodillas.

—No, tú me necesitas a mí —apostilló—, y yo consiento en eso, hasta que decida lo contrario.

Jimena se acuclilló ante él y se agarró a la reja.

—Creo que Yarmun nos está utilizando.

El hombre profirió una risita desdeñosa.

—Lo hace, sí, como tú.

Tragó saliva y reprimió una punzada de culpabilidad.

—Necesito saber a qué acuerdo habéis llegado; te lo ruego, no tenemos mucho tiempo.

Por fin la miró; las sombras le ocultaban parcialmente el rostro, pero pudo atisbar la tensión en la línea de la mandíbula.

—Me ha dicho que el califa te quiere en su harén; otra víctima de tus encantos —resopló despectivo—, empiezo a compadecer a ese hombre. Y quiere que traduzca tu bendito evangelio para ofrecérselo al califa como moneda de cambio por ti.

—¡Ese traicionero perro infiel! ¡Qué los cuervos le vacíen las cuencas de los ojos y le arranquen la lengua!

—Seré yo quien lo haga —apuntó Álvar—. Ahora dime qué está pasando.

—A mí me dijo que le entregaría el cofre, pero solo porque deseaba inspeccionarlo por si había algo importante; dijo que luego me liberaría, que cambiaríamos el contenido por algo banal para que perdiera el interés.

Álvar bufó con exasperación.

—Es obvio que ofrecerá tres cosas antes de que acabe el día: el evangelio a su señor por quedarse contigo, el castillo para su gloria y mi vida para su descanso. Un tipo ambicioso, sin duda.

—¿Y por qué quiere que se lo traduzcas tú? Podría buscar tranquilamente a otra persona para que lo hiciera.

—Necesita cerciorarse de que el documento es tan importante como parece antes de negociar con él. El califa lo despellejaría vivo si sospechara que intenta engañarlo,

y me temo que el único monje a mano en este momento soy yo.

Jimena, abatida, se sentó de lado en el suelo y maldijo entre dientes.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Impedírselo, por supuesto —respondió con apabullante decisión.

Ella sonrió asombrada ante la confianza que demostraba.

—Tu confianza me reconforta.

—Es cuanto me queda.

Sus miradas se enlazaron. La de ella, arrepentida. La de él, entristecida.

—Álvar... yo...

—No —la interrumpió con voz seca—. Ahora, como tú bien has dicho, nos necesitamos. Ambos tenemos una misión que cumplir y, para ello, hemos de colaborar, pero, cuando todo acabe, sé cuál será mi camino.

—Y no me interpondré en él, te lo aseguro; solo desearé que algún día tu alma encuentre el perdón para mí.

—Es difícil perdonar, pero no imposible; y sé que lo lograré, pues comparto parte de esa culpa. En cuanto a olvidar, ya te digo que jamás conseguiré hacerlo, sobre todo porque no permitiré que eso ocurra.

Jimena inclinó abatida la cabeza, le quemaban los ojos.

—Para bien o para mal, Jimena de Castro, eres una persona importante en mi vida. Siempre fue así y moriré con tu recuerdo, imaginaré que tus labios me despiden de este mundo.

Las lágrimas escaparon sin control.

Entonces Álvar se acercó a la reja y pasó una mano por ella para acariciarle el rostro.

—No llores por el pasado; por muy reciente y doloroso que sea, mira al futuro y pelea por el presente.

—Lloro por el futuro que perdí.

Álvar hizo una mueca y, trémulo, se alejó de ella.

—Ahora toma las llaves que penden de ese gancho.

Y, por segunda vez en su vida, Jimena huyó con un prisionero.

Álvar, que conocía el castillo como la palma de su mano, había logrado filtrarse por pasadizos secretos que llevaban al exterior. Corrían a través de los páramos en busca de la protección de las arboledas o de los montículos rocosos.

Había tenido que apelar a sus últimas reservas de energía para poder avanzar por aquellos abruptos terrenos sin caer extenuado. Su mente, largamente entrenada para soportar el dolor, se hallaba concentrada en regresar sanos y salvos a Salvatierra y obviar los quejidos físicos de su maltratado cuerpo. Pero, a pesar de que llevaba una férrea concentración en salvar obstáculos e ignorar el cansancio, temió desfallecer antes de lograr el objetivo. A menudo, tenía que detenerse a descansar para recuperar el resuello.

Jimena lo miraba con preocupación cuando él tropezaba, entonces se mordía el labio inferior y se estrujaba las manos para contener las ganas de ayudarlo. Tampoco él la asistía cuando se esforzaba para ascender un peñasco o bajar una escarpada ladera. Ambos evitaban el contacto en una lucha por mantener la frialdad y la distancia que los resguardaba de caer en la tentación.

La atracción era tan fuerte que, hasta en los breves momentos en que se miraban a los ojos, la urgente necesidad de tomarla en los brazos y besarla hasta perder el sentido lo abrumaba. El deseo de ella hablaba con la misma claridad, un motivo más que lo tentaba a flaquear. Fue el trayecto más largo que había recorrido, a pesar de las pocas leguas que los separaban del destino.

Además, suponía que los hombres de Yarmun debían de seguirlos, por eso había optado por recorrer sendas que no eran transitables para los caballos. A pesar de que el rodeo los retrasaría un día, era la única posibilidad que tenían.

Cuando el sol comenzó a descender, se cobijaron en la profunda oquedad de una colina rocosa. Frente a ellos, un bosquecillo de chopos y abedules los reguardaba del viento y los ocultaba convenientemente. Desde aquel refugio, las copas de los árboles mecían las hojas hacia ellos, como si hubieran querido atraparlos. Algunas ya comenzaban a dorar el tono para recibir el otoño.

El verdor de los campos comenzaba a desvaírse con sutileza en favor de un cálido ocre tostado. Aquella amplia gama de tonos heroseaba el páramo, lo dotaba de una magia especial, atribuía credibilidad a las leyendas de ninfas y duendes y pintaba con minúsculos pinceles cada rincón. Se sentaron uno frente al otro, ambos ensimismados en el paisaje, sumidos en sus propios pensamientos.

Álvar fue el primero en contemplar la única visión que anhelaba: el perfil de Jimena. Ella contemplaba el horizonte totalmente absorta, y él cedió al hambre para deleitarse con aquel rostro que tanto lo subyugaba.

Una nariz pequeña y ligeramente respingona le confería a Jimena un carácter juguetón y travieso; los altos pómulos le otorgaban un toque regio; los labios llenos de líneas perfectas y color intenso le aportaban sensualidad al semblante; la nívea piel de alabastro, tersa y perfecta, le resaltaba la lozanía y los ojos grandes, almendrados, de espesas y oscuras pestañas rizadas, de iris profundamente azul y mirada penetrante completaban el cuadro más bellamente pintado por Dios de cuantos había visto.

Con gesto cotidiano, todavía ensimismada, se retiró un mechón de la melena y se

lo colocó tras la oreja. Él envidió a aquella grácil mano y acució a la suya propia a perderse en aquel revuelto océano negro de ondas sedosas y fragantes. Le delineó con la mirada la firme línea del mentón, la arrogante barbilla y la frescura de las mejillas, sonrosadas todavía por el esfuerzo. Pero el deseo contenido amenazó con ahogarlo.

Debía distraer la mente, evaporar los tentadores impulsos que lo asaltaban. Rendirse de nuevo habría supuesto no solo una pérdida de tiempo, sino un incremento del dolor por algo que estaba destinado a no ser.

Comprender que ella no sería suya había resultado un duro golpe, pues era improbable que alguien como Jimena lograra cambiar y, por esa misma razón, supo que no entregaría la vida y el alma a alguien de naturaleza fría y manipuladora. Si había sido capaz de entregarse apasionadamente a él entre juramentos de amor al tiempo que le robaba un medallón, el corazón y un castillo, ¿de qué no sería capaz? Y era esa pregunta la que lo separaba de ella.

Decidir fugarse con la mujer que amaba, renunciar a cuanto había sido para, al momento siguiente, alejarse resultaba un arduo trabajo de concentración, contención y repetición, pero dolorosamente necesario. Solo se le ocurrió una cosa para controlar las emociones.

—Déjame ver el cofre —pidió.

Ella lo miró. La belleza de aquellos nostálgicos ojos lo golpeó. La mujer asintió con semblante inmutable y le entregó el saco. De repente, pensó en cómo demonios lograría reprimirse si ella se abalanzaba sobre él; por fortuna parecía distante y apática.

Álvar, deseoso de despegar la mirada de aquel turbador rostro, se centró en abrir el saco y tomar el famoso baúl. Lo examinó con detenimiento; en apariencia el exterior no lo databa en ninguna época en particular, ni en ningún rango social. Lo abrió con cuidado y contuvo el asombro ante la reliquia que contenía.

Aquello no podía ser una garra, era físicamente imposible que un animal poseyera la misma disposición y longitud de huesos que una mano humana, y aquel resto lo parecía. Se inclinó más en pensar que era una mano humana a la que incomprensiblemente habían limado los extremos hasta convertirlos en estremecedoras puntas afiladas. Pero ¿por qué haría alguien algo así? La siguiente pregunta lo turbó más. ¿Había sido afilado en el esqueleto o en el cuerpo aún con vida?

Reprimió un escalofrío y la apartó con aprensiva inquietud. Tomó el cilindro entre las manos y sintió la fría suavidad del metal entre los dedos. Preso de un creciente desasosiego, lo abrió y extrajo el documento. Era un papiro de excelente calidad, la caligrafía era cuidada y estaba escrito en copto, una lengua emparentada con el antiguo egipcio, pero que utilizaba el alfabeto griego más seis o siete caracteres de la escritura demótica. La mayoría de los evangelios estaban escritos en esa lengua. Aquel dato le confería veracidad. Le llamó la atención que la firma estuviera en latín; resultaba obvio que había sido añadida con posterioridad.

Pasó la punta de los dedos por cada línea y se sorprendió leyendo en voz alta:

—“Ellos, sin embargo, estaban entristecidos y lloraban amargamente diciendo: ‘¿Cómo iremos hacia los gentiles y predicaremos el evangelio del reino del hijo del hombre? Si no han tenido con él ninguna consideración, ¿cómo la tendrán con nosotros?’”.



»Entonces María se levantó, los saludó a todos y dijo a sus hermanos: ‘No lloréis y no os entristezcáis; no vaciléis más, pues su gracia descenderá sobre todos vosotros y os protegerá. Antes bien, alabemos su grandeza, pues nos ha preparado y nos ha hecho hombres’. Dicho esto, María convirtió sus corazones al bien y comenzaron a comentar las palabras del Salvador.”

Antes de proseguir, miró a Jimena que, con los ojos extremadamente abiertos, trataba de asimilar aquellas palabras. Tomó aire y continuó:

—“Leví dice a Pedro: ‘Siempre tienes la cólera a tu lado, y, ahora mismo discutes con la mujer enfrentándote con ella. Si el Salvador la ha juzgado digna, ¿quién eres tú para despreciarla? De todas maneras, Él, al verla, la ha amado sin duda. Avergoncémonos más bien, y, revestidos del hombre perfecto, cumplamos aquello que nos fue mandado. Prediquemos el evangelio sin restringir ni legislar, sino como dijo el Salvador’. Terminado que hubo Leví estas palabras, se marchó y se puso a predicar el evangelio según María.”

Aquel párrafo anunciaba claramente que María Magdalena había sido una discípula de Jesús, la más importante. También resultaban obvias las discrepancias entre los apóstoles, seguramente por envidiar el lugar privilegiado de María.

—¿Sabes quién es María de Betania?

Jimena asintió, los ojos le brillaban.

—Ella y María Magdalena son la misma mujer

—No —contradijo él—. Es la hermana de Lázaro, Lázaro de Betania.

—¿En qué basas semejante afirmación?

—En que leí con minuciosidad las escrituras, en particular, el evangelio según San Juan. En la sociedad de Trujillo, cada noche leíamos versículos para desentrañar la verdad oculta. Descubrimos que algunos evangelios se contradecían entre sí y que no coincidían en tiempo ni en las personas que parecían participar. En uno, dicen que María de Betania ungió con sus cabellos los pies de Jesús y, en otro, que aquella que le ungió los pies lo lloraba bajo la cruz. Pero, en ese momento en particular de la crucifixión, la que acompañaba a la Virgen María era María Magdalena.

—Pudo ser simplemente un error, una confusión; eso no demuestra nada —alegó.

Álvar mientras sostenía la apasionada mirada de la mujer.

—No lo es. Creemos, además, que la autoría del cuarto evangelio fue de María Magdalena. Ella era el apóstol principal, el más cercano a Jesús. Y le arrebataron su lugar en la historia, borrarón cualquier vestigio de su importancia, y esa es la prueba.

—¿Y eso qué demuestra, en qué puede perjudicar a la Iglesia el beneficiar al pueblo?

Conocía la respuesta, pero debía tantearla, pues, si sus peores temores se confirmaban y ella abogaba por extender aquella herejía, su destino sería el mismo que el de sus padres.

—Demuestra que la Iglesia miente. Que la mujer es en todo igual al hombre, que tiene el mismo derecho a predicar la palabra de Jesús, que es una parte valiosa de la sociedad y no algo nocivo y pernicioso, un ser inferior, carente de moral y sentido común. Y esa no es la única mentira.

Clavó los cerúleos ojos en él. La indignación la asaltaba y le arrebolaba las

mejillas y le encendía la mirada.

Álvar mostró serenidad y frialdad.

Jimena respiró hondo y citó:

—“Parte un madero, y allí estoy yo; levanta una piedra, y me encontrarás allí”.

Evangelio según San Mateo.

Álvar cerró los ojos; aquella parte del evangelio había sido sabiamente oculta por la Iglesia.

—Otra mentira más —continuó ella beligerante—. El pueblo no necesita asistir a misas para acomodar sus vidas al temor que les infunden los oficios, visitar los templos para hablar con Dios, llenar las arcas de sus dignatarios para obtener el perdón divino. Todo es una falacia orquestada con inteligencia por un solo motivo: el poder. Esa mísera ambición se ha cobrado miles de vidas, ha condenado a las mujeres a una vida de opresión, sometido a los hombres bajo sus preceptos con amenazas de fuego eterno y condenas varias. La biblia es un libro manipulado que, bajo parábolas simbólicas, hablan de una única verdad. Parábolas malinterpretadas intencionadamente para mantenernos en una conveniente ceguera. Pero unos pocos hemos abierto los ojos a esa verdad, y es nuestro deber transmitirla.

Álvar cerró los ojos un instante. El corazón le atronaba en las sienes; lo que tanto temía cobraba forma.

—¿Y cuál es esa verdad?

—No hay más dios que el que mora en nuestro interior, y es un dios comprensivo y bondadoso.

Tragó saliva ante el impacto de aquellas palabras. Nadie mejor que él conocía los secretos de la Iglesia, secretos que lo avergonzaban y que le zarandeaban la fe. Secretos por los que había batallado encarnizadamente y, aunque la verdad que clamaba Jimena le había latido tímida en el pecho, no podía permitir que ella muriera por algo imposible de conseguir, a pesar del papiro que tenía en las manos.

Inclinó la cabeza y posó los ojos en el último párrafo. Lo leyó en silencio. Aquella revelación lo dejó atónito. Dobló con parsimonia el pergamino y contuvo las emociones que lo sacudían como un furioso viento del norte al ondear un estandarte que rasgaba con violencia el tejido con su ímpetu y convertía en jirones cuanto había sido su vida.

Si compartía con Jimena el contenido de ese último párrafo, nada la detendría. Admiró el coraje, arrojo, generosidad y capacidad de sacrificio de la muchacha. Vio en sus ojos que estaba dispuesta a todo, pero esa misma pasión que le iluminaba el semblante le impedía ser realista y objetiva.

—Una piedra no mueve un molino —musitó él en un intento por ser él ahora quien le abriera los ojos.

—Sin embargo, una piedra que rueda pone en movimiento a otras piedras en el camino.

Se abalanzó sobre él con una desgarradora súplica pintada en el rostro, le tomó las manos y lo miró con intensidad.

—¡Ayúdame, te necesitamos! Sé nuestro paladín. Durante años has peleado en el lado equivocado y defendido la mentira. En tus manos tienes la verdad, derrocaremos una institución dañina y corrupta; devolveremos el poder al pueblo.

Álvar se perdió en aquellos hermosos ojos, deseó ayudarla, pero lo que ella le proponía era tan solo una quimera.

—Dices poder librar a la gente de la ceguera, y yo te creo; podrías, sí, si ellos te lo permitieran. Pero no lo harán. Podrás mostrar este evangelio, explicar el de Juan, el de Mateo y el de Marcos, pero no te escucharán. La Iglesia te perseguirá, serás apresada por herejía y condenada a la horca. Tu misión se perderá en la nada, tu sacrificio, como el de tus padres, sería vano. No tienes ningún poder sobre mentes que han sido limpiadas desde el nacimiento, son ovejas sumisas que, temerosas, siguen al pastor. Un pastor que lidera hace siglos el mismo rebaño, con miedo, sí, pero también con promesas de vida eterna. Un pastor poderoso contra una mujer que ha descubierto un papiro. Te arrebatarán este documento y dirán que eres sierva del demonio que tienta el corazón de los hombres para desviarlos del verdadero camino. No tienes ninguna posibilidad y, aunque no lo creas, lo lamento de veras. Una verdad incómoda es fácilmente convertida en mentira.

Jimena, compungida y desilusionada, se apartó de él.

—Una mentira, por el solo hecho de prevalecer largamente en el tiempo, no se convierte en verdad —murmuró derrotada.

—No —convino—. Las escrituras dicen que la luz prevalecerá sobre las tinieblas. Tu corazón ha visto la luz y se guía por ella, vive con esa dicha en lugar de morir por intentar alejar las tinieblas de los demás. Nadie te dará las gracias, créeme.

La tristeza invadió a Jimena, la desesperanza y la decepción la sumieron en una apatía que lo conmovió. De nuevo se recostó en la roca y observó, imperturbable, cómo la noche caía sobre ellos.

Álvar deseó tomarla en sus brazos, acunarla, llenarla de besos y arrumacos; en lugar de eso, apretó con fuerza los puños y desvió la mirada. Tenía que pensar; ese descubrimiento lo abotargaba.

Las dudas surgidas en las interminables horas de lectura de los evangelios, dudas impelidas por el extenso conocimiento en la religión y las costumbres judías, se veían ahora confirmadas. Jesús era un rabí, un maestro. Y todo rabí en Jerusalén tenía una obligación, la de casarse.

En su mente empezaban a encajar las piezas que habían flotado en una laguna mental durante años. Ahora comprendía la indisposición de los apóstoles contra el discípulo amado, y la cercanía de Lázaro con Jesús.

Cerró los ojos. Los caracteres coptos le acudieron a la mente, suspendidos en una niebla luminosa. El último párrafo flotó ante él y lo rodeó implacable; sobre todo, la última línea.

“Yo, María, amada esposa de Jesús.”

Más de mil años para borrar a una persona de las escrituras, arrebatarle valor a la figura femenina y transfigurar el mensaje de que Jesús estaba en todas partes para reconducir a millones de personas a templos bajo el poder de unos pocos.

Y, a pesar de eso, supo que la verdad solo traería más guerras y caos. Todavía no era el momento, y deseó con todas las fuerzas que algún día lo fuera. Se haría justicia, se restituiría a María Magdalena su lugar en la historia, de eso no tuvo ninguna duda, pues por mucho que la verdad se ocultara, emergería una y otra vez.

Aquella verdad, sería la estocada definitiva, pero solo cuando la Iglesia flaqueara

ante sus fieles, no antes.

—¿Qué querrá ese hombre? —murmuró Jimena, en apenas un hilo de voz—.

¿La garra o el evangelio?

—Me temo que los evangelios no interesan a un nigromante.

Entonces Jimena lo miró con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿por qué están juntos objetos tan dispares?

—Solo encuentro una explicación: que hayan confundido la garra con la reliquia de algún santo. Seguramente fueron encontrados en el mismo lugar, o por los menos muy cerca; puede que en el norte de Egipto.

—Y, ¿por qué te importa mi vida cuando has decidido alejarte de mí?

Álvar la miró, ella le sostuvo la mirada, expectante.

—Que haya tomado esa decisión no implica que haya logrado matar mis sentimientos; ni siquiera sé si seré capaz algún día.

El deseo por echarse en sus brazos la abrumó, lo vio con tanta claridad como si el deseo le hubiera salido de los labios. Inmediatamente, Álvar bajó la cabeza para romper de ese modo el peligroso vínculo que los unía; ese deseo latente por fundirse uno en el otro.

—Duerme un rato —aconsejó—. Antes de que amanezca estaremos en Salvatierra.

Vislumbraron las murallas cuando el velo de la noche se deslizaba lánguido hacia su guarida. Jimena apenas se tenía en pie: se encontraba en un estado físico y anímico lamentable, en cambio, Álvar mostraba una fortaleza y tesón admirables, a pesar de que debía de encontrarse extenuado y dolorido.

Lograron alcanzar el peñasco de la muralla este, por donde había descendido con Yarmun. A esas horas era arriesgado alcanzar la cima, pero Álvar debía dejarse ver por la guardia de las almenas. Era la única manera de que les abrieran el portillo.

Cuando alcanzaron la cumbre, Álvar miró hacia el campamento almohade. Abrió los ojos con asombro, se quitó la capa con premura y la agitó sobre la cabeza con una mano mientras silbaba con fuerza. La urgencia hizo que Jimena mirara hacia atrás. Contuvo el aliento cuando atisbó un nutrido grupo de jinetes musulmanes que se dirigía hacia ellos.

—¡Dios mío, nos han descubierto! —exclamó asustada.

—Por fortuna no son los únicos. —Álvar le tendió la mano para ayudarla a descender—. Sé que estás agotada, pero tendrás que correr como nunca lo has hecho.

Jimena asintió temblorosa.

El templario le pasó fugazmente la punta de los dedos por la mejilla y forzó una sonrisa.

—Eres mi igual, no lo olvides.

Y, como si un ejército de demonios hambrientos los persiguieran, corrieron veloces forzando sus cuerpos hasta lo indecible. Sentía los pulmones como dos brasas candentes, los músculos restallaban en punzadas dolorosas con cada zancada, el corazón bombeaba a un ritmo alocado y les golpeteaba violentamente en el pecho. Parecía que la muralla nunca acababa, como si el maldito portillo hubiera desaparecido como por arte de magia.

Los acelerados cascos de unos caballos se aproximaron peligrosamente. Apretó los dientes, pegó los codos a los costados e imprimió velocidad a las piernas. Álvar, que ganaba terreno, se volvía constantemente a mirarla con preocupación.

Silbidos cortantes surcaron el aire; supo que la guardia los cubría disparando flechas con las ballestas. De repente, Álvar frenó de golpe, la tomó de la mano y la impulsó hacia delante casi tirando de ella.

Por fin, llegaron al portillo. Martín, su hombre de confianza, abrió la puerta. Un último empujón, y entraron en tromba al castillo. Álvar se tiró al suelo, ahogado en jadeos; ella se agachó en cuclillas con la boca abierta para intentar llenar los pulmones de aire.

—Estás convirtiendo en una costumbre esto de entrar a la carrera —bromeó Martín divertido.

—Solo que, esta vez, tendrás que ayudarme a levantarme —repuso con la voz entrecortada.

Bañada en sudor, sofocada pero aliviada, Jimena se incorporó y exhaló profundas bocanadas de aire mientras cerraba los ojos y pensaba en Mencia. Alzó la mirada; desde allí no veía la torre del homenaje. A su mente acudieron las indicaciones del nigromante. Debía atar un pañuelo a la ventana ese día al cernirse el

ocaso.

—No lo harás sola.

Álvar, que parecía leerle los pensamientos, se incorporó con esfuerzo.

—Si te entrometes, todo puede malograrse.

Se acercó a ella con decisión; aquella mirada felina amenazaba tormenta.

—Pues le haremos creer que estoy al margen.

—Es demasiado peligroso —replicó ella.

—Lo peligroso es aceptar sus condiciones cuando sabemos que quiere tu vida.

¿O piensas ofrecérsela?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿he de suponer que tienes un plan?

Jimena se mordió el labio y desvió la mirada.

—Bien, veo que no. Me necesitas y lo sabes.

Martín carraspeó forzosamente. Ambos lo ignoraron.

—Pero él... —insistió ella.

—No hay peros, hemos de trazar un plan. ¿Cuáles fueron sus indicaciones?

Jimena respiró hondo.

—Solo mencionó que atara un pañuelo a mi ventana al ocaso y que lo aguardara en los sótanos.

Martín, que los miraba con extrañeza, alzó una mano para interrumpirlos.

—Creo que debo informaros de algo.

Ambos lo miraron con fijeza. Álvar alzó las cejas expectante.

—Hemos capturado al nigromante.

Jimena abrió la boca con incredulidad; Álvar exhaló un suspiro sorpresivo.

—¡Por Cristo Redentor! ¿Quién es? —inquirió el templario.

—No lo creerás.

—¡Habla! —urgió ella.

—Guillén de Montcada.

Jimena se llevó la mano al pecho.

—¿Cómo... qué... ha pasado?

—Hace dos noches hubo otro asesinato —respondió—. Lo descubrimos al salir de las bodegas con las manos ensangrentadas.

—¡Santo Dios! —murmuró Álvar boquiabierto.

Jimena, trémula, se acercó a Martín; estrujaba las faldas entre las manos.

—¿Qui... quién es la víctima? —tartamudeó con terror mientras trataba de contener la respiración.

—Petronila —contestó—; su esposo está destrozado.

Jimena soltó el aire a pesar de la devastadora noticia. Petronila era una mujer joven y dulce; lamentó aquella pérdida y compadeció al pobre Marcial. Álvar ya cruzaba la arcada que llevaba al patio de armas cuando la mano de Martín se le cerró en el brazo.

—Hay... algo más.

Ambos contuvieron nuevamente la respiración. Jimena sintió que el corazón le comenzaba a galopar en el pecho con tanta fuerza, que temió que se le escapase.

—Cuando se supo, el pueblo se sublevó, montó en cólera, y quisieron ajusticiar

a Guillén. Tuvimos un enfrentamiento bastante lamentable. Desde entonces, todas las almas del castillo se han aglutinado en la capilla. Creen que los señores del castillo han sido enviados por Satanás, que conspiran contra Dios mediante rituales de magia negra. —Miró con preocupación a Jimena—. Te creen cómplice de tu esposo, están soliviantados y aterrados. Deberías permanecer oculta para tu protección.

Jimena intentaba asimilar la información al tiempo que el estómago se le revolvía y amenazaba con contraerse en espasmos.

—Pero, ¿y Mencia? ¿Ha sido encontrada?

Martín la miró con asombro.

—¿Mencia?

Jimena se abalanzó sobre él y lo tomó por los hombros.

—Dime que está bien, dime que me espera. —Su voz adquirió un tono agudo alarmante, el pavor la sacudió y le secó la garganta.

—Yo... no sé... No la he visto. Imagino que estará en la capilla con los demás.

Álvar la tomó de la cintura y la volvió hacia él.

—Calma, estará bien.

—Ve a buscarla y dime que está bien.

—Lo haré si prometes esconderte.

Jimena asintió; temió perder el control y decidió calmarse; nada solucionaba al dejarse arrastrar por la histeria.

—El problema es: ¿dónde?

Álvar miró a Martín con el ceño fruncido, intentaba solventar el problema.

—En mi celda —anunció. Martín lo miró reprobatorio—. Yo dormiré en la contigua —agregó.

—Debéis aprovechar el cambio de la guardia para adentraros en las dependencias militares sin ser vistos —aconsejó Martín.

Álvar la tomó de la mano y la arrastró con velocidad, aunque furtivamente, por el patio hasta la escalinata del nivel superior. Pasaron dos arcadas y giraron a la derecha. Allí estaba el establo, pero en su lugar había un amasijo de maderos y paja. De pronto, como un fugaz relámpago que abre los cielos, acudió a su memoria su hermosa yegua. Miró inquisitiva a Álvar, y él negó con la cabeza. Adoraba a ese caballo, lo había criado y lo había domado personalmente; sintió como si le hubieran arrebatado un ser querido; de hecho, lo era.

Subrepticamente accedieron al edificio anexo, el de la guardia. Escuchó lamentos, toses y ronquidos, también oraciones susurradas, seguramente plegarias. Por fin, llegaron a la celda de Álvar.

Decir que era austera era decir mucho. Tan solo un camastro, un cofre y un crucifijo la adornaban. No había ventanas. Una temblorosa vela apenas los iluminaba.

Jimena se sentó en el camastro y, entonces, pareció como si el peso del mundo le hubiera caído sobre los hombros. A sus pies se abría un abismo que amenazaba con tragarla sin piedad. Cerró los ojos en un fútil intento por contener la congoja. El llanto llegó, y lo dejó correr, deseó que con las lágrimas partiera algo de la pesadumbre que sentía. Álvar se arrodilló frente a ella, le tomó el rostro entre sus grandes y callosas manos y la obligó a mirarlo.

—No permitiré que nada te ocurra —susurró con infinita ternura—. Saldremos

de aquí, te lo prometo; te sacaré de este infierno si en algo estimo mi valía.

Se sumergió en la plateada y penetrante mirada del hombre que amaba y se vio correspondida en la misma medida. Su corazón se encogió más si cabía.

—Aquellos a quienes amo terminan por dejarme. La fatalidad los arranca de mi lado, como si me persiguiera una maldición. Temo amar como temo a la soledad y, sin embargo, no hay nada que pueda hacer excepto alejarlos de mi lado.

—En verdad —comenzó Álgvar con expresión dulcificada y voz cálida y melodiosa—, tu destino ha sido ingrato, pero no cargues además con toda la culpa.

Le pasó los dedos por la mejilla con una delicadeza y dedicación estremecedoras.

—Como bien sabes, podría haber obrado de distinto modo.

Los ojos de Álgvar se posaron en sus labios, que parecieron despertar en reclamo de alivio. Un hormiguelo los recorrió, los humedeció casi sin darse cuenta, y la mirada del hombre brilló.

—Ciertamente —convino—, pero errar es humano, y en el arrepentimiento se halla el perdón. Además —hizo una pausa en la que se deslizó la mano tras la nuca para enredarse los dedos en la melena—, haber sido objeto de tu amor bien merece las penurias venideras.

—Álgvar... —gimió ella, presa de un anhelo que la flagelaba.

—Shh... sé lo que quieres, es lo mismo que me desgarras a mí.

Y entonces le apresó con fuerza la nuca y la atrajo hacia su boca abierta. El beso fue brutal, como dos tormentas deseosas de descargar su furia. El hambre acumulada, el miedo a perderse, el dolor, la frustración por reprimir aquello que sentían los sepultó bajo la losa de una pasión huracanada.

Álgvar la devoraba, le exploraba la boca, le succionaba la lengua, le mordía los labios y ella otorgaba el mismo favor con la misma desesperación. Parecían no saciarse nunca, por el contrario, el hambre crecía. Jimena atrapó los largos y suaves cabellos del hombre entre las manos y los apretó con fuerza. Álgvar la abrazaba y manoseaba hoscamente.

Ella se apretaba sinuosa contra él, deseaba fundirse en su cuerpo, solo así encontraba solaz: al ser parte integrante de sí misma. No solo era atracción física, no; era algo más vital, más primario, era como si su alma incompleta hubiera hallado un soporte, una razón, un final, todo. La tormenta declinó, y lograron separarse. Jadeantes se miraron arrebolados y casi asustados por lo que sentían.

—Me temo que es inútil luchar contra esto —comenzó él— mientras te tenga cerca.

—¿Crees que la distancia nos ayudará?

Pareció meditar un instante y, a continuación, musitó:

—No lo sé, rezaré para que así sea.

—Tus rezos serán vanos —vaticinó.

Álgvar le dedicó una media sonrisa arrebatadora. El hoyuelo se le expandió, los gatunos ojos grises centellearon.

—Si lo son, te buscaré hasta en el más recóndito lugar de este mundo.

—No dejes que me vaya entonces.

—Tenerte cerca obnubila y abotarga mis sentidos, señora mía; apenas soy capaz de discernir si es de día o de noche.



Fue ella la que sonrió.

—No soy la única culpable de eso, templario; el cansancio que sientes te confunde, sin duda.

Álvar sacudió la cabeza con energía, le costaba tener los ojos abiertos.

—Duerme mientras yo me ocupo de todo, te mantendré al tanto.

Jimena le acarició la mejilla.

—Lo intentaré, mas eres tú quien debe entregarse a los brazos de Morfeo; apenas te mantienes en pie, mi ángel guardián.

—¿Sabes? Desde la primera vez que te vi, me inspiraste un fuerte instinto de protección. Mi destino, sin duda, es este.

—Y, el mío, amarte.

Álvar la miró largamente; la emoción lo embargó. Se puso en pie y salió de la celda.

\* \* \*

Tras dormitar algo, se puso en pie y se frotó la cara con energía. Le dolía hasta el alma. Salió al patio y se lavó someramente con agua fría. Algo más reanimado, fue a buscar un contundente almuerzo que silenciara las ruidosas exigencias de su estómago. Comió con voracidad bajo la atenta mirada de sus hombres.

—A este paso, nos obligará a salir otra vez de excursión —murmuró Bernardo con sarcasmo.

—Ni hablar, prefiero comer piedras antes que salir ahí fuera.

Los hombres rieron jocosos.

—No quedan piedras, se las hemos lanzado a los almohades; tendrás que darle bocados a los muros —bromeó Durán.

—En ese caso, rendiré el castillo en favor de mi dentadura.

—Tendrás que rendirlo de todos modos —intervino Martín—, la situación es ya insostenible.

—Ya lo había pensado, y lo haré —admitió Álvar—, pero cuando todo esto se aclare. He de interrogar a Guillén y calmar las aguas.

—Ambas cosas te serán difíciles, hermano mío: ni Guillén quiere hablar, ni las aguas se calmarán; más bien, al contrario. Ese condenado clérigo se dedica a caldear los ánimos con infames letanías.

—¡Maldito Ambrosio! Ese hombre está trastornado; ha estado incordiando desde que llegamos, hay que poner en su sitio a ese fanático.

—Todo tuyo, yo solo tengo ganas de pegarle un puñetazo —confesó Martín.

—Bien. —Álvar se sacudió las migas y se puso en pie—. Primero interrogaré a Guillén, luego me ocuparé del padre Ambrosio.

—Tal vez, si lo entregamos al pueblo, se apacigüe el ánimo popular —aventuró Durán—. Lo que le hizo a esa pobre muchacha no tiene nombre.

—Imagino que fue similar a lo de Isabel —musitó Álvar.

—Fue peor, se cebaron con ella, tuvimos que enterrarla deprisa. No permitimos que nadie la viera, excepto su esposo, no pudimos detenerlo. El pobre Marcial perdió la cabeza. Nunca vi un hombre tan roto.

Álvar tragó saliva. A pesar de sospechar de Guillén, todavía le costaba aceptar que fuera capaz de semejante atrocidad.

—No hay tiempo que perder.

Salió rumbo a los calabozos. Lo encontró tumbado en el jergón, boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho como los antiguos faraones egipcios. Miraba al techo, imperturbable, ausente por completo de cuanto lo rodeaba, perdido en su propio mundo.

Álvar lo llamó, no obtuvo respuesta. Alcanzó la llave y abrió la reja. No le dejaba otra opción. Se inclinó sobre él, lo alzó de la pechera de la chaqueta y lo sacudió como si fuera un muñeco de trapo.

—¡Maldita bestia inmundada!

Le propinó un tremendo puñetazo; se habría desplomado si lo hubiera soltado.

—Confiesa o te entregaré a la plebe. ¿Qué pretendías? ¿Para que querías el cofre? —amenazó.

Guillén pareció despertar del letargo, lo miró con extrañeza y se pasó la lengua por la ensangrentada comisura de la boca.

—¿Dónde está mi esposa?

—Lejos de aquí, a salvo de tu locura.

—Gracias a Dios.

Álvar lo sacudió de nuevo.

—¡Habla, miserable!

—No fui yo, me tendieron una trampa.

El templario pegó la frente a la del hombre y lo fulminó con la mirada.

—Tenías las manos ensangrentadas, te sorprendieron cuando escapabas.

Guillén negó frenético con la cabeza, su rubio y lacio cabello le cayó descuidado sobre los asustados ojos.

—¿Has preguntado a tus hombres qué hacían allí? —inquirió trémulo—. Estoy seguro de que fueron alertados por la misma persona que me citó en la bodega.

Álvar lo soltó, Guillén se derrumbó sobre el camastro; estaba pálido y temblaba.

—¿Conservas la nota?

—Yo... creo que la dejé en mi biblioteca. Dios... —Hundió el rostro entre las manos, sus hombros se agitaban—. Aquella mujer... —Hizo una pausa, parecía realmente afectado—. Le arrancaron los párpados... Yo solo quería cubrirle la cara, tropecé y ¡Dios mío! Caí sobre ella. —Ahogó un sollozo, se pasó las manos por la alborotada melena y cerró los ojos para recomponerse—. Toda esa sangre, yo nunca imaginé...

—¡Basta! —exclamó Álvar—. No hay pruebas que puedan salvarte el pellejo, incluso, si hallamos la nota, no será suficiente para exculparte. Siempre sospeché de ti.

Guillén abrió los ojos sin poder salir del asombro.

—De lo único que soy culpable es de estar casado con la mujer que deseas.

Álvar le sostuvo la acusadora mirada, los vidriosos ojos verdes de Guillén chispearon con furia.

—Sí, qué conveniente quitarme de en medio, ¿verdad? —escupió con el rostro desfigurado en una mueca de amargura—. Y, mientras tanto, un peligroso asesino campa a sus anchas por el castillo. Fuisteis vosotros quienes saqueasteis tumbas en Tierra Santa más allá de los grandes desiertos de Oriente. Vosotros trajisteis ese libro de Antioquía y la garra de Jerusalén, despertasteis el mal que ocultaba. El Grimorio de

San Cipriano está repleto de invocaciones para despertar al mal: solo necesita la garra para completar el hechizo.

Álvar sintió como si lo hubieran golpeado.

—¿La garra?

Guillén volvió a hundir el rostro en sus manos ahuecadas. Los hombros hundidos mostraban su aflicción, su terrible abatimiento.

—¿Cómo demonios sabéis todo eso?

—Colecciono viejos manuscritos, tratados y libros de todo el mundo. Hace unos años, durante uno de mis viajes a Wessex, adquirí los tratados médicos de Galeno e Hipócrates. El mercader me ofreció un ajado diario que había pertenecido a un templario prófugo. En él, narraba el descubrimiento de aquel libro y contaba cuanto sabía de él, parecía muy versado en magia negra. También mencionaba el vínculo con una garra que había sido propiedad del rey Saúl, convertido en una bestia, y que ambos elementos eran necesarios para la invocación de Adonay. Por eso, supe interpretar el pentáculo, pero el inverso. Solo soy culpable de mi sed de conocimiento y de mi hambrienta curiosidad. Acabo de aclarar todas tus sospechas.

Aquello explicaba prácticamente todas sus suspicacias, excepto una.

—¿Por qué permanecías despierto todas las noches hasta altas horas?

Guillén lo miró con dolor. La implicación de aquella pregunta mostraba con claridad el grado de complicidad que tenía con Jimena. Los labios le dibujaron una sonrisa cínica en el rostro.

—Nunca bebí esos brebajes. Conozco a la perfección las propiedades de las plantas. Mi dulce esposa creía engañarme, y yo la dejaba pensar que era más inteligente que yo. —Hizo una pausa en la que se contempló los largos dedos de la mano mientras los abría y cerraba—. Pude haberla matado innumerables veces y no lo hice. Aunque he de confesar que, en ocasiones, ganas no me faltaron. Sin embargo, el corazón se impuso a pesar de conocer sus defectos, su fría manipulación, aquella estúpida misión. La dejé hacer, pues no me molestaba en mis coqueteos con la alquimia. —Entornó los pequeños y tristes ojos apagados y de nuevo sonrió con acritud—. Practico la alquimia, eso hacía por las noches.

Álvar creyó escuchar los resortes de su cerebro colocar las piezas en los lugares correctos. Escudriñó el rostro del hombre y, de algún modo, supo que no mentía.

—Creo que tienes un serio problema, monje, aunque sin duda menos grave que el mío.

Ya se marchaba, cuando Guillén lo detuvo en seco con una pregunta inesperada:

—¿La amas?

Álvar se volvió a mirarlo, pero no contestó.

—¿La amas lo suficiente como para dejar la Orden, abandonar tus creencias, entregar incluso la vida por ella?

Guillén clavó sus acuosos ojos en él como intentando indagar en su alma.

—Vaya, veo que tenemos algo en común, con una salvedad a tu favor; que te corresponden.

Álvar sintió su amargura, su decepción y su desesperanza. Fiel reflejo del hombre que camina al cadalso con el convencimiento de una muerte pronta y agónica. Lo compadeció. Siempre pensó que cada hombre elegía su destino, no obstante ahora

comprobaba que también el destino elegía a los hombres, otorgaba gracias y arrebatava bondades.

—No te apenes por mí —murmuró cuando leyó con acierto su rostro—. Un hombre no puede perder lo que nunca tuvo.

—Si descubro que eres inocente, te liberaré.

—Siempre temí este final para mí. ¿Qué otro destino puede aguardar a una vida llena de ocultismo y experimentación? Vivir al otro lado de la sociedad y la religión no es fácil, y conlleva un precio. Lo que resulta irónico es pagarlo por algo tan inesperado.

Álvar abandonó las mazmorras como si el corazón se le hubiera emplomado. Sentía su peso tirando de él ominosamente hacia un pozo inmundo y maloliente. La sensación de angustia se acrecentaba a cada paso. Nunca había estado tan perdido y necesitado de consejo.

Había un verdugo entre ellos, un nigromante depredador desesperado por completar un ritual maléfico. Y no tenía la más mínima idea de quién podía ser. Deseó poseer el don de la clarividencia, deseó ser iluminado por el Creador hacia una señal indicativa, una pista, algo que lo sacara de la negrura que lo invadía. Jimena estaba en grave peligro, y solo se le ocurría una cosa. Él tenía lo que ese hombre ambicionaba; entonces, sería ese el cebo para encontrarlo.

Maduró aquel pensamiento mientras caminaba meditabundo hacia la capilla. Mucho antes de llegar, acudieron a sus oídos decenas de voces que susurraban al unísono con una cadencia rítmica y tono sombrío, como el arrullo lejano de una ola que avisa de su llegada inminente. Por algún motivo sintió un escalofrío, apretó los puños y atravesó los portalones. El arrullo creció y rompió en la arena bajo los pies.

Ver a casi toda la congregación en actitud oratoria, repetir salmo tras salmo, inclinar la cabeza en una siniestra sincronía, como una marea que se alza peligrosamente contra un abrupto acantilado, le puso los pelos de punta.

La marea creció en intensidad y violencia ante los vociferados rezos del infame acólito que los incitaba. Ambrosio de Nimes estaba en trance. Sus vacuos ojos, de un azul tan pálido que parecía desprovisto de color, parecían mirar dentro de sí, preso de un paroxismo febril.

Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, los brazos estirados hacia el techo, y de sus finos y arrugados labios emanaban siniestras y horripilantes frases que evocaban el infierno y a las almas que allí se retorcían presas de torturas escalofriantes. Luego mencionaba una plegaria a Dios y de nuevo regresaba con perversidad a aquellas aterradoras descripciones del averno.

Álvar, completamente anonadado, indignado y asqueado, avanzó con decisión hacia el altar para enfrentarse con el clérigo.

—¡Deteneos! —gritó colérico—. Parad esta infamia, esta absurda locura.

Entonces el anciano recuperó la consciencia y lo taladró con la mirada. Le pareció percibir una débil y triunfal sonrisa en su semblante, lo que lo desconcertó. De pronto se sintió en peligro; su instinto no solía fallar. Se puso alerta y empuñó con cautela la espada.

—¿Locura decís? —comenzó el padre—. ¿Consideráis locura rezar al Creador, pedir por nuestros pecados, cobijarse en la casa de Dios en busca de consuelo? —

Desvió su airada mirada hacia la congregación y se dirigió a ellos—. Pero ¿qué podemos esperar de un sacrílego inmoral, un monje profano que traiciona vilmente las vestiduras, incapaz de controlar la lujuria?

Álvar observó a la gente que asistía y fruncía los ceños con disgusto. Estaba consiguiendo su propósito: indisponerlos contra él.

—¿Estáis dispuestos a pagar los pecados de los señores que os gobiernan, o los detendréis en favor de la salvación de vuestras almas?

La muchedumbre comenzó a alzarse con cólera. Los susurros eran ya quejas y exabruptos agraviados. Varios hombres rudos, de dimensiones importantes, salieron al pasillo para interceptarle el paso.

—Hay que arrancar al mal de raíz, hijos míos, sin contemplaciones ni miramientos, sino enérgicamente y con decisión. Ellos son la mala hierba que ha emponzoñado una tierra pura y fértil, una tierra que tenemos que sanar, Dios os lo pide.

Álvar retrocedió hacia el altar, desenfundó la espada y la alzó a modo de protección.

—¡Callaos, Dios no pide la sangre de nadie! —gritó a pleno pulmón.

Pero Ambrosio de Nimes continuaba en el púlpito con un único objetivo: él.

—Dios está colérico ante vuestra pasividad —gritó enardecido—. Mirad a vuestro alrededor, os manda tragedia tras tragedia. ¿Qué más necesitáis para despertar? Tan solo hay dos caminos en la vida de un hombre: consentir la maldad o enfrentarla. Satán reina en este castillo, ellos le abrieron las puertas, es hora de luchar y de expulsar el mal.

El primer hombre saltó sobre él seguido del resto. Álvar lanzó una patada y lo golpeó en el pecho. Del impulso hacia atrás derribó a sus compañeros, que cayeron uno tras otro sobre las losas del pasillo. Las mujeres gritaron, los niños lloraron y la totalidad de los hombres allí reunidos saltó frenéticamente sobre él. El lugar se convirtió en un pandemónium enloquecedor.

No quería derramar la sangre de nadie y, al ver que su espada no amedrentaba a ninguno de los presentes, la enfundó y comenzó a retroceder mientras golpeaba a diestra y siniestra para quitarse a los hombres de encima. Caminaba hacia atrás de forma progresiva, esquivaba golpes y también los propinaba, pero, a pesar de su bravura y experiencia, fue rodeado y derribado.

Lo superaban en número de manera bastante desequilibrada a su parecer, casi una veintena de hombres enloquecidos lo golpearon y patearon con violencia, como poseídos por una ira aterradora que les enrojecía los rostros y les desfiguraba las facciones; si había algún demonio en el castillo, sin duda, se encontraba dentro de ellos.

Estallidos de dolor continuo le recorrieron el cuerpo, tensó cada uno de los músculos y apretó los dientes. Se enroscó de costado, se protegió la cabeza con los brazos cuando escuchó varios gritos que provenían de la entrada. Milagrosamente los golpes cesaron.

La maraña de cuerpos que había sobre él se diluyó, y Álvar logró mirar por debajo del codo izquierdo. El pasillo se abrió ante él y vio a Martín espada en mano que avanzaba con paso decidido como Moisés con su vara abriendo las aguas del Mar

Rojo para que pasara el pueblo de Israel. Álvar suspiró aliviado y se puso de pie; a ese ritmo su cuerpo entero rivalizaría en tono con una ciruela madura.

—Entre extenuantes carreras y continuas palizas, vas a conseguir convertirte en el mártir de la Orden.

Martín le sonrió sin dejo de diversión en la mirada.

—En mártir, no sé; pero en víctima, te aseguro que lo intentan.

Tras él, un numeroso contingente de guerreros templarios apuntaron las espadas contra la muchedumbre amansada. Álvar miró en derredor para comprobar lo que suponía: Ambrosio había desaparecido.

—¿Bloqueasteis el portillo de su celda?

—Clavamos maderos a él. Nadie puede entrar ni salir de esos pasadizos.

—Tenemos que capturar a ese condenado clérigo.

Martín asintió y observó a la gente arremolinada en la entrada contra los muros. La enajenación se había tornado miedo.

—Será mejor encerrarlos por grupos en las celdas, también por su protección — propuso.

—De acuerdo —convino Álvar—, pero que sean atendidos decentemente, pon varios guardias a su cargo.

—Ahora busquemos a Ambrosio, entreguemos este castillo y larguémonos tan lejos como podamos de esta pesadilla.

Álvar negó con la cabeza con expresión circunspecta.

—Esto no ha acabado —susurró—, el nigromante sigue libre.

Martín abrió los ojos con asombro, tragó saliva e inclinó la cabeza hacia arriba. Contempló los arcos de medio punto que sujetaban las bóvedas sobre sus cabezas, cerró los ojos y resopló con hastío.

—De todos los infiernos que hemos compartido, este empieza a preocuparme.

Esta vez fue Álvar quien rio.

—¿A ti? Pero si este es mi infierno particular —replicó con mordacidad.

Martín le echó el brazo por encima del hombro y lo sacudió animoso.

—Allí donde tú estés, hermano mío, estaré yo. Y, ahora, cuéntame tu conversación con Don Guillén de Montcada. No te preocupes por ese viejo loco, sin rebaño que manejar, el pastor pierde su mando.

—Aun así, no subestimes una semilla seca; con tan solo una gota de lluvia, puede revitalizarse lo suficiente para convertirse en una planta monstruosa.

—La única gota que va a recibir será la de la extremaunción.

—Mencia no está entre ellos —comentó Álvar—. Debemos registrar hasta el último rincón del castillo y encontrarla. Maldita sea, no puede haber desaparecido.

—Puede que sí, ya todo es posible.

Despertó sobresaltada y sudorosa. Había tenido una pesadilla abominable: había visto el cuerpo de Mencia ensangrentado y sin vida cubierto por una etérea mortaja que se le pegaba viscosa al cuerpo.

Había perdido por completo la noción del tiempo. La débil luz de la vela mantenía el reducido habitáculo en penumbras, y el ambiente se notaba cargado y espeso, asfixiante. Necesitaba aire fresco, luz natural y respuestas.

Se levantó del jergón y caminó inquieta de un lado a otro. Se acercó a la puerta y pegó la oreja a la áspera rugosidad de la madera.

Le pareció escuchar pasos, tal vez se tratara de algún soldado en el cambio de turno. La caminata se detuvo justo frente a la puerta. Jimena tragó saliva nerviosa, si hubiese sido Álvaro, habría entrado sin dilación.

Aguardó a que los pasos retomaran el camino, sin embargo, y para su angustia, lo que escuchó fue una respiración agitada. Permaneció inmóvil, sentía la sangre bullir acelerada por las venas. Llevó la mano a la empuñadura de la espada corta que llevaba en el cinto sobre las caderas e instintivamente miró el saco que contenía el cofre al fondo del cuarto.

De repente, llamaron con timidez a la puerta. Ella casi dio un salto del susto. Retrocedió y desenfundó la espada con el corazón que se le salía por la boca.

—Abridme, señora, soy Damián, me envía Álvaro.

Jimena no contestó. Ese hombre ya había intentado sobrepasarse con ella, y ni loca le abriría la puerta.

—No pienso abrir —contestó tajante.

—Solo vengo a informarle que ya no corre ningún peligro. Los amotinados están en las mazmorras, puede salir cuando guste. Álvaro y sus hombres buscan al padre Ambrosio. Hizo una pausa y a continuación agregó con voz dolida:

—No imagináis cuánto lamento vuestra desconfianza.

Jimena escuchó que los pasos se alejaban. Siguió sin moverse. No podía saber si decía la verdad. Pensó que lo más sensato sería esperar a Álvaro, así que se sentó en el camastro. Sentía náuseas y hambre al mismo tiempo, además de un desasosiego persistente. Para colmo de males, estaba sedienta y le dolía la cabeza. Se recostó contra la pared y cerró los ojos, quizá lograba dormir un rato.

Pero ¿por qué diantres buscaban al padre Ambrosio? Comenzó a elucubrar sobre lo que habría sucedido, y la preocupación por Mencia se acentuó. Se puso en pie de nuevo y se pegó a la puerta, atenta a cualquier sonido.

Guillén estaba preso, pensar en él la aterraba. Saberlo culpable de todas aquellas atrocidades era más de lo que podía soportar. Había convivido con un demente asesino todo el tiempo. Eso era lo que hacía por la noches: malditos rituales.

Las náuseas se acrecentaron. Tenía que salir de allí. Abrió con lentitud y sigilo la puerta y atisbó temerosa por el resquicio. El pasillo estaba pobremente iluminado pero vacío. Volvió a cerrar, corrió hacia el saco y lo metió bajo la cama. Entonces salió.

Caminó pegada al pasillo, atenta a cualquier sonido, con el estómago en la boca y el pulso en las sienes. Antes de doblar el primer recodo se dio de bruces con un hombre. Damián la miró con asombro. Jimena retrocedió y lo apuntó con la espada.

—No os acerquéis —amenazó y controló las ganas de vomitarle encima. Con semblante apenado, retrocedió y bajó la cabeza con humildad.

—Acaban de informarme de algo, y corría a daros la noticia —se disculpó—; pensé que os aliviaría.

Jimena entrecerró suspicaz los ojos y lo alentó a seguir hablando con un breve movimiento de cabeza.

—Han encontrado a Mencia.

Jimena soltó el aire contenido, los músculos se le aflojaron, la tensión se volatilizó. Damián miró nervioso tras de sí, parecía impaciente.

—Venid, os llevaré junto a ella.

—¿Dónde está Álgvar?

El hombre reprimió tarde un mohín de disgusto y forzó una sonrisa tranquilizadora.

—Está con Mencia. La pobre mujer no para de llorar.

Jimena se dejó conducir por el caballero. No obstante, la llevó a la parte trasera del edificio, donde unas escaleras conducían a los sótanos. Se detuvo extrañada.

—La tenía presa en una de las cámaras secretas —musitó para contestar a su muda pregunta.

Los ojos pardos le brillaban con intensidad.

—Pero está bien, ¿verdad? No llegó a hacerle nada, ¿no?

—No —contestó mientras descendían.

El silencio la alertó. Debería haber soldados, bullicio, incluso el eco de aquellos siniestros túneles deberían haberle hecho llegar si acaso un leve murmullo. Se detuvo dispuesta a darse la vuelta cuando una mano le sujetó la muñeca.

—Todavía no —añadió con un cambio en la voz.

La mirada que encontró en el hombre fue muy distinta, los ojos se le oscurecieron, la sonrisa se le ensanchó con perversa complacencia.

—Pero eso pronto cambiará.

No vio llegar el golpe, tan solo sintió un dolor sordo acompañado de oscuridad.

\* \* \*

Habían recorrido cada estancia, cada recoveco de aquella inmensa fortaleza. Nivel por nivel habían registrado concienzudamente cada palmo de terreno en busca de puertas secretas, paredes falsas e incluso extraños resortes. Nada. No aparecía Mencia, ni Ambrosio de Nimes. Era como si se los hubiera tragado la tierra.

Abatido, pensó en Jimena; estaría preocupada y nerviosa. Decidió que debía informarle de lo ocurrido, aunque no fueran buenas noticias.

—¿Has pensado quién puede ser el nigromante? —Álgvar miró a Martín y sacudió la cabeza.

—Tal vez, la mente perturbada de Ambrosio...

—No creas que no pensé en él —confesó pensativo—. Puede que su mente comulgue con la mayor de las locuras, pero su cuerpo carece de la fortaleza necesaria para ejecutarlas.

Martín chasqueó la lengua y se retiró el claro pelo de los ojos en un ademán impaciente.

—Tal vez por eso utilizaba la belladona, seguramente las drogaba para poder



manejarlas.

—Aun así —replicó Álvar—. Arrastrar un peso muerto, colocarlo dentro del pentáculo y realizar la ceremonia. Para torturar no solo se necesita destreza, estómago de hierro y ausencia de escrúpulos, sino también fuerza. Ese hombre es un anciano que, además de un fanático religioso, es la antítesis de todo lo pagano.

—Tienes razón —repuso contrariado—. Y, ahora, ¿cómo demonios encontraremos al asesino?

—Solo se me ocurre una cosa y, por Dios, que es lo último que quiero.

Martín lo miró interrogante e interesado.

—Utilizar a Jimena de cebo con el cofre. Ese hombre lo necesita, debe de estar desesperado.

—Puede funcionar —apoyó Martín.

Álvar asintió sombrío. Se separó de su hermano y se dirigió a buen paso hacia la celda. Fuera, los almohades parecían haberle dado una prórroga bastante oportuna. Las murallas mostraban sus heridas, los hombres el cansancio, y el cielo comenzaba a revelar enfado. La imaginaba todavía dormida, ya era avanzada la tarde; no obstante, los avatares sufridos la habían llevado hasta la extenuación. Sin duda, él necesitaba dormir al menos dos días seguidos si fuera posible.

Ansiaba verla, embeberse de ella, dejarse envolver por su aroma y la calidez de su voz, adentrarse en sus ojos y acariciar la seda de aquel negro pelo. Era consciente de cuánto se estaba acostumbrando a ella, de lo duro que sería alejarse, pero debía hacerlo, aclarar los sentimientos y poner en orden su vida.

Abrió la puerta, el corazón le palpitaba henchido de anhelo y se le detuvo en seco cuando no la encontró allí. Salió al pasillo con turbación, miró a ambos lados y recorrió casi a la carrera el camino de vuelta. Detuvo al soldado de la entrada y le preguntó por ella.

—No, señor, ninguna mujer ha salido por aquí.

Regresó veloz a la celda y se adentró en ella. Confundido y preocupado se sentó en el camastro, se pasó nervioso los dedos por el pelo e intentó pensar con coherencia. Tal vez había salido a buscar comida dentro del recinto o a aliviarse en algún rincón.

Esperó; sin embargo, a cada instante, la desazón le tendía sus largos y nudosos dedos en torno al cuello y le cerraban la garganta. Tragó saliva y se incorporó. Al hacerlo, sus talones empujaron algo. Se agachó y comprobó que Jimena le había metido el saco bajo el jergón. Extrañado, se inclinó, lo arrastró y lo abrió. El cofre seguía dentro.

No entendió nada, pero supo que algo iba mal. Su intuición gritaba alarmada, cada nervio del cuerpo se le despuntó y le provocó un malestar intenso. Salió con el saco colgado del hombro, decidido a recorrer el edificio y sus aledaños.

Avisó a la guardia y corrió frenético por los pasillos. Inspeccionó cada una de las celdas. Salió a la parte trasera, descendió las escaleras que llevaban a los sótanos y, antorcha en mano, exploró todas y cada una de las cámaras. Nada.

Un terror descontrolado comenzó a hacer mella en él. Podía haber pensado que Jimena había decidido escapar nuevamente por una nueva amenaza o por cualquiera de sus temerarias insensateces. Pero jamás sin el cofre. Aquel dato solo conducía a un

siniestro callejón, oscuro y lúgubre. Se detuvo.

La posibilidad de que aquel ser despiadado la tuviera en su poder le estrujaba vilmente el corazón. Y, sin embargo, no hallaba otra explicación. Casi podía escuchar los enrevesados resortes de su cerebro conformar un plan. Resultaba indiscutible que bajo ellos existía una trama de túneles desconocidos que no figuraban en los mapas. Podría pasar semanas hasta que descubrieran un acceso a ellos y, desde luego, no contaba con ese tiempo.

Habían desaparecido Mencia y Jimena. La primera, para manejar a la segunda; y la segunda, tal vez por sentirse acorralada e impaciente. Lo que no encajaba era la fuga del clérigo, ni por qué el asesino había secuestrado a Jimena y dejado lo que tanto ambicionaba poseer.

Volvió sobre sus pasos y, al introducirse en el pasillo que conducía a su celda, vislumbró una sombra escabullirse y doblar un recodo. Corrió como alma que lleva el diablo. Podía escuchar los acelerados pasos de la persona que perseguía envuelta en una capa con capucha.

Era rápido y no tan alto como él. Sus largas zancadas acortaban la distancia. Giró de nuevo y lo vio salir a toda carrera hacia el patio de armas. Imprimió velocidad a las piernas y se plantó en el patio justo cuando el hombre atravesaba la arcada que llevaba a la rampa del nivel superior.

En su alocada carrera, se interpuso un grupo de soldados que corrían hacia el cambio de guardia; Álvaro los apartó furioso y maldijo entre dientes. Llegó a la arcada y comenzó el ascenso con el corazón en la boca. Ya no lo veía.

Asustado, continuó saltando los escalones de tres en tres. Jadeante se detuvo en la explanada y miró a su alrededor. Lo había perdido. Pateó con cólera el suelo y levantó una nube de polvo. Se apoyó en el muro para recuperar el resuello y gritó a pleno pulmón, impotente y aterrado.

—¡Dios, castígame a mí! —exhaló con desesperación—. Aquí tienes mi vida, tómala, maldita sea, pero libérala a ella. Es cuanto te pido; te he servido bien, Señor, y prometo seguir haciéndolo si la salvas.

Fijó los ojos en las níveas nubes recortadas contra el cielo oscuro y triste. Entre ellas emergía un tenue resplandor cobrizo que moría en los brazos de una noche incipiente. Respiró hondo para aliviar la angustia que le oprimía el pecho. Jamás en su vida había sentido un miedo tan primario y abrumador; si la perdía, enloquecería, moriría. Tan solo ese pensamiento le helaba la sangre, como si afiladas dagas de hielo le apuñalaran el interior.

Le costaba respirar, los latidos desacompañados amenazaban con llevarlo a una crisis frenética. La furia lo sacudía; cerró los ojos y los puños y rezó. Debía sosegar y pensar; alejar el miedo y utilizar su argucia para desenmascarar al asesino. La clave estaba sobre su hombro.

Tomó una decisión. Se encaminó hacia el centro del patio principal y llamó a gritos a sus hombres. Bernardo bajó raudo de las almenas; Martín y Durán aparecieron con las espadas en alto y semblante fiero.

—¿Qué ocurre?

Martín miró en derredor, después fijó su atención en él y abrió los ojos sorprendido ante lo que veía.

—Parece como si hubieras visto al mismísimo demonio.

—No lo he visto, pero lo he perseguido. Se ha llevado a Jimena.

Los hombres se miraron entre sí.

—¿Ella se resistió? —preguntó incrédulo Durán.

—Iba solo, salió de mi celda —respondió tirante.

—¿Y cómo sabes que se la ha llevado?

—¡Maldición, porque ella ha desaparecido! —gritó furioso.

Durán miró significativamente a Bernardo, Álvar captó el mensaje de desconfianza que mostraban.

—Verás —comenzó Bernardo con voz calma y actitud temerosa—. Esa mujer tiene... cierta tendencia a darse a la fuga. Creo que eso es indiscutible.

Álvar lo fulminó con la mirada. Se descolgó el saco del hombro y lo estampó contra el pecho de Bernardo con bastante brusquedad.

—Te aseguro que no se fugaría sin esto.

Martín se interpuso, reprobó a Bernardo con la mirada y musitó conciliador:

—No cuestiones a tu capitán, centrémonos en algo primordial. El asesino anda suelto por el castillo, lo que revela un dato esclarecedor.

Bernardo y Durán arquearon las cejas. Martín observó a Álvar, asintió y le devolvió la conversación con un tenue gesto de amonestación, que solo él captó.

—Ahora sabemos que ninguno de los hombres que están presos es el asesino —continuó ceñudo.

Los otros templarios asintieron con una extraña mezcla de alivio y confusión.

—Eso no exculpa a todo el personal militar del castillo, a los soldados de nuestra Orden y al padre Ambrosio —resaltó Durán.

—El hombre que perseguí era joven y ágil.

—Nuestra Orden está fuera de toda duda —añadió Martín con vehemencia.

—Bien, entonces, el asesino pertenece a la guardia de este castillo. Tendremos que poner en antecedentes al encopetado capitán —alegó Bernardo.

Álvar permaneció en silencio, inmerso en sus cavilaciones. Volvía a ser un soldado con una misión, la más importante de su vida.

—Durán, quiero que liberes a Guillén, lo necesito. Bernardo, quiero que toda la guardia del castillo se presente en formación en el patio de armas. Y quiero ambas cosas ya.

Los hombres desaparecieron prestos a cumplir sus cometidos.

—¿Qué piensas hacer con los habitantes? —inquirió Martín.

—Permanecerán donde están; en las celdas puede que no estén cómodos, pero sí seguros. No quiero que intervengan y compliquen las cosas más de lo que están.

—Piensas negociar un intercambio, ¿me equivoco?

Álvar asintió con la cabeza. Era precisamente lo que pensaba hacer en primera instancia; en segunda sería capturar y matar con sus propias manos al nigromante.

—¿Y después?

Supo a qué se refería. En su mirada vio incertidumbre, preocupación y tristeza.

—Después, querido hermano, Dios guiará mis pasos.

Martín apretó la mandíbula y sacudió apenado la cabeza.

—Lamentablemente, hace ya un tiempo que guías tus pasos por un sendero

pedregoso, un sendero opuesto al del Señor.

Alvar sostuvo su crítica mirada con semblante imperturbable.

—Te sorprendería lo afín que me siento con Dios.

—Lo que me sorprende es lo mucho que has cambiado.

El templario lamentó profundamente haber decepcionado a su hermano y, por primera vez, se preguntó si debía compartir con él su sorprendente descubrimiento.

—Lo extraño sería que no lo hubiese hecho; las circunstancias y avatares moldean a los hombres, y de ambas he ido bien servido.

—Para eso forjaste tu autocontrol: las flaquezas diluyen la fe y convierten la luz en sombras —reprendió.

Suspiró, se acercó a Martín y le puso una mano sobre el hombro.

—Si de repente la Iglesia decidiera abolir el voto de castidad, si pudieras desprenderte del celibato, ¿buscarías una esposa?

Martín lo miró asombrado, frunció el ceño. Su semblante adquirió gravedad, el desasosiego de su mirada se acentuó.

—Si quisiera una esposa, nunca habría entrado en la Orden. Pero, aunque me permitieran tenerla, ¿qué mujer aguantaría las largas y constantes ausencias de un templario, el duro vasallaje a toda la jerarquía eclesiástica, las largas meditaciones, la interminable y estricta disciplina del salterio? No, no creo que el amor de ninguna mujer soporte eso. Diría que compartiría a su hombre con Dios, pero ni siquiera sería así, pues ella solo obtendría unas tristes migajas.

Álvar presionó brevemente el hombro de su amigo y asintió con firmeza.

—Llevas razón; al fin y al cabo, siempre fue así en la Orden o fuera de ella.

—Tengo la sensación de que he precipitado algo.

Se obligó a sonreír.

—No has sido tú, te lo aseguro. A veces, aunque creemos poder escapar de un destino, la vida nos pone de nuevo en el lugar que nos corresponde. Por fin sé que quién soy y cuál es mi misión en este mundo.

A Martín le brillaron los ojos con desencanto.

—Consagrarte a ella —murmuró decaído.

—Sí, pero no del modo que imaginas.

De pronto, como si un rayo de luz emergiera de algún lugar de su interior, vio con claridad meridiana la respuesta oculta. Por fin, las piezas que conformaban la razón de su existencia encajaban, mostraban su destino.

—Soy su protector —agregó—, su guardián. Dios me eligió para ayudarla a cumplir su cometido. Ahora lo sé, pero el precio que tendré que pagar será muy alto, tendré que arrancarme el corazón para dejarla marchar.

Tal como había hecho Martín, la gente debía poder tener en su mano la elección de su destino en función de la verdad. Ese evangelio arrastraría consigo mucha sangre y dolor, pero no podría ser destruido, pues, con él, desaparecería la verdad de una religión pura y simple, bondadosa, comprensiva y tolerante. El mensaje había sido corrompido, y, aunque en ese momento era como enfrentar una hormiga a un elefante, supo que algún día la pelea sería en igualdad de condiciones.

Por ese motivo, debía ayudar a Jimena a entregar aquel evangelio a la sociedad de Trujillo, para que ellos preservaran la verdad. Solo esperaba que tuvieran el juicio

suficiente en ocultarlo y cifrarlo para generaciones posteriores.

Pero antes debía rescatarla. Los soldados llegaban paulatinamente con semblantes hoscos y expresiones contrariadas. Álvaro aguardó frente a ellos con las manos cruzadas sobre el pecho; los observaba con interés. El capitán de la guardia, Damián Hidalgo, se dirigió hacia él en actitud retadora.

—No somos siervos de vuestros caprichos, sino de este castillo al que acabas de dejar sin protección —refunfuñó airado.

—La protección es la misma —replicó Álvaro con frialdad—, solo lo privo momentáneamente de vigilancia; en este breve período de tiempo, seguro que los muros siguen haciendo su trabajo tan bien como hasta ahora.

Damián arrugó el ceño y apretó los labios con evidente desagrado.

—¿Y puede saberse la razón?

—La habría dicho ya si hubierais sido capaz de contener tu insurgencia.

Se sostuvieron la mirada con fría hostilidad. Álvaro finalmente lo ignoró y se dirigió a la formación de soldados que ocupaba el amplio patio central.

—Entre nosotros se oculta un asesino —comenzó—. Acabo de perseguir al culpable hace apenas un instante.

Escudriñó a los hombres e hizo una pausa intencionada. Se miraron entre sí claramente turbados. Damián de nuevo se enfrentó a él.

—Eso es una infamia —prorrumpió con altanería—. Yo respondo por todos y cada uno de mis hombres, ¿podéis decir lo mismo de los vuestros?

—Claro que puedo, son mis hermanos. Y, ahora, capitán, decidme, ¿respondéis también por vos?

—¿Osáis acusarme?

Abrió los ojos con asombrado enojo, cerró los puños y se aproximó ofendido.

—No lo haré si me decís dónde estabais hace un momento.

—Descansaba en mis aposentos.

—Qué conveniente —repuso mordiente.

Damián se encaró con él, los ojos le brillaban iracundos.

—No tenéis potestad para acusar a nadie sin pruebas —increpó ultrajado.

—Y no es esa mi intención —anunció.

Guillén apareció seguido por Durán, que lo guiaba a punta de espada.

—Mi intención —continuó fijando la mirada con intensidad en cada uno de los presentes— es informar algo.

Cruzó la mirada con Guillén, que mostraba una aparente serenidad.

—La señora del castillo acaba de ser secuestrada por el nigromante —anunció alzando la voz.

La expresión de Guillén se descompuso, perdió el color y a los ojos le asomó una angustia reveladora. Álvaro se descolgó el saco del hombro, lo alzó y lo sacudió ante los hombres.

—El asesino busca esto, y lo entregaré a cambio de la mujer y su doncella. Aceptaré sus condiciones, cualesquiera que sean. Aguardaré a que se ponga en contacto conmigo y ante vosotros prometo que realizaré el intercambio solo, nadie más intervendrá, pero ya advierto que quiero a las mujeres intactas.

Contempló con atención el rostro de los hombres, los escudriñaba con la

intensidad de un lobo que acechaba en la oscuridad el casi imperceptible susurro de una presa oculta entre la maleza.

La emoción predominante era un desconcierto general. A excepción de dos expresiones bastante llamativas: la mirada airada de Guillén se posó en Damián con evidente agravio y un ligero tinte acusador. Por su parte, el displicente capitán mostraba una veta furiosa y contrariada tras aquel duelo tirante. Ambos desviaron la mirada hacia él. ¿Le había parecido vislumbrar un atisbo de complicidad en aquel velado enfrentamiento visual? Solo había una forma de averiguarlo. A grandes zancadas, atravesó el patio y se encaró a Guillén, que inmediatamente adoptó un gesto apenado.

—Creí que la protegeríais —lo increpó.

—Y yo creí en tus palabras —acusó.

Sabía bien cómo desenmascarar una verdad, y la mayoría de las veces tan solo era necesario forzarla a salir con una mentira. Guillén abrió con asombro los grandes y apáticos ojos verdes y frunció los labios con desagrado.

—Te conté la verdad —se defendió.

—No toda —aventuró Álvar con firmeza—. Damián te delató.

Y en realidad no mentía. Damián había filtrado la nota anónima bajo su puerta para acusarlo directamente. El rostro de Guillén adquirió un alarmante tono verdusco, pareció descomponerse ante él. Lo vio tragar saliva en su intento por recomponerse. Sin duda, ocultaba algo importante.

—Ese miserable —siseó entre dientes—. Jamás debí iniciarlo como ayudante.

Fue Álvar quien entonces luchó contra sus emociones. Mantuvo a raya la sorpresa bajo un pesado manto de indiferencia.

—Ya es tarde para lamentarse —murmuró—. Será mejor que lo desenmascares, pues él carga sus culpas sobre ti.

—Y, de hecho, me confieso culpable —admitió cogitabundo ante el creciente asombro del templario—. Una rata es una rata por mucho que le enseñes a ser otra cosa, pero poseía tan buena disposición... Y yo lo necesitaba.

—¿Para qué lo necesitabas?

—Lo inicié en las técnicas básicas —aclaró—, pero ante su talento y entusiasmo lo subí de nivel, le di a conocer los arcanos mayores. Lo necesitaba para descubrir la piedra filosofal.

Álvar había oído hablar de ella. Era la meta ansiada de cualquier alquimista. Se decía que poseía el poder de transmutar metales vulgares en oro, de conseguir destilar un elixir de vida: una panacea universal que otorgaba la inmortalidad y además dotaba de omnisciencia, conocimiento absoluto del pasado y del futuro, del bien y del mal.

—Él me proveía de cuanto necesitaba: mercurio, azufre, minerales diversos, como la piritita de hierro y el plomo. Juntos elaboramos el ácido tartárico en un horno alquímico. Estábamos tan cerca...

La mirada vidriosa y perdida de Guillén mostró una desesperanza desgarradora. Se pasó la mano por el revuelto cabello trigueño con frustración y finalmente sacudió la cabeza bajando la mirada.

—Debí ver el mal en sus ojos, debí intuirlo al menos. Se embebió de mi sabiduría para volcar todos los conocimientos al servicio del mal. Él es el nigromante,

estoy seguro.

Álvar giró raudo y buscó con la mirada al capitán. Algo en su expresión debió de alertar a los hombres, pues se pusieron en guardia a la espera de una señal suya. Señaló con la cabeza en dirección a Damián, que abandonaba el patio.

Antes siquiera de abrir la boca, Bernardo, Durán y Martín desenvainaron las espadas y corrieron hacia el grupo de soldados que rodeaba a su capitán. Álvar, que se hallaba más atrasado, aceleró la carrera.

La atronadora corrida hacia ellos los alertó. Damián profirió una orden, y sus hombres se apresuraron a defenderlo.

Como una gélida ráfaga de aire invernal que apaga una hoguera, los caballeros del Temple enfriaron, con habilidad guerrera, la veta de rebeldía de forma súbita. Evitaban, en la medida de lo posible, causar más bajas entre la ya reducida sección militar del castillo. En la reyerta, entre estocadas sibilantes y gruñidos belicosos, un grito se alzó entre los demás para poner fin al caos.

—¡Parlamento! —vociferó uno de los guardias desde una de las almenas.

“¡Maldición!”, pensó Álvar. Apretó furioso los dientes y miró a sus hombres. En el momento más inoportuno, los almohades solicitaban parlamento. Yarmun reclamaba lo que le pertenecía. Y supo que no se marcharía sin obtenerlo.

—Parece que tu infierno por momentos se agranda.

Miró a Martín y resopló fatigado.

—Como bien dijiste, en este infierno ya estamos todos.

Apartó con el hombro a varios hombres en busca de Damián.

Durán lo sujetaba con brutal hosquedad en su peculiar y opresivo abrazo de oso en torno al cuello.

—Ya está suficientemente azul —señaló Álvar con cierto regocijo—. Ahora me toca a mí ponerlo rojo.

El hombretón sonrió cómplice y soltó a Damián, que se desplomó de rodillas e inhaló violentas bocanadas de aire.

—Solo voy a haceros una pregunta y solo me detendré cuando la respuesta me satisfaga —siseó.

Lo aferró por la pechera de la túnica, lo sacudió con violencia y clavó en él una mirada amenazante.

—¿Dónde está Jimena?

—No lo sé.

Descargó en su rostro un brutal puñetazo que le giró violentamente la cabeza; un escupitajo de saliva ensangrentada salió proyectada de su congestionada boca.

—¿Dónde está Jimena?

Damián entonces clavó su fiera mirada en él con desprecio.

—¡Vete al infierno!

Esa vez no fue solo un golpe. Álvar, enajenado, lanzó una serie de golpes cortos, rápidos y certeros que le bambolearon la cabeza como si fuera de trapo. El capitán, claramente aturdido, bajó la cabeza casi al borde del desmayo. Álvar, jadeante, le aferró el cabello y lo obligó a mirarlo. Damián, de nuevo, le sostuvo la mirada con semblante imperturbable a pesar del fuego que debía de sentir en el magullado rostro.

—¿Dónde está Jimena?

No respondió, tan solo se limitó a negar con la cabeza. Álvar resopló con frustración. Miró a Martín, él asintió y, con decisión, agarró a Damián por la espalda y lo arrastró por el patio hasta una gran roca. Allí le colocó la mano sobre la rugosa superficie, dobló la rodilla y le pisó la muñeca para apresarla con fuerza. Desenfundó el espadón y lo alzó.

—¿Dónde está Jimena?

Vio el pánico que le contorsionaba las facciones. Sin inmutarse aguardó una respuesta que no llegaba. Resopló, frunció el ceño y apretó los dientes.

Ya descargaba el mandoble cuando un grito lo frenó en seco.

—¡Deteneos!

Alzó contrariado la mirada y, atónito, contempló al padre Ambrosio de Nimes, que avanzaba furioso hacia él.

—¡Atacáis a vuestros propios hombres! ¡El demonio ha entrado en vuestro corazón!

Ante un leve gesto de Álvar, Durán corrió hacia el anciano y lo capturó. Le apresó las manos tras la espalda.

—¿Dónde está Jimena? —gritó furioso.

Alzó la espada por segunda vez y arrugó el ceño, estaba decidido a amputarle la mano derecha si no respondía. Respiró hondo cuando comprendió que el hombre no colaboraría; el dolor obraba milagros, y él necesitaba uno con urgencia. Su espada comenzó a trazar el fatal arco hacia su destino cuando otro grito lo detuvo.

—Yo lo sé —anunció Ambrosio.

Boquiabierto miró al clérigo; luego a Damián, que ya alzaba la cabeza sorprendido. Durán arrastró al hombre hacia donde estaban Álvar y Martín.

—¡Hablad!

—Prometed que no le haréis ningún daño —rogó el anciano.

Aquel inesperado ruego lo confundió. ¿Desde cuándo un hombre despiadado como él se compadecía de un soldado? Aquello parecía no tener sentido. Sin embargo, Álvar había aprendido algo muy valioso, y era que todo en la vida tenía una razón de ser y que normalmente esa razón solía ser la más elemental. Casi siempre el camino más corto y directo solía ser el verdadero, y aquella sorprendente preocupación por el capitán hablaba de un lazo que, aunque extraño, unía a ambos hombres. La acuosa mirada azulada de Ambrosio mostró desesperación, preocupación, pero también una furia contenida.

—Escondido en los subterráneos, vi a este hombre llevar en brazos a la señora; curioso, decidí seguirlo hasta una cámara oculta en un recodo. —Hizo una pausa, se frotó inquieto el tonsurado cráneo y echó una furtiva mirada a Damián, que lo contemplaba con semblante indescifrable—. Os llevaré hasta ella si cumplís esa promesa.

Álvar asintió circunspecto. Levantó el pie, y Damián, dolorido, cobijó la mano en su pecho y se irguió. Había prometido no hacerle daño, pero no soltarlo, así que le ató las manos a la espalda y se lo entregó a Durán para su custodia.

—Adelante —apremió impaciente.

Ambrosio dirigió la comitiva con paso cansado. Tras él, Álvar, Martín, Bernardo y tres hermanos de la Orden, todos espada en mano y con semblante hosco, se



adentraron en las galerías que descendían a los túneles.

Amordazada, maniatada y aterida de frío sobre una larga mesa, Jimena no despegaba los ojos del cuerpo inerte de Mencia. Aquella cámara abovedada, completamente circular, debía de estar bajo uno de los torreones, a bastante profundidad, pues la humedad enrarecía el ya pesado y escaso aire que respiraba. Entre las juntas de aquellos enormes sillares rezumaban goterones de agua, probablemente del arroyo subterráneo que abastecía el aljibe. Se retorció por enésima vez, sacudida por la furia y la impotencia.

Había recuperado la consciencia justo cuando Damián le saqueaba el cuerpo con lujuria. La había acariciado bruscamente y sentir la repulsiva invasión de su lengua en el interior de la boca le había provocado unas terribles náuseas.

Un escalofrío abyecto la recorrió ante el recuerdo. La dura mirada del hombre permanecía en su mente, y dudaba de que algún día fuera capaz de olvidarla, pues nunca había visto un brillo igual en nadie. No era el Damián que creía conocer, de hecho, ni le había parecido humano. Destilaba tal aura maligna, que erizaba la piel su sola cercanía. Era como si un poder oscuro lo hubiera atrapado en sus garras.

Abrió los ojos de súbito, como si un relámpago le hubiera atravesado el cuerpo despertando en ella un revelador convencimiento. ¡La garra! Eso era lo que el nigromante buscaba. De seguro era un instrumento, algo indispensable para algún terrorífico ritual.

Miró de nuevo a Mencia, que estaba boca abajo, tirada en el suelo con las manos atadas a la espalda y la cabeza vuelta a la pared, por lo que no le veía el rostro, ni siquiera era capaz de discernir si respiraba. Lo único que la aliviaba era no ver manchas de sangre en sus ropas.

Comenzó de nuevo a agitarse con la esperanza de aflojar la soga que le lastimaba las muñecas y a emitir gruñidos con la esperanza de despertar a Mencia. Sentía la cuerda que le laceraba la piel, pero la quemazón no la detuvo.

De repente, ante aquel opresivo silencio tan solo roto por el gorgoteo del agua tras los muros y su agitada respiración, otro sonido se impuso. Se envaró y aguzó el oído. Parecían pasos que se acercaban; sus latidos se aceleraron.

Avivó los movimientos con desesperación, con tanto ahínco, que cayó estrepitosamente al suelo sobre un enorme pentáculo negro. El golpe no la amilanó y, dolorida, se arrastró hasta Mencia como una oruga, encogiéndose y estirando penosamente el cuerpo en una suerte de desplazamiento agónicamente lento.

Cuando por fin llegó hasta ella, se alzó de rodillas y la empujó con fuerza. Nada, ni siquiera un débil jadeo, ni un fugaz movimiento. Entonces, se inclinó sobre ella y le pegó el oído a la espalda. Esperó y aguzó el oído, los pasos crecían en intensidad, la angustia comenzó a agujijonearla. De pronto, le pareció percibir un leve atisbo de respiración, lenta y mortecina, pero ahí estaba.

El alivio le inundó los ojos de lágrimas. Cuando a su espalda se abrió la puerta, decidió hacerse la inconsciente y relajó el cuerpo sobre el de Mencia. Entonces escuchó su voz.

—¡Jimena!

Unas fuertes manos la alzaron, y un gran pecho la cobijó. Álvar, de rodillas, con

el pánico reflejado en el rostro, le desató las manos y le arrancó la mordaza.

—¡Dime que estás bien! —exigió angustiada y le tomó el rostro entre sus poderosas manos.

Jimena apenas asintió; trémula y llorosa miró en dirección a Mencia. Los demás ya la habían girado y, como ella, comprobaban si respiraba. Un gesto afirmativo de Martín arrancó un liberador sollozo de su garganta. Álvaro la acunó entre sus brazos, le besó la cabeza y le masajeó la espalda mientras le susurraba palabras tranquilizadoras en el pelo.

—Mi amor, todo pasó, todo está bien, estoy aquí contigo, estás a salvo, pequeña.

Jimena alzó conmovida la cabeza y vio el corazón del hombre en sus hermosos ojos grises. Sintió la profundidad de sus sentimientos brotar por cada poro de su fiero rostro de guerrero y derramarse sobre ella, sepultarla con su poderoso bálsamo. Él estaba allí, junto a ella, y la magnitud de ese amor poseía la fuerza de mil titanes, aquel amor vigoroso sería capaz de devastar los cimientos de cualquier fortaleza, de cualquier credo, de cualquier poder superior, de vanas imposiciones terrenales; todo era posible, pues amar era la fuerza más poderosa del universo.

Y, de repente, ambos, presos de esa mágica unión, se fundieron en un beso exigente que los alejó del mundo.

Ni siquiera fue consciente de cuanto duró, pero, cuando logró despegar los ojos de Álvaro, solo atinó a ver la mirada atónita de sus hombres y la despectiva indignación del clérigo, que echaba fuego, sin duda, ansioso por volcarlo sobre ellos.

—¡Salgamos de aquí! —urgió Martín en voz seca y tono claramente reprobatorio.

—¡Pagaréis cara vuestra lascivia! —escupió Ambrosio con los labios fruncidos por el desagrado.

Álvar se incorporó con ella en brazos. Y se encaminó a la puerta, pero, antes, se detuvo frente al monje y proyectó su amenazadora sombra sobre el anciano.

—Y vos, vuestra locura —le contestó severo, aunque contenido. El brillo furibundo de sus ojos fulminó al hombre, que se encorvó más.

Jimena se arrebuja en su pecho, escondió el rostro en el hombro, aspiró el aroma del hombre y suspiró agradecida.

Después se encaró con Martín. Ella, ante esa tensa pausa, alzó de nuevo los ojos.

Ambos templarios se sostuvieron ferozmente la mirada. Durante ese frío duelo, sus otros hermanos se posicionaron al lado de Martín en muestra de apoyo. Jimena observó compungida cómo los hombres de Álvaro le mostraban su rechazo.

—Soy su protector —aclaró.

—Eres más que eso y acabas de demostrarlo —replicó Martín—. Has mancillado nuestra Orden y habrás de abandonarla.

—Y lo haré cuando me enfrente a mi maestro, no antes. —Sus acerados ojos se cubrieron con un velo gélido y una determinación apabullante—. Hasta entonces sigo siendo la máxima autoridad aquí y, por lo tanto, acataréis mis órdenes sin cuestionarlas. —Aquella voz, afilada y sesgada como la hoja de un sable, reverberó en los muros de piedra.

Jimena sintió sobre ella las miradas acusatorias de los templarios, pero lo que más le dolió fue la decepción que irradiaban aquellos guerreros. Su líder acababa de

caer ante ellos como un ídolo de barro, y ese pesar les nublaban los semblantes, fiel reflejo de lo que oprimía sus pechos, la pérdida irreparable de alguien querido.

Observó la pétrea expresión de Álgvar al asumir aquello. La rigidez de su cuerpo, la tensión del rostro se mantuvo imperturbable, tan solo el dolido fulgor titilante de sus ojos reveló su ánimo.

—Y ordeno que apreséis al clérigo.

—¿Por pensar lo mismo que nosotros? —inquirió Bernardo con fiera insolencia—. ¿Por condenar una conducta impía?

—No, maldición —profirió. La voz restalló como un látigo. Sentía los agitados latidos del pecho, la cólera le recorría las venas.

Jimena se mordió el labio inferior para contener el llanto. Ella, y solo ella, era la causante de aquella desgracia.

—Ese hombre —continuó beligerante mientras lo señalaba con el dedo— está confabulado con Damián, y estoy seguro de que aguarda la oportunidad para liberarlo. Son cómplices —afirmó.

—¿En qué basas esa acusación? —interrogó Martín sombrío.

—En mi intuición; esa que tantas veces te ha salvado la vida.

Martín bajó la mirada, respiró hondo y sacudió rendido la cabeza. Cuando alzó los ojos nuevamente, se había operado un cambio en él. Adoptó el semblante atento y obediente que debe un soldado a su superior.

—Estoy en visos de perder un hermano, un amigo, pero me debo a mi capitán. Acataremos tus órdenes; ya que esta será nuestra última misión juntos, haremos lo imposible por llevarla a cabo.

Álgvar asintió, sostuvo la mirada a cada uno de sus hermanos, estrechó a Jimena más en su pecho, giró con ella todavía en brazos y abandonó la estancia. El soldado que llevaba a Mencia salió tras ellos.

Ascendían por los túneles cuando un sonido sordo los paralizó. Las paredes retemblaron y sacudieron su añejo polvo sobre ellos.

—¡Demonios, nos atacan!

\* \* \*

Salieron a la luz del día en mitad de una polvorienta neblina. Los constantes impactos de las catapultas asolaban el patio de armas y sumían a la guarnición en un caos absoluto. Gritos, sangre, alaridos, dolor, miedo y hombres corriendo confusos en busca de refugio.

Los incendiarios proyectiles prendieron en el heno diseminado por todas partes, de los que brotaba un humo denso y blanco, hasta que las llamas comenzaron a lamer los bidones de brea, y se convirtió en negro y pesado.

El día se hizo noche. Álgvar la soltó y ordenó al soldado que portaba a Mencia que la condujera a sus aposentos y se dirigió a Jimena con urgencia.

—Ordena al guardia de las mazmorras que libere a la gente del calabozo y cobíjate en la torre del homenaje —gritó para hacerse oír entre la estridencia del ataque—. Enciértrate en tu dormitorio, es el reducto más seguro del castillo. Atranca las puertas desde dentro; es posible que logren entrar.

Hizo una pausa, la miró con afectada gravedad y, sin dilación, la tomó de los hombros y la besó en los labios.

—Veas lo que veas, oigas lo que oigas, no salgas de allí, ¿entendido?

Jimena asintió y se colgó de su cuello.

—Te amo, espero que puedas perdonarme por eso.

—No hay perdón posible que nos exhorte, pero tampoco arrepentimiento alguno.

Lo que late en mi pecho es la chispa que me mantiene vivo como nunca antes. Eres mi fuerza, Jimena, mi razón de ser.

Se descolgó el saco que llevaba al hombro y se lo entregó. Ella sonrió entre lágrimas y se alejó corriendo hacia los calabozos. Bajaba la escaleras de tres en tres cuando una mano la sujetó por detrás. Se volvió asustada. El jadeo de un hombre la golpeó en la cara.

—El castillo está perdido —murmuró entrecortadamente Guillén. Un hilillo de sangre le recorría la sien izquierda—. Ve a la torre, yo los liberaré.

Jimena lo contempló dubitativa.

—Están asustados, confusos y furiosos; una combinación peligrosa. Ve con Mencia, te necesita; yo me hago cargo de la situación.

Finalmente asintió.

—Ten cuidado —musitó ella en un hilo de voz.

—Lo tendré. A pesar de todo.

La expresión compungida y derrotada de su rostro mostró el dolor que lo embargaba. Tristemente indiferente a su destino descendió la escalinata.

Otro impacto sacudió la muralla, las paredes temblaron, la arenilla de las juntas se resquebrajó peligrosamente.

Jimena ahogó una exclamación, miró angustiada hacia atrás y rezó en silencio para que Guillén lograra liberarlos antes de quedar sepultados. Salió veloz hacia la torre en el nivel superior, un trayecto comparable con el descenso a los infiernos.

Varios cuerpos sepultados por bloques de piedra se diseminaban ensangrentados por la explanada principal. El incendio cobraba bríos, y los hombres corrían enloquecidos divididos entre apagar el fuego o disparar los mangoneles. Otros lanzaban flechas con las ballestas desde las almenas. Y los más gritaban órdenes para solicitar suministros.

Aquella barahúnda demencial llegó a su clímax cuando otro impacto derribó el muro lateral de la capilla y sepultó uno de los mangoneles y a todos lo que lo pertrechaban.

Jimena aceleró la carrera; ya alcanzaba la rampa cuando vio a Damián herido en el suelo junto al cuerpo inerte de Durán. El terror la embargó. Pero lo que más la sobrecogió fue ver a Ambrosio de Nimes empuñando una larga daga ensangrentada. Contemplaba con expresión desdeñosa el enorme cuerpo del templario caído. Acto seguido, se inclinó y, a duras penas, ayudó a Damián a levantarse.

Entonces, reparó en ella. A Jimena, la sangre se le congeló en las venas. La mirada crispada y enloquecida del clérigo le secó la garganta. Instintivamente retrocedió.

—¡Tú! —escupió con un odio visceral.

Y se acercó a ella con el puñal en alto.

—No, padre, mantenla con vida para el maestro —ordenó Damián mientras presionaba la herida de su hombro con gesto de dolor.

—No —contravino el anciano—. Ya ha causado demasiados problemas, hijo; esa bruja te hechizó desde el principio y sigue haciéndolo; he de librarte de ella.

¿Padre? ¿Hijo? Pasó la mirada de uno a otro, incapaz de creer aquel parentesco. Ellos eran los asesinos. La locura les prendía las miradas. Ambrosio avanzaba hacia ella con expresión enajenada. En aquella febril mirada brillaban las ansias por ejecutar su cometido. Vio placer en ese gesto, casi como un gato relamerse ante un rollizo ratón.

Jimena rebuscó en su cinto la daga, pero no la encontró. Miró en derredor y supo que su única oportunidad era derribar al anciano y correr como alma que lleva el diablo hacia la torre. Aguardó inmóvil a que estuviera lo suficientemente cerca para actuar. Se pegó a la muralla, apretó los puños e hizo acopio de valor.

—Por favor, os lo ruego, sois un hombre de Dios, no me hagáis daño —gimoteó exageradamente para confiarlo.

El hombre sonrió confiado ante su pavor.

—Ya no, perra lujuriosa, ya no; mi señor es mucho más poderoso, y tienes algo que le pertenece.

Clavó una turbia mirada en el saco que llevaba al hombro. Jimena, inmediatamente, se lo descolgó y se lo ofreció en actitud sumisa. El clérigo alargó la mano y justo cuando rozaba con los dedos la sarga del saco, ella lo retiró veloz para descargarlo con todas sus fuerzas en la tonsurada cabeza del anciano. Pudo escuchar un escalofriante y seco crujido.

Tras un gemido, el hombre se desplomó con los ojos atterradoramente abiertos y vidriosos. Su turbia mirada fija en ella comenzó a apagarse. La boca abierta parecía luchar por emitir algún sonido, pero nada salió de ella.

Pasó la mirada por la enorme brecha abierta de su cráneo y, perpleja, vio la sangre brotar sin control.

Un aullido escalofriante la sacó de su ensimismamiento. Damián corría hacia ella con una mueca de furia que le contorsionaba atrozmente el rostro.

Se agachó rauda y tomó la daga de la mano del anciano que se debatía entre abruptos espasmos, próximo ya a la muerte, como un pez fuera del agua que se contraía con violencia en sus últimos estertores.

Antes de lograr incorporarse por completo, Damián la embistió en un golpe brutal que los catapultó al suelo. Sintió que le faltaba la respiración, oprimida por la corpulencia del guerrero. Se retorció, pataleó, gritó, arañó sin resultado alguno. El hombre le apresó el cuello con ambas manos y comenzó a golpearle la cabeza contra el suelo. El dolor la obnubiló, y sintió náuseas.

—¡Maldita, maldita, maldita!

Damián gritaba delirante, frenético. Salivaba como un perro rabioso, escupía furia, dolor. Además, Jimena sintió gotear en su rostro la sangre que le manaba del hombro, y eso le dio fuerzas para alargar jadeante el brazo. Los golpes y la falta de oxígeno la arrastraban a una temida negrura. La estaba matando.

Apretó los dientes y le presionó con fuerza la herida del hombro. El guerrero inmediatamente la aflojó en un grito sorprendido. Ella no vaciló; cuando él se intentó incorporar para alejarse, tomó una piedra y se la lanzó a la cabeza. El impacto fue certero, aunque no tan eficaz como habría deseado. Afortunadamente sí logró

derribarlo, momento que aprovechó para levantarse y correr.

—¡Perra!

La sibilante voz del hombre la siguió, después fueron sus pasos y, a continuación, su cuerpo que, impelido hacia ella, logró derribarla una vez más. El impacto, más brutal que el anterior, la dejó sin respiración. La sangre le palpitaba en los oídos, un terror primario la oprimió y le aceleró los desacompasados latidos. Agotada, desesperada y aterrada, luchó con todas sus fuerzas, pero el vigor del hombre la superaba.

La abofeteó con todas sus fuerzas, le rasgó el corpiño y la escupió. A horcajadas sobre la muchacha, la golpeó con saña. La inconsciencia amenazaba con llevarla. Súbitamente los golpes cesaron. Algo arrancó al hombre de su cuerpo maltrecho. Abrió los ojos y respiró aliviada. Tragó grandes bocanadas de aire, los pulmones le quemaban, y sentía la garganta inflamada, además de fuego en el rostro. Se incorporó trémula y tosió bruscamente. La falta de aire le había secado las vías respiratorias.

Más allá, dos guerreros combatían templando sus aceros. Se limpió las lágrimas en un ademán seco y pugnó por levantarse, pero trastabilló y cayó de rodillas. Jadeante, alzó la mirada y observó cómo Álgvar luchaba aguerridamente con Damián, que retrocedía ante los feroces embistes del templario.

Cada vez que Álgvar esquivaba una estocada, se aproximaba con velocidad y descargaba un atroz puñetazo en la mandíbula de su contrincante. Podía haberlo atravesado con el acero, sin embargo, alargaba intencionadamente la pelea. Damián, tambaleante, intentaba contraatacar ya sin las fuerzas necesarias para enfrentarse a un guerrero de la talla del templario.

Otro puñetazo giró la cabeza de su oponente con tal violencia que lo impulsó de espaldas contra el suelo y levantó una espesa nube de polvo. Tras ellos, la oscura humareda avanzaba como un siniestro telón de fondo cuyos pesados cortinajes amenazaban con sepultarlos y poner fin a la sórdida función. Damián logró levantarse, y Álgvar, con extrema frialdad, aguardó una nueva y patética ofensiva. Tras sortear un par de ataques, se plantó frente a su enemigo, abrió ligeramente las piernas, inclinó la cabeza y sujetó fuertemente su empuñadura.

Por fin, atravesó con su enorme espadón el pecho de Damián con deliberada parsimonia y, tras una alargada pausa en la que le sostuvo la mirada, extrajo el mandoble del inmóvil cuerpo de su adversario y lo derribó de una furibunda patada.

Jimena, todavía jadeante, dejó escapar un hondo sollozo que liberó el pánico que todavía medraba en ella. Álgvar corrió hacia donde se encontraba, cayó de rodillas y la abrazó con fuerza.

—Amor mío —susurró con dulzura.

—Era... su padre —musitó entre lágrimas y señaló el cadáver de Ambrosio.

Él asintió, alargó el brazo y apresó el ensangrentado saco. Otro estallido resonó dentro del recinto inferior. Álgvar se envaró, se puso de pie, la tomó en brazos y corrió hacia la torre. Una vez más, le salvaba la vida. Una vez más, la llevaba en brazos para alejarla del peligro. Y, una vez más, el pecho de Jimena reventaba de amor y de congoja por haber trastocado la vida de un buen hombre.

—Te pondrás bien, pequeña, pronto olvidarás esta pesadilla.

Ella asintió y se arrebujó contra él. Deseaba absorber su vigor, su fuerza, su

ánimo. Llegó a las puertas dobles, las traspasó, atravesó el salón a la carrera, subió apresuradamente las escaleras curvas y en unas zancadas más alcanzó el dormitorio.

Cuidadosamente la depositó en el lecho, dejó caer el saco a los pies de la fastuosa cama y le besó la frente. Su afectada expresión, el amor de aquella mirada, la ira que todavía palpitaba en él, el miedo que se negaba a abandonar su gesto, la impulsaron a abrazarlo con tal fuerza que la mirada de Álgvar se humedeció.

Jimena lo besó con ansia, y el hombre sucumbió al alivio de esos labios desesperados. Después la miró con infinita ternura y, con una solemne determinación en el rostro, murmuró:

—Voy a rendir este castillo, tengo permiso del rey. Saldremos por fin de este infierno. Debo reunir a los supervivientes para organizar la salida. Por cierto, ¿liberaste a los prisioneros?

—Guillén lo hizo —respondió.

—No los he visto —adujo extrañado—. Imagino que se habrán escondido. —Depositó otro beso en sus labios—. Guillén era el maestro alquímico de Damián: uno perseguía la magia blanca, la sabiduría; el otro, el modo de despertar el mal supremo. Creo que Guillén tendrá que aprender a vivir con su conciencia y con tu pérdida.

—No se pierde lo que nunca se tuvo.

—Y lo que sabiamente se gana, permanece siempre —murmuró orgulloso.

—Vuelve pronto, templario, tengo muchas heridas que requieren vuestra atención.

Asintió obediente y salió complacido. Jimena cerró los ojos y acompasó su agitada respiración. Con una mano se tanteó las magulladuras del rostro. Lo que más le dolía era la garganta, deseaba mirarse en un espejo para evaluar los daños, pero estaba tan débil que decidió seguir tumbada.

Guillén, maestro de alquimia. Eso explicaba el ajeteo nocturno, la extensa biblioteca, las largas jornadas inmerso en su habitación, las continuas adquisiciones traídas de Bizancio, las excursiones al bosque y, sobre todo, la camaradería con Damián.

Recordó la frase pronunciada por Damián: “Mantenla con vida para el maestro”. Reprimió un escalofrío y presa de un incómodo desasosiego abrió alarmada los ojos. De pronto otra frase acudió a su pensamiento: “Ve con Mencia, ella te necesita”. Se incorporó como accionada por un resorte.

¿Cómo sabía que Mencia estaba viva y que la habían encontrado? El corazón le golpeó alocado en el pecho al ritmo de los incesantes recuerdos: “Te ayudaré... Juntos encontraremos el dichoso blasón.” “Como enemigo, no tengo igual.”

—¡Dios Santo!

La verdad la golpeó con tanta fuerza que se tendió de nuevo, apresó nerviosa la colcha entre los puños y el pánico la sepultó en su opresivo abrazo. Le faltaba el aire.

Guillén era el maestro. El verdadero nigromante. Por eso permitía con disfrazada indulgencia sus coqueteos, su búsqueda, alentaba subrepticamente su misión y adoptaba el papel de marido pusilánime. Él la había elegido a ella, y no al revés. Él conocía su origen, su pagana sociedad secreta de Trujillo. Sabía que buscaban el controvertido evangelio y, por algún motivo, sabía que junto al ansiado evangelio también se ocultaba la garra de su ídolo, al que pretendía resucitar con rituales de



muerte y sangre.

Sintió que la habitación le daba vueltas alrededor, las persistentes náuseas la incomodaron por enésima vez. Pensó en Álvar, debía alertarlo y con ese apremiante pensamiento se levantó.

Un ruido la detuvo. El pomo de la puerta comenzó a girar. Contuvo la respiración. Guillén asomó el rostro, le sonrió y se adentró en el cuarto. La siguiente mirada confirmó todas sus sospechas. Sus verdes pupilas se dilataron al localizar el saco, su intenso anhelo terminó de delatarlo.

Desde la almena enarboló con vehemencia la bandera blanca. Habían sido cuarenta días de asedio, intrigas, angustia, dudas, revelaciones, supervivencia extrema, descubrimientos y, sobre todo, de giros inesperados. Uno de ellos había sido su resurgimiento como hombre en el más pleno significado de la palabra.

Se sentía completo e incongruentemente desolado. Le había fallado a sus hermanos, los había defraudado, y ese puñal tardaría en salirse del pecho, si acaso lo hacía. Hacer un daño involuntario a la gente que se quería era algo lamentablemente inevitable, solo esperaba que, con el tiempo, las bondades pesaran más en las balanzas de sus corazones cuando rememoraran el recuerdo. Nada podía hacer ya, excepto vivir con ello.

Desplegó su mirada por los campos castellanos plagados de soldados, trabuquetes, tiendas, monturas, ondeantes baluartes y pequeñas, aunque numerosas, fogatas.

Las nutridas tropas almohades cercaban el castillo, y su comandante, Yarmun, parlamentaba con el califa al-Nasir junto a la tienda principal. Aguardaba el regreso del comandante cuando Martín y Bernardo se unieron a él con semblante contrito. La mirada de Martín clavó más aquel puñal de culpabilidad que lo atormentaba.

—Durán está malherido, no sabemos si sobrevivirá —informó con cierta agresividad—. El ataque pudo evitarse; han muerto innecesariamente muchos hombres.

Álvar resopló y se enfrentó a su otrora hermano.

—¿De qué me acusas además de amar a una mujer?

—Precisamente de eso: el vigía gritó “parlamento”, y tú lo ignoraste, cejado en encontrar a la mujer de otro hombre. Si hubieras accedido a negociar la rendición, se habría evitado el ataque, y ahora Durán...

—¡Basta! No podía imaginar que atacarían.

—¡Me confesaste que nada cambiaría! —le gritó fuera de sí—. ¡Me dijiste que te alejarías de ella, que controlarías tus sentimientos, que los sacrificarías por tu bien, por tu fe! ¡Has priorizado tus sentimientos en detrimento de los demás, de la vida de tus hombres! Y eso, dudo de que pueda perdonarlo.

En cierto modo llevaba razón. Y Álvar se vio incapaz de discrepar, de defenderse de aquellas cruentas acusaciones. Y, sin embargo, en su fuero interno supo que solo había tomado las decisiones en función de la urgencia del momento. Si hubiera sabido lo que acarrearían, todo habría sido distinto.

—Ni yo me atrevería a pedirlo. Asumo mi culpa y rezaré por el perdón de mis pecados; si he de pagar con mi vida, lo haré. Pero ambos sabemos que no había forma de predecir lo que ocurrió.

Martín bajó la cabeza, su rostro enrojecido, y tensó la línea de los hombros; todo en él mostraba impotencia y cólera. Entonces, supo lo que deseaba, lo que realmente contenía.

—Adelante. —Lo zarandeó burdamente—. Desahógate de una maldita vez.

Fue algo instantáneo. Martín lo golpeó con fuerza; sintió restallar el puño de su amigo en la mandíbula, y la cabeza se bamboleó hacia un lado. Álvar aguardó con los

brazos caídos el siguiente golpe, pero no llegó.

—No soy yo quien ha de castigarte —musitó entre dientes.

—Pero sí te atreves a juzgarme.

—Entendí tu... encandilamiento, tu pasión por esa mujer; incluso lo disculpé, al fin y al cabo, somos hombres, con nuestras debilidades y defectos. Sin embargo, creí que lucharías, que conseguirías olvidarla. Pero ahora... Ahora veo que lo que sientes te ha convertido en alguien que no conozco, y perder a mi gran hermano así, de golpe —sacudió confuso la cabeza—, no es algo fácil de asimilar.

Álvar puso una mano en el hombro de su amigo y le sostuvo la mirada con firmeza.

—Sigo siendo yo, Martín, tal vez una versión diferente, pero con el mismo contenido. No sé qué será de mí, pero te aseguro que mi amistad prevalecerá si no cierras tu puerta.

Bernardo desvió la mirada, su hirsuta barba cubría un rostro tosco pero bondadoso, aunque en ese momento la rigidez le contraía los rasgos.

—Ya nada será igual —musitó apesadumbrado.

—Dispón a la gente en una fila ordenada —pidió Álvar para concluir el tema.

—No hay vasallos, solo soldados y templarios.

Álvar frunció el ceño.

—¿Dónde demonios están todos? Guillén los liberó —gruñó preocupado.

Bernardo se encogió de hombros.

—Yo solo lo vi entrar en la torre.

Una comitiva cabalgó hacia la muralla y se detuvo justo debajo de ellos.

El huraño rostro de Yarmun lo saludó. Álvar se inclinó sobre la almena y gritó:

—Rindo el castillo con el beneplácito de mi rey Alfonso VIII de Castilla, a cambio debéis garantizar un salvoconducto para los habitantes del castillo hasta llegar a territorio cristiano.

El comandante almohade lo observó en silencio, su bruna mirada brilló con perspicacia.

—Aceptamos las condiciones, templario, con una sola imposición. Partiréis sin posesiones: todo hombre, mujer o niño será minuciosamente registrado.

Le dedicó una sonrisa sobreseída, era un hombre extremadamente ambicioso, y ya se relamía ante los tesoros que lo aguardaban.

Álvar repasó mentalmente las costosas reliquias que manos infieles tomarían, el esfuerzo, sudor y sangre las rodeaban como un halo de infortunio. Finalmente, la muerte de muchos cruzados perdía valor. Habían malogrado esa batalla, pero eso solo lograría ensalzar los ánimos para ganar la guerra, la libertad. El rey Alfonso tomaría revancha, no albergaba ninguna duda al respecto. Se limitó a asentir mientras en su mente elucubraba un ardid para camuflar los evangelios. Jimena no perdería su batalla.

\* \* \*

—¡Dios! Jimena, tu rostro...

Guillén simuló preocupación y se sentó junto a ella. Le tomó con gentileza la mano y se la llevó a los labios.

—Curará —le aseguró y escondió su repulsa.

—Conseguiste tu propósito, pero casi te cuesta la vida —repuso con voz suave—, ¿mereció la pena?

—Sí.

Guillén miró, claramente turbado, el saco. Incapaz de resistir la tentación, lo tomó.

—La curiosidad me mata, querida —arguyó y se relamió los labios inquieto.

—Puedes leerlo si lo deseas —ofreció.

Deseaba ganar tiempo. Cuando el hombre enfocara la atención en lo que tanto deseaba, ella podría buscar algo con qué golpearlo. Guillén, subyugado por el ofrecimiento, desanudó el cordel y abrió la boca del saco. Metió la mano y sacó el pesado cofre. Los ojos le centellearon.

Jimena posó la mirada en el candelabro que había sobre la mesita y se decidió por eso, era de bronce y estaba a mano. En caso de ataque, debía actuar con rapidez o estaría perdida.

Su esposo abrió el cofre y dejó escapar un suspiro. Levantó la garra que estaba engarzada a una brida de finísimo acero para conservar la unión de las extrañas falanges y la sostuvo ante él. Admiró aquella aberración con éxtasis. Como buen idólatra, la giró maravillado mientras mostraba su respeto. Con gesto solemne la acarició, como si el anterior y genuino propietario agradeciera su servidumbre. La conducta reverente era la propia de un vasallo con su señor. Aquella tétrica imagen convulsionó el quejicoso estómago de Jimena.

—Curiosa reliquia, ¿no?

Guillén alzó molesto la mirada.

—Imagino que pertenecerá a algún animal extraño, una mutación de la naturaleza —añadió tentando su suerte.

—Pertenece a un ser supremo —confesó.

Jimena tragó saliva; sin embargo, logró conservar la serenidad para lidiar de nuevo con la muerte.

—Era lo que buscabas, ¿verdad? —comenzó pausada—. Deseabas que lo trajera ante ti, y eso he hecho.

Guillén depositó con extrema delicadeza la garra en el terciopelo rojo que cubría la base y la miró asombrado.

—Nunca dejas de sorprenderme, querida. Subestimé tu inteligencia, lo confieso.

—¿Cómo supiste que estaba junto al evangelio que yo buscaba?

—Puesto que voy a matarte, creo justo contarte mi historia.

Jimena simuló acomodarse y se aproximó a la mesita del candelabro.

—Adelante.

En su interior, elevó una plegaria para que Álvar apareciera antes de que se desatara la locura. Guillén rio satisfecho, se pasó la mano por la espesa melena y la observó con clara aprobación.

—Me sorprende gratamente tu aplomo, Jimena; demuestras una entereza admirable.

—Gracias, continúa —urgió.

—Todo empezó cuando intercepté la urgente misiva de un cruzado. Era una carta bastante peculiar: hablaba de una necrópolis, de su historia y del poder de su máximo

gobernante, el gran Adonay. No te aburriré con los detalles, pero me convertí en su leal súbdito.

Hizo una pausa, posó la mirada en el cofre y ensanchó la sonrisa.

—La providencia puso en mi camino a ese monje, lo encontré desvariando una noche, totalmente ebrio, sobre una garra extraña; la mano del demonio la llamaba y enseguida comprendí que barboteaba sobre algo que yo ansiaba, algo imprescindible en el último ritual. Lo acogí en mi casa y le sonsaqué la información que precisaba. Le dije la verdad con la intención de convertirlo a la causa, le hable de Adonay y cayó rendido a su influjo. Ambrosio conocía también el peligroso contenido de este evangelio, odiaba a las mujeres, era un odio letal, el solo pensamiento de que fueran nuestras iguales lo sublevaba hasta el punto mismo de la locura. Descubrió que lo custodiaba tu padre, así que lo mató.

Se detuvo para deleitarse con su expresión. Pero Jimena, aunque afectada, lo privó de ese placer y conservó una fría indiferencia; no obstante, el pecho empezó a dolerle.

—Abrió el cofre y se distrajo con la garra. Desafortunadamente, llegó tu madre junto a algunos parroquianos y tuvo que huir sin poder llevarse tan preciado objeto. Aunque se juró perseguirlo hasta el fin de sus días, ya no tenía un objetivo, sino dos. Gracias a mí. Ambrosio, aunque mezquino y siniestro, me confesó que tenía un hijo y que solo me ayudaría si lo acogía en mi casa como mi aprendiz. Damián tenía entonces dieciséis años. Hace ya diez de eso. No tuve más remedio que aceptar. Localizamos a tu madre en Calatrava. Osorio nos avisó, por cierto. Todo queda en familia, Osorio era hermano de Ambrosio, dos seres abyectos que servían a tu dios, ¿no es irónico? Pero escapasteis. Por fortuna, tu madre, la bella Alodia, pagó justamente su osadía.

Jimena apretó los puños y cerró los ojos ante la imagen que se le perfiló en la mente: el cuerpo laxo y maltratado de su madre al balancearse en la horca.

—Y yo te localicé a ti. Fue tan fácil conseguir que me necesitaras, siempre fuiste tan predecible, tan manejable. Te permití pensar que eras tú quien me manipulaba, pero fui yo, siempre fui yo. Conseguí instalarme en este castillo para la consecución de mis objetivos, no de los tuyos; me importan un bledo los tesoros que oculta, como me importas un bledo tú. No obstante, fue tan divertido representar el papel de devoto esposo neciamente enamorado de su mujer, disfruté al victimizarme. Y, ahora —se puso en pie, cerró la bolsa y la dejó en el suelo—, voy a disfrutar al entregar tu mísera vida a mi señor.

Jimena no lo dudó. Se abalanzó sobre el candelabro y lo apuntó con él. Al punto, se apercibió de su error, pues Guillén simplemente retrocedió y desenvainó la espada con total tranquilidad.

—Demasiado impulsiva, un craso defecto. —Chasqueó la lengua y le regaló una sonrisa condescendiente—. No te resistas, tu destino está marcado desde hace tiempo. Tu sangre alimentará la garra, y mi amo resurgirá de los avernos para gobernar la Tierra.

Lo miró con aversión. Estaba desquiciado, creía aquellas palabras y en verdad esperaba resucitar a un ser que ni siquiera habría existido, por muy humana que pareciera esa garra maldita.

—Lo que más lamentaré es no poder verte la cara cuando tu adorado Adonay no aparezca.

—Eso nunca lo sabrás.

Jimena se removió nerviosa, le quedaba averiguar un par de cuestiones.

—¿Qué le hiciste a Mencia?

—Solo le administré el mismo brebaje que preparé para ti. Está paralizada, pero plenamente consciente de su alrededor, ¿no es aterrador?

—Malnacido —profirió y reprimió un escalofrío.

Guillén rio, disfrutaba de aquel preámbulo

—Damián vio la oportunidad de desfogar sus bajos instintos contigo. Tus flirteos lo enloquecían, te deseaba fervientemente. Quise entregarte a él, me excitaba observar cómo te ultrajaban, pero el templario tuvo que intervenir. Le prometí que habría otra oportunidad, estaba tan impaciente.

—¿Qué has hecho con los sirvientes del castillo?

—No los he matado, ¿por quién me tomas?

Estalló en una histriónica carcajada, una delirante locura le refulgió en la mirada.

—¿Dónde están? —insistió ella.

—Siguen presos en el calabozo —respondió—. No deseo interrupciones, este ha de ser mi ritual más preciso, necesitaré de toda mi concentración.

—Álvar vendrá a visitarme de un momento a otro.

Resopló hastiado, sacudió la cabeza y miró hacia la puerta.

—Tu querido templario está muy ocupado en estos momentos, estará inmerso en las negociaciones de la rendición y tendrá que disponer y organizar el destierro. Para cuando regrese, solo encontrará el despojo que será tu cuerpo. Un cuerpo del que ha gozado intensamente. Aún recuerdo cómo jadeabas gustosa bajo él, cómo tú traicionabas a tu esposo con total abandono y él, a su dios. Fue repugnante, aunque confieso que me alivié mientras os miraba a través del tapiz que traje de Bizancio. Verte fornicar como una vulgar ramera fue más excitante que tomarte como si fueras una momia.

—Eres un enfermo, un ser repulsivo, pero digno de compasión. Un simple perturbado, un vulgar asesino, un maldito depravado que...

Guillén se abalanzó sobre ella y la abofeteó. Sonrió para sí, pues lo había atraído sagazmente a su terreno. Descargó el candelabro de bronce y le golpeó un lado de la cara. El hombre chilló y se sujetó la oreja izquierda. La sangre se filtró entre sus dedos. Jimena bajó de la cama y corrió hacia la puerta. Un puntapié la derribó. Exhaló un gemido doloroso cuando Guillén le clavó la rodilla en la espalda y la sujetó por los codos, tirando hacia atrás.

—¡Voy a destrozarte! —amenazó entre dientes.

Jimena dejó de debatirse, apoyó su inflamada mejilla en las frías baldosas de piedra y esperó el próximo movimiento. Guillén se alzó lo suficiente para girarla y la apresó entre sus rodillas. Boca arriba, observó el rictus contrariado y enfurecido del hombre. El demencial brillo de aquellos ojos la sobrecogió. Guillén sacó una daga del cinto y entonó un extraño cántico en un dialecto más extraño aún. Con la mirada turbia y el rostro arrebolado, se entregó a aquel macabro conjuro. Cerró los ojos y alzó el puñal.

Jimena, desesperada, buscó a su alrededor y descubrió que la bolsa estaba casi a su alcance. Estiró el brazo hasta que el músculo le dolió, apresó entre los dedos la bolsa y la arrastró hacia ella. Miraba aterrada la febril expresión de Guillén, rezaba para que no abriera los ojos. Deslizó dentro la mano, agarró el cofre y lo sacó. Se le volcó y, así, logró abrir la tapa y tomar la garra.

Cuando Guillén comenzó a descargar su daga sobre ella, Jimena detuvo la estocada con la garra: el acero se filtró entre las falanges medias. Astutamente giró la muñeca y atrapó en ese movimiento el puñal de Guillén. Él, paralizado al ver su preciada reliquia atravesada por su propio acero, tiró hacia atrás para liberarla. Jimena aprovechó esa pequeña inclinación para empujarlo con fuerza. Logró encoger una pierna y dobló la rodilla para impulsarla contra la cabeza de Guillén. La patada logró el efecto deseado. Él cayó despatarrado al suelo, confuso y dolorido. Jimena se levantó y, en lugar de correr hacia la puerta, tomó de nuevo la reliquia y se acercó a la alargada ventana ojival que daba al patio de armas. Sacó la garra por ella y la dejó caer.

—¡Nooo!

Guillén, con los ojos desorbitados y mientras la furia le contraía las facciones, corrió hacia ella. Jimena aguardó el momento preciso: contenía el miedo. Agitada, se agachó hecha un ovillo bajo el parapeto para convertirse en un obstáculo viviente. Justo cuando el hombre se abalanzaba hacia la ventana, se topó con ella, perdió el equilibrio y cayó hacia delante. Quedó suspendido en el parapeto, medio cuerpo colgando fuera, el otro medio sobre la espalda de ella. Antes de que pudiera rehacerse, Jimena se incorporó. El cuerpo de Guillén se deslizó lentamente en mitad de gritos y súplicas. Finalmente, cayó al vacío con un aterrador alarido infrahumano y siguió el mismo recorrido que su amada reliquia. Había encontrado su destino de la mano de su amo. Algo irónicamente escalofriante. La puerta se abrió de golpe, unos pasos acelerados se aproximaron a ella.

—Temí llegar tarde; cuando vi que no los había liberado...

Jimena se volvió hacia Álvarez temblorosa y agotada. Ni siquiera le quedaban fuerzas para llorar.

—Maestro y amo por fin se encuentran —musitó con voz gastada.

Álvarez se asomó con curiosidad. El cuerpo de Guillén se hallaba tendido inerte en el patio sobre un charco denso de sangre, su cuello en una postura imposible.

—Ahora sí ha acabado todo —murmuró ella en apenas un hilo de voz.

—Queda una última cosa —objetó Álvarez—, coser los evangelios a tu camisola.

Jimena asintió y se sintió desfallecer. El templario la tomó en los brazos y la acunó. Entonces, se rindió; la tan apetecible negrura, cálida y envolvente, la rodeó.

Abandonaron la fortaleza cabizbajos, derrota-dos y exhaustos. Tan solo sesenta caballeros de la orgullosa Orden de Calatrava podrían contar aquella hazaña. Habían resistido bravamente el asedio musulmán, una proeza estoica que hablaba del valor y tesón de aquellos hombres para defender su cruz, su tierra y a sus hermanos con fervor.

Contempló la fila de capas blancas que ondulaban delante de él en formación sobre las monturas. Los hombros caídos, las cabezas inclinadas, tristes y pensativas huían hacia el castillo de Zurita. Abandonaban la sede, Salvatierra, de la que habían adoptado el nombre cuando se había perdido Alarcos. Alvar giró la cabeza, la mirada húmeda por lo que sus ojos contemplaban. En los torreones, los estandartes con la Santa Cruz habían sido sustituidos por la media luna. La daga cristiana clavada en el corazón almohade, como se conocía Salvatierra, por fin había sido arrancada y convertía los estratégicos campos toledanos en reinos del invasor. El califa estaría pletórico.

Cabalgaba lentamente, sentía el peso del mundo sobre los hombros, su particular cruzada todavía no había terminado. Debía enfrentarse a su maestro, aceptar el castigo y decidir su futuro. Ante esto último suspiró. Jimena dormitaba apoyada en su pecho. Verla en aquel lamentable estado le encogía el alma. El miedo a perderla todavía palpitaba y se negaba a abandonarlo del todo. La amaba con una fuerza arrolladora y, sin embargo, su sentido del deber, la lealtad hacia sus hermanos le impedían entregarse completamente al sentimiento que le reventaba en el pecho. No podía iniciar una relación sin zanjar el compromiso con la Orden.

Por otro lado, ella cargaba su propio fardo de responsabilidad: una misión que debía finalizar. Habían podido salvar los legajos de la recién descubierta apóstol María Magdalena, el apóstol amado, y Jimena debía partir de inmediato a Trujillo para decidir su propio destino. Y, si algo tenía meridianamente claro, era que no permitiría que ella corriera más peligros. Si él renunciaba a todo, exigiría el mismo favor. Así, pues, el futuro de ambos flotaba en una nube de incertidumbre inconclusa y pesada. Debía exorcizar sus demonios, hallar la paz consigo mismo, limpiar cualquier rastro de culpa o, al menos, lograr vivir con las secuelas. Entonces estaría preparado para ella, no antes.

El ocaso emergió esplendoroso con sugerentes púrpuras, tenues rosados y brillantes naranjas; una línea de fuego evanescente conformaba el horizonte. Aquel abanico de embriagadores colores teñía los campos castellanos y los convertía en un paraje místico e irreal. Llegaron a destino en plena noche cerrada. Las puertas de Zurita se abrieron para recibirlos. En un revelador silencio sepulcral, cargado de lamentos y pesadumbre, los caballeros castellanos inclinaron las cabezas en señal de respeto, en una especie de pésame unánime, pero también de admiración y reconocimiento. Fueron instalados para pasar la noche; Jimena se alejó de él con una mirada anhelante, de la mano de la ya recuperada Mencia.

Los hombres pasaron la noche al raso en la explanada del patio de armas. A él, como capitán, le fue dada una habitación que en principio rechazó, pero ante la insistencia del anfitrión, tuvo que aceptar. Allí parado, en el umbral de la puerta,



observó aquella mullida cama como si se tratase de un pasaje al cielo; inclinó la cabeza y dejó que unas amargas lágrimas le rodaran por las mejillas. La tristeza, la angustia, la incertidumbre por fin emergían y le aligeraban el pecho. Su hermano, Durán, permanecía todavía inconsciente, y nadie era capaz de adivinar su suerte.

Abatido, se dirigió a la cama, se desprendió del cinto, besó la empuñadura de su fiel espada y la depositó solemnemente en un aparador. Suspiró y se tumbó en el camastro. Cerró los ojos dispuesto a repetir mentalmente sus oraciones, pero la imagen de un rostro interrumpió las silenciosas letanías.

Respiró hondo y se preguntó cómo haría para despedirse de ella. No podía prometerle nada, pues ignoraba su destino y, desde luego, por nada del mundo la mantendría esperándolo bajo la posibilidad de un regreso. Lo único que podía hacer era liberarla de él, y el destino dispondría. Caía en los brazos de Morfeo cuando unos suaves golpes en la puerta lo envararon. Álvaro se precipitó, pues temía malas noticias sobre la salud de Durán y, con el corazón en un puño, abrió el postigo. Ante él apareció Jimena.

—Te necesito —gimió ella.

Álvar la hizo entrar, le tomó el hermoso rostro, cincelado por un ángel, entre sus grandes y toscas manos y le clavó los ojos en el profundo océano turquesa de su mirada.

—Y yo a ti —confesó en un hilo de voz rota—. Pero ambos debemos aprender a vivir separados.

—No —negó con vehemencia—. Me amas, y yo a ti; nada se interpone entre nosotros.

—Sí —objetó él—. Se interponen nuestros destinos.

Jimena, dolida, se separó de él y caminó alterada hacia la ventana. La luna, ya alta, desplegaba un brillante manto sobre los campos y los vestía con un toque espectral, con un aura sobrenatural y cautivadora que atrapaba en su influjo a los seres de la noche que permanecían subyugados por su encanto. Las nubes, también hipnotizadas por su fría belleza, se le acercaban calmas, ansiosas por irradiar en su desdibujado contorno aquella luz mágica que las iluminaba y compartir humildemente su protagonismo.

—Debes marchar a Trujillo.

Álvar se acercó a ella, se detuvo a tan solo un paso para admirar cómo el reflejo nacarado refulgía en los rizos negros de su larga melena y le remarcaba las deliciosas ondas del pelo.

—Pensé que me acompañarías —musitó apesadumbrada—. Creí que tu corazón no albergaba dudas.

—Debo regresar con mis hermanos, enfrentar a mi maestro y redimir mis pecados.

Entonces, Jimena se volvió y se encaró con él; una tormenta se le formó en el rostro.

—¿Soy yo un pecado? —increpó furibunda.

Álvar le sostuvo la grave mirada, deseaba borrar aquella furia con besos.

—El mejor de ellos, del que jamás me arrepentiré.

—Ese es el problema —espetó—. Sigues pensando como ellos. Amar no es un

pecado, maldito templario, amar es un don, un privilegio, un regalo que ahora pienso que no mereces.

Sus bellos ojos refulgían indignados. Álvar apretó los puños para contener las emociones. Estaba tan arrebatadoramente hermosa, con la luna en el cabello y fuego en la mirada, que el único pensamiento que podía mantener era el de tomarla hasta desfallecer.

—He consagrado toda mi vida a la Iglesia y, aunque sí he dudado de sus cánones y preceptos, sus enseñanzas y mandamientos han calado hondo en mí. Por mucho que ahora sepa que la mayoría son falacias, no puedes reprocharme que me sienta un traidor. Necesito tiempo —manifestó con suavidad.

El agitado pecho de Jimena subía y bajaba desacompañadamente, su rostro mostraba una honda decepción teñida de ira y frustración.

—Si es tiempo, estoy dispuesta a...

—No —la interrumpió—. Sigue con tu vida sin esperar nada, no estoy en posición de prometer, pues desconozco mi futuro.

Desolada, cerró los ojos. Sus aristocráticas facciones se tensaron, sus opulentos labios se estiraron en un mohín contenido. Álvar deseó estrecharla entre los brazos, acunarla, besarla, pero supo que eso solo la confundiría más. Asintió lentamente, en un movimiento largo y pausado, como si aquella leve flexión de su cabeza resultara un arduo y pesadoso esfuerzo.

—No voy a insistir; tu decisión nos destroza a ambos, pero por tu expresión veo que nada de lo que pueda decir calará en ti.

La voz se le debilitó, la postura se le ablandó: había capitulado.

—Solo quiero que sepas que te amaré por el resto de mi vida —aseveró—. No sé qué será de mí, ni si lograré casarme de nuevo, ni si tendré hijos, ni si moriré triste y sola. Sea cual sea mi destino, no habrá más hombre en mi corazón que tú.

Hizo una pausa en la que inhaló aire con dolor y agregó:

—He asumido muchas pérdidas en mi vida; de hecho, creo que no he tenido otra cosa, pero a ti no te perderé porque estás dentro de mí. Solo me queda agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Una gruesa lágrima se le deslizó sinuosa por la mejilla. Desvió la vista e hizo ademán de alcanzar la puerta antes de derrumbarse por completo. Debió dejarla marchar, pero algo en su interior lo obligó a detenerla cuando pasaba por su lado.

—¡Suéltame! —siseó con rencor.

Álvar la estrechó contra el pecho, le sujetó firmemente la mandíbula con una mano para inmovilizarle la cabeza y derramó sobre ella todo lo que de su corazón brotaba.

—¿Acaso crees que es fácil para mí asimilar que tengo que vivir sin corazón? ¿Imaginar que otro hombre te haga suya? ¿Saber el hondo rencor con que me recordarás?

Le dobló el brazo tras la espalda y la pegó a él cuando ella intentó apartarlo.

—No, no será fácil. Ahora mismo me siento desgarrado por dos sentimientos que tiran de mí en sentidos opuestos y me quiebran el alma. Estoy roto, Jimena. No tenerte... —Su voz sonó ronca y afectada, la pasión que lo sacudía amenazaba con descontrolarse inmisericorde—. No tenerte será la penitencia más dura que tendré que

soportar.

—Una penitencia que te has impuesto tú, condenado templario —recriminó con resentimiento.

—Más bien mi condenado sentido del deber —concedió.

—Pues al cuerno tú y tu maldito sentido del deber.

Se revolvió como una gata furiosa, lo que derribó la fina línea de contención que lo separaba del abrasador incendio que ella le provocaba en los sentidos. Hundió los dedos en la tersa piel de sus mejillas para afianzar la postura de su cabeza y cayó voraz sobre su boca. Invadió aquel reino suave, cálido y húmedo con la fiera determinación de un conquistador, como Julio César cuando arrasó la Galia o Alejandro Magno cuando invadió Persia, mientras asolaba con ansiedad y avidez cuanto encontraba a su paso. Ella se rebeló, se retorció, le negaba el néctar aterciopelado de su lengua, le mordía los labios. Pero él, estoico, aguantó aquella ofensiva, pues se sentía cerca de la victoria. Percibía su latente respuesta con cada caricia, pasaba la lengua contra la de ella, la frotaba insistente para tentarla a colaborar, le lamía los labios, tiraba del inferior jugueteón, la confundía, la sometía. Cuando ella gimió ardiente, saqueó su boca de nuevo y succionó aquella bendita lengua con hambre desatada. Su sabor le caló los huesos.

Era suya en cuerpo y alma, y supo que jamás se perdonaría renunciar a aquella bendición. Algo que lamentaría, sin duda, pero, por desgracia, todavía era soldado y monje por añadidura, dos capas de las que debía despojarse si quería aspirar a tenerla; solo un hombre libre podía tener algo que ofrecer.

Jimena le prodigaba los oídos con gemidos anhelantes, se le frotaba contra el cuerpo, y el templario continuaba besándola febril. Su cálida y agitada respiración se mezclaba con la de ella, sus cuerpos se ceñían hambrientos, desesperados por fusionarse en uno solo. Álvar emitió un gruñido sordo parecido al de un animal cuando la alzó en brazos y cayó con ella sobre la cama. La deseaba tanto que le dolía hasta el alma. Sobre ella, cegado por la pasión, le aflojó el escote y le liberó los firmes pechos. Los tomó con la boca y pasó de uno a otro con una voracidad casi agonizante. Succionaba aquellas rosadas cumbres que se elevaban orgullosas. Mientras degustaba extasiado aquel dulce manjar, con una de las manos le subió la túnica y acarició la sedosa piel de sus largas y torneadas piernas. Ella las abrió invitadora, lo que le facilitó el acceso hacia la parte interna de los muslos. Cerró los ojos con deleite por aquella piel que rivalizaba con el terciopelo.

Jimena le enredó los crispados dedos en la nuca, se arqueó y se tensó ansiosa y expectante. Álvar aún le mordisqueaba los tersos y altivos senos que suplicaban su atención, cuando sus dedos encontraron lo que anhelaban. La húmeda hendidura de la mujer, resbaladiza y exigente, tensó la ya abultada protuberancia que le reventaba las calzas, fiel emblema del feroz deseo que lo obnubilaba. Abotargado, luchó por contener sus propios instintos en favor de la mujer que amaba más que a su vida. Acarició los íntimos pétalos de su deseo, frotó el inflamado botón de su exigencia y le provocó jadeos entrecortados. El cuerpo de ella ondeaba bajo él, pedía, rogaba, agonizaba convulso, se retorció en una serie de espasmos que la hicieron gritar liberada. De ella brotó un torrente de cristalinos y deliciosos fluidos que le empaparon la palma de la mano. Siguió acariciándola hasta enloquecerla, disfrutaba de su

apasionada respuesta. Una y otra vez se liberó extasiada. Cada jadeo era un regalo que sus oídos memorizaban; cada caricia, un premio que en su recuerdo atesoraba. Saber que podía ser la última vez que la tenía entre los brazos acentuaba la necesidad de alargar el encuentro, por mucho que sufriera los estragos de la dura contención.

Besó, lamió, acarició, agasajó y adoró hasta que temió perder la cordura. En un último y durísimo esfuerzo por no perder el escaso control que le quedaba, logró desnudarla completamente. Luego, salió de la cama y se quitó la ropa con premura. Verla arrobada, sin ropa que cubriera aquel cuerpo majestuoso, entregada e impaciente fue demasiado para él. La lujuria lo poseyó con la fuerza de un huracán. Se cernió sobre ella, se coló entre sus piernas y la penetró con toda la lentitud de la que fue capaz. Ella, inflamada pero ansiosa, lo miró lasciva y alzó las caderas para profundizar la embestida.

Cada acometida fue más violenta que la anterior, y lo llevaba a un estadio de locura devastadora. Jimena acompañaba sus movimientos y lo urgía a dejarse llevar al delirio. Acompasados, desesperados y unidos hasta más allá de lo tangible, se miraron a los ojos con una intensidad abrasadora. Calaba en sus almas el amor que se profesaban: un amor puro, ardiente e imperecedero. En un último y profundo embate, gruñó sumido en un placer sublime al tiempo que se derramaba en ella y liberaba su agonía. Ella se tensó, arqueó bruscamente la espalda, sorprendida en un violento clímax. Álvaro le tomó la boca para absorber hasta el último de sus gemidos.

Plenos, laxos y satisfechos, él permaneció dentro de ella con la cabeza ladeada sobre la almohada. Frente al rostro de la mujer, las miradas tiernamente engarzadas expresaban la magnitud que los embargaba. Álvaro delineó con la punta de los dedos el contorno ovalado de su cara, se detuvo en la barbilla y fijó los ojos en su generosa boca de labios plenos y exquisitamente perfilados, hechos para besar y ser besados.

—Recordaré cada detalle hasta con el último aliento de vida —murmuró él.

—Y renuncias a esto por voluntad propia, créeme que intento entenderte, pero no lo consigo.

—No puedo explicarte algo que ni yo mismo comprendo, digamos que siento que debo limpiar mi alma. Más que una razón, es un sentimiento que me impele a convencerme de que no actúo mal, ni traiciono a los míos. Porque no se trata de la Iglesia en sí como institución, sino de los hombres que han compartido mi vida como hermanos, unidos por la adversidad por el tesón y por la fe. Yo... siento que les he fallado, que Durán está al borde de la muerte porque mi corazón se impuso a la razón, a mi fidelidad hacia ellos. Cuando luchas contra el enemigo, contra la muerte, contra la hambruna, creas un vínculo irrompible con los hombres con los que compartes tantas vivencias.

—Y te mortifica que yo lo haya roto, mejor dicho, te culpas por tu debilidad —adivinó ella.

—Algo así —confesó.

—Así que tú mismo te impones un castigo, solo que me arrastras a mí, ¿te parece justo? —objetó.

—No —admitió—. Sin embargo, tampoco me parecería justo para ti cargar con un hombre con ese peso sobre los hombros, una carga que de seguro sombrearía tu felicidad.

Jimena bajó la mirada, el semblante se le nubló.

—Yo empecé esto por puro egoísmo, caí en mis propias redes y ahora recojo los frutos.

—No, tú no tienes la culpa de nada, tú eres lo mejor que me ha pasado.

Ella no contestó, lo miró con una expresión indescifrable, le besó fugazmente la boca y salió de debajo de él. Se levantó, se vistió en un silencio tenso y de un bolsillo oculto en su sobre túnica sacó un objeto. Álvar abrió los ojos mudo de asombro. Era el blasón de la Orden.

—Ya que has decidido regresar con los tuyos, tal vez esto ayude a calmar los ánimos de tu maestro. De todas maneras, pertenece por derecho a los templarios.

Lo lanzó sobre la cama. Se dirigió a la puerta. El corazón de Álvar sangró, se contrajo dolorosamente, el cuerpo se le envaró y el estómago se le agitó incómodo. Se sentía físicamente enfermo; la perdía. Temió moverse, pues sabía que si accionaba cualquiera de sus músculos, sería para cerrarle el paso.

—Que Dios te guarde, Álvar de Villar y Honrubia de la casa de Villadiego. Jamás te olvidaré, noble caballero.

Tragó saliva cuando la puerta se cerró tras ella. Cerró los ojos y se entregó al llanto.

\* \* \*

El alba asomó tímido entre las ondulantes colinas, despertó a los campos con el rocío de la mañana, alejó a las criaturas de la noche, espantó las sombras y doró levemente el contorno de árboles y arbustos, las flexibles puntas de la hierba alta y la rugosa superficie de los peñascos.

Jimena suspiró y se abrazó para reprimir un escalofrío: estaba agotada. Observó con envidia el sereno semblante de Mencia, perdida en el sueño. No sabía cuándo podría dormir así de plácida. En el pecho le latía una opresiva angustia, una lacerante punzada continua y persistente que amenazaba con sumirla en una abrumadora oscuridad. Solo un ademán la tranquilizaba: acariciarse el vientre. Estiró la boca en una temblorosa sonrisa.

Durante el triste trayecto hacia Zurita, Jimena no durmió. Había comprendido que el motivo de su atroz angustia, las constantes náuseas, la debilidad, el hambre continua solo eran síntomas. Pronto el cuerpo le cambiaría, pleno de vida. La sola idea de tener un hijo del hombre que amaba era suficiente para fortalecer su maltrecho ánimo. Durante aquella cabalgada sobre el negro alazán de Álvar, había caído en la cuenta de que no había sangrado el día indicado, y su ciclo era infalible. Sonrió, el dolor comenzaba a ser soportable. Como ya le dijo a él, nunca la abandonaría, pues estaba dentro de ella, en el sentido más literal de la palabra, un sentido que él jamás adivinaría ya.

La pena pesó menos: su nueva misión en la vida tardaría pocos meses en llegar. Cuando tuviera a su hijo en brazos, la piedra que ahora le colgaba del pecho se aligeraría lo suficiente para poder vivir sin un pedazo de corazón. No importaba, pues sabía que lo que le quedaba rebosaría de amor por el ser que albergaba en las entrañas.

Mencia se desperezó indolente, se rascó la barriga y se frotó los ojos en mitad de un largo bostezo.

—Niña, ¿no has dormido?

Su voz, matizada de reproche, sonó ronca y quebradiza.

—Tenía mucho sobre lo que pensar.

—Dormir también ayuda a eso, se ve todo mucho más claro después de un buen descanso.

Jimena le sonrió, se alisó el vestido y lamentó no tener uno de recambio. Su aspecto debía de ser desastroso.

—Espero al menos que puedas hacer algo con este endiablado pelo —se quejó al estirar sus rizos torpemente—. Partiremos de inmediato para Trujillo.

—¿Solás?

Se mordió el labio inferior y desvió la mirada.

—Sí.

No pensaba confesarle todavía su estado a Mencia, pues de seguro la obligaría a contárselo a Álvaro. Y por nada del mundo deseaba atarlo con un compromiso. Él había tomado una decisión y debía seguir su camino.

—Yo pensé... —titubeó la doncella.

Jimena chasqueó la lengua, como quitando importancia al asunto, aunque en su interior se sintiera desfallecer.

—Álvar se debe a su Orden, y hemos de respetar su decisión.

La mujer la miró boquiabierta, maravillada ante tanta serenidad.

—Pero él te quiere, sus ojos no mienten.

—Parece que no lo suficiente, su lealtad es con creces más fuerte.

Mencia refunfuñó y sacudió incrédula la cabeza. Se levantó y se acercó a ella con los brazos en jarra.

—¿Puede saberse dónde has escondido a mi Jimena?

Se obligó a sonreír. La mujer se abalanzó hacia ella y la estrujó entre sus generosos pechos.

—Conmigo no tienes que hacerte la dura, pequeña.

Contuvo las lágrimas, cerró los ojos y se dejó acunar.

—No es eso, es solo que de nada sirve lamentarse; cuanto menos piense en ello, mejor.

—Muchacha, no seré yo quien te lo recuerde. Has madurado, y no sabes cuánto lamento que haya sido a base de golpes. Sin embargo, los sabios aprenden de cada tropiezo; los necios sucumben a ellos.

—Mi amor por Álvaro no es un tropiezo, es un regalo que permanecerá siempre vivo en mí. No me arrepiento de nada, tan solo acepto de la mejor forma posible las consecuencias de mis actos.

Mencia respiró hondo y le acarició el cabello con dulzura; a la mente de Jimena acudió su madre con aquella sempiterna sonrisa y enternecida mirada. Sintió un nudo en la garganta y brasas tras los ojos.

—Péiname, Mencia, tenemos un largo viaje por delante.

—No la acepto, maldición —bramó don Ruy Díaz de Yanguas, VI Maestre de la Orden de Calatrava.

Álvar apretó los labios y le sostuvo la mirada.

—He roto mis votos —insistió furioso—. Y reitero mi renuncia.

Tras él, los hombres en formación acababan de atestiguar por orden expresa de Álvar lo acontecido en Salvatierra sin omitir detalle alguno. Durán, ya recuperado, mantenía una expresión sombría como el resto de sus hermanos.

—Eres el capitán de mi Orden —arguyó Ruy con vehemencia—, y así será hasta que recuperemos la península. Te necesitamos, Álvar, ahora más que nunca. El rey Alfonso y el arzobispo de Toledo, Rodrigo Ximénez de Rada, están organizando una ofensiva sin precedentes. Han enviado un emisario a Roma para que el papa Inocencio III proclame una santa cruzada contra los almohades y ordene la unificación de los cinco reinos cristianos. Además, exhortará a todo cruzado extranjero a que se una a nosotros por la salvación de sus almas. Vengaremos Alarcos y Salvatierra; la reconquista es tan solo una cuestión de tiempo.

Álvar apretó los puños.

—Mi fe no es la que era —masculló.

—El papa exonerará todos tus pecados si participas en la batalla, y yo te licenciaré si aún lo deseas. Serás un hombre libre. Además, permaneceremos aquí, en Zurita. Entrenaremos con premura a los novicios para la batalla que se avecina.

Aquella sola frase le conmovió el espíritu. Era cuanto deseaba: la libertad.

—Si sobrevivo —apuntó.

—Incluso si no lo haces. En la vida eterna no hay lazos ni ataduras —apostilló.

Ruy lo observó con expectación con el ceño fruncido y mirada grave. Álvar ya había decidido. Le importaba poco la dispensa papal: era su propio perdón el que necesitaba, y jamás podría otorgárselo si abandonaba a sus hermanos en ese punto crítico. Además, liberar las tierras cristianas de los infieles era algo primordial. La contraofensiva que se gestaba era el golpe de gracia tan necesitado en esos difíciles momentos. Por fin, los cinco reinos se unirían, no podía salir mal, no esta vez.

—De acuerdo, lucharé por la victoria, moriré por ella si es necesario, pero, si regreso con vida...

—Tienes mi palabra —aseveró Ruy.

Se estrecharon la mano, el maestre palmeó complacido la espalda de Álvar.

—Si todos los hombres de la cristiandad poseyeran tu lealtad y tu valor, hace tiempo que nos habríamos librado de los malditos almohades.

Álvar se volvió hacia sus hombres. Aquellos rostros reflejaban alivio y satisfacción. Martín se adelantó.

—La última batalla juntos, hermano.

Le puso la mano en el hombro derecho, a continuación se aproximó Bernardo e hizo lo propio en el hombro de Martín. Finalmente, y para cerrar el cuadrado, Durán aferró el hombro de Bernardo, y Álvar el suyo.

—“Haz lo que puedas con lo que tengas, en donde estés, pero siempre llévanos a la Gloria.”

Navas de Tolosa, 16 de julio *anno domini* 1212.

Amanecía. Una difusa línea resplandeciente quebró la noche. Esa incipiente y tímida luminiscencia fue suficiente para activar el campamento. Ya el día anterior habían sido bendecidos en una misa generalizada, y hombres de diverso rango y condición fueron confesados y perdonados, libres de entregarse al combate sin perjuicio para su alma, a no ser que desertaran.

Las tropas cristianas, por fin, se habían asentado en Mesa del Rey, un prado en los llanos de La Losa, cerca de la villa de Santa Elena al noroeste de Jaén, no sin salvar vicisitudes. El astuto al-Nasir les había cortado el acceso al valle y los había acorralado entre abruptas montañas; una localización imposible para un combate, pues impedía el ataque masivo de las fuerzas cristianas que, anuladas, solo aguardaban la derrota o la retirada. No obstante, un designio divino los favoreció en forma de un pastor local. El hombre, de nombre Martín Alhaja, los condujo a través de una sinuosa senda que los aproximó al enemigo por el oeste. En ese instante, frente a frente, las fuerzas se preparaban para la inminente contienda.

En el cerro de Olivares, las huestes almohades se reagrupaban en distintas formaciones. Álvaro se estremeció ante la barahúnda procedente de ambos bandos. Los solemnes cánticos templarios se entremezclaban con los rítmicos tambores almohades y los aullidos de las mujeres bereberes. Ante él, coloridos baluartes, que despertaban sus colores al alba, mostraban la imponente del ejército de al-Nasir.

Elevó una silenciosa plegaria y respiró hondo. Su destino lo marcaría esa jornada. Todo o nada, no podía ser de otra forma. Miró en derredor, unas sesenta mil almas conformaban las tropas cristianas, frente a ciento veinte mil guerreros de Alá.

Los tres reyes y sus ejércitos se dispusieron con sus mesnadas en tres filas. Por fin, Castilla, Aragón y Navarra unían sus fuerzas.

Frente a él, la facción de don Diego López de Haro y su hijo Lope Díaz comenzó la ofensiva. Atacó frontalmente con miles de aguerridos jinetes. El choque con las líneas enemigas fue brutal, la vanguardia almohade sufrió la fiereza cristiana. Sin embargo, Álvaro comprobó con desasosiego que la caballería ligera almohade envolvía los flancos castellanos y reducía con lanzas y alfanjes las tropas de Cristo. Apretó la empuñadura de la espada y respiró hondo. Alfonso VIII mandó a la segunda línea: en ella se encontraban los templarios calatravos, de Santiago y las milicias.

A su mente acudió un rostro, el mismo que lo acompañaba cada noche. Si moría, lo haría con ella en su pensamiento y en el corazón. Pues, a pesar de los meses pasados, casi un año ya, sus sentimientos, en lugar de doblegarse y morir, o al menos languidecer presos de la ausencia, yermos por falta de atención y contacto, habían crecido de manera alarmante, tan frescos y vívidos que casi parecía que se hubiera despertado con el sabor de sus besos. Recordaba de manera tan intensa el sabor de aquella mujer, el tacto de su piel, el brillo de esos ojos, que el alma se le encogía ante la necesidad opresiva de tenerla entre los brazos. Y esa sería su recompensa si sobrevivía a esa batalla. Buscarla y luchar por ella; consagraría su vida a encontrarla y a ganarla de nuevo si acaso merecía tal honor.

Cabalgó veloz entre gritos de guerra y piafadas de caballos. Una polvorienta neblina los envolvió. Enarboló la espada y la descargó ante el primer jinete almohade



que encontró. El infierno se desató. Miembros seccionados, cuerpos inertes, alaridos agónicos. Su montura trastabillaba, sorteaba dificultosamente los numerosos cadáveres que poblaban el páramo. La sangre emponzoñó el aire, la densa humedad enfangó la tierra seca en charcos pegajosos.

Actuaba por instinto, descargaba mandobles feroces, esquivaba estocadas, arreaba a su caballo por un mar de muerte y penurias. Una saeta le atravesó el hombro como aquella primera vez en Alarcos, aquel recuerdo encendió su ya exaltado ánimo. Apretó los dientes, gritó y luchó con renovado ahínco.

No supo cuánto tiempo pasó. Solo supo que las cosas se complicaban. Los almohades ganaban terreno, y las bajas cristianas se sucedían. La cruenta batalla tomaba un cariz oscuro. No podía creer que sufrieran la misma suerte una tercera vez; gritó de frustración y redobló sus esfuerzos.

Cuando parecía que la batalla estaba perdida, los tres reyes cristianos, Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra, avanzaron al frente de sus ejércitos, todos a un tiempo. Traspasaron la segunda línea enemiga con enconada saña, luego sobrepasaron la tercera. La furia y la desesperación les teñían los semblantes. Dios los guiaba a la victoria, pudo ver la superioridad de sus huestes, el impresionante arrojío de sus líderes, el enardecido coraje de los milicianos. Arrasaron el campamento almohade y aniquilaron al enemigo.

Casi culminaba la cumbre del cerro de Olivares cuando un alfanje se le clavó en el costado. Miró hacia abajo, decidido a sacarlo de su cuerpo. Tiró con fuerza y logró extraerlo tras un continuo flujo espeso y cálido. Al instante se mareó. Perdía mucha sangre, la visión se le nubló y sucumbió al dolor. Se inclinó sobre la montura, se agarró al cuello de su alazán. Aguantó hasta llegar a la cima, logró ver cómo incendiaban la esplendorosa tienda roja del califa y sonrió.

La reconquista había comenzado. Débil y tembloroso cayó del caballo. Vio el amado rostro de Jimena antes de que la negrura lo envolviera.

Contempló ensimismada la carita de su pequeña Alodia mientras la arropaba con mimo. Apenas tenía tres meses y ya se había convertido en el centro de su vida. Era una bebé tranquila y risueña. Mencia aprovechaba cada ocasión para mimarla con nanas y arrumacos, la consentía, y ella disfrutaba al verla tan feliz.

Habían comprado una casita en Trujillo con un terreno humilde donde poder cultivar lo suficiente para subsistir; allí era el único lugar donde tenía amigos y más cuando su sociedad atesoraba, en un subterráneo ignoto, el preciado evangelio.

Ahora, ocupaba su día en cultivar, lavar, moler trigo, amasar pan, zurcir, amamantar, comerciar con especias que adquiriría a buen precio y revendía en saquitos decorativos y bordados con un color que identificaba a cada una, y suspirar por una ausencia que ya era una piedra en su pecho.

Por las noches, cuando se dejaba caer en el jergón y, a pesar de estar exhausta, dedicaba unos instantes a recordar al hombre que amaba por encima de todo, experimentaba cómo su piel despertaba y vibraba con recuerdos apasionados. Sentía el aguijón del deseo tensarle el vientre y lloraba contra la almohada la frustración por no encontrar solaz a su anhelo.

Había un noble, don Cosme Medina, que la acosaba con persistencia, que la deseaba, que la visitaba a diario con la misma premisa, pero ella tenía una sola respuesta para él, pues hubo un tiempo en que corazón y cuerpo no comulgaban unidos, pero ahora que su corazón tenía dueño, el cuerpo era incapaz de desoír su clamor en favor de la comodidad que le prestaría aquel matrimonio.

No era la misma, aquella Jimena había muerto en Salvatierra. Advertía las compasivas miradas de su otrora doncella cuando restregaba la ropa en las losas de lavado y cuando se apoyaba en la azada para frotar con dolor la parte baja de la espalda. Pero no le importaba, agradecía el trabajo duro para mantener la mente alejada del dolor.

El alguacil llegó una mañana y le requisó las especias, pues alegaba que no tenía permiso para venderlas. Otro día, el molinero le negó el trigo con la excusa de que los sacos restantes ya estaban reservados por otro comprador. Y, por último, la acequia colindante a su finca fue desviada y la dejó sin agua para el riego.

Mencia comenzaba a desesperar.

—Tendrás que aceptar su propuesta o nos matará de hambre.

—Ni hablar, saldremos adelante. Antes de casarme con ese malnacido prefiero trasladarme y empezar en otro lugar.

—¿Con una bebé, una anciana y las manos vacías?

Jimena resopló furiosa. Deseó ver a don Cosme para abofetearlo con saña. Pero el desalmado sabiamente no aparecía desde que los incidentes comenzaron a sucederse, con seguridad esperaba que ella acudiera en busca de auxilio.

—Sabes que no puedo casarme con nadie, no mientras Álvar...

—Tal vez esté muerto —prorrumpió la mujer.

Jimena la observó compungida, se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—Está vivo, lo sé.

Mencia sacudió impotente la cabeza y se acercó a ella.

—Sabes que ha participado en la gran batalla, los nuestros han vencido, pero dicen que ha habido muchas bajas.

—Vendrá —murmuró contrita, aunque sin mucha convicción.

—El dilema no es ese —expuso Mencia—, sino cuánto podrás esperarlo. Ahora la prioridad es tu hija. Necesita alimentarse y un techo que la cobije. Y, a este paso, pequeña, no aguantaremos mucho más.

Jimena contuvo un mohín desconsolado, casi un puchero que logró desdibujar con una sonrisa extraña y vacía.

—Ya se me ocurrirá algo.

Y salió decidida mostrando una seguridad que no sentía. Se cobijó en el cobertizo y liberó los sollozos contenidos.

Álvar, ¿dónde estás?

\* \* \*

Pasó otro mes, duro y horrible, en el que solo los balbuceos y las sonrisas de su hija aligeraban la carga que la atormentaba. Había pedido ayuda a algunos amigos, pero le aconsejaban aceptar al noble, pues era poderoso e intocable y no cejaría en su empeño por tenerla. Así que la huida pasaba a ser la única opción. Solo pensar en arrancar a Alodia de una vida sosegada para llevarla a un viaje incierto y arriesgado le encogía el corazón y hacía tambalear su determinación. Pero algo en su interior la impelía a resistir hasta el último aliento.

Tendía la colada mientras barruntaba sus posibilidades. Las mantas mojadas pesaban tanto que gruñía con el esfuerzo de alzarlas sobre las cuerdas, y sudaba copiosamente. Del moño se le escapaban largos rizos que se le pegaban a la piel, y ella retiraba toscamente de un rápido ademán.

Extendió enérgicamente los lienzos blancos con los que arrullaba a la bebé y colocó rauda las pinzas antes de que el viento se los robara. La tela ondeó con violencia y despejó parcialmente la vista de los prados fragantes y verdosos que rodeaban la propiedad. Le pareció adivinar la silueta de un hombre acercarse y los dientes le rechinaron. Llevaba días comiendo tan solo un mísero caldo de verduras mustias y pan duro remojado en leche de cabra, y su furia crecía cada vez más, aunque aguantaba las ganas de enfrentar al infame don Cosme. Pero ahora que se acercaba, nada le impediría desfogarse.

Se secó las enrojecidas manos en el mandil de la cintura, se secó el sudor de la frente, frunció el ceño y embistió a través de las prendas para encararse con el visitante. Chocó con un amplio y fornido pecho y, aturdida, alzó la mirada. El sol, ya bajo, le cegaba los ojos y dejaba al hombre en sombras.

—¡Maldito seáis una y mil veces, no os repetiré que salgáis de mis tierras!

Unas manos le apresaron los hombros, ella se revolvió. No recordaba que el noble fuera tan alto y fuerte. De pronto, se detuvo asustada.

—No puedo reprocharte tu recibimiento.

Aquella voz...

El hombre la soltó, y ella retrocedió alterada, trastabilló y casi se desplomó. En el último instante agarró la manta tendida y se precipitó con ella encima. Ahogó un gemido sorpresivo cuando unos fuertes brazos evitaron su vergonzosa caída.

Entonces lo vio.

El pulso se le aceleró, la sangre le latió en las sienas, el estómago le dio un vuelco y la piel se le erizó ante el contacto de aquellas manos que le envolvían la cintura.

—Álvar —musitó en un hilo de voz.

—Jimena, mi Jimena.

Cerró los ojos para contener las emociones. Las pupilas se le dilataron, se sumergieron en el apuesto y atribulado rostro del hombre que ocupaba todo su ser. Aquel rostro anguloso mostraba los estragos del cansancio. Lucía barba de varios días y ojeras oscuras que resaltaban la deslumbrante claridad de esos extraños iris plateados, la melena castaña oscura, alborotada y sucia, le sobrepasaba los hombros. Pero lo que más la conmovió fue su indumentaria. Ya no llevaba la túnica templaria.

Ahogó un sollozo de auténtica felicidad. Alodia hizo lo contrario. Berreó con una fuerza sorprendente para unos pulmones tan pequeños. Álvar se envaró con el semblante demudado. La miró temeroso y se separó de ella como si aquel contacto le quemase.

—¿Tienes un hijo? —inquirió angustiado.

—Una hija, Alodia, como mi madre —respondió.

Sus afilados ojos de gato la traspasaron. Vio que tragaba saliva. El miedo lo atenazaba.

—¿Vives con su padre? Quiero decir, ¿estás casada con él?

—No me lo ha pedido aún.

Álvar, tenso y nervioso, la observaba preso de la incertidumbre.

—¿Aún? ¿Está aquí... eh... contigo?

Jimena lo miró divertida, aunque se guardaba bien de sonreír.

—Sí, está muy cerca.

Él apretó los puños, los nudillos se le pusieron blancos, la mirada le refulgió colérica.

—¿Lo... lo quieres?

—Como jamás creí que podría querer a nadie. Él lo es todo para mí.

El pánico le contorsionó las facciones. Álvar palideció visiblemente.

—¡Maldición!

Finalmente, se permitió sonreír aviesa, el hombre la fulminó con la mirada.

—¿Disfrutas con mi sufrimiento? —le reprochó asombrado.

—Una pequeña maldad, lo confieso.

De repente, Álvar la aferró por los brazos, la pegó a él y clavó sus ojos en los suyos.

—Lo olvidarás, ¿me oyes?

Jimena negó con la cabeza, aguantaba las ganas de besarlo y de reír dichosa.

—Voy a llevarte conmigo a ti y a tu hija, la criaré como si fuera mía y mataré a quien intente impedírmelo.

—No será necesario.

Y se abalanzó sobre él. Tomó desesperada su boca, le apresó hambrienta los labios. Álvar, completamente aturdido, incapaz de razonar su inexplicable comportamiento dejó que ella tomara el control. Introdujo su lengua, lamió su interior, paladeó ardorosa su lengua, la succionó, la mordisqueó y consiguió que el hombre gruñera. Sus gemidos eran el aire que le llenaba los pulmones. La pasión se

desató. Álvar la estrechó con fuerza y la devoró enloquecido.

—¡Dios! Jimena, me vuelves loco.

Ella se restregó contra él, ansiosa por fundirse en su cuerpo, por sentirlo. Intensificó el beso, las lenguaradas avivaron la llama que palpitaba con un deseo no satisfecho, sintió en el vientre la dureza del hombre y supo que, si no lo detenía, la tomaría en campo abierto a plena luz del día. Se separó no sin esfuerzo. Álvar se aferraba a ella casi con desesperación.

—Pueden vernos —alegó.

Respiraban entrecortadamente, el fuego crepitaba en sus miradas. El pecho de Álvar se agitaba arriba y abajo, sus labios enrojecidos eran una constante tentación.

—Si aparece, lo mataré —amenazó ceñudo.

—Todavía no has entendido. Serás un guerrero diestro y sagaz, un hombre culto y letrado, pero llevas las cuentas horriblemente.

Arrugó el ceño y sacudió confuso la cabeza.

—Vas a acabar conmigo —replicó frustrado.

Jimena sonrió, se alzó de puntillas y se le colgó del cuello.

—Mi hija dentro de unos días cumplirá tres meses.

Álvar enarcó las cejas, los ojos se le agrandaron, su boca se entreabrió. Mudo de asombro, la verdad lo golpeó con fuerza. Intentó articular palabra sin conseguirlo. Suspiró largamente y cerró los ojos.

—¿Soy... yo? ¿Es mi hija?

Jimena asintió, y ese simple gesto lo embargó en un llanto silencioso. Cayó tembloroso de rodillas, se abrazó a sus piernas y le escondió el rostro entre las faldas. Sus hombros se sacudieron.

—¡Dios mío! ¿Podrás perdonarme?

Jimena se postró de rodillas frente a él y le tomó el rostro entre las manos.

—¿Perdonarte? ¿Por darme el mejor regalo del mundo? ¿Por amarte hasta el fin de mis días?

—Jimena, amor mío, todo este tiempo he estado muerto sin ti. Y saberte sola y embarazada, yo...

—No te culpes, yo te lo oculté. Debías completar tu camino para poder emprender uno nuevo.

—Ponte de pie —pidió él con voz grave.

Jimena obedeció. Álvar le tomó la mano y la contempló con expresión afectada.

—Yo, Álvar Villar de Honrubia de la noble casa de Villadiego juro amarte, cuidarte, protegerte, alimentarte, mimarte y no separarme de tu lado en lo que me reste de vida, quieras o no.

Jimena profirió una carcajada.

—¿Quiera o no? Bonita declaración.

—He vivido demasiado tiempo sin corazón, preciosa, y ahora que lo tengo a mi lado, no pretenderás que me aparte. Te necesito más que respirar, por eso te seguiré a todos sitios. Incluso esta distancia se me hace insoportable.

Tiró de ella y la tumbó sobre la hierba. El viento ondeaba la ropa colgada que los ocultaba de la casa, el perfume de los campos los impregnó con su frescura. Álvar se le puso encima apoyado sobre los codos.

—Voy a devorarte —musitó.

Aquella voz áspera y sensual le cosquilleó en el vientre.

La besó de nuevo, con más ímpetu si cabía, con tanto fervor que las llamas de su interior se extendieron en un incendio imparable. Abrió las piernas, y él se coló entre ellas. Lo deseaba tanto que le dolía. Se arqueó contra él y el hombre gimió desesperado. Una mujer se abalanzó alarmada sobre ellos y golpeó a Álvar con una escoba.

—Mencia, detente, es Álvar.

El hombre se cubrió con los brazos y se apartó. Divertido, esquivaba los embistes de la anciana.

—¿Tanto he cambiado, mujer?

—¡Ay, Dios mío! Yo pensé que era don Cosme.

Se pusieron de pie. Álvar la miró.

—¿Don Cosme? —masculló.

—Un ser horrible, señor —respondió Mencia—. Un noble encaprichado de Jimena, nos hace la vida imposible para que ella ceda y se case con él.

—Tendré que hacerle una visita —respondió sombrío.

—Pero es un noble —recordó Mencia.

—Y yo otro, el rey me ha otorgado dos feudos en Castilla, y he sido investido Alto Comisionado de la Corte.

Jimena lo miró orgullosa.

—¿Y tendrás tiempo para satisfacer mis necesidades?

La mirada de Álvar destelló con sensual picardía.

—No haré otra cosa.

Jimena lo tomó de la mano y lo llevó al humilde interior de la casa. No estaba compartimentada: era un espacio único. Una raída cortina resguardaba un rincón y le confería una cuestionable intimidad. En la cuna junto al jergón, la niña jugueteaba con su puñito y lo chupaba inquieta. Álvar se arrodilló ante ella y la miró maravillado.

—Es preciosa. Perfecta...

Le acarició la redonda y sonrosada mejilla, el oscuro y sedoso cabello y la boquita en forma de corazón. Los ojos se le humedecieron.

—Solo le veo un defecto —susurró.

Jimena lo miró extrañada.

—¿Cuál?

Álvar curvó sus bellos labios en una sonrisa seductora.

—Que está muy sola.

—Mmm... Eso tiene fácil arreglo —espetó ella y se abrió el escote.

La mirada de Álvar estalló en llamas cuando contempló sus hinchados y firmes senos desnudos.

—No dudo de que tendremos muchos hijos que le harán compañía —susurró incitadora—. Pero ahora ella me necesita más que tú.

Se inclinó y tomó a la niña con ternura.

—Lo dudo —respondió Álvar y le arrancó una amplia sonrisa.

La bebé se le aferró ávida al pecho y succionó con fuerza.

—Espero que me deje algo a mí.

Se acercó a ellas y observó extasiado la escena.

—Mi hija —pronunció solemne— y mi mujer. Dios me ha colmado de gracia.  
¿Te he dicho cuánto te amo?

Jimena sintió el pecho reventarle de felicidad. El amor manaba de ella como un torrente incontrolable que se abría camino con violencia, arrastraba la angustia, la tristeza, los malos recuerdos y la soledad. Trazos oscuros que se diluían ante la mirada del hombre que amaba, la presencia de su querida Mencia y de aquel ser pequeño que pronto la llamaría mamá. Rebosante de dicha, terminó con un bebé dormido en el regazo y un hombre desgarrado por un único deseo. Ella.

Depositó a Alodia en su cuna, se encogió de hombros, y el corpiño del vestido terminó de desprenderse.

—Tu turno.

## AGRADECIMIENTOS

A mi familia, simplemente por estar ahí, por alentarme, aconsejarme y apoyarme. Mi suerte empezó con ellos.

A mi hermana Llanos y a mi cuñado Juan Fran, por su ayuda, opiniones y pasión.

A Tiaré Pearl, por ser como es y naturalmente por su cariño diario, su atención y su entrega; no sé si agradecerle a ella o al destino haberla puesto en mi camino.

A Raquel García Rodríguez, por su apoyo leal y desinteresado, su pertinaz y cálida lealtad, su persistencia en aullar al mundo en mi nombre, en definitiva, por estar a mi lado.

A mis queridísimas “wolfas”; a todas y cada una de ellas, porque hace tiempo que dejaron de ser solo lectoras para colarse en mi corazón como grandes amigas que espero cuidar, mimar y reverenciar mientras ellas me lo permitan.

A Paqui Rodrigo Martín, Marisa Pascual Alfaro, Cristina Egea, Eva Alonso, Pamela Revuelta y Noemí Agudo, por esa cruzada a favor de un lobo desconocido, primer latido de esta imperecedera amistad.

A mis “Lobas de Gunnar”, por compartir su tiempo, su afecto y su apoyo de manera tan emotivamente altruista.

A Susana Granados Gambeta, por el empuje constante, el aliento incansable y la sonrisa permanente, pero sobre todo por confiar ciegamente en mí.

A Cristy Cobos de Zea, por su dulzura y su cariño desde el otro lado del océano.

A todas, absolutamente a todas las personas que creyeron en mí desde un principio.

Gracias a mi editora Mercedes y al gran trabajo de todo el equipo editorial.